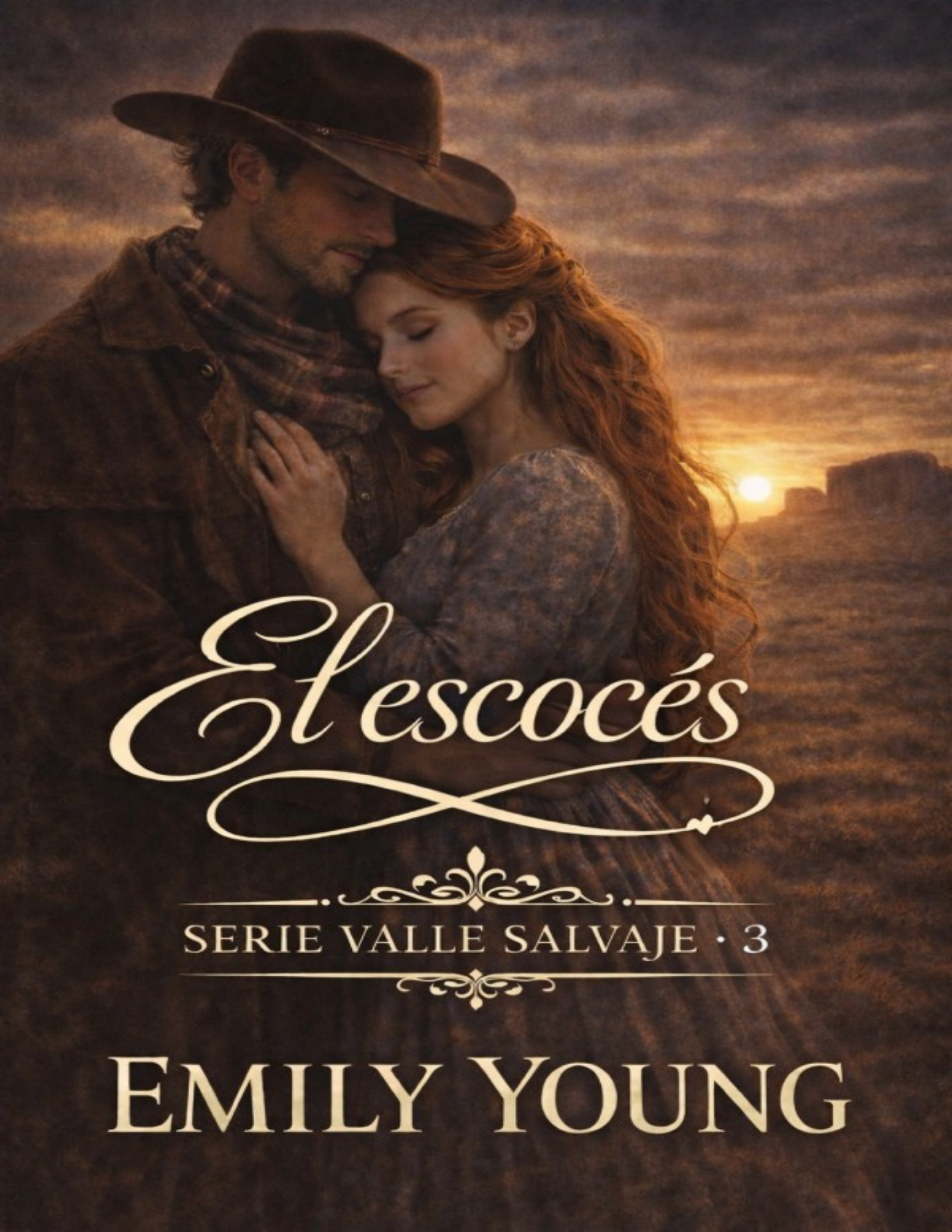

El escocés
SERIE VALLE SALVAJE · 3
EMILY YOUNG

El escocés

EMILY YOUNG



©EMILY YOUNG

Título original – El escocés

Primera edición, 2026

Todos los derechos reservados.

Gold Publications

Él huyó de su pasado.

Ella cabalga hacia la venganza.

Andrew Cameron, conde de Kinloch, dejó Escocia decidido a no volver a amar. En Texas trabaja como un simple vaquero, convencido de que el pasado no puede alcanzarlo.

Hasta que un muchacho llamado Frank Black se une a la conducción de ganado que cruza el estado rumbo al norte.

Pero Frank no es quien dice ser.

Cuando Francis Barton pierde a su padre en un atentado brutal, solo le queda un nombre: Garret Thompson. Disfrazada y decidida a infiltrarse en la caravana, está dispuesta a todo para descubrir la verdad.

Lo que no esperaba era que el hombre más peligroso del grupo fuera el único capaz de desarmarla.

Entre tormentas, traiciones y mentiras, el escocés tendrá que elegir entre proteger su corazón… o arriesgarlo todo por la mujer que llegó para destruir.

Índice

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24

Prólogo

Cerca de San Antonio, Texas.

Marzo de 1870

Los problemas ajenos no eran asunto suyo. Y menos aún una emboscada.

Andrew Cameron, conde de Kinloch, no dejaba de repetirse aquello, incluso mientras espoleaba a su caballo para que acelerara el paso en la dirección que habían tomado tres hombres poco antes. Tres hombres que planeaban matar a otro.

Los había oído hablar la noche anterior en el ruidoso salón de un pueblo ganadero sin nombre de Texas. No había querido escucharles ni por asomo, pero sus voces, que se elevaban a medida que aumentaba el licor en sus venas, no dejaban de imponerse.

—Entonces estamos de acuerdo —había dicho uno de ellos—. Callahan vendrá por aquí mañana para contratar nuevos vaqueros para el rodeo de primavera. No vendrá acompañado de nadie, ya que anda tan falto de personal.

—Cabrón —asintió otro—. Nadie llorará cuando se convierta en polvo. Se lo tiene merecido por despedirnos así.

—Qué suerte haberme topado con ese enano —añadió el tercero—. Un tipo raro, pero los cinco mil dólares no estaban nada mal.

Drew soltó entonces un juramento. Como noble escocés sin tierras y casi sin un centavo, había ido destruyendo, pieza a pieza, toda la dignidad y el respeto que su título había tenido en otro tiempo. Tenía treinta y cinco años, era un derrochador consumado,

hábil únicamente con las cartas y los caballos. No le quedaba nada en su propio país, así que había cruzado a América con una carta de presentación para un tal Calder en el bolsillo. Se la había entregado su cuñado cuando él le había expuesto la idea de convertirse, quizá, en ganadero.

Pero nunca había pertenecido de verdad a ningún sitio, y no estaba seguro de querer hacerlo ahora. Se había labrado una vida a su manera, por torcido que fuese el camino, y en el proceso había evitado deliberadamente preocuparse por nada ni por nadie. Preocuparse resultaba demasiado doloroso.

Incluso había llegado a encontrar cierta satisfacción —si no felicidad— en su aislamiento. Pero el año anterior había abandonado su papel de observador indiferente cuando una niña de cuatro años se le había metido en el corazón. Se había jurado no repetir jamás una experiencia tan impropia de él. Un desliz bastaba para toda una vida.

Y, sin embargo, no había sido capaz de borrar de su mente aquella conversación ni el nombre de Callahan. Por desgracia, en aquel pueblo no había ley que se ocupara del asunto: ni alguacil, ni soldados, nada más que vaqueros borrachos con ganas de pelea.

Se había repetido que no era asunto suyo. Se había acostado tratando aún de convencerse de ello.

Y, aun así, allí estaba, cabalgando a toda velocidad por un territorio que no conocía, persiguiendo a hombres que no conocía, en defensa de otro hombre al que tampoco conocía.

Maldito idiota, masculló para sí mientras frenaba a su caballo. Los hombres a los que seguía se habían desviado del camino hacia un enorme afloramiento de granito. Las rocas, que se alzaban abruptas desde el suelo, ofrecían el escondite perfecto para una emboscada.

Drew sopesó sus opciones. La primera era la más sensata: ocuparse de sus propios asuntos, dar media vuelta y regresar por donde había venido. La segunda entrañaba cierto riesgo: rodear las

rocas en un amplio arco, advertir a cualquiera que se acercara y, de paso, parecer un entrometido.

El sonido de disparos al otro lado de las rocas redujo de inmediato sus opciones. No podía marcharse. Las emboscadas le repugnaban; él mismo había sufrido una no hacía mucho.

Espoleó a su caballo hacia el afloramiento, saltó de la silla y comenzó a escalar. Confiaba en no haber llegado demasiado tarde.

Oyó los disparos de respuesta y comprendió que el ataque por sorpresa había fracasado.

Cuando alcanzó la cima, miró hacia abajo. Tres hombres, dispersos entre enormes rocas a sus pies, disparaban contra otro que se protegía tras un caballo caído. La inmovilidad del animal le indicó a Drew que estaba muerto.

Aquello dejó de ser un simple altercado. Sentía un respeto profundo por los caballos, aunque no siempre por los hombres.

Buscó una posición resguardada, apuntó con el rifle que había comprado en Denver y disparó. Alcanzó a dos de los emboscadores antes de que nadie comprendiera qué ocurría. Cuando el tercero se volvió, Drew se agachó tras la cobertura, pero no lo bastante rápido.

Sintió el impacto de una bala en el hombro y, casi al instante, otra que lo atravesaba. Mientras la conciencia se desvanecía poco a poco, su boca se curvó en una amarga mueca dirigida a sí mismo.

Los problemas de los demás no eran, sin duda alguna, asunto suyo.

Capítulo 1

Cerca de San Antonio, Texas.

Mayo de 1870

Parpadeando para contener las lágrimas, Mary Francis Barton se cortó sin piedad mechones de pelo, como si con ello pudiera cercenar también los terribles recuerdos de la semana pasada.

No pienses en ellos.

Como si pudiera pensar en otra cosa.

Las imágenes se repetían una y otra vez en su mente. Los disparos a las puertas del teatro donde acababa de actuar. Él sacudido por el primer impacto, y luego arrojándose hacia ella para recibir un segundo disparo, claramente destinado a su cuerpo.

Apretó los ojos con fuerza y volvió a ver al pistolero, alto y delgado, con el rostro oculto bajo un sombrero cuya banda plateada había reflejado la luz de la fachada del hotel. Se alejaba con prisa mientras las puertas se abrían y la gente comenzaba a salir a la calle. Ella sí quería recordarlo. Aferrarse a su imagen. Tenía planes para él. Y también para un hombre llamado Callahan.

Las últimas palabras de su padre resonaban en su mente. ¿Habían sido una advertencia? ¿Una confesión en su lecho de muerte? Y luego aquel legado inesperado, tan desconcertante. Quizá aquello era lo que más la atormentaba.

Se contempló fijamente en el espejo agrietado de la pared de una habitación barata en Pickens, Texas, un pequeño pueblo a unos sesenta kilómetros al sureste de San Antonio, donde su mundo se había derrumbado en una sola noche violenta.

Un rostro atormentado le devolvía la mirada. Apenas quedaba rastro de la cantante que había hecho vibrar el San Antonio Palace una semana antes, la misma que había atraído a enjambres de admiradores indeseados. Sus ojos azules parecían apagados, sus mejillas, delgadas y pálidas, y sus labios incapaces de esbozar siquiera una sombra de sonrisa.

Ahora estaba sola. Tras una vida entera junto a su madre, actriz, y su padre, cantante, se encontraba completamente sola.

Y alguien deseaba arrebatarle la vida, igual que había hecho con su padre. Era muy posible que intentaran corregir aquel fracaso a menos que ella actuara primero.

El asesino, o los asesinos, buscarían a una cantante de larga cabellera oscura y ropas llamativas. Buscarían a una mujer fácil de reconocer.

No buscarían a un muchacho huérfano y desaliñado.

Miró el cabello esparcido por el suelo y luego alzó la vista hacia lo que quedaba de su larga melena, siempre su mejor atributo, y sintió cómo un sollozo se le agolpaba en la garganta. Aquella cabellera había disimulado más de una imperfección, desviando la atención de su boca demasiado ancha y de su nariz respingona.

—Ah, tienes el pelo de un ángel, igual que tu madre —le había repetido su padre una y otra vez.

Y recordaba a su madre cepillándoselo, asegurándole que el cabello era la gloria de una mujer.

Francis se mordió el labio. La voz de su padre se había apagado, igual que aquellas manos delicadas que habían danzado con ligereza sobre cuerdas y teclas. Apretó las tijeras entre los dedos y volvió a cortar, mientras las lágrimas caían en silencio y se mezclaban con los mechones que se enredaban en su ropa o se amontonaban, tristes, a sus pies.

Cortó cada vez más cerca del cuero cabelludo. Liberados de su peso, algunos mechones suaves se curvaron alrededor de su rostro,

otorgándole un aire marcadamente juvenil. Aun así, tendría que emplear aceite para mantenerlos pegados al cráneo.

Recuerda el papel, se dijo. Interpreta el papel. Nada más importa.

Para darse ánimo, comenzó a tararear una vieja nana francesa. El sonido resultaba solitario, hueco, en la habitación del hotel, austera y silenciosa. Necesitaba una segunda voz, una armonía… pero no había nadie que la acompañara. Nunca se había sentido tan sola.

Cuando el último mechón cayó al suelo desnudo, se quitó toda la ropa. Extendió un periódico sobre la estrecha cama y colocó su vestido encima, junto con el corsé, los elegantes zapatos abotonados y las medias de seda. Ató todo con un trozo de cuerda; pensaba dejar el paquete en un banco de la iglesia. Tal vez el párroco pudiera darles buen uso.

Luego, sentada desnuda ante el espejo, abrió su caja de maquillaje de escena y comenzó a aplicarse tinte con mesura. Lo justo para oscurecer y endurecer su tez clara. Empezó por la línea del cabello, cubrió cada zona visible de piel, incluida la nuca, y después añadió algunas manchas estratégicas de suciedad real, que había recogido con ese propósito. Sabía que el tinte resistiría semanas sin necesidad de lavarse. Conseguiría suficiente para una segunda aplicación. Para entonces, su tarea estaría cumplida. De un modo u otro.

Satisfecha por fin, tomó su enagua y la rasgó en tiras, que utilizó para vendarse el pecho. No era demasiado generoso de todos modos. Su cuerpo, naturalmente esbelto, ocultaría con facilidad sus escasas curvas bajo las capas de ropa que pensaba vestir. Aun así, no se permitiría correr ningún riesgo.

El traje que había comprado en la única tienda del pequeño pueblo donde había abandonado el escenario resultaba demasiado nuevo. Tendría que remediarlo, pensó mientras se vestía con aquella ropa rígida. El sombrero, en cambio, era perfecto. Lo había sacado

del baúl de su padre; pertenecía a un viejo melodrama en el que habían actuado juntos. Su padre se lo había comprado a un vaquero borracho por dos monedas de veinticinco centavos, y era tan miserable como cabía esperar.

Se lo caló hasta la frente y frunció el gesto ante el olor que aún desprendía la banda del sudor. Luego se envolvió en su determinación como si fuese un manto y volvió a enfrentarse al espejo.

Entra Frank Black.

Francis Barton, la hija amada y protegida de Thomas y Evelyn Barton, había desaparecido. Hija de un criminal, si debía creer las palabras de su padre. ¿Y cómo no iba a creerlas?

El dolor regresó. La angustia profunda que sus frenéticos esfuerzos apenas habían logrado contener. La ira. La sed de justicia, de venganza.

Extendió la mano y tomó la carta que nunca se separaba de ella, junto con el periódico que su padre había dejado en el baúl. Sus últimas palabras, pronunciadas en el lecho de muerte, la habían conducido hasta aquel lugar:

—En el baúl… la carta… lo explica todo…

Reuniendo las últimas fuerzas, él la había sujetado del brazo.

—El artículo. Callahan. Es él. Davis. Peligro para…

Las palabras se desvanecieron. Aun así, hizo un último esfuerzo.

—Vete… de Texas. Prométemelo.

No había tenido ocasión de prometer nada. Y tampoco tenía intención de marcharse, no después de leer aquella carta escrita por su padre y guardada junto a un recorte de periódico. Era, al mismo tiempo, confesión y advertencia. Sin duda, el artículo había sido el detonante. Había presentido el peligro. Tal vez incluso había temido por su vida. Y había querido que ella conociera la verdad.

La carta estaba fechada el día anterior al disparo, y el sobre llevaba escrito «abrir tras mi muerte». Al principio, Francis no había creído su contenido, aunque no podía negar que la letra era la suya.

Para ella, su padre siempre había sido una figura casi legendaria, con su risa contagiosa y sus ojos llenos de luz. Un esposo afectuoso, un padre admirable, un hombre capaz de entregar su último centavo a quien lo necesitara. Le resultaba imposible conciliar aquella imagen con la del hombre que describía la carta. Imposible aceptar que hubiera cabalgado junto a hombres como aquellos de los que hablaba.

Y, sin embargo, según su propia confesión, había cometido actos que lo obligaron a abandonar Texas y mantenerse alejado durante veinticinco años, cargando en silencio con un secreto terrible.

Ahora comprendía que Thomas Barton había pagado por los pecados de su juventud durante toda su vida adulta. Finalmente, los había pagado con su propia muerte. Y ella, en medio del dolor, la ira y la culpa por haberlo traído de vuelta a Texas cuando él no deseaba regresar, sabía que le correspondía hacer justicia.

¿Por qué, Dios mío, le había suplicado aquel viaje cuando recibió la oferta? ¿Por qué?

Pero lo había hecho. Y ahora él estaba muerto. Y a la ley no parecía importarle.

Había señalado directamente al hombre que su padre había nombrado —un tal Callahan—, pero el sheriff se había burlado. Gabe Callahan, había dicho, era un hombre de riqueza y poder; no pensaba ni siquiera considerar la acusación basándose en la palabra de una artista.

Francis volvió a desplegar el artículo del periódico y repasó el titular una vez más. Sus manos temblaban al sostener el papel, aunque ya lo conocía de memoria.

CALLAHAN LLEVARÁ EL REBAÑO AL NORTE.

El texto, acompañado de un boceto de Gabe Callahan, ocupaba casi una columna entera. Sus ojos recorrían las líneas sin leerlas realmente; ya estaban grabadas a fuego en su memoria. Ahora entendía que aquel artículo había sido la causa de la inquietud de su padre en los días previos a su muerte. Y para ella, el origen de una culpa insoportable.

Si él no hubiera regresado… si ella no hubiera insistido…

Pero ya nada podía cambiarse.

Solo le quedaba una opción: si el asesino de su padre debía responder ante la justicia —y no concebía otra posibilidad—, tendría que entregarlo ella misma.

No sabía cómo. Pero lo haría.

El artículo le había mostrado el camino. Gabe Callahan preparaba una gran conducción de ganado, una de las mayores jamás intentadas, reuniendo reses de diversos ranchos del centro de Texas. Él mismo guiaría el rebaño desde el sur de San Antonio hasta la terminal ferroviaria de Abilene. Se estaban contratando vaqueros.

Ella sería uno de ellos.

Podía hacerlo. Lo sabía. Había interpretado suficientes papeles masculinos como para dominar la actitud, modular la voz y adoptar el lenguaje de un vaquero. Y aunque Frank Black no resultara imponente, había visto suficientes hombres del oeste para saber que los había de todos los tamaños. Muchos no superaban los catorce o quince años. Allí, los niños crecían deprisa.

Su única desventaja real eran sus habilidades como jinete. Sabía montar… apenas. Había viajado sobre todo en tren y diligencia, pero su padre había insistido en que aprendiera lo básico. También en que supiera manejar un arma.

Nunca se sabe, solía decir, cuándo será necesario defenderse.

Sus labios se tensaron y su determinación se volvió férrea. Conseguiría que la contrataran. Llevaría a cabo su plan. Descubriría la verdad, aunque tuviera que arrancarla a punta de pistola. El

poderoso Gabe Callahan pagaría por la muerte de su padre. Y también lo haría su sicario.

No había visto su rostro, pero sí lo suficiente: un hombre inusualmente alto, con movimientos felinos y una banda plateada en el sombrero.

Los encontraría.

Y lo obligaría a confesar, si era preciso. Tal vez incluso impartiría justicia por su propia mano.

No le importaba el precio.

Con el dolor y la culpa aún agitándose en su interior, el futuro no era más que un vacío oscuro. Sus sueños —los sueños de su padre— de cantar en un gran teatro se habían hecho añicos, y no parecía capaz de recomponerlos.

Respiró hondo. Frank Black bajó una vez más el ala de su sombrero raído. Guardó el poco dinero que tenía en los bolsillos, tomó el paquete de ropa bajo el brazo y salió de la habitación.

Le faltaba un último elemento para que la representación comenzara.

Necesitaba un caballo.



Drew Cameron se recostó en la cómoda silla, saboreando un excelente brandy mientras reflexionaba sobre su futuro.

Durante un tiempo, había pensado que no tenía ninguno. Estuvo a punto de morir desangrado y, después, a causa de la infección. Pero Gabe Callahan se negó simplemente a dejarlo morir. Tras asegurarse de que recibiera la mejor atención médica disponible, el propio Gabe permaneció a su lado día y noche. Afirmó que era lo menos que podía hacer por el hombre que le había salvado la vida.

Quizá, pensó Drew, el hecho de haberse salvado mutuamente explicaba la extraña afinidad que había surgido entre ellos. Extraña porque eran tan distintos. Drew, un holgazán criado entre lujos en el seno de la aristocracia escocesa. Gabe, un ranchero adusto y trabajador que solo había conocido la pobreza más extrema en su niñez y juventud. A Drew le importaba poco todo; no estaba ligado a nadie. A Gabe, en cambio, le importaban profundamente su rancho, su ganado, su hermano y sus sobrinos; sentía una férrea necesidad de protegerlos.

Aun así, las similitudes parecían pesar más que las diferencias. Ambos habían sido prácticamente descartados en su juventud. Ambos se habían rebelado de maneras que terminaron dañándolos. Había entre ellos un reconocimiento silencioso, casi inevitable, y en los dos meses que Drew llevaba en el rancho de los Callahan, el Circle C, había encontrado un tipo de amistad —quizá incluso una figura paterna— que nunca había creído posible.

Durante las charlas nocturnas, entre vasos y humo, Drew solía percibir en Callahan una tristeza contenida, una soledad persistente. Pero aquella noche Gabe se mostraba abiertamente taciturno.

—¿Sigues pensando en la emboscada? —preguntó Drew.

—Es inquietante saber que alguien te quiere muerto —respondió Gabe, frunciendo el ceño—. ¿Crees que quienquiera que fuera podría intentarlo de nuevo? Han pasado dos meses.

—Lo sabríamos mucho mejor si esos tres no se hubieran escapado.

Probablemente dos de ellos aún no estuvieran en condiciones de intentarlo de nuevo.

—Ojalá eso me tranquilizara —repuso Gabe con sequedad—. Pero si eran mercenarios, quienquiera que los contrató puede pagar a otros.

Drew guardó silencio. Le habría gustado disponer de algo más: un nombre, un lugar, una pista concreta.

—Y me preocupa el rancho. Si me ocurriera algo…

Drew intentó restar importancia.

—No ha pasado nada en dos meses. Y tu hermano, Samuel, parece capaz.

—Sabe de ganado —concedió Gabe—. Pero no de negocios, ni de hombres, y nunca lo sabrá. ¿Y mis sobrinos? Maldición… Luke tiene potencial, pero es impulsivo… y codicioso. Y Kane es como Samuel: de buen corazón, pero fácil de manejar. He trabajado demasiado duro para que todo se venga abajo.

Drew no podía contradecirlo. Como jugador, observaba a los hombres con detenimiento: sus fortalezas, sus debilidades. Gabe era acero; su hermano, arcilla.

—Ven con nosotros —propuso Gabe de pronto—. Si quieres aprender sobre ganado, no hay mejor forma.

Sorprendido, Drew dudó de que hablara en serio. Intentó ofrecerle una salida.

—Ethan Calder me está esperando.

Gabe desestimó la excusa.

—Si quieres aprender este negocio, no encontrarás mejor escuela que una conducción de ganado.

Y Calder probablemente se sentiría aliviado, pensó Drew. Su cuñado había saldado una deuda al pedirle que lo acogiera. Lo último que aquel hombre necesitaba era un novato estorbando.

—Piénsalo de este modo —añadió Gabe, como si leyera sus pensamientos—. Te quiero a mi lado.

—Me pregunto por qué —replicó Drew, con el acento escocés marcándose más de lo habitual—. No soy vaquero.

Gabe permaneció en silencio unos instantes.

—Confío en ti —dijo al fin.

Aquella sencilla afirmación lo desarmó. Pocas personas habían confiado en él a lo largo de su vida. Y él, por su parte, tampoco había depositado su confianza en muchos.

Una chispa de emoción prendió en su interior. Consideró con rapidez lo que implicaría desaparecer durante meses siguiendo la ruta. Gabe ya había escrito en su nombre a Ethan Calder, explicando que había resultado herido y que se recuperaba en el Circle C. Cancelar la visita sería sencillo. No tenía obligaciones, ni compromisos que lo retuvieran.

Aun así, se sintió obligado a oponer cierta resistencia.

—No creo que a tus sobrinos les haga gracia. Luke esperaba ser tu segundo, y no le caigo bien.

Drew había percibido claramente el resentimiento que crecía en el joven mientras Gabe dedicaba tanto tiempo a su huésped.

—Ese es su problema —zanjó Gabe—. Yo te quiero a mi lado. Se te da bien el rifle.

—Ah, eso… Todo escocés sabe manejar un arma de caza. Fue cuestión de suerte. Y habrás notado que no soy especialmente hábil esquivando balas.

—No —respondió Gabe con sequedad—. Eso tendremos que mejorarlo.

—Nunca he hecho más que tirar los dados. Ya sabes que no sé nada de conducir ganado.

Gabe lo miró con una leve sonrisa.

—Dijiste que corrías carreras de obstáculos, y te he visto montar estos días. No hay bestia que no puedas dominar, aunque tendrás que acostumbrarte a nuestros caballos de corte. Lo demás se aprende. Y, además, tu voz ya vale el sueldo.

Drew frunció el ceño, desconcertado.

—Te oí cantar —explicó Gabe—. Nada calma al ganado inquieto como una voz firme.

—Puedo ofrecerte algunas canciones de guerra escocesas —ironizó Drew—, y poco más.

Gabe dejó escapar una risa baja.

—Maldita sea, sería el único jefe de caravana con un lord escocés entre sus vaqueros. Apostaría el Circle C a que bajo esa piel noble se esconde un auténtico hombre del oeste.

Drew esbozó una sonrisa tensa.

—Mi título es lo último que me recomendaría.

La amargura fue evidente. Gabe guardó silencio unos instantes antes de continuar.

—Sé que tienes agallas. Arriesgaste la vida por un desconocido, y eso dice mucho de ti. Y sé que piensas dedicarte al ganado —añadió—. Quédate con cincuenta cabezas cuando lleguemos a Kansas. Considéralas tuyas. Puedes criarlas o venderlas.

—Eso supera el precio de mercado —observó Drew.

—El precio de mercado no incluye salvarme la vida.

—No necesito recompensa por eso.

—¿Crees que mi vida vale tan poco?

Drew sintió cómo su resistencia cedía un poco más. Deseaba unirse a la conducción. Lo deseaba con una intensidad que no recordaba haber sentido antes. Había escuchado historias: polvo, tormentas, riadas, indios, forajidos… Aquella tierra exigente, implacable, despertaba su curiosidad. Era su oportunidad de demostrarse que era algo más que un jugador hábil.

Y, sin embargo, dudaba. Había decepcionado a demasiada gente. No quería fallarle a Gabe.

—¿Y Luke y Kane? —preguntó—. ¿Qué les dirás?

Los labios de Gabe se tensaron.

—Yo te contrato. Ellos no deciden.

El último hilo de resistencia se rompió.

—Entonces acepto.

Durante quince años había vivido como un libertino, decidido a destruir el nombre de su familia, su título y todo lo relacionado con Kinloch. Era su forma de vengarse del hombre que había arruinado la vida de su madre… y la suya propia. Pero siempre había existido un vacío, un lugar desolado donde debería haber estado su corazón. Ni la venganza, ni el juego, ni la bebida, ni las mujeres habían logrado llenarlo.

Tal vez en aquella nueva tierra encontraría algo capaz de hacerlo.

Con una expresión satisfecha, Callahan sirvió otra copa.

—Por una cacería exitosa.

—Por una cacería exitosa —repitió Drew, apurando el licor dorado.

Capítulo 2

Drew ignoró las carcajadas de los vaqueros que lo observaban mientras se incorporaba con cautela —con mucho cuidado— del suelo, notando cómo cada músculo protestaba y cómo el orgullo, herido, dolía casi tanto como los huesos. La caída había sido humillante. Tan absurda que, por un instante, le costó asumirla como propia. No recordaba haberse visto jamás en una situación semejante, derribado por un caballo como un principiante.

Gabe le había advertido. Le había explicado con esa calma suya que los caballos de corte no se parecían a ningún otro animal, que poseían una rapidez casi felina, una inteligencia inquietante que los llevaba a reaccionar en un instante cuando detectaban a una res apartándose del grupo. Y, sin embargo, Drew, confiado en su experiencia, había bajado la guardia. El pinto lo había demostrado con creces, girándose con violencia en el momento exacto en que él se había permitido relajarse tras una jornada interminable bajo el sol texano.

Clavó la mirada en el animal, con un brillo de abierta irritación, y la maldita bestia, como si comprendiera perfectamente su enfado, enseñó los dientes en algo que a Drew le pareció una burla descarada. La imagen que debían de haber ofrecido… un lord escocés rodando por el polvo mientras su montura parecía reírse de él… le arrancó una mueca amarga.

—El tío Gabe dijo que sabías montar —dejó caer Luke Callahan con una sonrisa cargada de veneno—. ¿Qué otras mentiras le contaste?

Drew ladeó los labios en una sonrisa irónica, más por orgullo que por diversión. Desde su llegada al Circle C, apenas una semana

atrás, se había convertido en el blanco perfecto de bromas y pullas. Su acento extranjero, su desconocimiento de los cuernos largos, su forma distinta de moverse… todo lo delataba como un intruso.

—¿Qué caballos tenéis en Escocia? —añadió otro, provocando nuevas risas.

Luke, cómodamente encaramado a su ruano, dejó escapar una risa baja, satisfecha.

—No sirves para esto.

Drew no respondió. Se limitó a probar su cuerpo, evaluando daños. Nada roto, al menos. Pero el cansancio se había instalado en sus huesos como un huésped indeseado. Dieciocho horas diarias en la silla, durante una semana entera, habían hecho más que cualquier caída para quebrar su resistencia. Y pensar en tres meses más de lo mismo… le oprimía el pecho con una mezcla de fatiga y desafío.

Aprende de las vacas. Así lo llamaba Gabe, con esa lógica suya, tan simple como implacable. Y, por extraño que sonara, tenía sentido. Pero en aquel momento, cubierto de polvo y con el cuerpo dolorido, Drew no pudo evitar pensar que preferiría arrojarse al borde del mundo antes que seguir aprendiendo de aquella manera. Su ambición de convertirse en ganadero se consumía como una vela a punto de apagarse.

Y aun así… no iba a rendirse.

No era un cobarde. No lo había sido nunca. Y no pensaba empezar ahora, no delante de Luke, no delante de ninguno de ellos. Y, sobre todo, no delante de Gabe.

Se sacudió el polvo con un gesto brusco y dio un paso hacia el pinto, dispuesto a recuperar algo de dignidad… cuando una carcajada estruendosa lo detuvo.

—¡Por Dios, mirad eso!

Drew giró la cabeza. Todos lo hicieron.

Al otro lado del granero, emergiendo como una visión grotesca, apareció la criatura más lamentable que jamás había visto: un caballo flaco hasta lo indecente, encorvado, con el pelaje opaco y el andar cansino de quien ha conocido demasiado abandono. Y sobre aquel esqueleto viviente, aferrado con obstinación, viajaba un muchacho cuyo sombrero parecía tan ajado como la propia montura.

—Quizá Scotty pueda montarlo —soltó uno, desatando nuevas carcajadas.

Drew apretó la mandíbula. Le habría gustado borrar aquella risa de un golpe, junto con el maldito apodo. Pero sabía contenerse… al menos, de momento.

Mientras los hombres se burlaban sin piedad, algo en su interior cambió. Sintió una inesperada simpatía por aquel desconocido que avanzaba hacia ellos con una obstinación silenciosa, soportando las risas sin bajar la cabeza.

El caballo se detuvo a unos metros del grupo. El muchacho, envuelto en ropas demasiado grandes, apenas dejaba ver su rostro. Bajo el ala sucia del sombrero, unos ojos de un azul oscuro y profundo se alzaron un instante… y se posaron en Drew antes de recorrer al resto.

—Busco al capataz —murmuró, con una voz que aún no había decidido si pertenecer a un niño o a un hombre.

—¿Para qué? —replicó uno, divertido—. ¿Quieres vender ese caballo? A ese de ahí —señaló a Drew— podría interesarse.

Las risas estallaron de nuevo.

El muchacho no reaccionó. No se defendió. Simplemente sostuvo la mirada un segundo más y volvió a hablar.

—Busco trabajo. He oído que aquí están contratando.

—¿Vaqueros enanos? —intervino Luke, con desprecio—. Estamos completos. Más que completos.

La mirada que lanzó a Drew no necesitaba explicación.

—Leí sobre la conducción en el periódico —insistió el chico, con una determinación que no encajaba con su aspecto—. Decía que necesitaban hombres. Quiero hablar con el capataz.

Drew sintió algo parecido a la admiración. Aquella firmeza, en medio de la burla, no era común.

—Ven —dijo finalmente—. Yo te llevo.

No pidió permiso. No miró atrás. Simplemente tomó las riendas del pinto y echó a andar, ignorando lo que los demás pudieran pensar.

Mientras avanzaban hacia el corral, Drew notó la cojera en su paso, el eco de la caída aún presente en cada movimiento. Pero no le importó. Había algo más fuerte tirando de él ahora.

Gabe levantó la vista cuando lo oyó acercarse. Sus ojos recorrieron la escena: Drew, el caballo… y el muchacho.

Y sonrió.

—Te hablé de esos caballos de corte.

—Y no volveré a subestimarlos —respondió Drew con sequedad, sin perder la compostura.

La atención de Gabe se desplazó al recién llegado.

—¿Eso es un caballo, chico?

El muchacho alzó la barbilla, desafiante, como si aquella pregunta fuera un insulto.

—No es culpa suya que nadie lo haya cuidado. Tiene corazón.

Y en ese instante, Drew comprendió algo: aquel chico no hablaba solo de un caballo.

Había orgullo en sus palabras. Orgullo… y algo más. Algo que no encajaba del todo.

Y, sin saber por qué, Drew empezó a sentir que aquel encuentro no era casual. Que aquel muchacho traía consigo algo más que hambre y necesidad.

Algo que, de un modo u otro, terminaría alcanzándolos a todos.



Francis vio a Drew Cameron salir del granero. Casi se le trabó la lengua cuando lo vio por primera vez. Era inusualmente alto y delgado. Tenía la misma complexión que la figura en la sombra que había matado a su padre y le había disparado. Es cierto que el sombrero de Cameron no llevaba ninguna banda plateada. Y cojeaba. El asesino se había movido como un gato callejero, silencioso y ágil, al desaparecer en la sombra de la que había surgido. Pero tal vez la cojera de Cameron fuera algo reciente. Y quizá tuviera más de un sombrero.

En realidad, lo que más le hacía sospechar a Frank del escocés tenía más que ver con sus modales. Había dicho que era «solo un vaquero», con ese característico acento escocés.

Solo un vaquero. No se lo creyó ni por un segundo. Era mucho más que un vaquero, si ella sabía juzgar a la gente. Según su experiencia, que había de admitir que era limitada, los vaqueros eran gente sin estudios y despreocupada. Drew Cameron estaba claramente bien educado y, a pesar de su sonrisa afable, irradiaba cierta intensidad.

Gabe Callahan tampoco lo trataba como a un vaquero cualquiera. No sabía exactamente por qué, pero había algo en la forma en que Callahan y Cameron se comunicaban que revelaba un vínculo más profundo que el que existe entre un jefe y un peón.

Y, por Dios, qué guapo era Cameron. Tenía el pelo de un castaño rojizo claro que brillaba al sol, y sus ojos eran dorados, con destellos de marrón, verde y gris. Algunos los llamarían avellana, pero eso no bastaba para describir su color único. Al igual que su pelo, sus ojos parecían brillar, destellar, incluso bailar, como si algo le divirtiera que solo él entendía.

No, Drew Cameron podría estar interpretando el papel de vaquero en ese momento, pero era mucho más que eso.

¿Y Callahan? Un escalofrío recorrió la espalda de Frank, y ella extendió la mano, casi inconscientemente, para acariciar el cuello de Billy, buscando la única fuente de calor y consuelo a su alcance.

Callahan no era en absoluto lo que ella había esperado. Había pensado que sería descarado, ruidoso y malicioso como una serpiente —un hombre salvaje e imprudente, una imagen evocada por las descripciones de la carta de su padre—. Pero, por otra parte, su padre no había sido salvaje ni temerario, al menos no desde su juventud. Y se dio cuenta de que no había tenido en cuenta el paso del tiempo. Veinticinco años, obviamente, habían cambiado a su padre, y seguramente también habían cambiado a Callahan.

Callahan era rico ahora, e influyente. El poder y la riqueza probablemente contribuían en gran medida a disimular las tendencias salvajes e imprudentes. Pero bajo esa apariencia de seguridad, estaba convencida, su corazón seguía siendo malvado. Sus ojos eran fríos, casi completamente desprovistos de emoción, al igual que su voz. Aún podía oírle decir en Circle C que había que sacrificar a su caballo; lo había hecho con tanta frialdad como si hubiera ordenado arrancar una valla vieja y quemarla para obtener combustible.

No tenía ni idea de por qué había accedido a contratarla. Desde el principio había quedado claro que no quería hacerlo, y ella se había quedado allí sentada a lomos de Billy, segura de que sus planes de alejar a Callahan de su rancho antes de buscar justicia eran inútiles. Había estado a punto de sacar la Colt del bolsillo del abrigo y enfrentarse a él allí mismo. La tentación había sido casi abrumadora. El simple hecho de mirarlo, de estar en su presencia, le había hecho dar vueltas la cabeza y había vuelto el mundo un tanto borroso e irreal.

Entonces, antes de que ella perdiera su última pizca de instinto de supervivencia, Drew Cameron había intervenido. Por mucho que odiara pensar que le debía su éxito a un hombre que podría haber

matado a su padre, estaba segura de que habían sido las palabras susurradas de Cameron las que habían hecho cambiar de opinión a Callahan. Otra razón para preguntarse por la relación entre los dos hombres.

Francis hundió el rostro contra el cuello de su caballo y dejó escapar un suspiro entrecortado. Él era un saco de huesos, lo cual explicaba por qué lo llamó Billy, por Billy Bones, un hecho que no se había atrevido a admitir ante el alto vaquero escocés. Habría renunciado a su nuevo trabajo —y a su oportunidad de enfrentarse a Callahan— si él hubiera insistido en que dejara a Billy atrás para que lo sacrificaran. El caballo era todo lo que tenía. Le acarició el cuello, y este se estremeció. Cuando había ido a buscar un caballo para comprar, no esperaba encariñarse tanto, de forma tan profunda e instantánea, con uno. Pero entonces había visto a Billy, con sus ojos tristes y desesperados.

El encargado de la caballeriza había pasado de largo, pero ella había dudado.

—No querrás ese. Está acabado. Un vaquero lo ha dejado aquí. Lo mejor sería sacrificarlo.

—¿Cuánto? —preguntó ella.

—Qué diablos, te lo puedes quedar —replicó el hombre—. Cinco dólares por la silla. Pero no durará ni un día.

Pero Billy había durado. Ella había comprado un poco de avena y lo había montado despacio y con cuidado, y el caballo la había mirado con una especie de gratitud que le partió el corazón un poco más. Era suyo, y ella iba a curarlo. Que se fuera al diablo Gabe Callahan.

Dándole a Billy una última palmadita, Frank se aseguró de que tuviera agua. Añadió más avena a su ración y luego se dirigió al barracón.

—No necesito ayuda —gruñó Murphy, manteniéndose firme—. Y no quiero que ningún crío se interponga en mi camino.

Gabe se mordió la lengua y pensó en la mejor manera de abordar el tema. El hecho era que Murphy era el mejor cocinero de ruta de Texas, y él haría cualquier cosa por retenerlo. Un buen cocinero podía hacer que una travesía fuera un éxito o un fracaso. Los vaqueros solían trabajar entre catorce y dieciocho horas al día bajo el calor, la lluvia torrencial y cualquier otra plaga conocida por el hombre; exigían buena comida y buena atención médica, y el cocinero era responsable de ambas cosas.

—Ayer te quejabas de que tenías demasiado que hacer —le recordó Gabe con delicadeza.

—Eso era solo quejarme, y tú lo sabes —replicó Murphy, con las patillas temblando de indignación—. Si crees que soy demasiado viejo, solo tienes que decirlo y contratar a otra persona.

—No quiero a nadie más. Sabes que recorrí todo Texas para encontrarte. —Hizo una pausa—. La verdad es que el chico necesita un trabajo.

Murphy entrecerró los ojos.

—¿Te estás ablandando, Callahan?

Era el único hombre a sueldo de Callahan que llamaba al propietario —y jefe de la caravana— por su apellido, sin ningún tratamiento de cortesía.

—No, no me estoy ablandando —respondió Gabe, rezando para que fuera cierto—. Simplemente me pareció una buena idea, ya que tu reumatismo se ha agravado.

Era más que eso, lo sabía. Quería ayudar a Frank Black porque sabía lo que era estar desesperado por dinero, por cualquier tipo de trabajo… y no poder encontrarlo. Hacía veinticinco años, nadie le daba trabajo. Había estado cuidando de su hermano menor, y los dos tenían tanta hambre que habrían hecho cualquier cosa por una comida. Cualquier cosa.

—No voy a compartir mi carro con él —gruñó Murphy.

Gabe respiró aliviado. Parecía que había ganado la discusión.

—Puede viajar en el carro de las provisiones y dormir con el resto de los peones —indicó—. Si no funciona, lo pondré a cuidar del ganado. No parece muy bueno con los caballos, pero quizá en unas semanas…

—Probablemente tampoco sea bueno cocinando.

Gabe consideró que Murphy probablemente tenía razón. Pero el chico podía aprender.

—Me harías un favor.

Murphy frunció el ceño.

—No soy ninguna niñera.

Gabe soltó una leve risa. No habría ningún malentendido al respecto. Murphy era tan irascible como un coyote en un campo de locoweed, y le haría pasar un mal rato al chico. Pero si el chico sobrevivía a eso, Gabe calculó que podría sobrevivir a cualquier cosa. Sería interesante ver si Frank Black tenía tantas agallas como bravuconería en la boca.

Capítulo 3

Los peores temores de Francis se hicieron realidad al caer la tarde, cuando la luz del día comenzó a apagarse y con ella la frágil sensación de control a la que se había aferrado durante las últimas horas. Hasta entonces, había logrado mantenerse firme, avanzando paso a paso, concentrada en lo esencial, sin permitirse pensar demasiado. La cena había sido una prueba más, y la había superado. Las grandes ollas de estofado habían llegado desde la cocina, y los peones se habían reunido fuera, formando una hilera desordenada de cuerpos cansados y voces ruidosas. Ella había esperado su turno con la mirada baja, soportando sin responder las observaciones, las risas, las miradas que se posaban en ella con curiosidad o burla, y cuando por fin recibió su ración, se apartó sin demora, buscando refugio bajo un álamo solitario donde nadie se sentó a su lado.

Allí, protegida por la distancia, comió en silencio, fingiendo una calma que no sentía, escuchando de fondo el murmullo de los hombres, sus conversaciones, sus risas, el sonido de cucharas golpeando metal. Durante unos minutos, logró convencerse de que podía hacerlo. De que bastaba con resistir.

Pero la noche llegó. Y con ella, la realidad.

Los vaqueros comenzaron a dirigirse al barracón, entrando sin orden, arrastrando el cansancio de la jornada como si fuera parte de sus cuerpos. Francis los siguió a regañadientes, obligándose a no quedarse atrás, aunque cada paso hacia aquel edificio largo y estrecho le despertara una incomodidad creciente, casi insoportable. Cuando alcanzó la entrada, se detuvo.

Se mordió el labio.

No lo había pensado. No de verdad. Durante días había vivido impulsada por una única idea, por un objetivo que lo eclipsaba todo. No había querido detenerse a imaginar lo que implicaba convertirse en uno de aquellos hombres, compartir su espacio, su vida, su intimidad más cruda.

Dormir con ellos, respirar el mismo aire, verlos desnudarse.

Sintió que el estómago se le encogía.

Un papel, se dijo, obligándose a mantenerse firme. No es más que otro papel.

Puedes hacerlo. Y, antes de que el miedo pudiera crecer más, cruzó el umbral.

El interior del barracón la golpeó de inmediato. El calor, el olor, la sensación de encierro… todo se le vino encima como una ola espesa y pesada. El aire estaba cargado de sudor, de cuero, de polvo acumulado, de cuerpos que llevaban días sin descanso. Su nariz se crispó sin remedio, y durante un instante temió que aquel simple gesto la delatara.

Ya había elegido su litera antes, cuando el lugar estaba vacío, cuando aún podía moverse sin sentirse observada. Había esperado encontrar un rincón apartado, un lugar donde desaparecer, donde nadie reparara en ella. Pero ahora, bajo la luz tenue y el bullicio creciente, descubrió que las únicas camas libres eran dos literas superiores en el centro de la estancia, expuestas, visibles desde cualquier ángulo.

No había refugio.

Se dirigió hacia una de ellas sin titubear, con la determinación de quien sabe que dudar solo empeoraría las cosas. Sin embargo, avanzar resultó más difícil de lo que había imaginado. Los hombres se quitaban las camisas sin reparo, algunos ya medio desnudos, otros en ropa interior, y aunque intentó mantener la mirada fija en el suelo, era imposible no ver, no percibir el movimiento, el calor, la cercanía de tantos cuerpos.

—Maldita sea, qué calor para ser primero de mayo —gruñó uno.

Francis no pudo evitar estar de acuerdo. El calor se pegaba a su piel, sofocante, y su propia ropa se convertía en una prisión. Pero no podía quitarse nada. Ni la chaqueta, ni el sombrero. Eran su escudo, su única protección frente a un mundo que no estaba hecho para ella.

—Eh, ahí está el chico.

Las palabras la alcanzaron como un disparo.

—El viejo Gabe no lo habría contratado —añadió otro—. Murphy anda quejándose de que le han endosado a un crío.

No respondió. Siguió caminando, sintiendo cómo el corazón le golpeaba con fuerza en el pecho. Pero entonces alguien se plantó frente a ella, obligándola a detenerse.

—¿Cómo te llamas, chico?

Alzó la mirada desde la sombra del sombrero. Aquella expresión… la había ensayado una y otra vez, había aprendido a sostenerla, a convertirla en una armadura. La utilizó ahora sin vacilar.

—Frank Black.

—¿Y cuántos años tienes?

—¿Y tú?

Una risa breve recorrió el grupo.

—Te está diciendo que no es asunto tuyo, Will —intervino otro con tono burlón.

—¿De verdad vas a venir con nosotros? —preguntó alguien desde una litera—. Con esa ropa te vas a achicharrar antes de salir de Texas.

—No durará ni dos días.

—Si no lo mata el sol, lo hará Murphy.

Las carcajadas se elevaron, envolviéndola, presionándola desde todos los lados.

—Dejadlo en paz.

La voz surgió desde la puerta, firme, clara, imposible de confundir. Francis no necesitó verlo para reconocerla. Aquel acento escocés había quedado grabado en su memoria.

Un nudo se formó en su estómago.

—No me molestan —respondió con frialdad, sin mirarlo.

—No es asunto tuyo, Scotty —gruñó uno de los hombres.

—Haré que lo sea.

El escocés avanzó hasta situarse cerca, lo bastante como para que ella sintiera su presencia sin necesidad de girarse. La tensión se extendió por el barracón como una corriente invisible. Francis percibió el cambio en el ambiente, la expectación, la curiosidad que despertaba cualquier posibilidad de pelea.

—No quiero problemas —dijo él finalmente.

—¿Solo sabes disparar por la espalda? —se burló Will—. Dicen que así salvaste a Callahan.

La palabra la atravesó.

Emboscada.

Francis se quedó inmóvil, esperando una respuesta, una negación, una explicación que deshiciera aquella imagen. Pero Drew Cameron no dijo nada. Se dio la vuelta, ignorándolo todo, como si las palabras no hubieran existido.

Aquello la inquietó más que cualquier réplica.

Aprovechando la distracción, se apresuró a subir a su litera. Se sentó en el centro, recogiendo las piernas, intentando hacerse pequeña, invisible, mientras su mente no dejaba de girar en torno a una idea que crecía sin control.

¿Y si era él?

La posibilidad, absurda en apariencia, empezó a adquirir forma. Si él había estado allí aquella noche… si la había visto… si la reconocía bajo el disfraz…

Un escalofrío le recorrió la espalda.

Lo observó sin querer mientras se quitaba la camisa. Y sus ojos, traicioneros, se quedaron fijos en él más de lo que debía.

No llevaba nada debajo. Su cuerpo, firme, trabajado, se movía con una naturalidad que contrastaba con la torpeza que ella misma sentía en cada gesto. La luz tenue dibujaba las líneas de sus músculos, resaltaba el tono dorado de su piel. Su cabello, despeinado, capturaba reflejos cálidos incluso en la penumbra.

Francis apartó la mirada de golpe, sintiendo cómo el calor le subía al rostro, cómo algo extraño se agitaba en su interior, algo que no tenía nada que ver con el miedo.

Intentó superponer aquella imagen con la del hombre en la sombra, con el arma alzada, con la amenaza… pero no encajaba.

Nada encajaba.

Suspiró, incómoda, atrapada entre la duda y la incomodidad física que no dejaba de crecer. El calor, la ropa, el aire denso… necesitaba salir.

Descendió de la litera con cuidado y avanzó hacia la puerta, esquivando cuerpos, evitando miradas, concentrándose en cada paso.

—¿Adónde vas, chiquillo? —preguntó uno de los jugadores—. ¿Te unes?

Se detuvo un instante. Sus ojos se posaron en las cartas. La tentación fue inmediata, casi dolorosa. Sabía jugar. Sabía ganar.

Pero no podía.

—No tengo dinero.

—Te lo apuntamos.

—Ni hablar —intervino otro.

Drew apareció a su lado sin hacer ruido. No dijo nada. Solo la miró.

Y en esa mirada había algo que la inquietaba profundamente. No sabía si era simple curiosidad… o una comprensión demasiado cercana.

—Voy a ver a mi caballo —dijo.

—Ese saco de huesos no vale ni para comida de indios —rió alguien.

El insulto le encendió la sangre.

—Carros vacíos son los que más ruido hacen —replicó, clavando la mirada en el hombre.

Un murmullo recorrió la estancia.

—Le ha dado, Ethan.

Drew dejó escapar una risa baja.

—Apuesto a que ese caballo no dura una semana —insistió el vaquero.

—Durará tanto como tú —respondió, sin pensarlo.

El silencio se tensó.

—Apuesta tu sombrero.

Dudó.

Necesitaba ese sombrero. Más que cualquier otra cosa. Pero Billy…Billy confiaba en ella.

—¿Y tú qué apuestas?

—El mío.

Risas.

—Vaya par.

Francis vaciló… y finalmente negó con la cabeza.

—Quizá otro día.

—Soy Charlie —dijo uno con una sonrisa abierta—. Y ese gruñón es Ethan.

Ella asintió.

—Frank.

—Me alegro de tenerte aquí.

—No vale ni dos centavos —gruñó Ethan.

—Entonces será Dos Centavos.

Las risas cambiaron de tono, más suaves, casi amistosas. Por un instante, Francis sintió algo inesperado: una leve aceptación. Pero entonces volvió a mirar a Drew. Y él la observaba, con demasiada atención.

Sintió, de nuevo, que la atravesaba, que veía más allá de la ropa, del disfraz, de todo lo que había construido para protegerse.

Un escalofrío le recorrió la espalda. Él tampoco pertenecía allí.

—Vamos, Scotty —lo llamaron.

—Ahora voy —respondió.

Pero su sonrisa… no era la de un hombre despreocupado. Era otra cosa. Algo más oscuro. Más profundo.

Francis lo comprendió entonces. Él también llevaba una máscara. Y la suya era mucho más peligrosa.

Sin detenerse a pensar más, se giró y salió al exterior, buscando aire, distancia… y una forma de escapar de aquella mirada que parecía seguirla incluso en la oscuridad.

El muchacho no regresó aquella noche. Por alguna razón inexplicable, Drew se descubrió preocupado por él. Quizá había

decidido que, después de todo, aquel grupo era demasiado rudo para él. Quizá había cogido ese pobre caballo de pacotilla y se había marchado.

El joven —Frank— se había sentido tremendamente incómodo en el barracón; eso había sido evidente. Aquel lugar tampoco era el paraíso que Drew tenía en mente, pero ya había recibido suficientes comentarios sarcásticos sobre su estancia en la casa de Callahan. Si quería que aquello funcionara, sabía que tenía que llevarse bien con los demás peones. El trayecto era demasiado largo —y peligroso— para tener enemigos a la espalda.

Además, la vida en una sucesión de internados le había enseñado que podía dormir en cualquier sitio y llevarse bien con casi cualquiera. Como su padre no había sido capaz de soportar su presencia, no había vuelto a casa, ni siquiera durante los veranos y las vacaciones de Navidad. En cambio, había cautivado tanto a profesores como a compañeros para que lo invitaran a sus hogares; el resultado había sido que rara vez había pasado unas vacaciones solo y que había aprendido a adaptarse a una increíble variedad de personas y lugares. En resumen, se había convertido en un camaleón.

Era un talento que esperaba le resultara muy útil para ganarse a los vaqueros de Callahan. Ya había hecho algunos avances. Seguiría aceptando sus burlas y bromas con buen humor. Trabajaría duro para ganarse su respeto y, tarde o temprano, lo aceptarían.

Mientras tanto, estaba aprendiendo muchísimo, y el precio de unos cuantos dolores y molestias no le parecía demasiado alto. De hecho, le satisfacía el trabajo físico, el hecho de esforzarse al límite. La caída de ayer había sido humillante —todavía sentía los moratones—, pero tenía suficiente confianza en su destreza a caballo como para saber que, con el tiempo, lo superaría.

Todavía estaba oscuro, pero Drew perdió toda esperanza de volver a dormir. Los ronquidos se habían vuelto insoportables. También el olor a sudor rancio. Demonios, más valía levantarse y ver

cómo estaba Frank. De todos modos, necesitaba un poco de aire fresco.

En silencio, se levantó de su litera y buscó una camisa limpia. Llevaba tres consigo y las lavaba religiosamente a diario. Dudaba de que pequeños placeres como la ropa limpia fueran posibles una vez comenzara la conducción del ganado, pero los disfrutaría ahora, aunque fuera a costa de que lo llamaran dandy y novato, y algunos otros nombres menos benévolos. Si los vaqueros sabían que tenía un título, Drew sabía que nunca dejarían de burlarse de él.

Caminando en silencio por el pasillo central, Drew echó un vistazo más de cerca a la litera de Frank Black. El saco de dormir y las alforjas del muchacho yacían sobre la manta sin arrugas, lo que hacía probable que aún estuviera por allí.

Afuera, el amanecer comenzaba a iluminar el cielo, y el primer destello lavanda aliviaba la oscuridad de tinta en el horizonte oriental. Apenas soplaba una ligera brisa, pero era una gran mejora respecto al sofocante dormitorio.

Drew respiró hondo el aire fresco y luego cruzó el patio en dirección al granero. Con los ojos bien adaptados a la oscuridad, miró a su alrededor, pero no vio ni un alma. Maldijo para sus adentros. Gabe no había visto la necesidad de un guardia, ni siquiera tras la emboscada de hacía unas semanas. Drew había intentado convencerlo de que pusiera uno, pero el magnate ganadero se sentía seguro allí, en sus propias tierras. Drew, por su parte, se preguntaba si su amigo estaría a salvo en algún sitio hasta que encontraran al hombre que había pagado a sus atacantes.

La puerta del granero estaba cerrada, pero no atrancada desde fuera, y Drew entró. Un caballo relinchó, anunciando su presencia, y los demás comenzaron a moverse inquietos en los boxes. Pasó junto a ellos, pisando en silencio, y se dirigió directamente al box donde el caballo de Frank Black había sido estabulado la tarde anterior.

El caballo seguía allí y, cuando Drew se asomó al interior del box, este se hizo a un lado con cuidado. Bajó la vista y vio lo que

parecía un montón de trapos en la esquina. Cuando los trapos suspiraron y se movieron un poco entre la paja, Drew sonrió. Así que el muchacho no se había rendido. De algún modo, no había creído que lo haría. Probablemente, antes de que terminara la travesía, Frank Black ganaría también el sombrero de Flanigan.

Pensativo, Drew observó al caballo agotado. Sabía de caballos y tendía a estar de acuerdo con su anterior dueño en que Billy era más fuerte de lo que parecía y, en efecto, tenía corazón. Bueno, su dueño también lo tenía.

Al salir del establo tan silenciosamente como había entrado, Drew se acercó para apoyarse en el travesaño superior del corral. Allí observó cómo el cielo se aclaraba, con el amanecer pintando el vasto lienzo con una gama de tonos rosados y dorados. El amanecer en Escocia, aunque hermoso a su manera tranquila, nunca había sido así. Allí, en aquella tierra abierta, nada se hacía a pequeña escala, y Drew no creía que se cansara jamás de su solitario esplendor.

Con el día a punto de comenzar, vio humo alzándose en espirales desde la casa de Callahan. Marguerite, la cocinera, estaba preparando el desayuno. Murphy no se encargaría de dar de comer a los hombres hasta que comenzara la marcha. Drew permaneció donde estaba, contemplando el amanecer, hasta que alguien tocó la gran campana fuera de la casa del rancho. En cuestión de minutos, los hombres salían en tropel del barracón, deteniéndose solo lo suficiente para enjuagarse la cara en la bomba de agua.

Drew volvió al interior del granero para despertar al muchacho, solo para encontrarlo de pie fuera del establo de Billy, estirando los brazos por encima de la cabeza, con el sombrero en una mano. La mirada de Drew se detuvo en la mata de rizos oscuros pegada a la cabeza del chico, unos rizos que parecían pertenecer a una niña, no a un muchacho.

Al percibir su presencia, el joven giró bruscamente la cabeza hacia él y, al instante siguiente, volvió a colocarse el sombrero. Sus ojos azul oscuro se volvieron recelosos. Luego, la hostilidad —tan

intensa que casi parecía tangible— los invadió antes de que apartara la mirada.

—¿Qué estás mirando? —soltó.

Drew ignoró la hostilidad y entró en el establo, acercándose al caballo y acariciándole el costado con los dedos. Este se estremeció ante su tacto.

—Aléjate de él —advirtió el chico—. No le gusta…

Se interrumpió de repente.

—¿Qué es lo que no le gusta? —preguntó Drew con curiosidad.

Pero el rostro del joven se volvió completamente inmóvil, y Drew se quedó atónito.

Control.
Control absoluto. Algo que uno no esperaba ver en un rostro tan joven.

—No le gustan los extranjeros —respondió Frank al cabo de un momento, haciéndole recordar de golpe su propia pregunta.

—¿Y cómo sabría él que soy un… extranjero? —repuso Drew, divertido.

—Por tu acento, por supuesto —llegó la respuesta con desenfado y con un leve toque de superioridad por haber salido airoso.

—¿Y Billy sabe distinguir entre acentos?

—Es un caballo muy inteligente.

Un ligero destello de picardía brilló en aquellos ojos azules antes de que el muchacho volviera a controlarse.

Era increíble. A pesar de la gramática imperfecta y su comportamiento tosco, Frank Black era inteligente —muy inteligente — y también un poco actor. Quizá incluso un gran actor.

Pero la diversión de Drew se desvaneció con rapidez. Alguien iba tras Callahan. Y parecía que había más en aquel muchacho de lo

que se veía a simple vista. Frank Black había afirmado tener dieciséis años y, según calculó Drew, podría tener tan solo catorce. Pero había visto a chicos aún más jóvenes en los muelles de Glasgow que eran ladrones y asesinos. Algunos tenían rostros de ángeles. Otros no se lo pensarían dos veces antes de aplastar una cabeza si les ofrecían unos cuantos peniques.

Drew decidió en ese mismo instante que mantendría un ojo sobre el joven señorito Black.

—Quizá te convenga deshacerte de parte de esa ropa —le sugirió—. Va a ser un día de un calor de muerte.

El muchacho se limitó a encogerse aún más dentro de aquellas prendas y volvió a mirar a su caballo. Su postura dejaba claro que no pensaba seguir el consejo de nadie. Bueno, ya aprendería. Drew habría apostado su silla de montar a que el chico se quitaría al menos algunas capas antes de que cayera la tarde.

Dejando a Frank a su aire, Drew fue a buscar el caballo pinto que había montado el día anterior. Ni loco iba a permitir que un animal le ganara la partida.



Sentado tras su enorme escritorio de nogal, Gabe revisó sus preparativos para la trashumancia. Tenía dinero en efectivo —envuelto en hule y guardado bajo llave en una caja fuerte que viajaría en la carreta de provisiones— junto con los poderes notariales de los ganaderos vecinos que participaban en la expedición. Dejaba su propio poder notarial a su hermano Samuel por si le ocurría algo.

Cuando terminó, se recostó en la silla, jugando distraídamente con la pluma. A través de las ventanas abiertas de su despacho, podía oír a los vaqueros en el patio, riendo a carcajadas por alguna apuesta que uno de ellos había perdido. Estaban llenos de energía y

entusiasmo. Mañana era el gran día. Ensillarían los caballos y saldrían con una manada sin precedentes de diez mil cabezas de ganado. Maldición, él también estaba emocionado.

Mirando por la ventana, Gabe frunció el ceño. Le hubiera gustado ir al pueblo a despedirse de Laura Sellers, pero no tenía derecho.

Laura. Incluso su nombre era bonito. También lo era el sonido de su voz. Se la imaginó con claridad. Cabello rubio color caramelo, ojos marrones oscuros e inteligentes, un cuerpo curvilíneo que le aceleraba el pulso. Conocía a la modista viuda desde hacía cinco años; su marido, Bill, había sido abogado y amigo suyo hasta que murió hacía un año, dejándole apenas lo suficiente para subsistir. Podría haberse vuelto al este, donde al parecer tenía familia. Se había quedado, sin embargo, y había levantado un próspero negocio de confección.

Recordó las ocasiones en que la había visitado. Podía hacerlo bajo el pretexto de la amistad sin provocar rumores. Sin embargo, nunca la había invitado a salir, a pesar de saber que ella habría aceptado. No se había vuelto tan viejo ni estaba tan desconectado de la realidad como para no reconocer cuándo una mujer agradecería sus atenciones.

Apretó los dedos alrededor de la pluma. Cuando pensaba en Laura, la promesa que se había hecho de no casarse jamás se veía puesta a prueba. Pero seguía temiendo que el horrible secreto que guardaba pudiera destruirlo algún día, y quería asegurarse de que nadie a quien amara fuera arrastrado con él.

Por esa razón llevaba una vida solitaria y aislada, salvo por su hermano y sus sobrinos, e incluso entonces intentaba que fueran independientes. Era difícil. Desde los catorce años, Gabe había cuidado de Samuel, que tenía ocho cuando murieron sus padres. Había sido padre además de hermano, y Samuel nunca había aprendido del todo a valerse por sí mismo. Tampoco sus hijos.

La pluma se rompió en su mano. Los acontecimientos de hacía veinticinco años estaban tan vivos en su mente como si hubieran ocurrido ayer. Había intentado encerrarlos en una caja mental y sellarla, pero seguían regresando. Últimamente, cada vez con mayor frecuencia. No podía evitar preguntarse si la emboscada de hacía unos meses estaba relacionada de algún modo con aquel desastre lejano.

¿Quién había contratado a los pistoleros?

Tres hombres acudieron a su mente. Tres hombres que tenían algo que ganar con su muerte o, más probablemente, algo que perder si él seguía con vida. Sin embargo… ¿qué podía haber removido aquel asunto después de tantos años?

Probablemente nada. Tal vez su conciencia trabajaba en exceso. Al fin y al cabo, no había habido más intentos, solo aquella emboscada fortuita que, por fortuna, había sido frustrada por el casi quijotesco rescate de Cameron. A decir verdad, aunque estaba inmensamente agradecido por seguir vivo, no lamentaba que hubiera ocurrido. De no haber sido así, no habría conocido a Drew Cameron.

Sonrió al pensar en el escocés. Gabe había hecho pocos amigos en los últimos veinticinco años; tal vez porque en su día había tenido poco criterio para elegirlos, tal vez porque temía perder a quienes pudiera apreciar. Fuera cual fuese la razón, se había mantenido al margen. Pero había algo en Drew Cameron que lo llevaba a dejar de lado su cautela habitual.

Agallas, por ejemplo. De las de antes. El hombre se había enfrentado a tres pistoleros por un desconocido. Pero había mucho más en él. Era inteligente, culto, elocuente y encantador. Por lo general, Gabe desconfiaba del encanto; ya lo había visto usado en su contra —y casi arruinarlo— en el pasado. Sin embargo, no encontraba maldad alguna en el escocés, solo una sequedad que coincidía con la suya.

Drew ocultaba bien su soledad tras una sonrisa, un guiño y una broma. Pero Gabe se preguntaba a menudo qué había convertido a un lord escocés en un vagabundo, en un hombre dispuesto a aceptar una miseria a cambio de un trabajo agotador.

Suspiró. Su amistad con Cameron inquietaba a sus sobrinos. Siempre habían dado por hecho que heredarían sus propiedades y ahora sentían amenazada aquella expectativa. No se les ocurría que Drew Cameron no deseara nada de ello.

A Gabe, en cambio, se le ocurrió que la competencia podría serles útil. No quería pensar que estaba utilizando a un hombre que le había salvado la vida.

Así que pensó en Laura. En la hermosa Laura a la que nunca podría tener.

Capítulo 4

-¡Adelante!

La llamada partió de la parte delantera de la extensa masa marrón de ganado con cuernos y se extendió en dos direcciones alrededor del perímetro del rebaño, hasta llegar a la retaguardia.

Cabalgando en la retaguardia, la peor posición posible en la conducción, Drew recibió la llamada en último lugar, y para cuando le alcanzó, la tierra misma retumbaba con el movimiento y la propia llanura parecía desplazarse. Grandes nubes de polvo se arremolinaban bajo miles de cascos, y todo parecía dirigirse directamente a su rostro. Se subió el pañuelo para protegerse, pero no pudo cubrirse los ojos. Sabía que su ropa estaría teñida de tierra fresca en menos de una hora.

No sabía cómo aguantaba su caballo aquel asalto incesante, pero el pinto parecía tomárselo con calma. Llevaban ya cinco días en la ruta, y él y el pinto, su caballo de confianza, por fin habían llegado a un entendimiento. Al menos, eso creía Drew.

Su mente había estado divagando cuando una vaca, rezagada al final del rebaño, se separó de repente y giró a la izquierda. El pinto giró tras ella y Drew estuvo a punto de salir despedido de la silla. Sacudió la cabeza para despejarse. Se acabaron las ensoñaciones sobre los verdes campos y los bosques llenos de urogallos de Escocia. Tenía que mantenerse alerta en todo momento.

El caballo giró bruscamente de nuevo, y esta vez Drew anticipó el movimiento y lo acompañó. En cuestión de segundos, la vaca

descarriada había sido conducida de vuelta al rebaño principal, y el pinto volvió a un trote tranquilo. Drew se preparó para otro día largo y agotador.

A media mañana, se movía inquieto en la silla, deseando con todas sus fuerzas poder desmontar y caminar un rato. Caminar era un sacrilegio para la mayoría de los vaqueros, pero su cuerpo aún no se había resignado del todo a permanecer sentado en una silla dieciocho horas al día. La ansiosa expectación que lo había invadido aquella primera mañana, cuando comenzara la conducción, se había desvanecido. Su espíritu aventurero se apagaba a medida que el polvo, la suciedad y el calor lo envolvían como una nube malévola.

Calor. Lo sentía hasta la médula de los huesos. El sol de Texas no se parecía a nada que hubiera experimentado jamás —grande, intenso y abrasador—, y se preguntaba cómo alguien podía acostumbrarse a él. Escocia tenía tres temperaturas fresca, fría y helada. Basándose en los últimos cinco días, decidió que el equivalente en Texas era calor, más caluroso y abrasador. Pero aquel día se sentía especialmente miserable; el calor venía acompañado de una humedad sofocante que el día anterior no había.

Su propio malestar le hizo preguntarse cómo le iría a Two-Bits. A pesar de la temperatura, el muchacho seguía aferrado a su ridículo atuendo. Los demás peones, que ya llevaban lo mínimo necesario para protegerse de las ramas y la maleza ocasionales, hacían apuestas sobre cuántos días pasarían antes de que se quitara las capas de ropa.

Drew no pudo evitar sentir simpatía, así como gratitud, hacia Frank Black. El muchacho le había salvado de ser el blanco favorito de los vaqueros, cargando él solo con todas las bromas y travesuras. Y, Dios lo sabe, les daba motivos suficientes para burlarse de él. Sus propias sospechas iniciales sobre Two-Bits se habían desvanecido casi por completo; ningún villano, por joven que fuera, podría ser tan inepto. Habría acabado en la cárcel, o muerto, con su primer acto ilegal.

Ya abundaban las historias sobre la incompetencia de ese piojo, y a Two-Bits lo habían relegado a la única tarea de recoger excrementos de vaca. Nadie apostaba a que no encontraría la manera de fracasar también en eso. El muchacho habría sido despedido el primer día si no fuera porque se esforzaba tanto; incluso Murphy tuvo que reconocerlo.

El día se alargaba, aparentemente interminable, y a última hora de la tarde Drew notó que la temperatura empezaba a bajar. El aire se volvió pesado, y la humedad pasó de opresiva a insoportable. Parecía acumularse en su piel, y las riendas, incluso a través de los guantes, parecían cuero mojado, flácido y resbaladizo. Y, sin embargo, percibía una energía peculiar en el aire quieto y cargado de humedad. Poco después empezó a soplar un viento cortante. El cielo, despejado aquella mañana, comenzó a cubrirse de capas de nubes oscuras y amenazantes; se amontonaban como una cadena de montañas, llenando el firmamento.

El ganado se volvió perceptiblemente inquieto. El viento y el cielo de aspecto amenazador también ponían nervioso a Drew. Durante la última hora del día, él y los otros dos vaqueros que cerraban la marcha —Ace, un hombre negro, y Juan, un mexicano— no paraban de moverse, tratando de mantener unida la retaguardia del rebaño.

Cuando llegó la orden de parar por ese día, aproximadamente una hora antes del anochecer, estaba completamente agotado y el hambre le retorcía el estómago. Desde el desayuno al amanecer solo había comido charqui durante el día, junto con agua tibia de su cantimplora. Había cambiado de caballo tres veces y ahora montaba uno negro.

Cuando terminó su parte del trabajo, acomodando la manada para pasar la noche, cabalgó con Juan y Ace hasta el corral provisional que se había montado para la remuda. Allí desmontó y desensilló a su caballo, dejándolo al cuidado del vaquero.

Agradecido de poder volver a pisar tierra firme, caminó hacia la carreta de cocina, que sabía que habría llegado con la carreta de las

provisiones hacía horas para montar el campamento. Las carretas siempre salían antes que el resto de la caravana, acampando temprano para llenar los barriles de agua antes de que el ganado la ensuciara.

Al acercarse al campamento, Drew buscó a Two-Bits, pero no lo vio. El café estaba listo, sin embargo, y el guiso olía tan bien como una comida de ocho platos en un buen restaurante de Edimburgo. Se sirvió una taza de café y dio un par de sorbos, utilizándolo para enjuagarse el polvo de la boca y la garganta.

—No te pongas demasiado cómodo —le advirtió Gabe mientras sorbía su propia taza de café—. Te toca la primera guardia.

Drew asintió, suspirando para sus adentros. Le había dicho a Gabe que no quería favores. Era obvio que no iba a recibir ninguno. Al ser el más nuevo, normalmente le asignaban los trabajos más duros, y eso incluía la primera guardia nocturna, así como llevar la carreta.

Se sirvió más café en su taza de hojalata, se puso un plato de estofado y un trozo de pan fresco, y luego comió mientras caminaba lentamente por el campamento. Después de tantas horas a lomos del caballo, sentarse no le resultaba nada atractivo. La mayoría de los demás peones habían terminado de comer y tomaban café mientras charlaban. Un par de ellos desenrollaban mantas para prepararse para dormir. Varios jugaban a las cartas. Mientras observaba, un par de hombres se alejaron del campamento para ocuparse de asuntos privados.

El paseo de Drew lo llevó hasta la carreta de la cocina, donde se detuvo para hablar con Murphy, que estaba preparando una tanda de masa para galletas.

—¿Dónde está el chico?

—Se ha ido a buscar más leña para el fuego —respondió Murphy.

Drew tomó otro sorbo de café.

—¿Se ha deshecho de alguna de esas prendas?

—Ni de coña. —Murphy sacudió la cabeza con disgusto—. Maldito chaval tonto. Casi como si temiera que alguien se las fuera a llevar.

El cocinero alzó la vista hacia el cielo.

—Por otro lado, podría ser más listo que cualquiera de nosotros. Puede que necesite esas cosas muy pronto.

La mirada de Drew se alzó también. Aunque aún no era el atardecer, el cielo estaba más oscuro que unos minutos antes. Las nubes se arremolinaban de forma amenazante, y el viento se había vuelto frío. Por todo el campamento, los vaqueros comenzaban a ponerse abrigos.

Al ver a Gabe caminando hacia él, buscó en su expresión alguna explicación.

—¿Es normal este tiempo?

Gabe negó con la cabeza.

—No hay nada "normal" en esta parte de Texas. El tiempo puede ponerse muy raro por aquí. He visto ventiscas en mayo.

Miró de nuevo al cielo.

—No me gusta esto. Ni un poquito.

Y con eso se alejó, cruzando el campamento a zancadas hacia Luke.

Drew se terminó la comida, apuró el café, enjuagó el plato y la taza, y los dejó en el barril correspondiente. En los pocos minutos que llevaba en el campamento, la temperatura había descendido de forma drástica. Temblaba dentro de su ligera camisa de algodón mientras caminaba hacia la carreta de las provisiones, donde guardaba su saco de dormir y ropa de recambio. Dudó un instante, luego se puso una camisa de lana y su impermeable. Bien podría necesitarlos antes de que terminara su guardia.

Cuando se dirigía hacia la remuda en busca de un caballo fresco, Gabe lo detuvo.

—Ten mucho cuidado esta noche. El ganado siempre está un poco asustadizo las primeras noches, y con este cielo…

Alzó la vista una vez más.

—Se avecina una tormenta. Una fuerte.

Le dedicó una sonrisa torcida.

—Podrías probar con una de esas relajantes melodías escocesas.

Antes de que Drew pudiera responder, Luke intervino:

—Joder, eso las asustará hasta mandarlas directamente a México.

Gabe lanzó a su sobrino una mirada larga y de advertencia, y Luke clavó en Drew una mirada cargada de ira.

—Yo no le confiaría ese ganado —añadió con desprecio.

—Yo sí —replicó Gabe en voz baja—. Y tú harás el segundo turno, Luke, así que más te vale dormir un poco.

Drew sintió cómo la hostilidad brotaba de Luke antes de que el joven se diera la vuelta y se dejara caer sobre su saco de dormir. Gabe le hizo un leve gesto de asentimiento antes de dirigirse a hablar con Murphy, y Drew se quedó preguntándose —no por primera vez— hasta qué punto debía tomarse en serio la evidente ira de Luke hacia él. ¿Le haría daño realmente el sobrino de Gabe? No lo sabía, y, siendo así, se recordó a sí mismo que debía vigilar sus espaldas.

Ensilló un caballo fresco de la remuda y montó. Mientras cabalgaba hacia la manada, vislumbró una silueta pequeña y encorvada, inclinado sobre un montón de excrementos de vaca, dirigiéndose hacia el carro de provisiones.

Aliviado, Drew esbozó una sonrisa. Ni siquiera se había dado cuenta de que estaba preocupado por el muchacho. No sabía por

qué le importaba lo suficiente como para preocuparse. Y, sin embargo, parecía incapaz de apartar a Frank Black de sus pensamientos, y le resultaba reconfortante, de una forma que no alcanzaba a comprender, que el muchacho siguiera con la manada.

No entendía su preocupación por Frank Black mejor de lo que entendía por qué se había dejado involucrar con Gabe Callahan. Normalmente hacía todo lo posible por no implicarse. Y, sin embargo, ahí estaba, muerto de cansancio y cubierto de polvo, anhelando un buen trago de brandy, cabalgando hacia lo que prometía ser una tormenta de las más sangrientas. ¿Y con qué propósito? Para cuidar de un rebaño de ganado.

Estúpidas bestias, las vacas. No tenían ni pizca de sentido común, ni ninguna cualidad redentora que pudiera nombrar. Entonces, ¿por qué se estaba matando a trabajar en esta maldita conducción a cambio de cincuenta de esas bestias? Una partida de azar en la ciudad, y tendría dinero suficiente para una habitación limpia, una buena comida y una mujer apasionada.

Orgullo, pensó. Tenía que ser eso. Simplemente no había otra explicación. Había aceptado la oferta de Gabe por curiosidad y por espíritu de aventura, y ahora se veía atrapado en una decisión tomada con demasiada precipitación. Nunca había sido de los que se rinden, sin importar lo que hubiera sido —o no hubiera sido—.

Al comenzar su primera vuelta alrededor del rebaño dormido, Drew empezó a cantar en voz baja: una nana escocesa que una de sus niñeras le había cantado hacía mucho, en otra vida.

Francis regresaba al campamento con su última carga de estiércol de vaca cuando vio a Drew Cameron cabalgando de vuelta hacia la manada. Se preguntó si se habría enterado de su último desastre. La vergüenza la invadió al recordar cada momento humillante.

El guiso había sido un sustituto de última hora para la cena de esa noche. El menú previsto eran frijoles, que ella había puesto al fuego en cuanto se habían detenido a media tarde, muy por delante

del rebaño. Murphy había estado ocupado haciendo pan y le había dicho que pusiera las alubias en una olla con agua.

Ella había hecho exactamente eso, contenta de que él le hubiera confiado aquella pequeña tarea. Pero entonces llegó Kane Callahan, diciendo que el rebaño iba una hora de retraso, y probó las alubias, escupiéndolas de inmediato. El joven Callahan maldijo primero a Murphy, quien luego se volvió contra ella.

—¿Qué pasa ahora? —inquirió Murphy con brusquedad, y cuando Kane le mostró el diente para que lo inspeccionara, el cocinero soltó un juramento rotundo.

Francis aún no estaba muy segura de qué había hecho mal. Murphy le había dicho que pusiera cinco libras de frijoles en una olla y ella había seguido sus instrucciones al pie de la letra.

Pero Murphy la miró fijamente con sus ojos azul pálido.

—Hijo de puta —masculló—. ¿Qué he hecho tan mal en mi vida para que un dios vengativo me haya cargado contigo?

Francis lo miró sin comprender.

—Cualquier tonto podría ver que había grava mezclada con los frijoles —continuó—. Cualquiera con un mínimo de sentido común.

Debía de seguir pareciendo desconcertada, porque el cocinero soltó otra ráfaga de palabrotas creativas y luego explicó, con visible disgusto:

—Los vendedores mezclan grava con las alubias para aumentar el peso. Siempre hay que separarla.

—No lo sabía —murmuró ella.

—Cualquier idiota lo sabe —refunfuñó Murphy con aire sombrío —. No voy a dejar que vuelvas a acercarte a este carro.

Francis habría querido que la tierra se la tragara. Nada de lo que hacía estaba bien. Nada. Intentó tragar saliva, pero un nudo de vergüenza le cerraba la garganta. Había visto algo de grava en el fondo, pero no había notado nada en las cucharadas que había

medido. Minutos después, la habían desterrado de nuevo a recoger boñigas. Al menos estaba fuera de la vista de Murphy y, con suerte, también de su mente. Se estremeció al recordar la avalancha de insultos.

Al menos aquello no había sido tan terrible como la calamidad del café. Habiendo vivido con sus padres en pensiones y hoteles, nunca había preparado café en su vida. Así que cuando Murphy le dijo que lo hiciera «lo bastante fuerte como para que flotara una herradura», se lo había tomado al pie de la letra. Tras rebuscar en los armarios y encontrar granos de café, le preguntó con cautela cuánto debía usar. Después de gruñir durante un buen rato sobre cómo cualquier tonto sabía hacer café, él le dio sus instrucciones:

—Coge medio kilo de café, mójalo bien con agua, hiérvelo al fuego durante treinta minutos, echa una herradura y, si se hunde, añade más café.

A ella no le había sonado bien, pero dudó en hacer más preguntas. Estas siempre provocaban desprecio y exasperación. Así que siguió las instrucciones —excepto lo de la herradura— sin sospechar siquiera que debía moler los granos.

Por desgracia, Callahan había sido el primero en servirse una taza. Dio un sorbo sin mirarlo. La reacción fue inmediata: lo escupió al instante y su rostro se tornó bermellón. Francis se sintió profundamente agradecida de que las palabras que murmuró entre dientes fueran incomprensibles.

Los comentarios de Murphy, sin embargo, fueron cristalinos. Había oído insultos ingeniosos en el teatro, pero nada se comparaba con el repertorio del viejo cocinero. Y aquello no era nada frente a la tormenta que desató cuando descubrió que ella había tirado su masa madre.

A Francis le había parecido —y olido— como algo en mal estado. ¿Cómo iba a saber lo que era?

Durante las tres noches siguientes la desterraron del carro de la comida, y solo ese día le habían dado otra oportunidad.

Adiós a la segunda… y a la tercera. Las había perdido. Y aun así, no entendía por qué le importaba tanto. No estaba allí para aprender a cocinar ni para agradar a nadie. Estaba allí para encontrar justicia.

Se mordió el labio, debatida entre la risa que le provocaba la exasperación de Murphy y la vergüenza por su propia ineptitud. Ojalá hubiera tenido un libro de cocina. O que Murphy le hubiera explicado algo. Pero no había sido así, y había confiado demasiado en su propio razonamiento. Cocinar, al parecer, no era uno de sus talentos.

Se dejó caer sobre un tronco seco y, pese a todo, no pudo evitarlo. Echó a reír. Aquel café había sido una aberración, y la expresión de Murphy al descubrir la desaparición de su fermento quedaría grabada para siempre en su memoria. Pura incredulidad. Horror absoluto. De no haber estado tan empeñada en quedarse, en cumplir su misión, habría seguido riendo allí mismo.

El recuerdo de su objetivo la devolvió a la seriedad. Nada había cambiado su convicción de que Callahan había contratado a un asesino para matar a su padre. Y seguía sospechando que Drew Cameron podría ser ese hombre. Pero no tenía pruebas.

Veía muy poco al escocés. Y cuando lo veía, la confundía. Cuando estaba en el campamento, la observaba con esos ojos dorados, intensos y penetrantes. Y cuando no lo hacía, decía o hacía algo amable —o que parecía amable—, lo que la desconcertaba aún más.

No quería su amabilidad. No quería hablar con él, ni que le agradara. Y desde luego no quería sentir aquel revoloteo en el estómago cada vez que lo miraba. No entendía cómo podía sentir algo agradable por un hombre que creía capaz de haber matado a su padre.

Decidió que eran precisamente esas sospechas las que le impedían ceder al impulso que la dominaba cada vez que veía a Gabe Callahan. Eso… y el hecho de que nunca estaba a solas con él.

Quería usar la pistola que guardaba en las alforjas, obligarle a confesar, incluso… matarlo si era necesario.

Ese impulso no era racional. Lo sabía. Pero cuando veía a Callahan, toda lógica desaparecía. La rabia y el dolor lo arrasaban todo. Quería hacerle daño. El mismo daño que él le había causado.

No importaba lo que ocurriera después. En esos momentos, nada le importaba. No tenía a nadie. Nada. Excepto que… si moría, perdería la oportunidad de encontrar al verdadero asesino.

Así que no. No podía enfrentarse a Callahan. Aún no. Debía esperar. Cada mañana despertaba bajo una sombra pesada y oscura. Y cada noche se dejaba caer sobre su saco de dormir prometiéndose que al día siguiente… al día siguiente encontraría respuestas sobre Drew Cameron y, entonces, justicia.

Pero entre una cosa y otra, solo podía pensar en el calor, en el cansancio, en la muerte de su padre… y en su soledad. Tan sola. Tan lejos de todo.

Basta ya, se reprendió. Al menos servía para recoger estiércol y leña. Y tal vez eso fuera lo único que mantuviera su empleo.

Cuando terminó de recoger, notó que el viento había arreciado. Le sentó bien, y se permitió abrir el abrigo y desabrocharse los primeros botones de la camisa. Había pasado todo el día sofocada bajo tantas capas. No sabía cómo soportaría semanas —quizá meses — vestida así.

Cuando emprendió el regreso, la noche ya caía. Al pasar entre la manada y la carreta, aminoró el paso al oír una voz. La reconoció al instante.

Él estaba cantando.

No conocía la canción, pero era suave, profunda. Una nana. La voz, rica y cálida, la envolvió. Permaneció inmóvil, grabando la melodía en su memoria, hasta que él se alejó y el sonido se desvaneció.

En el silencio, la confusión la invadió de nuevo. Aquel hombre volvía a desarmarla. Su sonrisa, sus palabras… y ahora su voz. Nada en él encajaba con la imagen de un asesino. Pero tampoco con la de un vaquero.

Una parte de ella quería odiarlo. Necesitaba odiarlo. Pero otra… le susurraba que no era posible. Que estaba tan solo como ella.

De pronto, en mitad de aquella vasta llanura, su propia soledad se hizo más intensa.

Maldito Drew Cameron. Maldita su sonrisa. Maldita su canción.

Se abrochó la camisa y el abrigo con brusquedad y regresó al carro de provisiones. Pero al hacerlo, notó que el cielo había perdido su última luz y que el aire se había vuelto frío. Un trueno retumbó en la distancia.

Aceleró el paso. Los vaqueros abandonaban el fuego y corrían hacia sus caballos. Truenos significaban ganado inquieto. Eso ya lo había aprendido.

Murphy apenas reparó en ella. Estaba asegurando provisiones.

—Mete esa la leña en la carreta de las provisiones.

Ella obedeció y regresó.

—¿Qué puedo hacer?

Murphy la miró de soslayo.

—Se acerca una tormenta. Una fuerte. Mantente apartada.

Francis observó los sacos de dormir abandonados y comenzó a recogerlos. Murphy asintió, aprobando en silencio, antes de volver a su tarea.

Cuando terminó, empezó a llover. El viento azotaba la lona del fuego. Murphy, a regañadientes, la retiró, y en minutos el fuego murió. La oscuridad era absoluta. El frío, repentino.

—Métete en tu carreta —ordenó—. Va a granizar. He visto granizos capaces de matar un caballo.

Pero Francis oyó al ganado inquietarse. Mugidos, relinchos, voces. Cuando Murphy corrió hacia los caballos, ella lo siguió.

En la oscuridad, alcanzaron la remuda. Will y Shorty ya trabajaban, sacando caballos y atándolos a cuerdas tensadas entre los álamos.

Se unieron a ellos sin palabras.

Uno a uno, aseguraron los animales. Y entonces, la lluvia se convirtió en hielo. El granizo golpeaba la tierra, a los caballos… y a ella.

Algunos trozos eran del tamaño de huevos de codorniz. Quiso huir, pero Murphy y los demás permanecían firmes. Ella no podía hacer menos.

Se movió entre los animales, las manos actuando por instinto. Atar, calmar, asegurar.

El miedo creció dentro de ella, pero los caballos estaban aún más aterrados y apretó los dientes y continuó.

Hasta que, tras lo que parecieron horas, los cuatro habían asegurado más de ciento cincuenta caballos y mulas.

Tras dar un suspiro de alivio, anheló la relativa comodidad y seguridad de la carreta, pero los hombres permanecían allí, recorriendo las filas de caballos atados, tratando de tranquilizarlos. Se unió a ellos, calmándolos con un toque, un susurro. Mientras tanto, el granizo caía cada vez con mayor rapidez, con más fuerza, y las piedras eran más grandes. Su sombrero y su ropa la protegían en su mayor parte, pero sentía los impactos y sabía que al día siguiente tendría aún más moretones.

Un caballo, aparentemente golpeado con fuerza en la cara, intentó encabritarse y se volvió frenético al no poder hacerlo. Se acercó al animal, susurrándole, e incluso comenzó a tararear la melodía que aún resonaba en su mente. Poco a poco, el caballo se relajó.

Un relámpago surcó el cielo, proporcionando una breve iluminación antes de que la oscuridad volviera a imponerse. Francis se quedó inmóvil, y entonces percibió un profundo retumbar, un temblor de la tierra bajo sus pies.

—¡Una estampida! —gritó Murphy—. Ponte detrás de un árbol.

El retumbar se hizo más fuerte y la tierra tembló. De repente, había ganado por todas partes, corriendo a ciegas, desviándose al encontrar los árboles. Los caballos aterrorizados se encabritaban y tiraban de las riendas. Otro rayo surcó el cielo, y bolas de hielo traqueteaban entre los troncos, marcando un ritmo metálico. Era una sinfonía de violencia, y Francis nunca había estado tan asustada en su vida.

Se aferró al delgado tronco de un árbol; el terror se apoderaba de ella mientras la enorme manada, presa del pánico, se abría como un río alrededor de las rocas, a ambos lados de la isla de árboles donde ella, los hombres y los caballos asustados se apiñaban. Rezó como no lo había hecho desde que murió su padre. Rezó por sí misma. Rezó por Drew Cameron. Rezó por todos los hombres que estaban ahí fuera, en la tormenta.

—Por favor, Dios, haz que pare… por favor, haz que pare. No dejes que ninguno de ellos resulte herido. Por favor…

Y si sus oraciones por un paso seguro se centraban más en un hombre en particular, uno con una sonrisa rápida y una voz seductora, se negaba a reconocerlo ni siquiera ante sí misma.

Se abrazó al árbol, esforzándose por ver en la oscuridad, oyendo un chapoteo repentino que indicaba que el ganado se dirigía a cruzar el arroyo. Fuertes voces masculinas, gritando por encima de la tormenta, puntuaban el sonido de los cascos a medida que se alejaban. Sin embargo, incluso después de que cesaran los chapoteos y supiera que todo el ganado estaba al otro lado del agua, la tierra seguía vibrando bajo sus pies.

Durante varios largos minutos, Francis continuó aferrada al árbol. Sus entrañas temblaban, su cuerpo entero se estremecía de la

cabeza a los pies.

—¿Two-Bits?

La voz de Murphy tenía un ligero temblor.

—E-estoy bien —respondió.

Desprendió los brazos del tronco y dio un paso vacilante, luego otro, alejándose del álamo. Los caballos seguían pisoteando nerviosamente, relinchando y tirando de sus cuerdas. Oyó la voz de Will, cantándoles suavemente.

Aun así, el granizo continuaba cayendo, más denso que nunca, y ella temblaba de desdicha. Pero sus pensamientos estaban en la llanura, junto a los vaqueros que intentaban detener la estampida. Comprendía los peligros.

—Por favor, Dios, que estén a salvo —susurró de nuevo.

—Será mejor que veamos cómo está la carreta —dijo Murphy —. Puedes estar seguro de que habrá alguien herido.

—¿Estás seguro? —preguntó Francis, esforzándose por distinguir al cocinero a través del manto de oscuridad salpicado de granizo.

—¡Maldita sea! —maldijo él—. ¡Tendremos suerte si ni siquiera un tercio de ellos sale herido o algo peor después de esto!

A Francis se le revolvió el estómago. Murphy no era un hombre que se asustara fácilmente. Siguió su sombra, una mancha oscura en una pesadilla negra y helada.

La carreta de avituallamiento había volcado, empujada por el ganado enloquecido. Murphy llamó a Shorty, dejando a Will con los caballos, y los tres intentaron enderezarla, pero fue inútil. La carreta cargada pesaba demasiado.

—Tendremos que esperar a que llegue ayuda —dijo Murphy con disgusto.

Encontró una linterna, improvisó una cubierta para evitar que la lluvia apagara la llama y la colocó como un faro delante del carro.

Entonces los tres —Murphy, Shorty y ella— se acurrucaron contra su parte inferior, buscando refugio del granizo, atentos a los cascos y a cualquier grito que anunciara una llegada.

El temblor de la tierra amainó. Francis oyó algo parecido a un trueno lejano, pero no sabía si se trataba de ganado o de un trueno real.

Tembló. No recordaba haber pasado tanto frío, y comprendió que no se debía únicamente a la temperatura o a los vientos helados. En los días que llevaba en la travesía había llegado a conocer a todos los peones por su nombre. Algunos le caían bien, otros no. Pero no quería que ninguno muriera. No así.

Pasó un siglo. Nadie habló. Al final, el granizo amainó y luego cesó, pero la lluvia continuó, cayendo en torrentes hasta que se sintió como una esponja empapada.

—¿Murphy? Murphy, maldita sea, ¿dónde estás?

La voz surgió de la oscuridad, incorpórea pero urgente.

A Francis se le subió el corazón a la garganta. Era Callahan. Estaba segura.

—¡Eh! —gritó Murphy.

Una figura oscura apareció a caballo desde el otro lado de la carreta volcada.

—¿Todo bien por aquí? —preguntó Callahan.

—El carro volcó —respondió Murphy—, pero nadie resultó herido. ¿Y la manada?

—Los detuvimos a unas tres millas al otro lado del río —informó Callahan con tono pragmático—. Tengo un hombre muerto y otros dos heridos.

Muerto. La palabra resonó en la mente de Francis y, antes de que los ecos se desvanecieran, una súplica espontánea y a medio formar ocupó su lugar. Por favor… por favor, que no sea él. Por favor…

Murphy, que estaba sentada a su lado, se levantó con rigidez.

—¿Van a venir?

—Los heridos sí. El resto se quedará ahí fuera con el ganado. No quiero moverlos ahora.

—¿Cómo están? —preguntó Murphy.

Callahan guardó silencio un instante antes de responder:

—Uno está bastante mal.

—Necesito ayuda para enderezar esta carreta —dijo Murphy, recuperando su tono práctico.

—¿El chico está bien? —preguntó Gabe.

—Está aquí. Se las ha apañado bien —respondió Murphy con brusquedad—. No ha perdido la cabeza.

Atónita ante el elogio, el orgullo luchaba con la ansiedad mientras se ponía en pie. ¿Quién estaba herido? ¿Quién? ¿De gravedad? Quería preguntar, pero no conseguía articular palabra.

Gritando a Will para que acudiera en su ayuda, Callahan desmontó y ató un extremo de su lazo a dos arcos de la carreta. El otro extremo lo fijó al cuerno de su silla de montar. Francis dio un respingo cuando él le puso las riendas de su caballo en las manos.

—Tú lleva el caballo lejos de la carreta mientras la enderezamos —le ordenó—. Y, por el amor de Dios, detente cuando te lo diga.

Asintió, consciente de que el gesto era inútil en la oscuridad, y animó al caballo, sintiendo cómo tiraba contra la carga. Habían avanzado un par de metros cuando las riendas se aflojaron al oír el grito de Callahan.

—¡Espera ahí!

Unos segundos más tarde, él apareció ante ella para recuperar las riendas.

—Buen trabajo.

Entonces Murphy la llamó:

—¡Two-Bits! Ven a ayudarme a sacar mis cosas de médico. No veo ni mi propia mano delante de la cara.

Mientras corría bajo la lluvia para ayudar, la letanía seguía girando en su mente: Por favor, Dios, por favor… que no esté muerto. Por favor.



Drew mantenía el brazo rígido mientras su caballo exhausto avanzaba lentamente hacia la carreta de provisiones. El fracaso, denso y amargo, lo acompañaba.

Otros dos hombres guiaban sus monturas junto a la suya; uno de ellos llevaba un cuerpo inerte, el otro apenas se sostenía sujeto al cuerno de la silla. El cuerpo era el de Juan; había quedado atrapado bajo las pezuñas del ganado cuando la manada giró bruscamente y arrolló a su caballo. El animal también había muerto.

Ace también había estado a punto de morir. Drew se estremeció, con las entrañas aún revueltas por lo ocurrido en la última hora. Ace había perdido su montura, pero Drew había llegado hasta él antes de que la manada principal lo pisoteara, lanzándose en picado y colgándose a medias fuera de su propia silla para alzarlo y colocarlo sobre su caballo. La pierna del hombre estaba aplastada, pero, con suerte, sobreviviría.

Aun así, Drew sentía que había fallado. Si hubiera tenido más experiencia, si hubiera anticipado la dirección de la estampida, quizá habría podido desviar al ganado, alejarlo de Juan.

Maldita sea, nunca había querido responsabilizarse de la vida de otros. De hecho, había pasado la vida evitando ese tipo de cargas. Qué ingenuo había sido al pensar que una trashumancia era poco más que una aventura.

Ahora lo sabía. Lo había aprendido a la fuerza, como siempre. En los últimos días había comprendido que una travesía así dependía del trabajo en equipo. Y aquella noche había visto con absoluta claridad el peso de esa verdad: todos eran responsables de todos. La vida de cada hombre descansaba en manos de los demás.

Y no estaba seguro de estar a la altura.

Recordó la risa burlona, las palabras que lo habían perseguido durante años. No te confiaría ni a un perro. Eres débil. Un inútil. Lárgate de mi vista.

Hasta que terminó por creerlas.

Se acomodó en la silla, intentando sujetar las riendas sin forzar el brazo. Se había hecho daño al levantar a Ace, y esperaba que fuera solo un esguince.

Una luz parpadeó en la oscuridad. Entrecerró los ojos, tratando de calcular la distancia. Al menos avanzaban en la dirección correcta. El cielo estaba tan negro que solo el rumor de la manada tras él le servía de guía. Los relámpagos habían cesado, pero la lluvia helada seguía azotando la tierra.

Al llegar al arroyo, el caballo dudó. El nivel había subido. Al cruzarlo, la corriente tiró con fuerza de sus patas.

Cuando por fin alcanzaron la carreta, Ace, que había permanecido en silencio, empezó a maldecir. Gabe estaba en la parte trasera, y junto a él se distinguía una figura delgada.

—Será mejor que crucéis la carreta y los caballos —indicó Drew —. Ese arroyo está creciendo rápido.

—En cuanto os atendamos —respondió Callahan—. Will y Shorty ya están moviendo la remuda.

—¿Vamos a hablar toda la noche? —gruñó Murphy, apareciendo de la nada.

—Ace tiene la pierna destrozada —explicó Drew.

La figura junto a Gabe —Frank— pareció tensarse, pero no dijo nada.

—¿Y tú, Scotty? —inquirió Murphy.

—No es grave. Atiendan primero a Ace.

Murphy y Gabe ayudaron al herido a bajar del caballo y lo tendieron sobre un hule.

—Trae la linterna, Two-Bits.

El muchacho se adelantó y sostuvo la luz.

—Maldita sea… —murmuró Murphy al cortar la pernera y descubrir la herida—. Poco puedo hacer. Necesita un médico. Puedo darle whisky, vendarlo… pero no basta.

Ace gimió.

—No puedo perder tiempo ni hombres —dijo Callahan con frialdad—. ¿No puedes coserlo hasta el próximo pueblo?

—Podría, pero el traqueteo lo mataría.

Callahan soltó una maldición.

—Puedo llevarlo en una camilla —intervino Drew—. No estaré en condiciones de trabajar durante una semana. San Antonio no está lejos. Puedo alcanzaros después.

Murphy negó con la cabeza.

—Hay un pueblo ganadero, Willow Springs, a unas quince millas al este. Debería haber un médico.

—Espera —dijo Gabe—. Antes de nada, revisa el brazo de Drew.

Drew se quitó el impermeable y la camisa, tiritando mientras Murphy examinaba la lesión.

—Esguince —dictaminó—. No montarás como es debido en días.

—No puede ir solo —decidió Callahan—. No con un herido y ese brazo.

Sus ojos se posaron en Two-Bits.

—Puedes prescindir del chico, ¿no?

Una leve protesta escapó del muchacho, pero fue ignorada.

—Nunca lo quise —gruñó Murphy.

—Coge un caballo de la remuda —ordenó Gabe.

—Prefiero llevar a Billy.

Callahan se encogió de hombros y miró a Drew.

—¿Te parece bien?

Drew dudó. El chico podía ser más problema que ayuda, pero entendía que la vida de Ace dependía de no ir solo.

Asintió.

—Entonces está decidido. Murphy, atiende a Ace. Luego inmoviliza el brazo de Cameron. El chico y yo prepararemos la camilla. Vamos.

Drew observó a Gabe alejarse hacia la carreta de las provisiones.

Two-Bits dudó, mirándolo con desconfianza. En la penumbra, sus ojos parecían casi negros. Drew quiso decir algo, pero el cansancio le pesaba demasiado.

—¡Two-Bits! —llamó Gabe.

El muchacho obedeció.

Drew suspiró. Aquello iba a ser un viaje largo.

Se inclinó hacia Ace, llevándole la botella de whisky a los labios mientras Murphy limpiaba la herida. El alcohol cayó sobre la carne desgarrada. El hombre gritó… y luego perdió el sentido.

—Bebe tú también —aconsejó Murphy—. Lo necesitarás. El pueblo está a un día de camino. Cuanto antes lo lleves, más

posibilidades tendrá.

Drew asintió y fue a buscar su saco y una camisa seca. Estaba empapado, helado, dolorido. No había dormido en dieciocho horas.

Y le esperaba una cabalgada interminable con un hombre al borde de la muerte… y un muchacho inexperto que, sin duda, solo le traería problemas.

La aventura, pensó, era para necios.

Capítulo 5

Willow Springs, Texas

-No quiero dejar a Ace —protestó Two-Bits—. Quiero quedarme aquí con él.

Drew se mordió la lengua para no soltar una respuesta airada y respiró hondo. Estaba más que agotado y le dolía el brazo como el demonio. Quería hablar con el médico —en privado— y luego encontrar una cama. Cualquier tipo de cama. El suelo bastaría.

De pie en la diminuta sala de espera de la consulta, reprimió su impaciencia ante la terquedad de Two-Bits.

—El médico dice que sobrevivirá y que probablemente se pueda salvar la pierna.

Deseó poder compartir el optimismo cauteloso del doctor. Sacó varias monedas pesadas de un bolsillo y se las tendió a su compañero.

—Consíguenos una habitación, dos. Estaré allí tan pronto como pueda.

Two-Bits lo miró con el ceño fruncido, las manos aún hundidas en los bolsillos. No hizo ademán de coger el dinero. Drew entrecerró los ojos y, finalmente, con un suspiro exasperado, el muchacho cedió. Asintiendo con sequedad, tomó las monedas y salió de la habitación.

Drew lo vio marcharse, con los hombros caídos, pensando que, en realidad, el chico tenía derecho a quedarse con Ace. Había sido una bendición inesperada durante el agonizante viaje de un día entero a Willow Springs: no solo había mantenido el ritmo sin

quejarse, sino que había cuidado de Ace con una amabilidad inquebrantable.

No sabía qué había esperado, pero desde luego no a ese compañero incansable y práctico que cambiaba los vendajes con una sonrisa y una destreza que parecían aliviar parte del dolor de Ace.

Esa sonrisa, sin embargo, no se había dirigido a él, y aunque Two-Bits se sentaba a hablar con Ace cada vez que descansaban, el chico tenía poco o nada que decir. Apenas alguna palabra murmurada de vez en cuando.

Con un suspiro, Drew regresó a la habitación interior donde el doctor Sanders atendía a Ace. El médico, demasiado delgado y demacrado, parecía necesitar sus propios cuidados.

—No tardes mucho —indicó Sanders—. Necesita dormir.

Drew murmuró su asentimiento mientras el médico pasaba junto a él y salía, dejándolo a solas con Ace.

El rostro del herido estaba marcado por el dolor.

—El doctor dice que volveré a caminar, pero quizá no tan bien.

Drew tomó asiento junto a la cama.

—De todos modos, tú estás siempre a caballo.

—Es cierto —admitió Ace, y parte de la ansiedad se disipó de su expresión—. Solía recoger algodón en Texas antes de la guerra. Nunca más quise volver a estar cerca del suelo.

Drew sacó un pequeño fajo de billetes.

—El señor Callahan quería que tuvieras esto.

La sorpresa iluminó el rostro de Ace mientras sus dedos repasaban el dinero. Movió los labios un instante y los ojos se le humedecieron. Luego volvió a mirar los billetes.

—¿Cuánto… hay aquí?

Drew comprendió de pronto que probablemente no sabía contar. Ni leer.

—Doscientos dólares —respondió con suavidad—. Deberían bastarte para cuatro meses o más.

Observó cómo el hombre acariciaba los billetes. Ace sacudió la cabeza contra la almohada.

—Nunca he tenido tanto. Nunca había oído que nadie hiciera algo así.

—El jefe está lleno de sorpresas —comentó Drew con una sonrisa irónica.

—Dile que le estoy muy agradecido.

—Lo haré. Ten cuidado con eso.

—Me lo sujetaré a la ropa, bien pegado a la piel —aseguró Ace con una leve sonrisa, antes de añadir con vacilación—: ¿Scotty…?

Drew alzó una ceja. Él, Ace y Juan —el extranjero, el negro y el mexicano— habían compartido lo peor de la conducción, y entre ellos se había forjado una especie de vínculo. Cuando Ace le tendió la mano, percibió lo inseguro de aquel gesto, el temor a ser rechazado.

Drew sonrió y estrechó con firmeza la mano del herido.

—Volverás a montar en un santiamén.

Ace parecía escéptico, pero devolvió el apretón con fuerza.

—Nunca olvidaré lo que hiciste. Volver a por mí de esa manera.

—Cualquiera habría hecho lo mismo —restó importancia Drew —, cualquiera de los que participaban en esa trashumancia.

Aun así, apretó su mano antes de soltarla.

Ace negó despacio.

—No, no todo el mundo lo habría hecho. Y siempre estaré en deuda contigo y con el señor Callahan.

Por dentro, Drew se removió incómodo. No le agradaba que le mostraran gratitud.

Ace suspiró.

—Tú y yo nunca llegamos a jugar al póquer juntos. Así es como me puse el apodo, ya sabes. Saqué una escalera la primera noche que llegué al rancho del señor Callahan. As alto. Era la primera vez en mi vida.

Drew ya había oído la historia, pero, sonriendo, le permitió continuar. El herido deseaba claramente alargar la conversación.

Finalmente, Drew asintió.

—Lo volverás a hacer. Ahora descansa un poco. Cuídate. Y cuando termine la trashumancia, te buscaré. Déjale un recado al médico de dónde estarás. Si alguna vez tengo un rancho, necesitaré un buen vaquero.

A Ace se le humedecieron los ojos. Asintió.

—Lo haré.

—Cuídate.

—Tú también, Scotty.

Melancólico, Drew se dirigió hacia el único hotel de la ciudad, con la mente ocupada en Ace y en su aceptación sin quejas de una vida marcada por la injusticia y la tragedia. Los demás vaqueros lo habían ignorado, aislándolo como habían hecho con Drew al principio. Pero nunca lo habían aceptado como poco a poco empezaban a aceptarlo a él. Maldita sea, estaba harto de las distinciones de clase y raza. Esa había sido una de las razones por las que se marchó de Escocia. Una de las razones por las que detestaba su título.

Al llegar al hotel, intentó apartar cualquier pensamiento que no fuera el descanso. Habría vendido su alma por un baño caliente y una cama limpia. Entre la tormenta, la estampida y dos días a caballo sin dormir, estaba más agotado que nunca. Y más confundido. Para un hombre que siempre había considerado la supervivencia y el oportunismo como virtudes, se veía cada vez más implicado en las vidas de otros.

Con una inquietud que no lograba comprender del todo, entró en el hotel y encontró a un desaliñado Two-Bits roncando en una silla. El sombrero había caído al suelo, pero la suciedad permanecía. Aun así, parecía increíblemente joven —e inocente—, con largas pestañas que cubrían esos ojos azul índigo que siempre lo miraban con cautela. El polvo y la mugre, sin embargo, velaban sus rasgos.

Maldita sea, sentía el impulso de proteger a aquel pequeño diablillo. Y cuanto más se empeñaba Frank Black en rechazar su ayuda, más crecía en él ese impulso. No se entendía en absoluto. Hacía años que había decidido que preocuparse era cosa de necios; no servía de nada y, además, dolía.

El recepcionista se había retirado, y parecía que el pequeño hotel estaba lleno. Al observar los ganchos donde colgaban las llaves, comprendió que no quedaba ninguna libre.

Se agachó y sacudió a Two-Bits, que se movió un poco antes de volver a acurrucarse. Insistió con más firmeza, y los ojos del muchacho se abrieron lentamente. Su azul estaba vidrioso por el sueño, pero al enfocar y reconocer a Drew, se abrieron de par en par.

—¿Has conseguido las habitaciones?

—Solo había una —respondió Two-Bits, rebuscando en la silla hasta encontrar la llave y tendérsela—. El recepcionista dijo que se iba a acostar, así que te esperé.

Se incorporó.

—Dormiré en la caballeriza. Ya le he dado al hombre veinticinco centavos.

—Compartiremos la habitación —decidió Drew.

Los ojos del muchacho se abrieron aún más, con algo cercano a la alarma.

—Prefiero estar solo.

Drew dudó. Two-Bits debía de estar tan exhausto como él.

—Supongo que aquí no hay baños.

Observó el rostro mugriento del chico; el suyo no estaría mejor. Llevaba dos días sin afeitarse.

Two-Bits pareció aún más inquieto ante la idea, pero enseguida se encogió de hombros.

—No necesito un baño. Todo el mundo sabe que bañarse demasiado te pone enfermo.

Drew arqueó una ceja.

—Dime, ¿cuántos serían demasiados?

Por un instante creyó ver un destello de diversión en los ojos del muchacho, pero desapareció con rapidez bajo un ceño fruncido. Two-Bits volvió a tenderle la llave, esperando que la aceptara.

—Prefiero dormir con Billy Bones que con un forastero —murmuró con tono lúgubre.

Drew suspiró. El chico mimaba a ese caballo como una madre a su primer hijo. Igual que él había mimado a Sir Arthur treinta años atrás. Se le formó un nudo en el estómago. Había pocos lazos más fuertes que el que unía a un muchacho con su caballo, especialmente si no tenía nada ni a nadie más. Y, sin embargo, ese vínculo podía convertirse en un dolor profundo, imposible de erradicar.

Así que lo dejó marchar. Nada de lo que dijera serviría de advertencia.



Francis durmió en un establo vacío junto a Billy Bones. A decir verdad, habría podido dormir en cualquier sitio. Nunca había estado tan agotada en su vida. En cuanto su cabeza tocó la paja, ni siquiera pensó en Gabe Callahan ni en el escocés. Simplemente se desplomó.

A la mañana siguiente no tuvo esa ventaja. Despertó con la luz del sol filtrándose por las grietas del edificio y se quedó tendida, recordando lo insensible que había sonado Callahan al afirmar que no quería perder tiempo mientras un hombre yacía herido, gimiendo de dolor tras haber intentado salvar su propiedad.

¿Qué sería de Ace ahora? Sin duda tardaría mucho en volver a trabajar. Si es que lo lograba. ¿Qué futuro le esperaba a un hombre lisiado, incapaz de realizar el duro trabajo que era su único sustento?

Mordiéndose el labio inferior, Francis reflexionó. La mayor parte del dinero que su padre y ella habían ahorrado —no mucho— estaba en un banco del Este. Había traído poco consigo, pero aun así probablemente era más de lo que tenía Ace. Decidió ir a ver al médico y dejarle lo que pudiera.

Se incorporó, saludó a Billy y le dio un poco de avena. Mientras se dirigía hacia la puerta, se sacudió el heno de la ropa y del cabello. Dios, cómo ansiaba un baño. Pero no se atrevía. Nadie miraba con detenimiento a la desaliñada Frank. Una Frank limpia sería otra historia.

Asintió al dueño de la caballeriza al salir y cruzó la única calle del pueblo. A mitad de la manzana encontró la casa encalada con el letrero: Doctor Charles Sanders. La puerta estaba abierta. Entró.

—¿Cómo está Ace?

El médico, un hombre alto y delgado, la observó con el ceño fruncido.

—Tan bien como puede esperarse tras haber sido pisoteado.

Francis se balanceó de un pie a otro, consciente de su aspecto. Sacó unos billetes y se los tendió.

—Quédese con sus honorarios y déle el resto.

Los labios del médico se curvaron apenas.

—Ya me han pagado. Pero se lo entregaré. No es habitual que me paguen dos veces.

Le sonrió.

—Empiezo a creer en los milagros.

Ella notó el calor subirle a las mejillas. Tal vez el escocés no era como había pensado. Ace no había sido responsabilidad suya, y aun así se había mostrado compasivo durante todo el viaje… y ahora, al parecer, había pagado al médico.

—¿Puedo verlo?

—Está dormido.

Asintió.

—Entonces me marcho. Dígale que… yo…

—Que ha preguntado por él. Lo haré.

Dudó.

—Preferiría que no dijera quién dejó el dinero. Ni siquiera a él.

—¿Y si pregunta?

Negó con la cabeza.

El médico se encogió de hombros.

—De acuerdo. Me aseguraré de que lo reciba.

—Gracias.

La palabra escapó sin pensar, y al instante se dio cuenta del error.

El doctor la miró con atención.

—¿No eres demasiado joven para una trashumancia?

—No tanto.

Algo brilló en sus ojos, como si hubiera visto más de lo que debía. Pero se limitó a decir:

—Es asunto tuyo. Ten cuidado.

No sabía a qué se refería, pero sintió la necesidad urgente de marcharse. Asintió y salió.

El escocés la esperaba en el establo. Ambos caballos estaban ensillados, y él conversaba con el mozo de cuadra. Al verla, se giró y le ofreció una sonrisa rápida.

Esa sonrisa habría derretido corazones en cualquier parte. Incluso el suyo dio un leve vuelco. Él se había lavado, afeitado y llevaba una camisa limpia. Frente a él, ella se sintió aún más desaliñada.

—Si no hubiera encontrado a Billy aquí, devorando avena —comentó él—, habría pensado que habías buscado algo más fácil que una trashumancia.

—No soy de los que se rinden —respondió ella, evitando su mirada.

—No —concedió él—. Supongo que no.

Le dolía mirarlo. Aquellos ojos dorados, la sonrisa ladeada… Maldito fuera por ser tan atractivo.

Notó cómo la observaba, cómo reparaba en el heno aún prendido a su ropa.

—¿Te gustaría darte un baño antes de partir? Hay unos baños al final de la calle.

—Ya te dije que no creo en los baños. No son saludables.

Él frunció el ceño, pareció a punto de replicar y luego desistió.

—Como quieras. Vámonos.

Montó con una facilidad que parecía innata. Francis se sintió torpe al subir a Billy.

—Relájate —indicó él mientras avanzaban—. No luches contra el caballo. Usa las piernas. Es más listo de lo que crees.

—Creo que es muy inteligente.

Él negó con la cabeza, resignado. Al dejar atrás el pueblo, volvió a intentarlo.

—¿Cuánto tiempo llevas montando?

—¿Y tú?

—Desde los tres años. Quizá antes.

Francis se sonrojó. Había elegido mal su desafío. Aun así, guardó el dato.

Quería saber más. Necesitaba saberlo. Pero temía delatarse.

—Si llevas tanto tiempo montando —prosiguió—, ¿cómo es que la primera vez que te vi estabas cayéndote de un caballo?

Él sonrió.

—¿Tenías que recordarme eso?

Ella lo miró, sin poder evitarlo. Su resistencia se deshacía con esa sonrisa. Algo cálido y extraño se agitaba en su interior.

—Subestimé a un caballo de corte —explicó él—. Quería ir a la derecha. Yo le indiqué la izquierda. Él fue a la derecha… y yo me fui a la izquierda. Sin él.

El acento escocés se acentuó con la broma, volviendo su voz cálida, casi sedosa.

Francis apartó la mirada, acurrucándose en el abrigo.

—¿Sigue llevándote la contraria?

—No. Ahora voy donde él quiere, al menos con el ganado. Sabe más que yo.

Aun así, había sido capaz de salvar a Ace. Y eso no encajaba con la imagen de un asesino.

Maldito hombre.

—¿Cómo es que trabajas para Callahan? No eres como los demás.

Él la miró de soslayo.

—¿Por qué lo dices?

Tenía demasiadas razones. Su educación, su porte, su forma de hablar…

—Simplemente no lo eres. ¿Te gusta el jefe?

Esta vez, su mirada fue más penetrante. Ella se obligó a parecer indiferente, acariciando el cuello de Billy.

—Callahan es un buen ganadero —respondió al fin.

No era una respuesta. Y él lo sabía.

Un escalofrío recorrió a Francis. Aquel hombre siempre eludía lo importante. Como su padre.

¿Qué ocultaba?

No se atrevió a presionar más. Se concentró en el camino, intentando, sin demasiado éxito, relajarse como él le había indicado.



El atardecer les pisaba los talones cuando llegaron al arroyo donde los jinetes de Callahan habían acampado la noche de la estampida. El ganado estaría aproximadamente a veinticinco millas por delante, un viaje de dos o tres días para el ganado, uno para él y Two-Bits. Tras detener su montura a la orilla del arroyo, Drew observó el agua en la luz menguante. Dos noches antes de la tormenta no era más que un hilo de agua. Ahora, aunque la lluvia había cesado el día anterior, el caudal procedente de aguas arriba había transformado el arroyo en un río de corriente rápida.

Drew había oído hablar de las crecidas repentinas a otros vaqueros. Si a eso le sumaba su propio y vívido recuerdo del granizo, la lluvia torrencial y el viento helado, sus recuerdos de Texas no serían nada favorables. Oh, tenía sus puntos a favor: vistas espectaculares, magníficas puestas de sol y una inmensidad sin igual entre todas las que había visto. Pero no era un lugar donde quisiera vivir, y decidió allí mismo que su rancho —si es que alguna vez construía uno— estaría situado en un clima más razonable, donde el terreno no fuera tan duro que el agua corriera por él como un

océano cada vez que llovía. Sí, elegiría un terreno agradable y razonable. Y Texas no lo era.

Two-Bits, que llevaba cinco millas siguiéndole los pasos, apareció junto a Billy y se detuvo a su lado. Durante varios minutos, ambos se quedaron sentados mirando el agua que tendrían que cruzar. Drew tenía intención de llegar más lejos esa noche. Gabe ya había perdido a dos hombres —Juan y Ace— y Drew sabía que no podía permitirse perder a un tercero por mucho tiempo. Pero no le gustaba el aspecto del arroyo, especialmente los escombros que se movían rápidamente por las aguas crecidas. Miró a Two-Bits.

—Podemos intentar cruzarlo ahora o esperar hasta mañana.

El muchacho se encogió en la silla de montar y frunció el ceño. Parecía un pequeño elfo, con esa complexión menuda envuelta en tanta ropa y el ridículo sombrero que le ocultaba tanto el rostro como sus pensamientos.

—Mañana podría estar peor —dijo—. ¿Sabes nadar?

El chico asintió. Drew dudó, sopesando la veracidad de la respuesta. Si el muchacho nadaba como cocinaba, podrían meterse en problemas. Luego estaba la cuestión de si Billy era lo suficientemente fuerte como para resistir la corriente, aunque Drew tenía que admitir que el caballo desaliñado tenía un aspecto mucho mejor que el de unos días antes.

—¿Estás seguro? —preguntó.

Two-Bits respondió llevando a Billy hacia la orilla. El caballo se dejó llevar sin oponer resistencia.

—Espera aquí —advirtió Drew, tomando una decisión—. Déjame cruzar primero.

Así podría juzgar lo peligroso que sería para un caballo débil y un jinete sin experiencia. Su pinto se zambulló en el agua y caminó casi todo el trayecto, nadando solo unos metros antes de recuperar el equilibrio y llegar a la orilla. Cuando él y el caballo mojado estuvieron en la otra orilla, Drew se giró y asintió a Two-Bits, quien

hizo que Billy se adentrara en el río. Drew observó cómo el caballo avanzaba con cuidado hasta la mitad del camino y luego comenzaba a nadar un trecho corto. Drew acababa de dar un suspiro de alivio cuando un tronco bajó a toda velocidad por el arroyo y golpeó la cruz del caballo.

Billy entró en pánico, y Drew vio cómo el animal perdía el rumbo. Al instante siguiente, comenzó a nadar río abajo, con su gran cuerpo equino luchando por recuperar el equilibrio. Mientras intentaba decidir qué hacer a continuación —si zambullirse y ayudar o esperar a ver si Billy y Two-Bits se las arreglaban juntos—, Drew contuvo la respiración. Two-Bits se aferró al cuello de Billy como una sanguijuela, y Drew oyó y vio al muchacho tratando de convencer a su caballo, presa del pánico, de que nadara en la dirección correcta. Pero era una batalla perdida.

Two-Bits se deslizó lentamente hacia la derecha, resbalando por el cuello de Billy, y finalmente se cayó cuando el caballo se zambulló frenéticamente en el agua. Quedó inmediatamente claro que el muchacho había vuelto a mentir: no sabía nadar ni un metro.

Drew maldijo, sin perder de vista a Two-Bits mientras saltaba de la grupa de su caballo, se quitaba de un tirón el cabestrillo del brazo derecho lesionado y se zambullía en el agua. Vio al muchacho sumergirse, luego salir a la superficie solo para volver a sumergirse, agitando los miembros. Empezó a nadar, ignorando el dolor de su brazo esguinzado. Por el rabillo del ojo, vio a Billy trepar a la orilla, pero Two-Bits estaba siendo arrastrado rápidamente río abajo por la poderosa corriente. Mientras nadaba, vio cómo las manos del muchacho intentaban agarrarse a una gran rama flotante… y fallaban. Aceleró la cadencia de sus brazadas y estaba a solo unos metros de distancia cuando perdió de vista la cabeza del muchacho, que desapareció bajo el agua turbia.

Drew nadó bajo el agua, pero, cegado por el lodo y el sedimento, solo pudo extender las manos y buscar a tientas. Notó tela, luego una mano, y tiró de ella, luchando por llegar a tierra firme. El agua estaba helada, y la ropa del chico añadía peso y

volumen, lo que dificultaba el movimiento. Su débil brazo derecho no ayudaba en absoluto. Por fin, los pies de Drew tocaron el fondo del arroyo. Con el brazo doliéndole muchísimo, logró levantar el cuerpo, ahora inerte, y lo llevó hasta la orilla. Cayendo de rodillas, dejó a Two-Bits en el suelo y le quitó el sombrero, que colgaba de una correa alrededor del cuello del chico. Frank tuvo una suerte de locos de no haberse estrangulado. Temblando y murmurando palabrotas entre dientes, Drew empezó a quitarle la ropa al chico.

Se detuvo de repente. Cuando solo le quedaban un par de capas por quitar, era evidente, incluso en el tenue resplandor del crepúsculo, que el cuerpo bajo la ropa empapada no era lo que debía ser. No era como esperaba encontrarlo. Más bien, era suave y curvilíneo. Curvilíneo de una forma muy bonita. Era, de hecho, el cuerpo de una chica.

A Drew se le quedó la boca abierta, con las manos paralizadas en los bordes abiertos de la camisa de Frank Black —la segunda capa desde la piel, por lo que podía apreciar—. Su mirada se posó en la piel. Era pálida, casi blanca bajo los últimos rayos del sol poniente, en contraste con su cuello y su rostro, que ahora estaban manchados de suciedad y algo más. Sus dedos tocaron la piel, y cuando los apartó y los miró, vio un tono marrón. ¡Tinte!

Volvió a maldecir, largo y con saña, incluso mientras estudiaba los delicados rasgos que deberían haber proclamado de forma obvia su género. Lo habrían hecho, de no ser por la suciedad siempre presente. No era de extrañar que no se bañara. Malo para la salud, sin duda. Maldita sea, siempre se había enorgullecido de ser observador, y ella lo había engañado por completo.

Pero no era momento de reflexionar sobre lo obvio. Le dio la vuelta a la delgada figura, colocándola boca abajo, y se sentó a horcajadas sobre ella, utilizando las manos para expulsar el agua de sus pulmones. La presión sobre su brazo torcido le provocaba un dolor que le recorría desde los dedos hasta los hombros, pero apretó los dientes y mantuvo un ritmo constante. Al cabo de un minuto más o menos, obtuvo su recompensa. Debajo de él, sintió que su cuerpo

se convulsionaba y, a continuación, un torrente de agua salió a borbotones de su interior. Se apartó de ella para sentarse a su lado mientras ella escupía y jadeaba.

El alivio lo inundó. Y la ira. Podría haber muerto fácilmente. Otro minuto más en el agua y no habría podido reanimarla. Ella empezó a temblar, además de jadear y escupir. Ambos estaban mojados y helados. Y, se dio cuenta, con el sol a punto de ponerse, la temperatura había bajado. Necesitaban un fuego.

Entonces él necesitó una explicación. Una muy buena.



Frío. Nunca había sentido tanto frío. Y aire. Parecía incapaz de llenarse los pulmones.

Poco a poco, con dolor, Francis recuperó la conciencia. Durante uno o dos minutos tosió y se atragantó sin entender qué había ocurrido. Pero la lucidez fue regresando, lenta, y recordó cómo había resbalado de la espalda de Billy hacia el agua.

Durante otro instante horrible, la imagen de la oscuridad arremolinándose sobre su cabeza y la imposibilidad de respirar la dominó. Pero al final, el frío que la atenazaba se impuso a todo lo demás.

Se giró de costado, gimiendo. Temblaba. Abrió los ojos. Estaba tumbada en la orilla del arroyo. No estaba completamente oscuro, apenas una penumbra semejante a la de cuando había entrado en el agua.

Billy. ¿Dónde estaba?

La preocupación le dio fuerzas. Se incorporó con esfuerzo, aún tosiendo, los dientes castañeándole, y miró a su alrededor. No vio al caballo.

Lo que sí vio, con una claridad brutal, fue que su abrigo había desaparecido. También su camisa exterior. Los botones de la de franela estaban desabrochados, y lo poco que le quedaba —una fina camisa de algodón y las tiras que le comprimían el pecho— estaba empapado y pegado a su piel.

Aspiró con rapidez, girándose. Y se encontró con la mirada de Drew Cameron.

Él estaba sentado, con la cabeza apoyada en las rodillas, observándola fijamente.

Ella sostuvo la mirada y vio como él arqueaba una ceja.

Su mente trabajaba a toda velocidad, buscando una explicación, una mentira creíble. Porque era evidente que su farsa había terminado. En cualquier momento él exigiría saber por qué se hacía pasar por un chico.

Pero no dijo nada.

Y lo prolongó tanto que ella llegó a pensar que lo hacía a propósito, que sabía perfectamente que ese mutismo era más insoportable que cualquier pregunta.

Desesperada, apartó la mirada. Había encendido un fuego, pequeño aún, débil, apenas capaz de ofrecer calor. Pero su atención volvía una y otra vez hacia él, empapado, inmóvil a su lado.

Se aclaró la garganta.

—¿Billy? —preguntó, con voz ronca.

—Consiguió cruzar.

Su tono era tranquilo. Demasiado tranquilo. Excepto que no lo estaba. Temblaba casi tanto como ella.

Entonces lo comprendió. Había sido él quien la había sacado del agua.

—¿Es tu misión en la vida ir por ahí salvando vidas?

—No —respondió, midiendo cada palabra—. De hecho, procuro evitarlo. Sobre todo cuando se trata de salvar a los tontos de sí mismos.

El golpe fue claro. Y el tono, aún más. Pero tenía derecho a estar furioso.

Él la recorrió con la mirada, deteniéndose en sus hombros temblorosos, en sus dientes castañeando. Luego se puso en pie.

—Tus cosas están empapadas —dijo—. Tengo ropa seca. Coge lo que necesites mientras traigo más leña.

Y desapareció entre los árboles. Francis lo siguió con la mirada. Dar órdenes le resultaba natural. Salvar vidas, al parecer, también.

¿Quién era?

La pregunta volvió a surgir, insistente, mientras se levantaba con torpeza. Se abrazó a sí misma y se dirigió hacia sus cosas. Él tenía razón: su saco de dormir había resistido gracias al hule.

Encontró dos camisas. Una de ellas era la que él había llevado el día anterior.

Olía a jabón.

Se quitó la ropa mojada de la parte superior y se puso la camisa. Le quedaba enorme, cayéndole por debajo de las rodillas. El tejido era suave, de buena calidad. Demasiado bueno.

¿Quién era? Un vaquero no podía permitirse algo así. ¿Un jugador? Tenía el porte. La calma engañosa. La mirada aguda. Pero ¿qué hacía entonces en una trashumancia?

¿Un pistolero? Eso encajaba mejor. La serenidad, la observación constante, la forma en que se movía… Pero todos llevaban armas.

Y aun así…No quería pensar en él como un asesino.

Quería pensar en el hombre que había arriesgado su vida por otros. ¿Podían coexistir ambas cosas? ¿Dos hombres en uno?

Con el cuerpo sacudido por los temblores, se quitó los pantalones mojados y tomó otros secos. Eran enormes. Imposibles. No podía moverse sin sujetarlos.

—Un poco grandes, diría yo.

La voz la hizo tensarse. No se volvió. Intentó dar un paso… y se enredó. Cayó. O habría caído, de no ser por el brazo que la rodeó por la cintura.

Sus manos volaron instintivamente hacia el pecho para sujetarse, soltando los pantalones, que cayeron a sus pies.

Quedó inmóvil. Vulnerable.

—¡Suéltame! —exigió, con pánico.

Él aflojó… y ella volvió a perder el equilibrio. Su brazo la sujetó de nuevo.

—Tranquila —murmuró.

Había diversión en su voz. Y eso la enfureció aún más.

Miró al suelo. Vio la leña que él había dejado caer para atraparla. Intentó liberarse de los pantalones, pero él la detuvo, sujetándole el brazo.

Luego le levantó el rostro con la mano bajo la barbilla. No tuvo más remedio que mirarlo.

Sus ojos ya no reían. Eran dorados. Intensos. Felinos. Como los de una bestia que observa a su presa, decidiendo qué hacer con ella.

Sintió, con absoluta claridad, que aquel hombre podía ser peligroso.

Intentó apartarse, pero él no la soltó. La observó de cerca. Demasiado cerca.

Después, lenta y deliberadamente, dejó que su mirada descendiera por su cuerpo, como si la despojara de la única prenda que la cubría.

Cuando volvió a sus ojos, no quedaba rastro de humor.

—Bueno, Frank Black —dijo—. ¿Quién y qué eres exactamente?

Capítulo 6

Drew esperó una respuesta. Al no recibirla de inmediato, la instó un poco.

—Empecemos por un nombre.

—Me llamo Frank… Francis —dijo la mujer lentamente.

Y era una mujer. No una niña, como había creído al principio. Ella le sostuvo la mirada directamente —por primera vez, si no recordaba mal—. Quizá había comprendido que, si le permitía observarla el tiempo suficiente, él vería más allá de la suciedad.

Y tenía razón. Estaba viendo demasiado.

Aunque no la habría llamado hermosa, no en el sentido de las damas elegantes que había conocido, poseía un encanto y un atractivo que le llegaban directamente al corazón. El agua había arrastrado gran parte de la mugre, y su piel se mostraba casi impecable. Su pelo corto y oscuro se pegaba a la cara en mechones húmedos y rizados, enmarcando unos grandes ojos azul oscuro. Y esos ojos eran extraordinarios. Brillaban con intensidad, como el cielo del crepúsculo sobre ellos, salpicado de las primeras estrellas de la noche.

Francis. El nombre le sentaba mucho mejor que Frank.

Se le ocurrió que la gente veía lo que esperaba ver. De otro modo, nunca habría sido tan ciego como para no reconocer lo que tenía delante. La había tomado por un chico porque nada le había impulsado a mirar más allá del sombrero, de la ropa desaliñada, del cabello corto y la indumentaria masculina.

Aun así, siempre se había considerado más observador que la mayoría. Que una muchacha menuda hubiera logrado engañarlo le irritaba, aunque, en cierto modo, también le divertía.

Pero ¿por qué el disfraz?

Ella se estremeció, y él comprendió que sus preguntas tendrían que esperar.

—Voy a buscar más leña —dijo—. ¿Puedes mantener el fuego encendido?

Ella asintió.

Él dudó.

—¿Como cocinas y nadas?

Ella sonrió de repente, y él quedó cautivado. No la había visto sonreír antes, y aquello la transformaba por completo. Todo su rostro participaba: la nariz se arrugaba, las comisuras de los ojos se marcaban y aparecían hoyuelos en sus mejillas.

—Me encargué de los fuegos para Murphy sin quemar el carro —se defendió.

Pero había un matiz irónico, y Drew sospechó que la tarea no había salido del todo bien. Aun así, vaciló.

—De verdad que puedo —insistió ella—. Tienes que cambiarte de ropa antes de que te dé una neumonía.

Hizo una breve pausa, fijando en él sus enormes ojos.

—Gracias por venir a buscarme.

—¿Pensabas que no lo haría? —replicó él con brusquedad—. Pero ¿por qué demonios me dijiste que sabías nadar?

Ella se encogió de hombros con un gesto desganado.

—Sabía que querías volver. No quería retrasarte.

—No vuelvas a hacer eso nunca más —la advirtió—. No me mientas cuando te haga una pregunta.

Su aspecto, allí de pie con poco más que la camisa, apenas mitigaba su enfado. Odiaba las mentiras. Toda su infancia —tal como había sido— se había construido sobre una, y casi lo había destruido.

—Pensé que habías aprendido esa lección con Murphy.

Sus ojos se oscurecieron, y tuvo la decencia de ruborizarse.

Decidiendo dejarla con aquel pensamiento, se dirigió a su saco de dormir y rebuscó una camisa seca. Los únicos pantalones que no estaban empapados eran los que ella había intentado ponerse. Los vio en el suelo, donde los había dejado.

Al notar su mirada, ella se agachó, los recogió y se los lanzó.

—Puedes quedártelos —dijo con una tímida sonrisa—. No me quedan bien.

Apenas atendió a sus palabras. Su mente seguía atrapada en lo que había visto cuando ella se inclinó. Sus piernas eran hermosas, su figura esbelta y firme. La tela húmeda de la camisa se adhería a unas curvas que jamás habría imaginado.

Había conocido a mujeres deslumbrantes, se había acostado con más de una, pero ninguna poseía el encanto de aquel duendecillo medio ahogado. ¿Era solo abstinencia? No había estado con una mujer desde que abandonó Escocia. Pero temía que no fuera únicamente deseo lo que ahora lo consumía.

Suspirando, tomó la ropa y se apartó hacia la escasa intimidad que ofrecía un álamo. Se vistió con rapidez, preguntándose si la ropa fría y húmeda no le vendría mejor. A su sangre le habría sentado bien un poco de frío.

Buscó leña durante varios minutos, necesitando ese tiempo para calmarse, para contener el ardor que se había instalado en su interior. Quería respuestas, y necesitaría la mente clara para arrancárselas a aquella pequeña embustera. Era una buena actriz… y una mentirosa, se recordó. Y sus instintos ya le habían fallado estrepitosamente con ella.

Repitiéndose aquello, regresó al fuego, que ella avivaba con dificultad. Estaba acurrucada junto a las llamas, intentando absorber el escaso calor.

Tras añadir más leña, se sentó a su lado. Ella lo miró con una especie de presunción encantadora, los pechos moviéndose bajo la tela. A la luz temblorosa del fuego y bajo el cielo estrellado, resultaba hechizante, como un duendecillo salido de una leyenda celta.

Debería haber sabido que aquellos ojos no podían pertenecer a un muchacho. Eran demasiado hermosos.

Más que eso, había algo en su profundidad que lo hacía sentirse vivo, con los sentidos en alerta, expectantes.

—Francis —murmuró—. Un nombre poco común.

La vio tensarse, encogiéndose ligeramente. No respondió.

—Muy poco común para una ayudante de cocina —continuó.

—Las apariencias engañan —replicó ella—. Mírate a ti, por ejemplo. Tampoco creo que seas exactamente lo que pareces.

Era perspicaz.

—Pero no creo haber dejado ninguna duda sobre mi sexo —respondió él.

Un leve ceño apareció en su frente, y se abrazó a sí misma en un gesto defensivo. Él casi podía percibir el torbellino de pensamientos, las explicaciones que trataba de construir.

Ella apartó la mirada hacia el fuego, y él supo que había acertado.

—Estoy huyendo de alguien —dijo por fin.

—¿Por qué?

Vaciló.

—Él… me busca. —Titubeó—. Me seguía a todas partes. Pensé que podría despistarlo en esta ruta de ganado.

—¿Quién es él?

—No puedo decírtelo.

—Vas a tener que darme algo más que eso, Francis —repuso con suavidad engañosa—. O me lo cuentas a mí, o se lo cuentas al señor Callahan.

Ella palideció y se apartó como si hubiera recibido un golpe.

—No me dejaría quedarme —dijo con desesperación.

—Probablemente no.

Lo miró suplicante.

—Por favor, no se lo digas.

—¿Por qué?

—No tendré ningún sitio adonde ir.

Drew percibió una chispa de verdad en sus palabras. Solo una chispa.

—¿Quién te persigue?

Sus ojos se velaron. Durante un instante creyó que guardaría silencio. Temblando, arrojó un trozo de leña al fuego.

—Un hombre —dijo al fin—. Él y mi… padre concertaron un matrimonio.

Sus labios temblaban, también sus manos. La desesperación impregnaba su voz. Pero los matrimonios concertados pertenecían al pasado; una mujer podía negarse.

Debió de reflejar escepticismo, porque ella continuó, torpemente, como quien revela una verdad incómoda… o inventa una mentira.

—Yo… me negué —susurró—. Era mucho mayor que yo… y despiadado. Juró que si no podía tenerme, nadie lo haría.

Las lágrimas empañaron sus ojos.

—Alguien intentó ayudarme a salir de San Luis… pero lo atacaron, casi lo matan. Todos los que han intentado ayudarme…

Se interrumpió.

Las alarmas resonaron en la mente de Drew. Una parte de él —ese nuevo instinto protector que parecía haber adquirido sin querer— deseaba abrazarla, asegurarle que nadie le haría daño mientras él estuviera cerca. Sentía el impulso en las manos, en los brazos.

Pero otra parte, más fuerte, más curtida por años de supervivencia, lo contuvo. Algo en su historia no encajaba. Sí, estaba desesperada. Sí, tenía miedo. Pero el resto… era difícil de creer.

—Contrató detectives —prosiguió ella—. Pensé que podría despistarlo en esta ruta. Nunca se les ocurriría buscar a un chico.

A la luz del fuego, su rostro parecía sincero.

—No se lo digas al señor Callahan.

—¿Por qué no? —replicó—. Creo que ayudaría a una damisela en apuros.

—He leído sobre las travesías de ganado —dijo ella, apretando las manos—. No se admiten mujeres.

En eso tenía razón. Gabe la enviaría de vuelta al primer pueblo en cuanto descubriera quién era. Y con esos ojos… sería fácil reconocerla.

—No me gustan los mentirosos —dijo él con frialdad, tratando de marcar distancia.

Cada vez que la miraba, su cuerpo reaccionaba con una intensidad que no le gustaba.

Ella se mordió el labio, pero sostuvo su mirada.

—No tuve otra opción.

—¿Quién es ese hombre?

—Un banquero de San Luis. Mi padre tenía éxito, pero su negocio quebró. Debe… mucho dinero.

Drew arqueó una ceja.

—¿Y estaba dispuesto a vender a su hija?

Algo brilló en sus ojos. ¿Ira? ¿Negación? Esta vez apartó la mirada y guardó silencio.

Drew suspiró. ¿Qué clase de desesperación llevaba a una joven a cortarse el pelo, disfrazarse y soportar las penurias de una conducción de ganado? Dudaba de los detalles, pero no de su miedo.

Y algunas partes explicaban su torpeza en la cocina. Muchas damas acomodadas apenas sabían algo más que dar órdenes.

—¿No se lo dirás al señor Callahan? —preguntó ella, con la voz temblorosa.

—No estoy seguro —respondió—. Tiene derecho a saberlo. Si te ocurre algo…

Se interrumpió, encogiéndose de hombros.

Ella se irguió, desafiante.

—Puede que no sepa cocinar bien, pero sé valerme por mí misma.

—Ah, sí —replicó él con tono arrastrado—. Ya lo he visto. Igual que al cruzar el arroyo.

Ella lo fulminó con la mirada, y él no pudo evitar sonreír. Su ceño se acentuó… pero sus labios comenzaron a curvarse. Primero apenas, luego más, hasta que una sonrisa traviesa y seductora iluminó su rostro.

Capítulo 7

Drew se despertó con el sonido de un llanto. Un sonido suave y desgarrador. Luchó por salir del aturdimiento y se concentró en su entorno. La noche aún dominaba el cielo, aunque por el este un atisbo de amanecer asomaba en el horizonte y las estrellas comenzaban a desvanecerse.

Al girar la cabeza, vio la silueta de Francis, revolviéndose como si se defendiera de un atacante. Mezcladas con sus gemidos, oía fragmentos de palabras murmuradas.

—No, padre. No. Es un error…

Luego, un largo y agonizante:

—Noooooooooo…

La desesperación y la angustia de sus palabras le desgarraron el corazón. Girándose sobre su costado, se acercó rápidamente a ella. La manta se había deslizado durante sus sacudidas, y la camisa que llevaba estaba enredada alrededor de su cintura, dejándola casi desnuda. Alcanzó a vislumbrar una esbelta perfección antes de cubrirla. Luego, tomándola por los hombros, la sacudió con suavidad.

—Francis —murmuró—. Despierta.

Ella se sobresaltó, su cuerpo se tensó, y luego abrió los ojos de golpe. Inspiró bruscamente y lo miró sin reconocerlo.

—Francis —repitió él.

Sus ojos perdieron parte de su confusión y comenzaron a enfocarse en él. Drew reparó en el rastro de lágrimas en su rostro, en el brillo húmedo de sus ojos.

—No pasa nada —dijo, torpe, poco habituado a consolar—. Estás a salvo.

Parpadeó varias veces, y por fin el aire contenido salió de sus pulmones en un leve gemido. Intentó incorporarse, lo miró y luego bajó la vista hacia su propio cuerpo, como si de pronto advirtiera lo poco que la cubría. Varios de los botones superiores de la camisa se habían soltado, dejando al descubierto parte de su piel, que en la penumbra del amanecer parecía aún más clara.

Se apresuró a abrocharlos antes de mirarlo.

—Debí de haber tenido una pesadilla.

—Sí —respondió él—. Creo que sí. Mencionaste a tu padre.

No podía ver con claridad su expresión, pero su voz se volvió cautelosa.

—¿Dije algo más?

Él se encogió de hombros.

—Algo sobre un error. Nada más.

Guardó silencio un instante.

—Siento haberte despertado.

Drew deseó que su mirada no se desviara hacia el suave contorno de sus pechos, ni que su memoria regresara a la imagen de su cuerpo casi desnudo. Apartó la vista.

—No pasa nada.

La oyó contener la respiración, notó cómo su pecho se elevaba bruscamente. Su corazón latía con fuerza, y supo que debía apartar la mirada. Pero no pudo. Se sentía tan fuera de control como un muchacho.

Le tomó la mano, envolviéndola con la suya.

—¿Francis? —susurró.

Y entonces ella volvió a estar entre sus brazos, aunque él no sabría decir quién dio el primer paso.

Al diablo con todo, pero la deseaba. Y también sabía que aquello lo llevaría a la perdición si no se detenía. Su mente intentó imponerse: había tenido una pesadilla, estaba asustada, necesitaba consuelo, no deseo. Pero su cuerpo ignoró toda lógica. Era demasiado fácil, demasiado natural tenerla contra él.

Y justo cuando empezaba a acostumbrarse a esa cercanía, cuando la luz del amanecer comenzaba a filtrarse, ella alzó la vista y lo estudió con atención.

—¿Quién eres?

La pregunta lo tomó por sorpresa, pero fingió no entender.

—Ya lo sabes.

—No me refiero a tu nombre —replicó ella, con un leve reproche—. Y no me digas que eres un vaquero cualquiera. Porque no lo eres.

—No hay vaqueros cualquiera.

—Pero tú eres más extraordinario que cualquiera de ellos —insistió.

Le costó un esfuerzo enorme no besarla.

—¿Lo soy?

Ella frunció el ceño.

—¿A qué te dedicabas antes de venir a esta ruta?

—Era jugador. Soy jugador —se corrigió.

Su expresión cambió a un interés evidente.

—¿Uno bueno?

—Muy bueno.

—Entonces, ¿por qué…?

No respondió de inmediato. No pensaba darle nada gratis. Además, le divertía observarla.

—¿Por qué qué?

La mirada fulminante regresó.

—¿Por qué estás en esta ruta de ganado?

—Ya me lo has preguntado antes.

—Y no me respondiste.

—¿No lo hice?

Si las miradas mataran, ya estaría enterrado.

—Sabes muy bien que no lo hiciste —replicó, para luego ruborizarse por el tono.

Drew percibió la contradicción: había sido educada como una dama, y no estaba acostumbrada a perder los modales.

Decidió concederle algo.

—Estaba aburrido.

Era, en parte, cierto. No pensaba revelar más.

Ella lo observó con atención. En la luz suave del amanecer, sus ojos brillaban con una inteligencia viva. Siempre le habían atraído las mujeres inteligentes. Pero también le gustaban las sinceras.

—El aburrimiento no parece una razón muy buena para…

Se detuvo.

—¿Para qué, Francis?

Ella bajó la mirada.

—…hacer algo tan peligroso.

Drew rió.

—No eres precisamente quien para hablar de peligro. Al menos yo no me habría unido a una conducción de ganado como ayudante de cocina sin saber montar a caballo ni preparar café.

—Sí, lo habrías hecho —replicó.

Aquella respuesta lo sacudió. Tenía razón.

—Yo reconozco mis limitaciones —respondió.

Simplemente no les hacía caso.

Ella sonreía con triunfo, como si le hubiera leído el pensamiento.

—¿Cuáles son?

—¿Cuáles son qué?

—Tus limitaciones. No creía que tuvieras ninguna.

Maldita fuera. Sabía jugar.

—Prefiero oír las tuyas.

—Ya las conoces —dijo—. No sé nadar… ni cocinar.

—¿No te parece extraño?

—No lo sé. ¿Lo es?

Drew rió entre dientes. Cada instante le resultaba más agradable, aunque una parte de él le advertía. Pero el peligro siempre le había atraído. Y envuelto en belleza, aún más.

Sus miradas se encontraron. La tensión entre ambos chisporroteó, como electricidad contenida.

—Pensaba que todas las mujeres sabían algo de cocina.

—Pensaba que todo vaquero sabía montar a caballo.

Ella había dado en el blanco. Siempre se había enorgullecido de su destreza como jinete.

—Al menos yo había montado antes de unirme a una conducción de ganado.

Ella se sonrojó.

—Tienes razón —admitió—. Fue bastante… optimista por mi parte. Parecía fácil.

Drew volvió el rostro para ocultar su sonrisa.

—Lo hiciste bien tras la estampida. Y con Ace.

—Me cae bien —dijo ella en voz baja.

A él le gustó cómo lo dijo. Sin fingimiento.

—Es un buen hombre —respondió—. Lo que pasó fue mala suerte.

Ella bajó la mirada.

—Podría haber sido peor si tú no hubieras estado allí.

Drew se removió incómodo.

—Es el trabajo.

—Podrías hacer lo que quisieras —insistió ella, regresando al tema.

—Soy apto para muy pocas cosas —replicó—. Mis habilidades se limitan, en gran parte, al juego. Si no quiero eso, tengo pocas opciones.

Ella negó con la cabeza.

—Podrías conseguir cualquier trabajo con tu formación.

Él alzó una ceja.

—¿Y qué sabes tú de mi formación?

—Es buena —respondió con calma—. Supongo que universidad.

Drew soltó una risa breve.

—Me la pasé bebiendo.

Había en su tono una mezcla de diversión y un leve resentimiento ante la precisión de sus deducciones.

—Y es evidente que tienes buena cuna.

Drew volvió a reír.

—Todo el mundo tiene buena cuna, muchacha. O no estarían aquí.

Ella frunció los labios, pensativa.

—No me refería a eso.

—¿Y a qué te referías?

—A tus modales. A tu forma de andar y de hablar. Irradias… confianza y riqueza.

—¿Y la riqueza equivale a buena cuna?

Ella apretó la mandíbula, y sus ojos azules se tornaron turbulentos… y enfadados. Él se burlaba de ella, igual que se había burlado de sí mismo durante los últimos veinte años.

—Obviamente no —replicó ella con tono ácido—. Pero aún no has respondido porqué estás en este trabajo.

—Es una aventura —explicó, intentando disipar la repentina tensión entre ambos—. Una oportunidad de ver el Oeste de una forma que pocos tienen.

Era otra parte de la verdad, pero no logró evitar el sarcasmo mordaz en su tono.

—¿No sabes, muchacha, que los escoceses sienten una fascinación inquebrantable por todo lo americano?

Ella frunció el ceño, claramente desconcertada.

—¿Por qué?

—Porque nosotros somos antiguos y tú eres nueva. Nosotros hemos perdido nuestra oportunidad, y tú tienes la tuya por delante. Los ingleses nos han arrebatado nuestra tierra y consideran la independencia un defecto. Tú la consideras una virtud.

Fue un discurso bastante pomposo, y él disfrutó pronunciándolo, desviando una vez más las preguntas personales que no deseaba responder.

Lanzó una rápida mirada al cielo. El negro de la noche se había suavizado en un gris tenue. El sol no tardaría en asomar por el horizonte.

Bajó la vista hacia su mano. Seguía entrelazada con la de Francis. Con un gesto cortés aprendido en la infancia, se llevó los dedos de ella a los labios y los besó, demorándose más de lo que habría debido. Quería hacer más.

Maldiciéndose por aquel impulso impropio de un caballero, espetó:

—Será mejor que nos pongamos en marcha temprano.

Y, con eso, se puso en pie.

Ella vaciló, mirándolo con aquellos ojos endiabladamente deliciosos. Sus largas pestañas, negras como el azabache, acentuaban su aire de vulnerabilidad. A regañadientes, soltó la mano que había sostenido con la derecha. El brazo aún le dolía y no podía cargar peso.

Le ofreció entonces la izquierda y la ayudó a incorporarse, alzándola sin esfuerzo. Francis Black pesaba poco más que una pluma. Parecía tan condenadamente vulnerable…

De pronto pensó en su cuñado y en su hermana. Si ella realmente estaba en apuros, Ethan podría ayudarla.

—Tengo un amigo —dijo con lentitud— que es abogado en Denver. Fue alguacil federal. Él te ayudará. Puedes confiar en él por completo.

—¿Un alguacil? —repitió ella en voz baja.

—Puedes tomar una diligencia en el pueblo de al lado —añadió él—. Tengo suficiente dinero…

—No —cortó ella con sequedad.

Luego, como si advirtiera la dureza de su rechazo, añadió:

—Gracias, pero… no… no puedo confiar en nadie. No conoces… a ese hombre.

Drew sintió que sus sospechas resurgían al percibir algo furtivo en la mirada de ella. Francis pareció encogerse sobre sí misma y apartó los ojos. En ese instante, lo supo con certeza: había mentido. Al menos una parte de su historia era falsa.

Sin embargo, ¿qué podía ser tan importante —o tan peligroso — como para que una mujer hermosa se ocultara bajo aquella ropa holgada y se cortara el cabello? ¿Qué podía ser tan grave como para obligarla a soportar los peligros y las penurias de una travesía con el ganado?

—¿Seguirás cumpliendo tu promesa? —preguntó ella con cautela.

No debería. Sabía que no debería. Y, sin embargo, no lograba convencerse de que hubiese mentido con una intención maliciosa. Guardaría silencio por el momento, pero la mantendría vigilada. Demonios, la vigilaría de todos modos, ahora que sabía lo que se ocultaba bajo la suciedad.

—Como dije anoche —respondió—, por ahora no diré nada. No prometo más que eso.

Ella se mordió el labio un instante, como si fuera a decir algo, pero él apoyó un dedo sobre sus labios para detenerla.

—Y si m entero de que mientes… sobre algo importante — añadió en voz baja—, descubrirás que no soy ningún caballero.

Ella no se inmutó, lo cual había que reconocerle.

Aun así, mientras se apartaba, él no pudo evitar preguntarse si el estafador había terminado siendo estafado.

Se acercó a examinar la ropa esparcida entre los arbustos y las ramas. No estaba del todo seca, pero no se encontraba de humor para mostrarse más caballeroso de lo que ya había sido.

—Quiero irme en unos minutos —indicó con frialdad—. ¿Puedes estar lista?

—Sí.

Su voz era tranquila, pero firme. La mayoría de las mujeres habría necesitado horas, pero él jamás había conocido a alguien como Francis.

No, Frank. Frank Black.

Tendría que acostumbrarse de nuevo a ese nombre.



El día transcurrió con incomodidad para Francis. Había poco tiempo para conversar y, aunque lo hubiera habido, el escocés dejó claro que no quería saber nada de eso.

Por extraño que pareciera, Francis sintió que había perdido a un amigo. Al rechazar lo que parecía una oferta completamente desinteresada —dinero y una recomendación a su amigo exalguacil en Denver—, había despertado sus sospechas. ¿O había sido simplemente una prueba por su parte? Una en la que había suspendido.

Los dolores y moratones del largo viaje hacían que cada kilómetro fuera también un suplicio físico, pero podía soportarlo. Le resultaba más difícil vivir con sus mentiras que con el distanciamiento de Drew Cameron.

Intentó convencerse de nuevo de que estaba interpretando un papel, tal y como había hecho tantas veces en el escenario. Pero cada vez que veía los fríos ojos dorados y la sonrisa sarcástica del escocés, se encogía por dentro. Se encogía aún más al recordar las veces que él, más o menos, la había llamado mentirosa.

Quería soltar sus sospechas sobre Gabe Callahan, decir que había mentido por una buena razón, pero aún había demasiadas cosas que desconocía.

No sabía hasta qué punto el escocés estaba involucrado con el hombre al que sospechaba de haber matado a su padre. Y, aunque

ahora estaba segura de que Cameron no podía haber sido el tirador, no estaba segura de si él sabía o no que el tiroteo había tenido lugar.

¿Podría un hombre que salvó una vida tolerar que se quitara otra?

No lo creía. Y, desde lo más profundo de su ser, no quería creerlo de él. Pero, por otra parte, él también era experto en interpretar papeles. ¿No indicaba eso que tenía algo que ocultar?

¿Y qué hay de Gabe Callahan? Sabía con total certeza que él tenía algo que ocultar, que lo había estado ocultando durante veinticinco años. Mientras reflexionaba sobre las razones del viaje en el que se había embarcado, recordó las últimas palabras de su padre y las de su carta.

Había estado tan clara, tan segura, de que al dejarle la carta, indicándole que la leyera junto con el artículo sobre Callahan, le estaba diciendo que Callahan era el responsable de su muerte. Seguía estando segura. Pero no tan segura como antes.

De alguna manera, en los últimos tres días, había sucedido algo que había creado pequeñas y molestas dudas. Quizás había sido la tormenta o el chapuzón en el arroyo; en ambos casos se había sentido aterrorizada y convencida de que la muerte era inminente.

Más probable, pensó, que la ardiente oleada de sensaciones provocada por el beso de Drew Cameron la noche anterior la hubiera sacudido por fin del estado de ensueño en el que había vivido desde la muerte de su padre. Porque ahora comprendía que se había quedado paralizada, suspendida en el tiempo en el instante en que vio a su padre llevarse la mano al pecho y caer. En su interior solo había dolor, miedo y rabia. Desde entonces, se había dejado arrastrar —y tal vez cegar— por ellos.

Pero ya no. La pasión del escocés, si no había logrado nada más, la había despertado. La había devuelto a la vida. A sentir. El dolor, la ira —y la soledad— seguían ahí. Pero ya no la dominaban.

Y con esa nueva claridad, comprendió que no podía simplemente acercarse y disparar a Gabe Callahan. Podría haberlo hecho una semana antes, si hubiera tenido la oportunidad, si algo hubiera encendido su rabia lo suficiente. Y dio gracias a Dios de que no hubiera ocurrido. Porque ella no era una asesina.

Pero si no iba a matarlo, seguía sintiéndose obligada a llevarlo ante la justicia. De alguna manera tenía que encontrar la forma de demostrar que él había ordenado el asesinato de su padre. De alguna manera…

Francis pasó buena parte del día buscando en su mente formas de reunir pruebas contra Callahan. Parecía imposible. Dudaba que llevase consigo una confesión firmada en plena trashumancia. Finalmente, comprendió que solo estaba volviéndose loca y se obligó a apartar esos pensamientos, a refugiarse en los recuerdos de tiempos mejores.

Pensó en sus padres. Su madre había sido muy hermosa, mucho más que ella. Francis había heredado la boca ancha y la barbilla obstinada de su padre, pero su madre le había enseñado a sacar lo mejor de sí misma. Evelyn Barton se revolvería en su tumba si la viera ahora, con esa ropa sucia y ese pelo cortado sin gracia. Aunque, pensándolo bien, quizá le guiñaría un ojo. Sin duda habría sonreído con dulzura ante las desventuras de su hija convertida en un piojo.

Francis sonrió al recordarla, al evocar su calidez, su mente abierta.

También recordaba cómo se miraban sus padres. Su padre contemplaba a su madre como si fuera la única mujer en la tierra. Cuando ella murió, dos años atrás, una parte de él murió también. Nunca volvió a ver en sus ojos el mismo brillo, ni a oír en su voz la misma risa.

Francis siempre había deseado un amor así. Se había preguntado si alguna vez encontraría un matrimonio tan pleno. Pero

ahora el final ensombrecía todo, y dudaba si la dicha compensaba el dolor.

No tenía a nadie a quien preguntárselo.

La emoción le oprimió la garganta y le nubló la vista. Alzó los ojos hacia la espalda recta de Drew Cameron, que cabalgaba delante de ella. ¿La traicionaría ante Callahan? ¿O guardaría su secreto, como había prometido? La duda la acompañó durante las últimas horas de aquel día interminable.

Supieron que se acercaban al rebaño por la frescura de las boñigas. Al fin divisó el ganado a lo lejos y oyó sus mugidos suaves mientras pastaban. Siguió al escocés bordeando la manada; ambos avanzaban despacio para no alterarla. Se dirigieron directamente hacia la carreta de la comida, donde encontraron a Callahan sorbiendo café y a Murphy removiendo una olla de judías.

Ambos alzaron la vista al verlos llegar. Ni el gesto severo de Callahan ni el de Murphy cambiaron.

—Pensé que te quedarías en la ciudad —gruñó el cocinero, mirándola directamente.

—No querríamos decepcionarte —respondió el escocés, con su marcado acento.

Las comisuras de los labios de Callahan se tensaron apenas, pero sus ojos permanecieron fríos.

—Has tardado bastante —dijo, volviéndose hacia Drew—. Sabes que estamos justos de hombres. Coge un caballo fresco. Te toca el turno nocturno.

Drew sonrió levemente.

—Sí, señor.

Y se dirigió a la remuda sin añadir nada más.

Frank se indignó por él. Solo habían comido dos veces en todo el día, apenas galletas y carne seca. No habían probado el café. Y Cameron llevaba casi doce horas a caballo.

Que Callahan ni siquiera preguntara por Ace la enfureció aún más. Aquello reforzó su convicción de que era un hombre capaz de matar sin remordimientos.

—Murphy necesita ayuda —dijo, girándose—. ¿No quieres saber nada de Ace?

Callahan se detuvo y la miró.

—¿Para qué? No hay nada más que pueda hacer.

Frank desmontó para encararlo. Sabía que debía callar, pero estaba cansada, dolida, y necesitaba descargar su furia.

—Puede que quede lisiado de por vida.

La respuesta fue seca.

—Ese es el riesgo de una travesía. Todos lo saben. Y ahora tú también. Puedes marcharte cuando quieras.

Se dio la vuelta, ensilló y montó, y abandonó el campamento.

—Maldito joven tonto. Debería haberse quedado en la ciudad —murmuró Murphy mientras volvía a la carreta.

Las palabras estaban destinadas a ser oídas, y Francis frunció el ceño.

No iban a librarse de ella tan fácilmente.

—¿Qué quieres que haga? —preguntó, siguiéndolo.

—¿De verdad quieres saberlo?

Ella lo miró, con los ojos empañados por la frustración.

El gesto de Murphy se suavizó.

—No es tan malo, chico. Lo hiciste bien la otra noche. Quizá no seas un caso perdido.

—¿La otra noche?

—Durante la tormenta. Cuando ayudaste con los caballos y la carreta y no perdiste la cabeza. Puede que tengas futuro. Obsérvame y quizá aprendas algo.

Dudoso o no, aquel elogio le quitó un peso de encima. Sintió un orgullo más profundo que el de cualquier actuación en el escenario. Murphy era un público mucho más exigente que cualquiera al que hubiera enfrentado.

—¿Quieres intentar cocinar esas judías otra vez? —preguntó él —. Vamos a necesitar otra tanda para los jinetes nocturnos.

Lo haría. Asintió. Drew Cameron estaría entre ellos. Le demostraría lo que era capaz de hacer.

—Pero no te voy a dejar acercarte a mi masa madre —añadió Murphy con tono amenazador.

Francis no pudo evitar sonreír.

Él la fulminó con la mirada.

Pero ella creyó ver un destello en sus ojos.



Gabe Callahan cabalgaba por el perímetro del ganado, repitiéndose que estaba allí para vigilar a los pastores nocturnos. La verdad era otra: necesitaba alejarse de la mirada acusadora del chico. Aquellos ojos lo habían atravesado, como si le escudriñaran el alma y la hallaran en falta.

Joder, el chico había dado en el clavo… aunque ignoraba hasta qué punto. Frank Black, sin duda, lo creía insensible por no haber preguntado por Ace, pero Gabe cargaba con culpas mucho más graves.

No le había confesado que sí sufría por Ace, que le había dado cuanto había podido, pero que no habría soportado saberlo mutilado… o muerto. Aquella era su quinta ruta de traslado, y había perdido a más vaqueros de los que quería recordar: en ríos traicioneros, a manos de cuatreros, de indios, en estampidas. Había aprendido a hacer lo posible y luego intentar olvidarlos. Nunca lo

lograba del todo, pero lo intentaba con todas sus fuerzas. De lo contrario, jamás volvería a dirigir otra ruta.

Pero, Dios… los ojos azules de aquel chico no le daban tregua.

Espoleó el caballo hasta ponerlo al trote, en busca de Drew Cameron. Tal vez no había sido justo enviarlo, pero necesitaba hablar con él a solas, y estaba seguro de que no podría hacerlo cerca de la carreta de la cocina.

Lo encontró al final de la manada. La mayor parte del ganado ya había terminado de pastar y descansaba echado para pasar la noche. Todo parecía en calma. Drew se recostaba en la silla, tarareando una melodía, como hacían tantos vaqueros en la quietud nocturna.

Al acercarse al escocés, lo llamó:

—¿Drew?

Drew asintió con cansancio.

—Se pondrá bien. El médico cree que podrá salvarle la pierna… aunque quedará lisiado.

Gabe asintió.

—Le dije que podría trabajar para mí si alguna vez monto un rancho.

Gabe esbozó una sonrisa rígida.

—Lo harás. Nunca he visto a nadie aprender tan deprisa.

—No estoy seguro de que los demás estén de acuerdo.

—Lo están —aseguró Gabe—. Los he oído hablar.

Agradeció que Drew tuviera el tacto de no mencionar a sus sobrinos. Se había excusado ante sí mismo por ellos, pero, en realidad, no podía justificar sus celos. No habían dejado de criticar al escocés ni siquiera cuando el resto ya lo había aceptado. Y aquella aceptación se había sellado cuando salvó a Ace. Ahora no había un

solo hombre que no quisiera tenerlo como compañero… salvo Luke y Kane Callahan.

—Casi esperaba que el chico se quedara en la ciudad —comentó Gabe.

Habría jurado que el cuerpo de Drew se tensaba apenas un instante, aunque su respuesta sonó despreocupada.

—Yo también… pero no es de los que se rinden.

—¿Dio algún problema?

—Aparte de casi ahogarse, no. Me dijo que sabía nadar. No sabe. Algo que conviene recordar.

Gabe dejó escapar una leve risa.

—Parece que exagera sus habilidades.

Drew no respondió, y Gabe continuó:

—Me sorprende que le dejaras quedarse.

Se encogió de hombros.

—Una vez pasé hambre. Mucha hambre. Mentí, robé y engañé para conseguir comida para mi hermano y para mí. Sé de lo que es capaz la desesperación.

Vaciló un instante antes de añadir:

—¿Te contó algo sobre sí mismo?

—No mucho —contestó Drew.

Gabe frunció el ceño, inquieto.

—A veces… tengo la sensación de que me conoce.

El silencio de Drew no hizo sino acrecentar su desasosiego. Gabe suspiró, preguntándose por qué aquel chico —y esos ojos airados— no dejaban de rondarle la cabeza.

—¿Quieres que te releve?

Drew negó.

—Prefiero quedarme aquí solo.

Gabe lo comprendía. Dios sabía que él mismo había buscado ese espléndido aislamiento en más de una ocasión. Las nubes se habían disipado, dejando un cielo limpio y brillante. El único sonido era el murmullo satisfecho del ganado y algún fragmento suelto de canción, entonado por un vaquero en la distancia.

—Me adelantaré a explorar. Me alegra que hayas vuelto.

No esperó respuesta. Espoleó el caballo y se alejó del campamento, cabalgando solo bajo la luz clara de la luna.

No quería admitirlo, ni siquiera ante sí mismo, pero eran los ojos de un muchacho los que le impedían regresar… y dormir.

Capítulo 8

Frijoles, frijoles, frijoles. Sentada en el suelo junto al carro de cocina, Francis separaba la grava de los frijoles y esperaba que, tras esta travesía con el ganado, no volviera a ver otro frijol en toda su vida.

A tres semanas de viaje, se habían detenido a media tarde a orillas del río Rojo, donde Callahan anunció que pasarían la noche, dando tanto a los hombres como al ganado la oportunidad de descansar antes de emprender el traicionero cruce. Al otro lado se encontraba el Territorio Indio, un término que daba lugar a innumerables relatos espeluznantes de quienes habían estado allí y habían sobrevivido para contarlo.

—Maldita sea —murmuró Francis cuando un puñado de frijoles sin separar y grava se le cayó de la mano dentro de la olla.

Gruñendo entre dientes, comenzó a separar los restos indeseados, jurando una vez más que, cuando aquel viaje infernal terminara, nunca volvería a comer frijoles. Dios, vivían a base de frijoles. Frijoles y carne de cerdo salada. Y pimienta. Una cantidad desmesurada de pimienta. Sin duda, el viejo cocinero se había ganado su apodo a pulso.

De hecho, había llegado a comprender que Murphy era mucho más que un cocinero, o incluso un médico, durante el viaje. Hacía de corredor de apuestas, banquero, barbero, confesor y mediador. Murphy se ocupaba de todo con un mal humor que no molestaba a nadie. Al parecer, no solo se aceptaba, sino que se esperaba. Un suplicante se sentía decepcionado si no recibía un gruñido y un «Joder, no soy veinte personas».

En aquel viaje también hacía de profesor. Bajo la tutela contradictoria de Murphy, había aprendido a preparar una cafetera decente y una cazuela de alubias. Sin embargo, él seguía sin dejarla acercarse a su preciada masa madre, ni al horno holandés donde horneaba sus bizcochos. Y ella seguía recogiendo boñigas de vaca —o leña, cuando había— y limpiando ollas y sartenes. Estas se lavaban sobre todo con arena, porque los ríos siempre estaban turbios, removidos por su propio ganado o por otros rebaños. Ocupada desde el amanecer hasta bien entrada la noche, había perdido la noción del tiempo. Un día se fundía con otro en la interminable monotonía de la travesía.

Los peones se animaban apostando. Apostaban por cualquier cosa: quién tendría la barba más larga al llegar a la terminal ferroviaria, cuánto tardaría Scotty en dejar de afeitarse, cuánto tiempo les llevaría cruzar un río concreto, cuándo —no si— se encontrarían con indios. Incluso habían apostado sobre cuántos días aguantaría ella en la travesía y cuánto tardaría en quitarse el sombrero y el abrigo. Podría haberles dicho que esas eran dos apuestas destinadas a perder.

Mientras ellos apostaban, ella trabajaba junto a Murphy para mantenerlos alimentados. Y el esfuerzo de alimentar a dieciocho hombres hambrientos era enorme. Todo se complicaba por la falta de agua limpia y el polvo; cuanto más al norte avanzaban, peor se volvía.

Francis suspiró y se pasó el dorso de la mano por la frente. Al hacerlo, dejó vagar la mirada por el campamento, esperando —que Dios la ayudara— vislumbrar al escocés.

Apenas lo había visto en las últimas dos semanas. Callahan solía ir de avance, dejando a Luke al mando, y el joven se aseguraba de mantener ocupado a Cameron. Seguía en la retaguardia —el trabajo más duro— y le tocaba el primer turno nocturno. Para Francis, eso significaba verlo apenas un instante al día, cuando pasaba por la carreta a comer algo antes de caer rendido. Siempre se dormía en segundos.

Ella lo sabía porque lo observaba. No podía evitarlo. No podía evitar recordar el roce de sus labios ni la intensidad de sus manos. Se preguntaba si él también lo recordaba. Si lo hacía, no lo demostraba. Sus ojos apenas se posaban en ella.

Aun así, se consolaba sabiendo que había cumplido su promesa. No la había delatado. Si lo hubiera hecho, ya no estaría allí.

En cuanto al motivo de su presencia, cada vez dudaba más. Aún no había reunido el valor para registrar las pertenencias de Callahan. Tampoco esperaba encontrar nada concluyente, pero era lo único que tenía. Y como él pasaba tanto tiempo fuera, no lograba formarse una opinión clara.

Los vaqueros lo respetaban, pero no lo querían.

Cuando estaba en el campamento, solo hablaba con Drew Cameron. Lo cual hacía aún más extraño que al escocés le asignaran los peores trabajos. Si eran amigos, Callahan se esforzaba en ocultarlo.

Pensando en él, volvió a maravillarse de su actitud. Aceptaba todo sin quejarse, con una sonrisa arrogante, como si nada pudiera con él. Lo que no entendía era por qué.

En cierto modo, él era un misterio mayor que el propio Callahan.

Suspiró al terminar de clasificar las alubias, echándolas en la olla y añadiendo agua. Murphy insistió en sazonarlas como su famoso guiso «hijo de puta». Ella no quería saber qué llevaba.

—Necesito leña —gruñó Murphy—. Coge tu caballo y ve a buscarla. No hay nada cerca.

Y no lo había. La tierra estaba pelada por el paso de otras caravanas.

A Francis le encantaba la idea de montar. Estaba harta del banco de la carreta. Al menos había mejorado con la yunta y tenía callos en las manos.

Le dedicó a Murphy una sonrisa desafiante y se dirigió a la remuda. Al ver a Billy, sintió orgullo. Había ganado peso, su pelaje brillaba y ya parecía un caballo respetable. Nadie lo montaba excepto ella.

—Dentro de poco —susurró— tendré que llamarte Sir William. ¿Qué te parece?

Él buscó la avena en su mano.

—Qué glotón —lo reprendió con afecto.

Lo ensilló, acariciándolo mientras le hablaba. Él respondía arqueando el cuello, como si entendiera.

Después, recogió el cabestrillo que había fabricado para la leña y el estiércol. Murphy, aunque no lo admitiera, había quedado impresionado. También por sus habilidades con la aguja, que ahora aprovechaban todos los peones.

Bordeando el rebaño, se dirigió río arriba. La tarde era tranquila. Una brisa ligera aliviaba el calor, y el cielo estaba despejado. Aquellos momentos le daban una sensación de libertad.

Tras recorrer un par de kilómetros, encontró un pequeño bosquecillo. Ató a Billy y se puso a trabajar. Cortó un arbolito con una mueca de pesar, pidiendo perdón en voz baja, como le habían contado que hacían los indios. Cuando reunió suficiente leña, la cargó y emprendió el regreso.

Al acercarse al rebaño, un mugido angustioso llamó su atención. Vio a Luke Callahan separando a un ternero de su madre, arrastrándolo con una cuerda. La madre luchaba por seguirlo.

La ira la invadió. Espoleó a Billy y se acercó.

—¿Qué estás haciendo?

—Es demasiado pequeño para viajar o cruzar el río —respondió él con sequedad.

Ella comprendió al instante. Se le revolvió el estómago.

—Puede ir en la carreta —propuso.

Luke cerró los ojos con exasperación.

—Joder. Justo lo que nos faltaba. Vuelve a la cocina.

—No.

El cuello de Luke enrojeció.

Francis desmontó y se acercó al ternero, acariciándole la cabeza. Él empezó a gritarle, pero otra voz lo interrumpió.

—¿Qué pasa?

Drew Cameron.

Francis alzó la vista.

—Tengo que sacrificarlo. Explícaselo tú —dijo Luke.

—No —gritó ella, abrazando al animal.

—Frank, no podrá seguir —explicó Drew con calma—. Es lo más piadoso.

Ella lo miró suplicante. No podía permitirlo.

—Yo me encargaré —logró decir—. La carreta…

Drew la sostuvo la mirada, luego suspiró.

—Voy a llevarlo a la carreta —dijo a Luke—. Tu tío lo agradecerá.

Luke resopló.

—¿Vas a hacer eso con todos?

Drew se encogió de hombros.

—¿Qué daño puede hacer intentarlo?

Luke dudó.

—Adelante.

Francis respiró. Liberó al ternero, que corrió hacia su madre.

Drew se acercó a la vaca, la ató y regresó hacia ella. Le sonrió con esa sonrisa que le hacía temblar.

—¿Sabes algo de terneros?

Ella negó.

—Creo que vas a aprender muy rápido.



La adopción de un ternero por parte de Francis —y el papel del escocés en ello— los convirtió a ambos en el blanco de las bromas durante el resto de la noche.

—Tengo un toro que necesita que lo monten —bromeó un vaquero—. Se ha estado quejando de que camina demasiado.

—Scotty tiene un lado blando —dijo otro—. Oye, Scotty, ¿qué tal una partida de cartas?

—Oye, Two-Bits, ese ternero daría para un guiso de hijo de puta de tres pares.

Francis aguantó las burlas y el ceño fruncido de Murphy. La respuesta del cocinero hizo que todas las demás pullas parecieran felicitaciones.

—No te tocaba a ti enfrentarte a Callahan. A nadie le gusta sacrificar un ternero, pero no hay otra cosa que hacer con ellos. Callahan te lo dirá. Ya lo verás.

Pero Callahan no le dijo nada de eso. Para su total sorpresa, cuando escuchó la historia, se limitó a mirar al escocés como si estuviera loco, y luego volvió a mirarla a ella como si no esperara otra cosa.

—Si ese maldito ternero causa algún problema, yo mismo le dispararé. Tú querrás hacerlo tú misma al cabo de un día.

Y con eso, frunció los labios y se alejó.

Atónita, Francis miró al escocés, que estaba apoyado contra la parte trasera de la carreta de provisiones. Él le guiñó un ojo y a ella

se le aceleró el corazón; todos los pensamientos sobre Callahan se borraron al instante de su mente. Incluso cubierto de polvo, Drew Cameron era un hombre extraordinariamente atractivo; su cabello castaño rojizo, sus ojos dorados y su boca ancha y sensual hacían que casi le doliera mirarlo.

¿Quién era él? La pregunta nunca se alejaba de su mente. Nunca había conocido a un hombre más complejo.

Un escocés en el Oeste americano que afirmaba estar aburrido y buscar una aventura. Un hombre culto que poseía todo el refinamiento y el encanto de la alta sociedad británica, que, sin embargo, decía ser jugador de profesión —y uno bueno—. Un hombre que salvaba la vida de otros hombres —y de una mujer en particular— arriesgando la suya propia, sin dudarlo. Un hombre dispuesto a soportar las burlas de sus compañeros vaqueros y de su capataz para ayudarla a salvar a uno de cada mil terneros destinados al matadero.

Una vez más, la pregunta se imponía: ¿Quién era Drew Cameron?

Sus ojos se encontraron a apenas un metro de distancia, y la conexión entre ellos era tan fuerte, tan profunda, que realmente sintió que las piernas le temblaban. Se tambaleó, con el corazón latiéndole tan fuerte que estaba segura de que él debía de oírlo.

Poco a poco, mientras sus miradas se mantenían fijas, la sonrisa se desvaneció de su rostro, y sus ojos salpicados de oro parecieron suavizarse de una forma que ella no había visto antes. Lo vio tomar una respiración rápida y profunda, y supo que él también lo sentía, esa atracción explosiva que irradiaba entre ellos.

Pero Murphy y Callahan estaban al otro lado de la hoguera hablando. Y pronto los vaqueros vendrían a cenar.

A través de una neblina de anhelo, sabía que no podía quedarse allí parada, mirándolo fijamente. Aun así, no podía apartar la mirada.

Fue el escocés quien rompió la tensión. Apartándose del carro de comida, dio un paso hacia ella y le llevó una mano a un lado de la cara. Ella sintió un instante de pánico, pensando que él había olvidado su papel, que se suponía que ella era un chico, y que estaba a punto de hacer algo que haría que el cielo se derrumbara sobre ella, sin duda, y tal vez sobre él también.

Pero el momento pasó rápidamente cuando una media sonrisa apareció en su rostro y el brillo volvió a sus ojos. Su mano apenas rozó su mejilla, luego se retiró, girando la palma hacia arriba entre ellos. Ella bajó la mirada y vio una moneda, reposando en su palma, como si la hubieran sacado de detrás de su oreja.

—Magia —dijo él con ese acento cadencioso, que parecía especialmente marcado—. Un juego de manos. El arte de la ilusión. Recuerda, pocas cosas —o personas— son lo que parecen.

Le tomó la mano y le puso la moneda en ella, y los dedos de ella se cerraron a su alrededor. Sus ojos se clavaron en los de ella por un momento con una intensidad que le abrasó el alma. Luego se dirigió tranquilamente hacia el fuego, se sirvió una taza de café y se acercó a saludar a varios otros vaqueros que iban llegando, dejándola más desconcertada que nunca.

El cruce del río Rojo fue una pesadilla que Drew no quería volver a repetir.

No perdieron ni hombres ni animales. Pero estuvieron a punto. Demasiado cerca. Varias reses se atascaron en arenas movedizas, y los vaqueros tuvieron que desmontar, meterse en el agua y atar las patas de los animales entre sí para luego sacarlos. Fue un trabajo largo y peligroso.

Sin embargo, cuando todo terminó y tanto los hombres como el ganado descansaban, Drew admitió ante sí mismo que sentía una sensación de logro como nunca antes había conocido. Estaba mojado, embarrado y casi muerto de agotamiento cuando se derrumbó cerca de la carreta de provisiones junto a los otros

vaqueros. Aun así, se sentía eufórico. Incluso Gabe sonreía: una sonrisa tímida, pero una sonrisa al fin y al cabo.

Había mucho que decir a favor del trabajo físico, pensó Drew, tumbado boca arriba, sin mover un músculo. Podía doler como el demonio, pero la recompensa de saber que se había esforzado al límite —y había vencido— compensaba el dolor físico. Sí, el orgullo era algo maravilloso.

Dejando caer la cabeza hacia un lado, miró a su alrededor en el campamento. La mayoría de los vaqueros que no estaban de servicio yacían esparcidos por el suelo, demasiado cansados para charlar, como llamaban tan pintorescamente a la conversación. Two-Bits —tenía que recordarse continuamente a sí mismo que debía pensar en Francis de esa manera— estaba ocupada junto al fuego de la cocina, relevando a Murphy, que atendía heridas leves.

Drew la observaba, intentando no pensar en lo que se escondía bajo las capas de ropa que aún llevaba puesta. Se preguntaba por qué nadie más veía a través de ellas las esbeltas curvas, por qué nadie se había fijado en la delicada estructura ósea de su rostro.

Deseaba poder dejar de fijarse. Y de recordar. Deseaba que su cuerpo dejara de reaccionar ante el recuerdo. Ilusiones. Había pronunciado aquel pequeño discurso sobre la magia tanto para sí mismo como para ella, para recordarse a sí mismo que ella tenía secretos y que él detestaba los secretos.

Pero mientras la observaba encorvada sobre el fuego, sintió una admiración que nunca antes había sentido por una mujer. Nada la intimidaba, ni las estampidas, ni las heridas, ni Murphy. Había soportado burlas despiadadas por el ternero con la cabeza bien alta. Y se había aferrado a ese ternero en el carro de los rezagados durante el cruce, a pesar de los frenéticos forcejeos del animal por volver con su madre.

De hecho, le gustaba su espíritu tanto como el cuerpo que lo albergaba. Y, ay, sí que le gustaba su cuerpo…

Drew seguía disfrutando de la vista —o más bien de su recuerdo, envuelta en harapos sin forma— cuando vio acercarse a Gabe. Apartando la mirada de Francis, levantó una ceja interrogativa hacia el jefe de la caravana, que era más o menos lo único que era capaz de mover.

Gabe se agachó para hablar, haciendo equilibrio sobre las puntas de los pies.

—Te estás convirtiendo en un auténtico vaquero. Te estaba observando ahí fuera.

Drew empezó a ofrecer su respuesta habitual —que no había hecho nada que otros peones no estuvieran haciendo—, pero se contuvo. Había hecho un buen trabajo, y le complacía considerablemente que Gabe, a quien respetaba, se hubiera dado cuenta.

—Gracias —dijo simplemente, tragándose su incomodidad al aceptar cualquier tipo de elogio.

—¿Quieres ascender? —preguntó Gabe—. ¿Ir en cabeza?

La satisfacción se extendió. El que iba en cabeza cabalgaba cerca de la parte delantera de la manada. Se acabó tragar polvo.

—Creo que podría soportarlo —respondió.

Gabe le dedicó una sonrisa poco habitual.

—Mañana nos quedaremos aquí, para que el ganado descanse y se calme un poco. Algunos lo han pasado mal. Yo saldré a cabalgar por la mañana. Probablemente estaré explorando la mayor parte del tiempo, ahora que estamos entrando en territorio indio.

Dudó un momento y luego continuó:

—Luke estará al mando.

Drew sonrió.

—Te agradezco la advertencia, aunque en realidad no es necesaria. Luke está bien. Solo tiene una espina clavada, y creo que soy yo.

Los labios de Gabe se crisparon.

—Estás pillando nuestra jerga muy rápido, aunque nunca había oído decir "espina" con tantas erres.

Se relajó y se puso de pie.

—Espero de verdad que tengas razón.

Dudó un momento y luego añadió:

—Ese chico lo está haciendo muy bien, mejor de lo que jamás pensé. Vigílalo por mí, ¿quieres?

Drew asintió.

Gabe soltó un profundo suspiro.

—Cada vez que lo miro, no puedo evitar verme a mí mismo a esa edad. Con un hermano pequeño al que cuidar y sin un duro… las cosas eran bastante duras.

Sus ojos se tornaron sombríos.

—Uno se vuelve muy imprudente cuando tiene hambre.

Drew entendía lo que era el hambre, no de comida, sino de un sentido de pertenencia.

Su hambre también lo había vuelto imprudente.

Siguiendo la dirección de la mirada de Gabe, miró a Francis. ¿De qué tenía hambre?, se preguntó. ¿Lo suficiente como para tomar la decisión desesperada e imprudente de venir a esta trashumancia?

Suspirando, se volvió hacia Gabe.

—Te has convertido en alguien bastante bueno —dijo.

Los ojos de Gabe se oscurecieron.

—Haces lo que tienes que hacer para mantener lo que es tuyo.

Luego se dio la vuelta para marcharse, mirando por encima del hombro el tiempo suficiente para decir:

—Cuida de él por mí.

Después se alejó a zancadas.



La noche estaba muy avanzada cuando Francis por fin pudo cerrar los ojos. Tenía moratones donde el ternero se había resistido mientras ella lo sujetaba durante la travesía. Ahora entendía lo que Callahan quería decir cuando le había advertido que, al cabo de un día, querría dispararle ella misma al animal. Aun así, cada vez que miraba esos enormes ojos marrones, estaba más decidida que nunca a salvar a la pobre criatura.

El objeto de su cruzada —Sammy, diminutivo de Samson— yacía en ese momento plácidamente junto a su madre detrás de la carreta.

Pero no era Sammy lo que la mantenía despierta; era la imagen del escocés y Gabe acurrucados juntos cerca del fuego, hablando.

Luke Callahan también había estado observando. Para ella era obvio desde hacía tiempo que él se sentía desplazado a los ojos de su tío por Drew Cameron. Al observar a Luke, podía ver la ira apenas reprimida, la envidia, incluso el disgusto, grabados en sus rasgos. Solo una tonta ciega no se daría cuenta de que sentimientos tan poderosos como los que albergaba Luke eran peligrosos en una travesía con el ganado… y ella no era ni ciega ni tonta.

Esperaba que Callahan y el escocés tampoco fueran ajenos al peligro potencial. Esperaba que Luke controlara su temperamento y no acabara, finalmente, haciendo algo terrible. Estremeciéndose, se negó a permitirse pensar en lo que exactamente podría suponer "algo terrible".

Preocupada, frustrada por no poder hacer nada para impedir que Luke Callahan hiciera exactamente lo que le diera la gana,

Francis se giró hacia el otro lado, dando la espalda al fuego y a los hombres. Mientras intentaba una vez más conciliar el sueño, se le ocurrió preguntarse si miraba a Callahan de la misma manera que Luke miraba a Drew Cameron: con puro resentimiento.

Era extraño, pero desde el día anterior, cuando le había dejado quedarse con el ternero, no sentía lo mismo por el jefe de la caravana. No es que hubiera sido amable. Pero era muy consciente de que habría estado en su pleno derecho de ordenarle que entregara el ternero. E incluso reconocía que habría sido lo sensato. No habría podido detenerlo. Sin embargo, no lo había hecho, y la paradoja de la humanidad que existía en un asesino despiadado la tenía desconcertada.

En ese momento, estaba demasiado cansada para pensar en ello. Mañana, decidió, acurrucándose en su saco de dormir, daría un paseo con Billy. Murphy le había dicho que podía hacerlo, que descansarían durante el día y que no la necesitaría hasta la tarde. Eso era lo que necesitaba: algo de distancia.

Mañana, dejaría que Billy la llevara lejos de los frijoles, de Murphy y de Gabe Callahan. Lejos de Drew Cameron. Lejos del mugido del ganado y del estruendo de las sartenes.

Gabe cabalgó sin descanso, adentrándose en territorio indio. Llevaba consigo un segundo caballo que montaría cuando el primero se agotara. Tenía pensado recorrer suficiente terreno para explorar lugares donde acampar durante los próximos tres —quizás cuatro— días. Quería atravesar el territorio indio lo más rápido posible, sabiendo que los kiowas y los comanches, junto con renegados de otras tribus, seguían merodeando por esta zona, y no solo en busca de caza.

Mientras cabalgaba, reflexionaba sobre las decisiones que debía tomar. Decisiones sobre Luke y Kane, y sobre su propio futuro. La emboscada de hacía varios meses le había recordado su mortalidad… y sus pecados. Poco podía hacer al respecto, pero tampoco quería que sus sobrinos pagaran por ellos.

El oro rozaba el cielo mientras el sol se asomaba por el horizonte. Jirones de nubes vagaban sin rumbo por encima de su cabeza. La pradera se extendía por kilómetros, con un aspecto benigno y pacífico. Pero Gabe sabía que no era así. Ya había pasado por allí antes. Los afloramientos rocosos irregulares y los profundos barrancos lo convertían en un lugar perfecto para las emboscadas. Y últimamente pensaba mucho en las emboscadas.

No había avanzado mucho —probablemente no estaba a más de unas horas del campamento— cuando empezó a sentir un hormigueo en la espalda. Por un momento, pensó que solo eran los nervios. Cuando resonó el disparo, rompiendo el silencio de la mañana, se llamó a sí mismo tonto.

Su caballo relinchó de dolor y se encabritó. Gabe se aferró a él, mirando a su alrededor con atención y buscando su rifle. Vio un destello cuando el sol se reflejó en el metal.

Un instante después, el dolor lo golpeó por la espalda, feroz y ardiente.

Sintió que caía…

Y luego no sintió nada en absoluto.

Capítulo 9

Iba en cabeza era muchísimo mejor que ir en la retaguardia. El simple hecho de respirar aire puro era toda una novedad. Drew se dio cuenta de que, obviamente, el pinto también lo disfrutaba. Los pasos del caballo eran más rápidos, llevaba la cabeza más alta y su espíritu era casi exuberante.

Ir en cabeza era muchísimo mejor que ir en la retaguardia. El simple hecho de respirar aire puro era toda una novedad. Drew se dio cuenta de que, obviamente, el pinto también lo disfrutaba. Los pasos del caballo eran más rápidos, llevaba la cabeza más alta y su espíritu era casi exuberante.

Luke Callahan, sin embargo, no era un hombre feliz. Estaba en su posición habitual, en el centro de la parte delantera de la manada, con su hermano Kane montando a la derecha y Drew a la izquierda. Decir que Luke estaba descontento con la nueva disposición era quedarse corto. Pero no había intentado cambiar las órdenes de su tío, por lo que Drew se sintió aliviado. No quería ser la causa de una disputa en la familia Callahan, y no estaba seguro de cómo se sentía respecto a que Gabe lo utilizara para poner a prueba los límites de Luke, pues sabía que eso era lo que su amigo estaba haciendo.

Cuando la caravana abandonó el río Rojo aquella mañana, Gabe llevaba desaparecido un día y medio. Pero a nadie le sorprendía realmente. El jefe de la caravana había dicho que estaría fuera varios días. Ahora que habían salido de Texas, todos eran conscientes del aumento del peligro y de la necesidad de avanzar rápidamente y tener los campamentos planificados con mucha antelación.

Drew alzó la vista hacia el enorme cielo azul. Ni una nube a la vista. Solo una enorme bola roja de sol que golpeaba sin piedad la tierra reseca. Iba a ser otro día de calor.

Sintió por un momento lástima por Francis, todavía envuelta en toda esa ropa. Luego se recordó a sí mismo que le había ofrecido una alternativa, presentarle a Ethan Calder y el dinero para llegar a Denver, y ella la había rechazado. Ni siquiera lo había considerado por un instante.

¿Se había negado porque él le había dicho que Ethan era un exalguacil y ella huía de la ley? La pregunta lo atormentaba, junto con otra aún más inquietante: ¿debería haberle dicho a Gabe que su desaliñado y problemático piojo era una mujer? Se sentía culpable por no haberlo hecho. Pero se habría sentido aún más culpable si hubiera roto su promesa de no contarlo y Francis hubiera resultado herida como consecuencia de ello.

No quería verla sufrir de ninguna manera. Quería protegerla, por muy extraño e incómodo que le resultara ese sentimiento. Cuando la había buscado aquella mañana durante el desayuno y había descubierto que se había ido, se le había hecho un nudo en el estómago y el corazón le había empezado a latir con fuerza. Le había latido aún más fuerte cuando Murphy le dijo que se había ido a montar a caballo con Billy.

Maldita sea, ¿por qué no podía dejar de pensar en ella? ¿Por qué su mente volvía constantemente a ella y al misterio que la rodeaba?

Su caballo resopló y luego relinchó. Volvió bruscamente al presente, preguntándose qué había alertado al pinto. Esperando ver un novillo que se escapaba, vio, en cambio, algo que se movía hacia ellos desde el noroeste, demasiado lejos para identificarlo. A medida que se acercaba, la silueta se convirtió en dos siluetas, y luego en dos caballos sin jinete.

Al mismo tiempo que Drew los identificaba, se dio cuenta de que Luke se desviaba hacia la izquierda y aumentaba la velocidad; el

capataz también había visto los caballos. Siguiendo su ejemplo, Drew espoleó al pinto para que galopara, dirigiéndose hacia los animales que se acercaban. A medida que se aproximaba, reconoció a los animales como los castrados bayos y roanos favoritos de Gabe.

Drew alcanzó a los caballos unos segundos después de Luke, a tiempo para ver al joven atrapar a las bestias cansadas y luego estirarse para tocar primero la silla de montar y después la grupa del bayo. Luke miró su mano y luego la extendió para mostrársela a Drew.

—Sangre seca —dijo lacónicamente—. El bayo tiene un rasguño en los cuartos traseros, pero la sangre de la silla viene de otro sitio.

O de otra persona. Drew se quedó mirando la mano de Luke.

—¿Otra emboscada?

—Eso parece —respondió Luke secamente.

Drew dudó, dándole tiempo a Luke para pensar en su siguiente movimiento, y luego insistió, aunque esperaba una reacción brusca.

—Iré a buscarlo.

Luke no estalló. En cambio, preguntó:

—¿Alguna vez has rastreado a alguien?

—No mucho —respondió con sinceridad.

Luke dudó.

—El tío Gabe dijo que sabes usar esa pistola.

—Sé usarla —respondió simplemente.

Luke sacó un mapa del bolsillo y lo estudió antes de levantar la vista hacia él.

—Detendré la manada en el arroyo que hay a unos dos kilómetros —dijo—. Llévate a Kane y a otros dos. Shorty y Legs son probablemente los mejores rastreadores. Cuando hayamos acorralado a la manada, enviaré a otros dos tras de ti.

Drew asintió, sorprendido de que Luke le permitiera ir, e igualmente desconcertado por el dolor que vio en sus ojos.

Espoleó a su pinto de vuelta hacia la manada, en busca de Kane.

—Los caballos de Gabe —dijo lacónicamente—. Parece que hay problemas. Luke quiere que tú y yo, Shorty y Legs vayamos a buscarlo.

Kane no hizo preguntas. Tiró de las riendas y giró para localizar a los otros dos.

Drew aprovechó ese momento para cabalgar hasta la remuda y coger un caballo fresco, y luego se unió a ellos cuando regresaban.

—Los caballos venían del noroeste —dijo, ajustando el paso al suyo.

No se dijeron más palabras mientras se dirigían por delante de la manada hacia la pradera abierta.



La conducción se detuvo temprano, y Francis se preguntó por qué mientras detenía el tiro enganchado a la carreta de las provisiones. Ya no necesitaba ayuda en circunstancias normales. Saltó al suelo y comenzó a desenganchar las mulas mientras reflexionaba sobre las posibles razones.

Había visto a Luke Callahan pasar a toda velocidad hacia la carreta de avituallamiento. Había cabalgado junto a ella durante un instante, evidentemente para dar alguna noticia, y luego se había dado la vuelta y había regresado a la manada.

Desató a Sammy del interior de la carreta y lo ayudó a reunirse con su madre, que enseguida lo recibió con avidez. Luego corrió hacia Murphy.

Él ya había bajado la caja de provisiones y la alforja. En cuestión de minutos habría fuego y café.

—¿Por qué paramos tan pronto?

Murphy la miró con dureza. Sus manos no dejaban de moverse.

—¿Murphy?

—El jefe… —vaciló—. Sus caballos han vuelto.

Ella lo miró, sin entender.

—Sin él.

Francis sintió cómo se le secaba la boca.

—Kane, Scotty y algunos otros han salido a buscarlo.

Frunció el ceño, aún confundida.

Murphy suspiró.

—Encontraron sangre en la silla.

Francis tragó con dificultad.

—Luke quiere saber quiénes han estado fuera del campamento estos días.

Sintió que se le encendía el rostro bajo el polvo. Un escalofrío le recorrió el cuerpo.

—¿Cree que alguien… de aquí…?

No terminó la frase. Se alejó hacia la carreta, recogió leña y estiércol y encendió el fuego de forma mecánica. Sus pensamientos bullían. ¿Qué le habría ocurrido a Gabe Callahan?

Cuando llegó su turno de responder, dijo la verdad. Sí, había salido a montar. No, no había visto a nadie. Luke pareció aceptar sus palabras, pero el nudo en su estómago no desapareció.

Más hombres partieron en busca de Callahan. Las especulaciones se multiplicaban: indios, forajidos, un accidente… Nadie sospechaba de los suyos, aunque Luke había preguntado.

La tensión creció a lo largo del día. Nadie bromeaba. Nadie contaba historias.

Llegó la noche y el nudo se hizo más fuerte. Murphy maldijo varias veces mientras trabajaba, y cuando ella se ofreció a ayudar, la rechazó con brusquedad.

Finalmente se apartó. Se acercó a Billy Bones y comenzó a cepillarlo, buscando algo que hacer.

Había buscado justicia, pero ahora solo deseaba una cosa: que encontraran a Callahan, y rezaba para que no le ocurriera nada al escocés.



Legs era un rastreador jodidamente bueno. Drew tomó nota del talento de su compañero vaquero, observando cómo el hombre se movía con rapidez y seguridad, deteniéndose solo de vez en cuando para inclinarse desde la silla y estudiar las huellas.

Había oído que Legs era medio indio, pero sus ojos azul claro parecían desmentir el rumor, y nadie parecía dispuesto a insistir en el tema. Tenía un temperamento feroz y fama de ser hábil con el cuchillo. Pero también era magnífico con los caballos, y sabía leer el rastro como otros leían libros.

No llevaban fuera mucho más de tres horas cuando Drew avistó buitres trazando círculos en el cielo. Gritó y espoleó al pinto hasta ponerlo al galope, oyendo a los demás lanzarse tras él.

Los buitres seguían girando, y eso le dio cierta esperanza. Ya había aprendido lo suficiente como para saber que esperaban hasta que su presa estuviera muerta. Hundió más las espuelas y sintió la respuesta del caballo mientras se acercaban a una silueta tendida sobre la tierra endurecida por miles de pezuñas.

Saltó de la silla antes de que el animal se detuviera por completo y corrió los últimos metros para arrodillarse junto a la figura inmóvil de Gabe Callahan.

Su amigo tenía dos heridas de bala: una en el costado, que había entrado por delante y salido por la espalda; la otra le había rozado la cabeza.

Drew apoyó los dedos en su pulso y soltó el aire con alivio al percibir una respuesta débil. Era tenue, apenas perceptible… pero Gabe seguía con vida. A duras penas.

Maldijo entre dientes. No había habido ningún intento contra la vida de Gabe desde la emboscada de hacía casi tres meses.

Kane desmontó y se unió a él, junto con otro hombre. Legs pasó de largo a caballo, atento al suelo que conducía hacia un saliente rocoso.

—Sigue vivo —indicó Drew—. Apenas. Quienquiera que le haya disparado debió de darlo por muerto.

—Deben de ser indios —apuntó Kane.

—No, a menos que hayan herrado a sus caballos —replicó Shorty, observando el terreno—. Aquí hay tres juegos distintos de herraduras.

—Hijo de puta —masculló Kane—. El tío Gabe llevaba dos caballos. Eso significa que solo había un tirador. Y los caballos de los indios no llevan herraduras.

—Y ni los forajidos ni los indios habrían dejado aquí los caballos de Callahan —añadió Shorty.

Drew guardó silencio. Todos lo hicieron, mientras las implicaciones se asentaban con un peso incómodo.

Aquello no había sido un ataque al azar.

Disparar a Gabe había sido un acto deliberado. Probablemente obra de un solo pistolero… que no iba tras los caballos.

—¿Cómo está, Scotty? —preguntó Shorty.

Drew negó lentamente.

—Tiene una herida en la cabeza que ha sangrado, aunque no demasiado. La bala del costado lo atravesó… ha perdido mucha sangre. Será mejor llevarlo de vuelta con Murphy cuanto antes.

Kane se incorporó.

—Lo llevaré en mi caballo.

Drew asintió.

—Déjame darle un poco de agua primero. Lleva tiempo aquí fuera.

Shorty le tendió una cantimplora. Drew la acercó a los labios de Gabe, dejando que unas gotas los humedecieran. El capataz no reaccionó.

Le devolvió la cantimplora y, con ayuda de Shorty, alzaron a Gabe hasta acomodarlo sobre el caballo de Kane.

Estaban a unas diez millas del campamento.

El camino de regreso iba a ser largo.



Francis vio llegar a tres hombres a caballo, con el corazón latiéndole con fuerza, en una mezcla de alivio y temor. Drew estaba vivo y claramente ileso, montando tan erguido como siempre en la silla de su caballo. Pero Kane Callahan llevaba a un cuarto hombre, desplomado frente a él, y ella vio, mientras se acercaban al campamento al galope, que ese hombre era Gabe Callahan.

El grupo de búsqueda entró directamente en el campamento y se dirigió hacia la carreta de provisiones. Shorty saltó al suelo y le lanzó las riendas.

—Oye, Two-Bits, cuida de mi caballo por mí.

Murphy se acercó al instante, mientras dos hombres bajaban a Callahan. Francis se acercó más, llevando el caballo de Shorty detrás de ella, pero se quedó paralizada cuando miró al escocés. Su mirada la atravesó, brillando con sospecha y preguntas airadas. Sintió un escalofrío.

Entonces Luke Callahan entró al galope en el campamento, y la atención del escocés se centró en él.

Luke saltó de su caballo y se dejó caer junto a Murphy. Otros se unieron al círculo que se había formado alrededor del jefe de la caravana. Nadie hablaba, sin embargo, mientras las manos de Murphy recorrían las heridas del hombre herido. Murphy era lo más parecido a un médico que iban a tener. El médico de verdad más cercano estaba a más de cien millas de distancia.

Por fin, Murphy la miró.

—Trae un poco de agua y mi maletín.

Su maletín era un bien preciado, lleno de medicinas, remedios caseros y una botella de whisky. Tras entregar las riendas del caballo de Shorty a otro vaquero, corrió a hacer lo que le habían pedido. Durante todo ese tiempo, fue consciente de la mirada de Scotty.

Él seguía mirándola cuando ella regresó para dejar el maletín junto a Murphy. El cocinero maldecía y sacudía a Gabe, tratando de despertarlo. Al ver que no lo conseguía, le hizo pasar un poco de agua por la garganta y luego le dio un goteo de whisky. La garganta de Gabe se movió convulsivamente y el rostro de Murphy se relajó ligeramente.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Murphy, mirando a Scotty a pesar de que Kane Callahan estaba cerca.

—Nos han tendido una emboscada —dijo el escocés en voz baja—. Legs sigue ahí fuera intentando seguir el rastro.

—¿Indios? —preguntó alguien.

El escocés negó con la cabeza.

—Iban a por Callahan. Ni siquiera se molestaron en llevarse sus caballos.

—¿Pero por qué? —preguntó el vaquero.

Luke Callahan miró al escocés.

—Sí, ¿por qué?

Francis también quería saber por qué. Quería saber si tenía algo que ver con la muerte de su padre. ¿Coincidencia? ¿Cuántas veces emboscaban a la gente en Texas?

Bajó la mirada hacia el hombre inconsciente, sacudida por un torbellino de emociones. Creía que él era el responsable de la muerte de su padre. Su padre prácticamente lo había dicho. Pero, si eso era así, ¿quién le había disparado a él?

Debería odiarlo; pero al mirar el cuerpo pálido e inmóvil de aquel hombre fuerte, solo sentía una extraña tristeza. Apartó la mirada, deseando escapar.

—Pon agua a hervir —dijo Murphy mientras ella intentaba alejarse poco a poco.

Luchando contra el nudo que tenía en la garganta, vertió agua en una olla y la colocó sobre el asador que ya estaba en su sitio, y luego se quedó observando a Murphy mientras él limpiaba la suciedad de las heridas. Cada roce del paño sobre la herida irregular la hacía estremecerse.

Callahan. Oyó a su padre susurrar ese nombre mientras moría. ¿Por qué el nombre de Callahan —y no el suyo o el de su madre— sería la última palabra en sus labios si no hubiera estado tratando de decirle algo de vital importancia? Su tono había sido acusador… ¿no es así?

Miró al hombre que yacía en el suelo. El hombre que siempre la miraba con el ceño fruncido, que en el mejor de los casos parecía duro y frío. El hombre que había abandonado a un vaquero gravemente herido en un pueblecito perdido, sin dinero y sin siquiera mirar atrás. Despreciaba a ese hombre.

Apartó la mirada justo cuando oyó a uno de los vaqueros preguntar cómo estaba Callahan, y oyó a Murphy murmurar:

—Depende de otra persona.

Francis se dio la vuelta. ¿Depende de Dios? ¿Era eso lo que quería decir Murphy?

¿Llegaría a saber alguna vez qué había pasado —y por qué— si Callahan moría?

¿Volvería a estar a salvo alguna vez?

Se alejó, casi olvidada, mientras Murphy limpiaba las heridas del jefe de la caravana. Miró hacia atrás y vio que los ojos del escocés estaban fijos en ella. No llevaba sombrero; rara vez lo hacía a menos que montara a caballo. Su rostro era ahora de color bronce, y el pelo castaño le caía sobre la frente. Los músculos de la mandíbula estaban tensos y sus ojos dorados parecían ver a través de ella. Ya no había humor en ellos, ni diversión. Su corazón latía con fuerza bajo esa intensa mirada, y se sintió como una mariposa clavada en un tablero.

Por fin, él apartó la mirada de ella, centrando su atención en los preparativos que se estaban llevando a cabo para trasladar a Callahan a una cama dispuesta cerca del fuego.

Francis se quedó allí de pie, sintiéndose perdida y desamparada, mientras lo veía agacharse junto a Callahan. La preocupación y la ira ardiente eran evidentes en la forma en que miraba a Gabe Callahan.

Dado ese hecho, él nunca la creería, ni creería que Callahan fuera responsable de la muerte de su padre. No más de lo que lo había hecho la ley. A menos que ella pudiera conseguir pruebas.

No podría conseguirlas a menos que Callahan viviera.

Empezó a rezar por el hombre que creía que era el asesino de su padre, o el que le había pagado.

A Gabe Callahan no le iba a gustar el retraso. Todos los ganaderos lo sabían, incluido Drew. El calendario era crucial; los primeros rebaños en llegar a Abilene obtendrían los mejores precios. Casi veinte ganaderos habían contribuido al rebaño, y su éxito —o su fracaso— dependía de Callahan.

Sin embargo, Gabe seguía inconsciente, y Murphy argumentó que no debían moverlo. No podían dejarlo con uno o dos hombres —todos los que podían prescindir— con indios y emboscadores en las cercanías. Podrían recuperar el día de retraso más tarde, dijo Murphy, y Luke estuvo de acuerdo.

A medida que la tarde daba paso a la noche, y la noche a la mañana, la hoguera seguía ardiendo, y todos los vaqueros mantenían vigilia a su alrededor, alejándose solo para turnarse en la guardia.

Drew se dispuso a dormir un par de horas antes de tener que hacer guardia, pero pospuso su descanso cuando regresó Legs. El vaquero rastreador tenía poco que informar. Solo había encontrado un rastro de huellas de caballo, y las había seguido hasta un arroyo, donde se perdieron. Quienquiera que hubiera disparado a Callahan seguía ahí fuera.

O aquí. Esa idea le rondaba la cabeza a Drew. ¿Alguien seguiría una ruta de ganado durante tres semanas solo para encontrar la oportunidad de quedarse a solas con Callahan? ¿O podría ser el tirador alguien de la propia ruta?

La idea de que el tirador viviera entre ellos le rondaba la cabeza mientras se tumbaba en su saco de dormir e intentaba conciliar el sueño. También lo hacía el recuerdo de la expresión en el rostro de Francis cuando vio a Kane llegar a caballo con Gabe. Una miríada de emociones cruzó su rostro mientras observaba a Murphy atender al jefe de la caravana, y el alivio y la conmoción no estaban entre ellas.

Drew recordó que ella había salido a cabalgar ayer. Nunca la había visto con un arma, pero eso no significaba que no tuviera una

o que no pudiera haber cogido una de la funda de algún vaquero, guardada en la carreta de las provisiones, mientras el hombre dormía.

A Drew no le gustaba el rumbo que tomaban sus pensamientos, pero no podía evitarlo. Su corazón le decía que Francis no podía ser la responsable. Pero su sentido común, así como su naturaleza suspicaz, le obligaban a admitir que no era imposible. ¿Por qué le había mentido? ¿Podría estar trabajando con otra persona? ¿Por qué era tan importante para ella participar en esta ruta de ganado? Y, por último, ¿había cometido un error que podría resultar fatal al no contarle a Gabe su engaño?

Las preguntas lo acompañaron en un sueño breve e inquieto, junto con la determinación de que iba a tener otra charla con Francis. Y esta vez, iba a obtener respuestas claras.

Francis pasó el paño frío y húmedo por el rostro de Callahan y luego lo volvió a mojar en el cuenco de agua. Por fin había convencido a Murphy para que descansara, prometiéndole llamarlo en cuanto Callahan diera señales de despertarse. Si es que alguna vez lo hacía.

Estudió el rostro febril del jefe de la caravana, escuchando su respiración entrecortada, pensando en lo extraño que era que estuviera sentada allí, cuidándolo. Aún más extraño era pensar que realmente quería que viviera el hombre que creía que había matado a su padre. Se dijo a sí misma que era solo porque quería tener la oportunidad de escuchar cualquier palabra que pudiera pronunciar, que quería que admitiera su participación en la muerte de su padre.

Pero era más que eso, y lo sabía.

¿Una debilidad de carácter? Su padre prácticamente lo había identificado como su asesino.

La noche era tranquila. Algunos de los vaqueros permanecían alrededor del fuego, durmiendo o simplemente tumbados en los sacos de dormir. De vez en cuando, alguno se acercaba y le preguntaba cómo estaba el jefe. Callahan, según estaba

descubriendo, se había ganado un respeto y una lealtad singulares por parte de sus hombres.

Aun así, mientras su mirada recorría a los hombres del campamento y pensaba en los demás, que estaban de guardia, no podía evitar preguntarse si alguno de ellos querría matar a su jefe. Había oído las preguntas de Luke, sabía que se estaba barajando esa posibilidad.

Le costaba imaginarlo. Estaba empezando a conocer bien a los vaqueros. Eran leales entre ellos y a Callahan. Parecían aspirar a poco más que un sueldo y una buena comida, y sus sueños parecían limitarse al siguiente pueblo, donde esperaban encontrar un vaso de whisky y una mujer fácil.

Solo el escocés no encajaba. Y los sobrinos de Callahan, que probablemente tenían mucho que ganar con la muerte de Gabe. Iban a heredar un vasto rancho y la riqueza y el poder que lo acompañaban. Pero Kane Callahan le parecía demasiado apacible e ineficaz como para planear algo más complicado que una partida de póquer. Luke, sin embargo… bueno, eso era otra historia. Luke era lo suficientemente inteligente. Y sin duda parecía enfadado. Aun así, su preocupación por Callahan unas horas antes había parecido bastante genuina; parecía muy preocupado. Y, al final, Francis no podía convencerse de que Luke fuera capaz de asesinar.

Añadió varios trozos de leña al fuego y observó cómo las sombras bailaban sobre el rostro de Callahan. Era un rostro severo, y rara vez —por no decir nunca— sonreía. Un jefe duro, coincidían todos los peones, pero justo. No pedían más que eso.

Suspirando, Francis se removió dentro de su ropa caliente y polvorienta cuando el escocés regresó de su guardia. No llevaba sombrero, y su cabello castaño claro le caía sobre la frente, cubriendo parcialmente su rostro bronceado por el sol. Cuando desmontó y caminó hacia ella, ella notó la elegancia de sus movimientos: la forma en que cabalgaba, la forma en que caminaba, todo en él transmitía gracia, confianza y fuerza.

—¿Cómo está? —preguntó Drew mientras se agachaba a su lado.

Francis le lanzó una rápida mirada.

—Sin cambios.

Él parecía completamente agotado. Ella ansiaba alisar las arrugas de fatiga que se marcaban en sus ojos. Anhelaba ponerse delante de él como Mary Francis Barton y ver en sus ojos la admiración que había visto en otros, no la duda, las preguntas y las sospechas.

La brecha entre ellos se amplió con su siguiente pregunta.

—¿Murphy te dejó sola con él?

Fueran o no una acusación, las palabras la golpearon como un puñetazo. Sus ojos, que a veces parecían dorados, ahora estaban duros.

—Estaba cansado —dijo ella—. Yo… no creo que se encuentre bien.

Sus ojos se clavaron en los de ella.

—Eso te facilita las cosas, ¿no?

—¿Por qué debería?

Sus ojos no se apartaron de los suyos.

—Si Murphy está enfermo, no indagará demasiado en las peculiaridades de su… ¿cómo era esa palabra?… piojo.

Su voz era fría, con un trasfondo de dureza que ella no le había visto antes.

—No —respondió ella.

—¿No qué?

—No me facilita las cosas.

—Vi tu cara cuando trajimos al señor Callahan —insistió—. No estabas precisamente sorprendida.

—¿No lo estaba?

—Y te habías ido del campamento la mañana en que le dispararon.

Ella asintió sin comprometerse.

—¿Adónde fuiste?

—A dar una vuelta.

—¿Hacia el norte?

—Sí.

—¿No viste nada?

—No.

Sus ojos parecían despojarla de capas. Capas de fingimiento, de mentiras, de sentimientos que ni siquiera ella comprendía.

Quería gritarle la verdad. Pero las palabras no salieron. Él nunca la creería.

Durante varios largos minutos, Francis permaneció paralizada, cautiva de su mirada. Entonces, de repente, la tensión se rompió con un gemido procedente del hombre que yacía entre ambos.

Mientras cogía el paño húmedo, lo escurría y le limpiaba la frente a Callahan de nuevo, le lanzó una rápida mirada al escocés y vio que él la observaba como si esperara que hiciera algo terrible. Centró su atención en su paciente.

Callahan se movió de nuevo y pronunció palabras ininteligibles. Francis se inclinó, acercando el oído a su boca. La mayoría eran murmullos entrecortados, pero algunas se distinguían con claridad.

—Lo siento… lo siento mucho…

Luego otra:

—Asesina.

Capítulo 10

Los balbuceos de Gabe Callahan se volvieron más coherentes a medida que avanzaba la noche, y Drew convenció a Francis de que descansara un rato. Pero, a pesar de sus pacientes intentos, Gabe no pudo decirle nada sobre sus atacantes. Solo había alcanzado a ver el destello del sol sobre un rifle.

El dolor que se reflejaba en su rostro no lograba ocultar la desolación de sus ojos al llegar a la misma conclusión que Drew ya había alcanzado: la emboscada de hacía tres meses no había sido un hecho aislado, ni fortuito, como Gabe había querido creer.

Entonces se había negado a acudir a la ley, alegando que tendría que viajar hasta San Antonio y que, en cualquier caso, el agresor ya se habría esfumado. Drew había aceptado aquella explicación en su momento; ahora comenzaba a preguntarse si no habría habido otra razón.

Mientras se sentaba junto a su amigo, una ira profunda y ardiente se apoderó de él. Gabe estaba débil por la pérdida de sangre, la mandíbula apretada, la frente surcada por el dolor, la piel de un tono ceniciento. Apenas dos días antes había sido un hombre fuerte, en la plenitud de su vida.

—¿Quién? —preguntó Drew en voz baja—. ¿Quién llegaría tan lejos para verte muerto?

Gabe lo miró, con una expresión desolada.

—No tengo ni idea.

—Murmuraste algo cuando recobraste el conocimiento —añadió Drew.

La alarma cruzó el rostro de su amigo, y a Drew se le encogió el estómago.

—¿Qué?

—¿No lo recuerdas?

Gabe negó con la cabeza, con un leve gesto de dolor por la herida.

Drew frunció el ceño, evocando aquellas palabras.

—Hablaste de un asesino… y de arrepentimiento.

Gabe cerró los ojos y dejó escapar un suspiro cansado.

—Sí que sabes algo —insistió Drew con urgencia—. Dímelo. ¿Qué querías decir?

Gabe dudó, y al abrir los ojos recorrió el campamento con la mirada.

—Nadie escucha —le aseguró Drew—. Los pocos que quedan están dormidos… y roncando.

Más tranquilo, Gabe suspiró de nuevo.

—Eso que dije… ocurrió hace veinticinco años.

—¿Alguien con buena memoria? —insistió Drew.

Gabe frunció el ceño.

—No tiene sentido. No hay razón…

—¿Ninguna razón para que una mujer esté implicada?

Drew vio el destello de sorpresa en sus ojos.

—No —respondió Gabe—. Ninguna en absoluto. ¿Por qué lo preguntas?

Drew vaciló. Debería contarle lo de Francis. En ese mismo instante. Pero si ella no tenía nada que ver —y él no creía que lo tuviera—, la estaría traicionando.

—Por nada —zanjó—. Solo quería aclarar una duda. Necesitas descansar. Hablaremos mañana.

Gabe no protestó. Cerró los ojos con otro suspiro largo.

Drew extendió su saco de dormir cerca de él y se tendió. No iba a dejarlo solo. Y mucho menos con Francis o con sus sobrinos cerca. Durante el día, Murphy se ocuparía de él en la carreta de provisiones. A pesar de su edad y de sus miembros rígidos, el cocinero era hábil con el arma y leal hasta la médula.

Antes, Murphy había asegurado que su jefe mejoraba, afirmando que su cataplasma había evitado la infección. Drew seguía siendo escéptico, pero tendía a coincidir con su conclusión: Gabe sobreviviría.

Esta vez.

No apostaría por que el hombre resistiera un tercer ataque.

Drew maldijo en silencio. Había cuidado de pocas personas en su vida; no tenía experiencia en ello, ni estaba seguro de haberla deseado alguna vez. Había mucho que decir a favor de velar solo por uno mismo. No es que él hubiera destacado precisamente en eso.

Y, sin embargo, allí estaba, sintiéndose responsable de dos personas: Francis y Gabe.

Y, por alguna razón, no lograba sacudirse la sensación de que los intereses de ambos chocaban de algún modo.

Frustrado, cerró los ojos y se giró, dando la espalda al fuego. Necesitaba dormir. Gabe insistiría en poner la manada en marcha al día siguiente.

Pero el sueño tardó en llegar. Y cuando por fin lo hizo, lo asaltaron visiones de una seductora de ojos azules y cabello corto.

Fuertes palabrotas y el estruendo de sartenes despertaron a Francis de un sueño profundo bajo la carreta de las provisiones. Alarmada por el alboroto, se incorporó apoyándose en un codo y se frotó los ojos.

—¡Two-Bits!

Al oír que la llamaban —y de forma nada agradable—, se puso el abrigo holgado y el sombrero, aunque apenas tenía los ojos abiertos. Sin embargo, los tenía lo suficientemente abiertos como para ver que aún era de noche. Al salir rodando de debajo de la carreta, entrecerró los ojos en la oscuridad y distinguió varias siluetas moviéndose. Pero Murphy no había encendido el fuego todavía.

—¡Frank!

Levantándose a toda prisa, recorrió rápidamente los unos treinta metros que separaban las dos carretas, distancia que marcaba el espacio donde dormían los vaqueros cuando no estaban de guardia. Algunos estaban despiertos; otros se levantaban lentamente de sus sacos de dormir. Varios maldecían… en voz alta.

A unos tres metros de la carreta de cocina, Francis se detuvo al reconocer otra silueta en la penumbra, moviéndose entre la oscuridad.

Sammy.

Lo había dejado con su madre, que estaba atada a la parte trasera de la carreta de las provisiones, y esperaba que se quedara allí. Obviamente, él tenía otros planes. El ternero se había abierto paso hasta la carreta de la cocina, donde tropezaba con los cuerpos dormidos de los vaqueros, chocaba contra la caja de la cocina, tirando sartenes al suelo… y, en general, causando estragos. Desorientado por todo el ruido humano, así como por el ruido que él mismo estaba haciendo, el ternero empezó a correr primero en una dirección, luego en otra, pisando a los vaqueros a su paso.

Mientras Francis observaba al ternero desbocado, tratando de decidir cómo atraparlo, Murphy salió del interior de la carreta de cocina. No podía ver su expresión en la tenue luz del amanecer, pero sentía su mirada ardiente. Se pasaría todo el día oyendo hablar de esto. Dormir era importante para los vaqueros, que solían dormir muy poco. Y tenían suerte de que el ruido de las ollas no hubiera asustado aún al ganado.

Rezó una pequeña oración. Sammy tendría suerte si no lo invitaban a cenar esa noche… como plato principal. Los vaqueros, según había aprendido, se volvían muy protectores con sus animales y eran reacios a matar a sus propias vacas. Podían comprar una vaca de otro rebaño para sacrificarla, pero incluso eso era raro. Sin embargo, estaba llevando al límite la paciencia de este grupo de vaqueros.

—¡Hijo de puta! —la queja habitual de Legs sonó más fuerte que ninguna otra—. ¡Sacad a ese maldito ternero de aquí!

—¡Sacadlo! —exclamó Luke.

Empezando a sentir un poco de pánico ella misma, Francis miró a su alrededor. No tenía cuerda, y cuando intentó agarrar a Sammy al pasar junto a ella, este la empujó de un cabezazo. Desequilibrada y todavía medio dormida, cayó rodando al duro suelo. El ternero siguió corriendo por el campamento. Nadie más intentó siquiera detenerlo. Todos la miraban a ella.

Decidida, se puso en pie y observó a Sammy, que corría en todas direcciones, pisoteando todo lo que encontraba a su paso, fuera humano o no.

—Sammy —dijo con tono persuasivo mientras se ponía de pie.

Sammy no respondió.

—¡Sammy!

Intentó dar un tono de autoridad a su voz.

Sammy retrocedió. Francis miró a su alrededor y pensó que sus ojos debían de estar jugándole una mala pasada en la oscuridad.

Pero tenía buena visión nocturna, y parecía como si todos los vaqueros presentes —unos ocho— estuvieran sonriendo. Incluido Drew Cameron. Incluso Callahan, que estaba semiapoyado contra una rueda de carreta, parecía esbozar una pequeña sonrisa.

Sabiendo que tendría que escuchar durante días la historia de Two-Bits y Sammy, el ternero que había destrozado el campamento de Callahan, intentó no sonreír ella misma. Sonreír no encajaba con su papel: el chico brusco y de pocas palabras. En lugar de eso, se concentró en el ternero, muy consciente de que era el centro de atención y de diversión.

Descartando la idea de coger una cuerda —Sammy no parecía dispuesto a quedarse quieto el tiempo suficiente para que ella se la pasara por el cuello—, intentó pensar en una forma de hacer que el ternero se acercara a ella. La madre estaba atada al carro de cocina, y supuso que funcionaría si usaba a la vaca para atraer a su propio ternero. Pero entonces tendría dos bovinos pisoteando la zona de cocina, y eso pondría a Murphy de los nervios.

Pensó rápidamente, recordó el sonido del lamento de la vaca llamando a su ternero. ¿Cómo sonaba? Podía imitar casi cualquier cosa; había heredado de su padre el oído para los sonidos y la capacidad de reproducirlos.

Sin esperar tener éxito, se esforzó por imitar el mugido de una vaca y se quedó asombrada cuando el ternero redujo el paso y, finalmente, se detuvo. Volvió a hacer el sonido. El ternero se giró para mirarla, y su pánico pareció desvanecerse. Dio un par de pasos hacia la carreta de las provisiones e intentó de nuevo el mugido lastimero. El ternero la siguió.

Lentamente, retrocedió por el campamento, tratando de no tropezar con los hombres o los sacos de dormir que se interponían en su camino. Finalmente, llegó a la carreta de las provisiones, y el ternero se acercó para reunirse con ella, dirigiéndose directamente hacia su madre.

Francis observó aliviada cómo la madre daba la bienvenida a su ternero y este se acurrucaba junto a ella. A sus espaldas, el campamento estaba en silencio; ni un solo vaquero emitía sonido alguno. Entonces, un minuto más tarde, el estruendo de las sartenes indicó que Murphy había decidido empezar a preparar el desayuno. El amanecer no podía estar muy lejos.

Con la espalda aún vuelta hacia el resto del campamento, Francis se percató de que había alguien detrás de ella. Sabía quién era sin mirar. Su cuerpo reaccionaba ante el escocés cada vez que se le acercaba, casi como si ella fuera un imán para su acero.

—¿Cómo aprendió a hacer eso la hija de un banquero?

Oyó sus palabras susurradas mientras su aliento le hacía cosquillas en la oreja. Su cuerpo se tensó, tanto por su cercanía como por sus palabras.

Se volvió hacia él. Era tan alto que tuvo que levantar la vista casi por completo para verle la cara. Se había lavado y cambiado de camisa, y el olor a jabón mezclado con cuero impregnaba el aire de la madrugada.

—Ha sido un buen truco —añadió él, con voz suave, incluso seductora.

—Siempre se me ha dado bien imitar voces —respondió ella.

—Me he dado cuenta. Nunca te descuidas, ¿verdad? Tienes la voz completamente entrenada.

—No está entrenada —replicó ella, siendo sincera por una vez —. Es solo un talento natural…

Le sostuvo la mirada unos segundos más, pero terminó apartándola. Él veía demasiado, preguntaba demasiado. Y ella siempre quería responder.

—Veo que el señor Callahan está mejor —añadió.

El escocés guardó silencio un instante, claramente reacio a abandonar el tema. Finalmente, suspiró.

—Sí, está mejor. Hoy retomaremos el camino.

Ella alzó la vista, sorprendida.

—¿Ha mejorado tanto?

—No —respondió Cameron—. Pero él insiste. Irá con Murphy. Siempre puede usar su litera.

—¿Sabe él…?

—¿Quién le disparó? No. Solo vio el reflejo del sol en la mira del rifle.

Ella dudó.

—¿Y sabe por qué?

Los rasgos del escocés se tensaron.

—Dice que no.

Tras un momento, él añadió:

—Tú no llevas rifle.

No era una pregunta, pero ella negó con la cabeza.

—¿Sabes disparar?

Su tono era informal, pero su mirada, penetrante.

—Un poco —respondió ella.

—¿Qué significa "un poco"?

—Significa… —se encogió de hombros—. Un poco. Pensé que quedaría raro no tener un arma si iba a unirme a una conducción de ganado, así que… compré una. La probé unas cuantas veces.

Se arriesgó a mirarlo. Él seguía observándola con intensidad, pero sin esa expresión de abierta sospecha.

—¿Y acertaste a algo? —preguntó él.

—Bueno… quizá una o dos veces.

—Unas cuantas clases podrían venirte bien.

Ella levantó la vista de golpe.

—Yo te enseñaré.

No quería. Cada vez que él se acercaba, su mundo se desordenaba.

—Pero no me gustan las armas…

—Pero a Frank Black sí le gustarían —replicó él con una sonrisa divertida.

La había atrapado.

—¿Por qué? —insistió ella.

—Porque aquí fuera uno tiene que saber defenderse —respondió él con suavidad—. Y si tienes un arma, debes saber usarla.

No supo qué responder.

—¿Cómo sé que eres bueno?

Él arqueó una ceja.

—Soy escocés. Aprendemos a disparar antes de andar. Todo caballero sabe cazar.

La palabra caballero sonó cargada de algo más oscuro.

—¿Eras un caballero? —preguntó ella.

—Eso es discutible.

—No lo creo —dijo en voz baja—. Creo que debiste de ser uno muy fino.

Él pareció sorprendido.

—¿Por qué?

—Por cómo cuidabas de Ace. Y porque cumples tus promesas.

La sonrisa desapareció.

—No me des las gracias todavía —advirtió—. Hoy estuve a punto de contárselo a Gabe.

—¿Crees que soy un peligro para él?

—No sé lo que eres —respondió él—. Y no me gustan los acertijos.

—¿Seguro?

Él la recorrió con la mirada.

—Estoy jodidamente seguro.

Y, aun así, sus ojos seguían brillando con un fuego cálido que la desarmaba.

—Cuando paremos esta noche —añadió—, tendrás tu primera lección.

Se alejó antes de que ella pudiera protestar.

—Hijo de puta —murmuró, probando la palabra.

La repitió en voz baja, descubriendo que, aunque aliviaba un poco su frustración, no lograba disiparla del todo.



Drew sonrió mientras regresaba al lugar que había llamado cama la noche anterior y recogía su saco de dormir. Joder, disfrutaba discutiendo con ella. Se sentía mejor que en toda la noche, pues sus sospechas sobre Francis se habían disipado… o casi. No creía que hubiera mentido acerca de su falta de experiencia con las armas. Y el disgusto en su voz, al afirmar que no le gustaban, había sido, sin duda, real.

Más tarde, ese mismo día, sabría con certeza si había dicho la verdad. Sabía que ella haría todo lo posible por escaquearse de la lección, pero no se lo permitiría, aunque solo fuera porque hablaba en serio cuando le aseguró que debía saber cómo protegerse. Gabe estaría de acuerdo… incluso lo impondría al chico al que conocía como Frank.

Mientras arrojaba el saco de dormir a la parte trasera de la carreta de los forajidos y se entregaba a sus tareas, reflexionó sobre los motivos ocultos que lo impulsaban a enseñarle a disparar. Tendría que llevarla lo bastante lejos del campamento para no asustar al ganado con los tiros.

Lo bastante lejos como para quedarse a solas y para besarla de nuevo.



Cuanto más avanzaba la manada por las llanuras, menos barrancos y arroyos había, y a Frank le resultaba cada vez más difícil preservar su intimidad. Por desgracia, había necesidades que no podían ignorarse.

Aquella mañana recurrió a su excusa habitual —buscar leña— para desaparecer unos minutos. Pero tuvo que alejarse bastante antes de encontrar un par de árboles raquíticos, casi muertos. Al regresar, se dio cuenta de que la falta de escondites adecuados podría convertirse en un problema aún mayor antes de que terminara el viaje.

Pero no era eso lo que más la inquietaba.

Hasta entonces había logrado lavar su ropa interior y su corto cabello en la carreta de los rezagados, con un cubo de agua y aprovechando las horas de sueño ajenas. Si no le quedaba más remedio, encontraría la manera de ocuparse de otras necesidades.

El escocés, en cambio… él era un problema mucho mayor.

Era como un perro con un hueso.

Y ella era el hueso, para su creciente incomodidad.

Lo que lo volvía tan insoportable era su propia reacción hacia él. No lo comprendía. La habían cortejado en más ciudades de las que podía recordar. Admiradores tras bastidores, tras cada función.

Invitaciones a cenar innumerables. Hombres ricos. Hombres apuestos. Hombres influyentes.

Y, sin embargo, nunca había sentido por ninguno lo que sentía por Drew Cameron: esa expectación febril, el corazón desbocado, el pulso acelerado, la sangre bullendo en las venas. Todos los tópicos de novelas y obras de teatro habían cobrado vida en su interior.

Mientras ayudaba a Murphy a preparar el desayuno, se descubrió temiendo y, al mismo tiempo, aguardando con ansia el final del día, sabiendo que volvería a ver al escocés. Y que estarían a solas.

Su estado de agitación la volvió distraída, y se ganó una mirada de reproche de Murphy. Se obligó entonces a concentrarse en su tarea, dejando a un lado sus propios pensamientos.

Notó que Murphy se quejaba más de lo habitual de su reumatismo, delegándole más trabajo. Pero también atendía a Callahan, cambiándole las vendas y vigilándolo con la devoción de una osa con su osezno, murmurando entre dientes mientras lo hacía.

—La gente acaba recibiendo un tiro… ya no hay civismo —rezongaba—. Una emboscada…

Callahan, todavía en su saco de dormir junto a la carreta de provisiones, intentó incorporarse. El dolor le marcó aún más el rostro.

—No deberías moverte —gruñó Murphy.

—Tengo que seguir adelante —respondió Callahan, intentando levantarse de nuevo.

La compasión y la ira se debatieron en el interior de Francis mientras lo observaba. No debería importarle su sufrimiento… pero le importaba. Había perdido mucha sangre, y la herida junto a la cabeza era espantosa. Debía dolerle de manera insoportable, y cualquier movimiento lo agravaría.

Aun así, persistió.

Finalmente logró ponerse en pie, aferrándose a la rueda del carro.

Sus ojos eran duros como la piedra, el rostro severo. Francis volvió a preguntarse qué inspiraba la lealtad que despertaba en sus hombres. Quizá, pensó, porque era un hombre implacable… alguien capaz de hacer lo que fuera necesario para conservar lo que consideraba suyo.

La cuestión era: ¿qué incluía exactamente ese «lo que fuera necesario»?

Después de que los peones hubieran comido, enganchó las mulas a la carreta de los rezagados mientras otro vaquero hacía lo mismo con la de la cocina. Ambas partieron.

El ala ancha de su gastado sombrero le protegía el rostro del sol. Al mirar sus manos enguantadas sobre las riendas, se preguntó si alguna vez volverían a ser como antes: suaves, sin callos.

¿Cómo podía el escocés interesarse en ella? Aparte de querer respuestas, claro. ¿Y realmente deseaba que se interesara por ella como mujer?

Aquellas preguntas la acosaron durante todo el largo, caluroso y seco día.

Sammy viajaba en la parte trasera de la carreta, bramando indignado ante tal trato. Aún no podía seguir el ritmo de una marcha de diez millas. Todavía no. Aunque ya era capaz de sembrar el caos en el campamento.

Sammy. Piensa en Sammy. Piensa en el teatro. Piensa en la música.

No pienses en Callahan.

No pienses en el escocés.

No pienses en cómo demonios vas a convencer a Drew Cameron de que no sabes disparar un arma.

Billy Bones era realmente juguetón. Vivaz. Lleno de energía.

Drew se preguntó qué cambios había provocado Francis en el caballo. Le parecía que la paciencia, la comida y el cariño habían obrado nada menos que un milagro. Había estado demasiado ocupado con sus propias obligaciones, así como con sus pensamientos sobre Francis, como para darse cuenta antes, pero mientras observaba a la mujer y al caballo cabalgando a su lado, catalogó las diferencias. Billy llevaba la cabeza alta, sus pasos eran rápidos y seguros, no arrastrados como cuando los dos aparecieron en el rancho de los Callahan hacía casi un mes. Su pelaje estaba liso y sus ojos, claros.

¿Y Francis? Bueno, aún le quedaba camino por recorrer, pero su postura había mejorado; ya no parecía que estuviera a punto de caerse en cualquier momento. Y aunque todavía parecía la chiquilla desaliñada que había vislumbrado por primera vez, ahora se fijaba en su espalda erguida, su barbilla decidida y la feroz pasión de sus sorprendentes ojos azules.

Anhelaba rodearla con sus brazos.

Cabalgaron durante media hora antes de detenerse, lo suficientemente lejos como para que el ruido no provocara una estampida entre el ganado. Drew desmontó, se acercó a Billy Bones y le tendió la mano a Francis.

Ella dudó, luego se la dio, dejándose caer en sus brazos. Disfrutó de sentirla contra él, y sus manos la aprisionaron por un breve instante. Encajaba allí. Demasiado bien. No quería soltarla.

Ella pareció deslizarse aún más cerca de él, y su sombrero de mala muerte le rozó la barbilla. Mientras una mano la mantenía aprisionada, la otra desató la cinta bajo su barbilla y le quitó el sombrero, dejándolo caer al suelo.

Ahora podía ver sus ojos, esos hermosos ojos azules que podían debilitar a un hombre. Demonios, sí que lo debilitaban. Su cabello oscuro se arremolinaba en mechones alrededor de su rostro, y supo por qué siempre llevaba puesto ese maldito sombrero. Ahora le parecía totalmente femenina, y la confusión en sus ojos le hacía sentir la necesidad de protegerla. Y lujurioso.

Tenía que ser magia, pensó, algún tipo de hechizo que ella le estaba lanzando, pues simplemente nunca se había sentido así con ninguna otra mujer. Tierno y protector y, al mismo tiempo, casi abrumado por el deseo. Su mano apartó un rizo de su rostro, y supo que se lo había lavado recientemente. La textura era como seda contra sus dedos, la suavidad de su piel irresistible.

Se inclinó, dejando que sus labios rozaran los de ella, y su respuesta sofocó cualquier escrúpulo o reserva que tuviera. Sus labios eran cálidamente inquisitivos, y sus manos le rodeaban el cuello con timidez, creando con sus dedos ríos de fuego que arrasaban su interior.

Su beso se hizo más profundo y el cuerpo de ella se presionó instintivamente contra el suyo hasta que el dolor en sus entrañas se convirtió en agonía. Quería a esta mujer, y había dejado de importarle si estaba bien o mal, o si tenía el más mínimo sentido.

El beso se volvió frenético, su lengua entrando en su boca y explorando, seduciendo hasta que, de repente, ella se apartó bruscamente.

Mirándolo fijamente, con el pánico llenando su mirada, tomó una respiración rápida y entrecortada.

—Scotty…

—Drew —dijo él—. Me llamo Drew.

Ella simplemente siguió mirándolo, con los ojos brillantes por una mezcla de pasión y miedo.

—Dilo.

—Drew —obedeció ella.

Le gustaba cómo sonaba. El tono ronco de su voz era sensual, seductor.

Su pulgar y su índice jugaron con su barbilla, y luego recorrieron su mejilla de arriba abajo.

—¿Cómo lo has hecho? —preguntó él.

—¿Hacer qué? —Las palabras sonaron más como un suspiro.

—Oscurecer tu piel.

Se mordió el labio antes de responder.

—Un tinte.

—¿Cómo lo aprendiste?

—Me lo enseñó una actriz.

—¿Qué más te enseñó?

La cautela brilló en sus ojos, y ella bajó la mirada e intentó apartarse.

—Esta vez no, Francis —dijo él, agarrándola del codo y volviéndola hacia él—. ¿Qué más te enseñó esa actriz?

—A tener cuidado con los hombres —dijo ella enfadada, retorciéndose para escapar.

Él no la soltó.

—Lástima que no prestaras atención —dijo con voz melosa—. Una ruta de ganado no es precisamente un lugar donde evitarlos.

—Pensaba que ibas a enseñarme a disparar —dijo ella, liberando su brazo de su agarre.

—Pensaba que no querías aprender.

—He cambiado de opinión.

—Yo también. Preferiría hacer otra cosa.

Con los brazos cruzados sobre la cintura, ella lo miró a los ojos, y él vio en ellos mil cosas diferentes: miedo y pasión, rebeldía y

anhelo. Sobre todo, sin embargo, vio su confusión.

Su corazón se aceleró. Era inteligente, divertida y tenaz, y le gustaba. Le gustaba mucho, a pesar de saber que era una auténtica locura.

No sabía nada sobre el compromiso, sobre querer profundamente a alguien. Y, sin embargo, temía sus secretos. No creía que pudiera sobrevivir a la ruina que inevitablemente causaban los secretos y las mentiras. No otra vez.

Drew suspiró. Quería tocarla, besarla, acostarse con ella. Se moría de ganas de hacerlo. Y podía. Lo sabía tan bien como sabía su propio nombre. Sin embargo, dudó. Y finalmente se echó atrás, pensando, mientras lo hacía, que era un momento de lo más inoportuno para desarrollar una conciencia.

—Está bien —dijo, sacando la pistola de la funda y tendiéndosela.

Francis la miró fijamente como si fuera una serpiente de cascabel, y él supo al instante que ella había estado diciendo la verdad. Realmente no le gustaban las armas.

—Tengo la mía —dijo ella, y se giró, abrió la solapa de su alforja y sacó su arma.

Drew arqueó las cejas, sorprendido. No sabía qué esperaba: probablemente una derringer, una pistola de damas o alguna vieja arma a punto de deshacerse. Pero ella se volvió hacia él sosteniendo una Colt. Tras guardar su propia pistola, se la quitó de las manos y la examinó, comprobando que, aunque no era nueva, estaba en perfecto estado y completamente funcional. Además, estaba cargada.

Vació las balas de las recámaras y se la devolvió. Antes de cogerla, ella se agachó, recogió su sombrero y se lo volvió a colocar en la cabeza. Luego, con cierta vacilación, tomó el arma de su mano, incómoda incluso al sostenerla.

—Solo siéntela —dijo él—. Acostúmbrate a ella.

—¿Cómo se puede llegar a sentirse cómodo con un arma?

La pregunta lo sorprendió. Él nunca se había sentido incómodo con una. Las armas siempre habían formado parte de su vida. La caza era casi un evento social. Nunca le había gustado, pero su padre se había asegurado de que supiera desenvolverse desde niño. De adulto, había desdeñado la caza, como tantas otras cosas que su padre veneraba.

—En este país —dijo— parece una necesidad.

—¿Y en Escocia?

—Una habilidad propia de un caballero —respondió con diversión autocrítica—. Las dos cosas parecen contradictorias.

—Sí, deberían estarlo —replicó ella.

—Pero no lo están… al menos no aquí.

—¿Es Estados Unidos realmente tan diferente de Escocia?

—Hoy en día lo es. De donde yo vengo, disparar a la gente está mal visto.

—Creo que me gustaría Escocia.

—Ah, pero tiene un pasado sangriento.

—Y nosotros tenemos un presente sangriento —dijo ella en voz baja.

—Sí, pero la civilización llegará. Siempre lo hace —respondió él, observándola.

El dolor le ensombreció los ojos, le tensó los labios. Era real. Reciente. Drew la observó mientras luchaba por recomponerse.

—Suenas decepcionado —dijo ella finalmente.

—Las oportunidades suelen desaparecer con la llegada de la civilización. Con el orden vienen las reglas.

—¿Y no te gustan las reglas?

—No mucho.

—¿Y estás buscando oportunidades?

—¿No lo hace todo hombre? —respondió, y añadió—. ¿Y toda mujer?

El aire chisporroteaba entre ellos. Apenas era consciente de las palabras. No podía apartar los ojos de ella.

—¿Y hasta dónde llegarías… por una oportunidad?

—Ah, esa sí que es una buena pregunta —dijo él. Su mano le rozó la barbilla—. ¿Hasta dónde llegarías tú?

Se humedeció los labios, sin apartar la mirada. Pero, de repente, dio un paso atrás, como si se hubiera quemado, y centró su atención en la pistola.

—¿Vas a enseñarme a usarla?

Ella siempre cambiaba de tema cuando él rozaba algo personal, y Drew estaba decidido a cruzar esa barrera.

—No has respondido a mi pregunta. ¿Hasta dónde llegarías, Francis?

Ella miró el arma.

—Creo que debiste de ser un charlatán.

—Ay —dijo él—. Me hieres. Tengo algunos principios, y malgastar alcohol de esa manera no encajaría con ellos. Soy un aventurero, sí. Un jugador, lo admito… incluso un pícaro a veces, pero nunca un charlatán.

Sus ojos brillaron con interés.

—¿Un pícaro?

—De primer orden.

—¿Qué hace un pícaro?

Él alzó una ceja.

—Una joven bien educada sabría que no debe preguntar eso.

Ella bajó la mirada hacia su ropa.

—¿Parezco una joven educada?

Él soltó una risa baja.

—Estás deliciosa. Y sospecho que eres una dama.

Ella jugueteó nerviosamente con la pistola.

Él colocó una mano sobre la suya.

—Ten cuidado con eso. Me gustan todas mis partes.

Ella se sobresaltó, alarmada. Realmente no le gustaba el arma.

—Sujétala firme, muchacha —indicó él—. Prueba el gatillo.

La observó un instante y luego le quitó de nuevo el sombrero.

—Así está mejor.

Ella intentó recuperarlo, pero él lo lanzó lejos y la sujetó cuando fue a por él.

—No puedo abrazarte con ese trasto en la cara —murmuró con pereza.

Su mirada, atónita, se cruzó con la de él, pero antes de que pudiera reaccionar, Drew se colocó detrás de ella y la rodeó con los brazos, guiando su mano.

—Para enseñarte los entresijos del arma, muchacha —añadió, con una voz que pretendía ser tranquilizadora.

—Parece bastante sencillo —replicó ella—. Apretas el gatillo.

Él soltó una risa baja.

—Inténtalo. Apunta a algo.

Ella miró alrededor, y sus ojos se iluminaron al posarse en él.

—No me refería a mí —añadió él—. Y no hay balas.

—Puedo desearlo, ¿no?

—Ah, muchacha, eso es algo cruel de decir.

Miró a su alrededor y vio el sombrero.

Su gran mano envolvió la de ella, mostrándole cómo empuñar el arma.

—Aprieta el gatillo con suavidad —indicó—. Nunca te precipites al disparar.

Cuando se convenció de que ella había entendido el principio básico, cargó el arma y se la devolvió.

—Ahora apunta al sombrero y aprieta el gatillo. Despacio. La pistola dará una sacudida, así que prepárate.

Ella le lanzó una mirada indignada.

—¿Mi sombrero?

Él se encogió de hombros.

—Una bala difícilmente le hará más daño.

—Hmph.

Se giró a medias, alejándose de él, y apuntó al sombrero. Tuvo que reprimir una sonrisa al verla morderse el labio inferior y entrecerrar los ojos, concentrada. Pasó un minuto entero, podría jurarlo, antes de que finalmente apretara el gatillo, y cuando lo hizo, todo su cuerpo se sacudió por el tirón del revólver. La bala levantó una nube de polvo a medio metro a la izquierda del sombrero.

Pero a él no le preocupó su falta de puntería. Le temblaban las manos, y entonces lo comprendió. Aquello no era simple miedo, sino algo más profundo, algo nacido de la experiencia, algo ligado al dolor crudo que había visto en sus ojos hacía solo unos instantes.

Sintiendo que por fin estaba a punto de desentrañar un gran misterio, se dispuso a rodearla con los brazos de nuevo.

—Francis… —comenzó, tomando otra vez el arma y levantándola—. No te hará daño. Sujétala así…

Se interrumpió al darse cuenta de que su cuerpo temblaba entre sus brazos. ¿Era miedo? Quizá, en parte. ¿O acaso ella era tan consciente como él del calor electrizante que surgía entre ellos?

¿Podía sentir las oleadas de ternura y anhelo que brotaban de él al tenerla allí, envuelta en su abrazo?

Intentó ignorar su deseo, mantener la voz firme, pero notó el tono ronco al hablar.

—Aprieta lentamente —dijo—, y sujétala con ambas manos.

Ella se inclinó hacia atrás, apoyándose en él, mientras disparaba de nuevo, guiada por sus manos. La bala impactó en el sombrero, haciéndolo deslizarse unos treinta centímetros antes de quedar de lado. Ella no emitió ningún sonido de triunfo ni mostró satisfacción; en cambio, pareció hundirse en él.

Maldita sea, sabía que abrazarla era un error, y aun así no se apartó. Incluso a través de las capas de ropa, sintió sus curvas, las mismas que había visto a la luz de la luna cuando ella solo llevaba su camisa.

Le soltó las manos, y los brazos de ella cayeron a los costados. Oyó el leve golpe sordo del arma al resbalar de sus dedos.

La giró para que lo mirara, y vio las lágrimas.

Levantó la mano para tocarle el rostro, para secar la humedad.

—Francis… —susurró, con el corazón latiéndole con fuerza.

Ella lo miró con una intensidad que lo atravesó, con un anhelo que igualaba al suyo.

Las alarmas resonaban en su cabeza —te preocupas demasiado, te hará daño, te traicionará, te mentirá—, pero no le importó. Por una vez en su vida, decidió ignorarlas, la atrajo hacia sus brazos y bajó la boca para cubrir la de ella.

Capítulo 11

La respuesta de Francis fue pura desesperación, un refugio del intenso dolor que la invadía. Sus labios buscaron los de Drew con frenética urgencia.

Sostener el arma de su padre, sentirla, recordar las lecciones que él le había dado con ella… recordar otra pistola y el disparo que le había arrebatado a su padre… todo ello había vuelto a inundarla de dolor. No le había costado ningún esfuerzo fingir que no le gustaban las armas. Había querido tirar la Colt, huir de los recuerdos que la abrumaban. En cambio, se refugió en el abrazo de Drew, se perdió en su beso. Él se sentía tan cálido, tan fuerte, tan vivo. Él la hacía sentirse viva. Sabía, en lo más profundo de su corazón, que había algo fuerte, puro y espléndido entre ellos.

Había existido desde aquella noche en el río, cuando él le había salvado la vida. Y ella lo deseaba. Lo deseaba a él.

Sintió que el dolor de la pena se desvanecía, sustituido por algo más fuerte, más urgente. Su boca acariciaba la de ella, dando sin exigir. Pidiendo. Esperando.

Su mano se posó en su rostro en un gesto impulsivo, explorador. Sabía tan poco de él, había sospechado tanto. Y, sin embargo, sabía que estaba entregándole su corazón.

La ternura de sus labios, el feroz anhelo de su beso, la protección de sus brazos alrededor de ella la hacían sentir segura. Y completa, como nunca antes se había sentido.

El calor de su tacto, mientras sus manos rodeaban su cintura, se adentraba en su interior, provocando temblores que recorrían cada parte de su cuerpo. Sus labios eran suaves y firmes, tiernos

más allá de lo comprensible. No había sabido que fuera posible tal dulzura entre un hombre y una mujer. Sus labios se derritieron bajo los de él, su cuerpo deslizándose contra el suyo hasta que fueron casi uno. Una tensión eléctrica y ardiente la recorrió hasta la punta de los dedos de los pies.

El beso se volvió abrasador, lleno de necesidad, lleno de promesas. Sintió cómo su cuerpo cambiaba, su virilidad palpitando de repente contra ella, y sintió un estremecimiento correspondiente en lo más profundo de su ser. Gimió de deseo, con el dolor voraz creciendo en lo más profundo de su cuerpo. Se tensó hacia él, arqueándose contra su pecho, mientras sus brazos la apretaban con fuerza.

Su gemido se ahogó en el de él.

Su boca se abrió y su lengua comenzó un cortejo sensual, magnificando el anhelo palpitante dentro de ella, la necesidad exquisitamente dolorosa y deliciosa. Su lengua se encontró con la de él con desenfreno. Cuando pensó que ya no podría soportarlo más, su boca se separó de la de ella, y sus labios trazaron un camino de besos hasta su cuello, donde encendieron un anillo de fuego con la lengua. Ella se aferró a él, sintiendo la tensa calidez de su cuerpo.

—Francis… —susurró él, y su mero aliento le provocó estremecimientos por todo el cuerpo.

Ella pensó que explotaría con la creciente necesidad que sentía en su interior. Levantó la vista hacia él, hacia los ojos color avellana iluminados por destellos dorados. Tragó saliva, incapaz de hablar.

—¿Quién eres? —preguntó él en voz baja—. ¿Una hechicera?

Ella solo pudo negar con la cabeza.

—Ah, Francis… lo que pasa es que me da igual.

Sus brazos la atrajeron hacia él. El calor la abrasaba por todas partes cuando sus cuerpos se tocaron y sus labios se posaron de nuevo sobre los de ella. Y ella respondió con una pasión que brotaba

de lo más profundo de su ser. Su boca acarició la de él, pidiendo, deseando, exigiendo de una forma primitiva que ella no entendía.

—Scotty…

—Drew —la corrigió él, susurrándole al oído—. Andrew.

Apenas captó sus palabras. Se sentía mareada, llena de sensaciones temblorosas y palpitantes.

—Bonita muchacha —murmuró él—. Mi valiente y bonita muchacha.

Antes de que pudiera reaccionar, su boca volvió a la de ella y sus manos comenzaron a abrirse paso a través de sus capas de ropa.

Su corazón latía con fuerza, pero el flujo de su sangre parecía haberse ralentizado hasta convertirse en un arrastre ardiente mientras esperaba, sin aliento. Su mano le tocó el pecho, aún separados por varias capas. Aun así, sintió cómo su cuerpo respondía, cómo sus dedos despertaban corrientes de sensaciones que la atravesaban.

Él gimió y empezó a quitarle la ropa: la chaqueta, la camisa exterior, una segunda camisa, hasta llegar a la camiseta interior. Liberados de las capas de tela, sus pechos se tensaron contra la última prenda que los cubría. Y estaban sensibles. Intensamente sensibles.

Él desabrochó la camiseta interior y luego desató la atadura que rodeaba sus pechos. Lenta y suavemente, sus manos acariciaron partes de ella que ningún hombre había tocado jamás. Cuando se detuvo de repente, sintió una terrible pérdida. Pero él le tomó la mano y la condujo hasta un nido seco de agujas de pino, donde la guio hasta que se arrodilló. Él hizo lo mismo a su lado, besó un pezón duro, luego el otro. Su espalda se arqueó instintivamente y gimió.

Al bajar la vista hacia su cabello castaño rojizo, vio que los rayos del sol lo habían salpicado de oro, y que la brisa había

despeinado los mechones en distintas direcciones. Lo tocó, pasando los dedos entre ellos, presionándolo contra su pecho.

Entonces él levantó la cabeza, y sus ojos —dorados y ferozmente tiernos— escrutaron sus rasgos.

—¿Francis?

Ella asintió. Sus manos fueron a la camisa de él. Intentó desabrocharla, pero sus dedos se volvieron torpes. Se enredaron en los ojales, y lo miró en busca de ayuda.

Él sonrió con ternura mientras tomaba sus manos y, juntos, terminaban de desabrochar la prenda. Ella observó fascinada cómo se abría, dejando al descubierto un pecho firme salpicado de vello dorado. Sus dedos jugaron con él, recorriendo los músculos, deteniéndose en los pezones, descendiendo después hacia el vientre.

Levantó la mirada.

—No tienes el cuerpo de un jugador.

—¿Y cómo lo sabes? —replicó él.

—He visto a algunos —respondió ella—. Suelen ser… como gelatina.

Él rió en voz baja, atrapando su mano y llevándosela a la boca, mordisqueándole los dedos.

—¿Como gelatina? Supongo que encaja con algunos que he conocido.

—Pero nunca he visto a ninguno… como tú.

—Espero que no —respondió él—, aunque agradezco no parecer gelatinoso.

Su mano se apoyó en su abdomen duro, subió hasta su hombro. Sus miradas se cruzaron y el aire se tensó entre ellos.

—Solía correr carreras de caballos en Escocia —dijo él—. Las de obstáculos te mantienen en forma.

—¿Carreras de obstáculos? —repitió ella.

—Sí. ¿Has oído hablar de ellas?

—Claro. Fui a una en Nueva York.

—Soy demasiado corpulento para eso —añadió él.

Ella asimiló aquello, pero enseguida comprendió lo que hacía: estaba enfriando el momento.

—Eres un sinvergüenza —murmuró, deseando más de él.

—No suelo tomarme a las vírgenes —dijo él con voz ronca.

Su mano se detuvo.

—No soy virgen.

El eco de sus propias palabras resonó en su mente, pero no podía detenerse ahora.

Él la miró, dudando, queriendo creer.

Ella se inclinó y lo besó.

Esta vez él respondió con hambre, tumbándola, su cuerpo sobre el de ella. Solo la tela los separaba. Sus pechos rozaron su piel, y la sensación la hizo perder el aliento. Entonces él se movió, quitándose los pantalones, luego los de ella.

Se quedó un instante contemplándola, y ella hizo lo mismo. Extendió las manos, explorándolo, provocando una respuesta inmediata. Él la acarició en su intimidad hasta hacerla arder, y luego se colocó sobre ella.

Sus labios recorrieron su piel mientras la abría con suavidad. Cuando finalmente se unieron, la presión creció… hasta convertirse en dolor.

—¡Oh!

—Maldita sea…

Se detuvo, respirando con dificultad. Pero cuando el dolor empezó a ceder, ella se arqueó hacia él, deseándolo.

Sus brazos lo rodearon, su cuerpo lo acogió.

Él gimió y comenzó a moverse de nuevo, primero lento, luego con creciente intensidad. El placer la arrasó, se multiplicó hasta estallar en una explosión de sensaciones. Su cuerpo se tensó, y él la siguió, perdiéndose en ella.

Se aferraron el uno al otro mientras las últimas sacudidas los atravesaban.

Cuando él cayó sobre ella, exhausto, ella aún sentía su presencia dentro, su calor, su plenitud.

Nunca se había sentido tan agotada. Ni tan completa.



Drew luchó por reprimir la ira que lo invadía mientras aún saboreaba la plenitud.

Pero al final, perdió la batalla.

Ella le había mentido de nuevo. No podía negar el placer que su mentira le había proporcionado, pero el placer era algo fugaz. La traición duraba toda la vida.

Suspirando, se apartó de ella y se tumbó de espaldas a su lado para contemplar el cielo de la tarde. El sol se hundía hacia el horizonte y, sobre sus cabezas, el azul brillante se salpicaba de tonos rosados y dorados.

Su mano estaba entrelazada con la de él, y ella permanecía en silencio, pero sus dedos se movían contra los suyos. Le había dado el mayor regalo que una mujer podía dar a un hombre, y él se sentía honrado por ello. Debía de haber tenido muchas oportunidades antes de esto, pues era encantadora y completamente deseable. Quería decirle cosas tiernas. Debería decírselas.

Pero no podía tragarse la mentira.

—¿Por qué? —preguntó—. ¿Por qué me mentiste?

Sintió, más que vio, cómo ella se estremecía.

Pasó un momento de silencio y luego, con voz baja y clara, ella dijo:

—¿De verdad tienes que preguntarlo?

Volvió la cabeza y la miró a los ojos. Dios, qué azules eran. Un azul tan intenso. Y toda esa intensidad se centraba en él. La ternura, algo que incluso podría parecerse al amor, lo invadió.

Pero él no quería el amor, no confiaba en él. No tenía ni idea de cómo darlo ni de cómo recibirlo.

—Te dije que nunca más me mintieras.

Su voz ni siquiera parecía la suya. Sonaba áspera, quebrada.

—No lo siento —dijo ella en voz baja—. Nunca podría arrepentirme de lo que acaba de pasar. Por favor, tú tampoco lo hagas.

Él no lo lamentaba. En lo más profundo de su corazón, no lo lamentaba. Eso era lo que lo asustaba. ¿Asustado? Maldita sea, estaba aterrorizado.

Su mano se posó en su rostro, trazando sus contornos, deteniéndose en la comisura de sus labios.

—¿Cuántas mentiras más? —preguntó en voz baja.

Ella vaciló, y él supo que había otras. Un nudo pesado se le formó en el pecho. No sabía si podría soportar muchas más falsedades.

—¿Cuántas? —repitió.

Sus dedos se apretaron con fuerza contra los de él.

—Hay… algunas cosas que no puedo contarte —dijo ella.

—Nadie te persigue —afirmó él, sondeándola mientras observaba sus ojos.

Ella asintió.

—Eso es cierto.

Su ira se desplazó hacia esa otra persona, hacia ese agresor desconocido que se atrevería a hacerle daño.

—¿Por qué? —preguntó—. ¿Por qué no puedes contármelo todo?

—Porque no lo sé todo —respondió ella—. Solo sé que una persona a la que quería mucho fue asesinada. Y que alguien me disparó.

—¿Una persona a la que querías? —repitió él.

Los celos se agitaron en su interior, algo completamente desconocido y profundamente incómodo.

—¿Quién era?

—Un pariente —dijo ella.

—Pensaba que lo sabías todo —replicó él—. Tu padre, el banquero, vendiéndote en matrimonio a un acreedor. Un amigo que resultó herido al intentar ayudarte.

De repente comprendió que su ira era tan intensa porque se preocupaba demasiado por ella. Cada una de sus mentiras era una daga clavándose en su corazón.

Se apartó rodando de ella y se abrochó la camisa. Luego encontró sus pantalones y se los puso. Le lanzó su ropa, ignorando el dolor que vio en sus ojos.

—¿Drew?

—Vístete —ordenó con frialdad.

Se dio la vuelta y se dirigió hacia los caballos. Cerró los ojos un instante, mientras una avalancha de remordimientos le recorría el cuerpo. Tenía que sacársela de la cabeza. Pero ¿cómo iba a hacerlo, cuando ella había ocupado un lugar más profundo en su corazón que nadie antes? ¿Cómo podía amar a una mujer en la que no confiaba?

La voz de su padre resonó en su mente, pronunciando palabras que nunca había querido oír.

Tu madre era una puta. Tú no eres mi hijo. ¿Es eso lo que querías saber?

No había querido saberlo, pero había necesitado hacerlo. Y aquellas palabras lo habían explicado todo. Pero habían llegado demasiado tarde, cuando ya era adulto, y el daño ya estaba hecho en aquel niño desconcertado que nunca había entendido por qué lo odiaban tanto. Para cuando supo la verdad, ya había perdido cualquier capacidad de confiar. Y ya estaba convencido de que no era digno del amor de nadie.

Se sentía como si le hubieran permitido vislumbrar el cielo solo para ser arrastrado de nuevo, apenas unos instantes después, al infierno.

Se giró.

Francis se había puesto los pantalones y una camisa. Tenía el pelo corto revuelto por sus manos, por lo que acababan de compartir, y los labios hinchados. Sus ojos, al mirarlo, eran suplicantes, pero su espalda estaba erguida, rígida.

—Nunca me arrepentiré —dijo con desafío.

Un dolor punzante le atravesó el estómago. Quería tomarla en sus brazos y susurrarle palabras dulces. Quería volver a unirse a ella, sentir de nuevo el éxtasis que habían compartido. Quería hacerlo todo.

Y sabía que podía. Ella lo recibiría.

Pero no confiaba en ella.

—Yo sí —respondió con amargura—. Vamos.

Montó en su caballo y se alejó, dejándola atrás para que terminara de vestirse, montara sola y lo siguiera a través del polvo.



Francis sabía que había cometido un error. Lo había sabido desde el principio, pero no había comprendido hasta qué punto era grave. No hasta ver el vacío, el dolor, la desolación absoluta en los ojos de Drew. Ojos que la habían descartado por completo.

Quería decirle la verdad. Toda la verdad.

Pero ¿cómo hacerlo? Ella misma había visto el afecto y la lealtad de Drew hacia Callahan. ¿Cómo iba a decirle que creía que su amigo era un asesino? ¿Cómo obligarlo a elegir?

¿Y si elegía a Callahan?

Moriría.

Pero ¿sería peor ese dolor que el que sentía ahora? ¿Sería peor que lo eligiera a él antes que a ella, que verlo marcharse sin mirar atrás apenas unos minutos después de haber compartido algo tan íntimo?

Aún podía sentirlo dentro de ella. El calor, la plenitud, la huella de sus manos sobre su cuerpo, la ternura de sus besos.

Y también sentía las lágrimas deslizándose por sus mejillas.

¿Qué había hecho?

Capítulo 12

A la mañana siguiente, Francis iba dando botes en el asiento de la carreta de los rezagados, con los ojos bien abiertos en busca de indios. El terreno le parecía incapaz de sostener vida alguna. Las llanuras se extendían como un mar infinito de tierra reseca, apenas interrumpido por montones de piedras y matorrales. La desolación que la rodeaba se correspondía con su estado de ánimo.

Había pasado una noche inquieta, preguntándose si debía contárselo todo a Drew. ¿Debía confiar en su instinto y en su integridad con su vida? La respuesta era siempre la misma: quería hacerlo. Pero ¿y si él no la creía? ¿Y si se veía obligada a abandonar la caravana sin llegar a conocer la verdad sobre Callahan? Peor aún, ¿y si, al confiar en Drew, lo ponía también a él en peligro?

La carreta dio un golpe al pasar por encima de una roca que no había visto y casi salió despedida del asiento. Se aferró a las riendas de las mulas, intentando mantenerse alerta, y soltó un suspiro.

Aquella mañana, junto al fuego del desayuno, se había enterado de algunos datos nuevos sobre Callahan. Un par de vaqueros conversaban, y oyó a uno decir que el jefe de la caravana había fundado el Circle C hace veinticinco años con una pequeña inversión.

Hace veinticinco años.

Por esa misma época, su padre había abandonado Texas rumbo al Este, con su propio capital… y un secreto que acabaría matándolo. Era imposible que se tratara de una coincidencia.

Pero ¿qué podía hacer con esa información? No probaba nada. Solo confirmaba sus sospechas.

El día transcurrió lentamente. Pasó largas horas observando la carreta que avanzaba delante de ella, pensando en el ganadero herido que viajaba en su interior.

Pensando también en Murphy, por quien había empezado a sentir un respeto a regañadientes… incluso afecto.

Aquella mañana tampoco se encontraba bien. Su artritis, según había dicho, le estaba dando problemas. Le había dejado muchas de sus tareas, incluida la de hornear el pan, lo que indicaba hasta qué punto debía de sentirse mal. El pan y las tartas eran su orgullo, y jamás le había permitido tocar ninguno de los dos. Sin embargo, ella había observado y aprendido. Su pan no había quedado tan esponjoso como el de él, pero había sido aceptable.

Supuso que debería sentirse orgullosa. Satisfecha con su logro.

Pero lo único que sentía era una profunda tristeza.

Y, por mucho que intentara apartar la mente, volvía una y otra vez a la expresión del rostro de Drew cuando lo había visto junto al fuego de la cocina: fría, impersonal, distante, con los ojos vacíos de emoción.

Esa mirada la persiguió durante todo aquel largo y caluroso día.



Cada movimiento de la carreta le dolía como el demonio, pero a Gabe le preocupaba más Murphy que él mismo. Tendido sobre el duro banco en el interior de la carreta de la cocina, tratando de no caer mientras avanzaban a trompicones sobre el suelo reseco, reflexionaba sobre el comportamiento del anciano.

No estaba convencido de que la artritis fuera el único problema.

Al observarlo ahora, a través de la parte delantera abierta de la carreta, notó que Murphy permanecía rígido en el asiento, guiando las mulas de forma mecánica, sin sus habituales y pintorescas maldiciones. El simple hecho de que no refunfuñara era señal suficiente de que algo iba mal.

Maldita sea, todo había salido mal en aquel viaje. La estampida. La muerte de Juan y las heridas de Ace. La emboscada. Los retrasos. Aquella misma mañana había advertido que incluso Cameron se mostraba taciturno y silencioso, y no podía evitar preguntarse si el diablo le pisaba los talones.

Se removió en el banco, intentando en vano encontrar una postura menos dolorosa, y dejó escapar un suspiro. Deseaba que Luke regresara de su reconocimiento. Había partido la tarde anterior, antes del anochecer, y ya debería haber vuelto. Tal vez no había sido prudente enviarlo como explorador, pero no tenía alternativa. Alguien debía hacerlo, y nadie conocía mejor el terreno ni tenía más experiencia.

Con otro suspiro profundo, se inclinó hacia la parte delantera de la carreta y habló:

—¿Murphy?

—¿Eh?

—¿Estás bien?

—Me estoy haciendo viejo, eso es todo.

—Ese chico…

Murphy gruñó.

—Lo está haciendo bien. Mejor de lo que esperaba.

Gabe guardó silencio, sopesando la respuesta. Era un gran elogio, viniendo de Murphy, pero ¿se lo había ganado realmente el muchacho, o lo decía porque sabía que él estaba fallando?

Pensando en el camino que aún les quedaba, recordó un puesto comercial a unas treinta millas al norte donde había un

médico. Se aseguraría de que Murphy fuera examinado cuando llegaran.

Observó la espalda del anciano.

—Hemos hecho muchas travesías juntos, ¿verdad, Murphy?

—Sí.

—¿Se están volviendo más duras o somos nosotros los que envejecemos?

—Quizá deberías dejárselas a tus sobrinos.

—¿Crees que están preparados?

Murphy respondió con silencio.

—Yo tampoco —murmuró Gabe.

Murphy gruñó.

—¿Qué opinas de Cameron?

—¿Scotty?

—Sí.

—No sé qué hace aquí. No es un vaquero.

—Está aprendiendo a manejar el ganado.

Murphy negó con la cabeza.

—Es un vagabundo. Nunca se queda quieto. Se marcha a caballo cada vez que puede.

—¿Estás diciendo que no confías en él?

—No he dicho eso —rezongó Murphy—. Salvó a Ace. Eso es un hecho. Solo digo que es un vagabundo.

—Como tú.

—Como solía ser yo.

Murphy guardó silencio un instante y luego añadió, con voz más grave:

—No te lo dije antes porque quería venir, pero tengo el corazón mal. Me ha estado ralentizando… más de lo que pensaba.

Gabe se tensó. Conocía a Murphy desde hacía más de veinte años. Había sido su cocinero, de forma intermitente, durante todo ese tiempo. Desaparecía durante un año o dos y luego regresaba.

«Me pican los pies», solía decir.

Sin duda, había reconocido un alma afín en el escocés.

—Quiero que el médico del puesto de Haley te examine —dijo Gabe.

Cuando Murphy no protestó, sintió que el corazón se le encogía.

Se recostó en el banco y cerró los ojos, mientras la preocupación lo invadía. Por Murphy. Por el paradero de Luke. Por llevar el ganado a Abilene sin más contratiempos.

Y, sobre todo, por quienquiera que estuviera ahí fuera, esperando.

Esperando para matarlo.

Contó tres posibilidades. Tres nombres de hombres.

Y pensó en ellos… y en el hombre que había sido cuando los conoció, mientras soportaba aquel día largo, caluroso y lleno de dolor.



Drew manejó al caballo pinto para devolver al rebaño a una vaca descarriada. En realidad, el pinto esprintó por delante del novillo y lo condujo de vuelta a su sitio sin que él apenas tuviera que intervenir. Aun así, disfrutó de la acción y casi habría agradecido otro arrebato repentino de independencia por parte de alguna res.

Diablos, habría agradecido cualquier distracción que lo apartara de los pensamientos sobre Francis. Debido al peligro que

representaban los indios, las caravanas se mantenían ahora más juntas, sin avanzar varios kilómetros por delante del rebaño. Podía ver la parte trasera de la carreta de las provisiones sacudiéndose por los surcos que otras caravanas habían dejado al pasar por allí. Cabalgando en la punta izquierda, ni siquiera podía quitársela de la vista, y mucho menos de la mente.

No pienses en ella. Piensa en otra cosa. Piensa en ser dueño de un rancho. Piensa en Ethan y Caroline. Piensa en cualquier cosa menos en Francis…

Pensó en los indios. No es que supiera lo suficiente sobre ellos como para mantenerlos en su mente durante mucho tiempo. Había visto a algunos en los pueblos, normalmente a pie, y había escuchado historias sobre su destreza a caballo, su ferocidad, sus atrocidades. Había oído lo suficiente como para que le entraran ganas de saber más sobre los hombres salvajes de las llanuras. La parte de él que era escocesa simpatizaba con su deseo de permanecer libres, de luchar contra sus aspirantes a conquistadores, tal y como su pueblo había luchado contra los ingleses durante siglos. Su pueblo también había sido masacrado.

Mientras se sumía en esos pensamientos sombríos —que, en cualquier caso, eran una mejora respecto a los aún más sombríos pensamientos sobre la mujer que conducía la carreta delante de él —, vio a Luke cabalgando hacia el rebaño.

Espoleó a su caballo, preguntándose qué lo había retenido tanto tiempo. Sabía que Gabe se había preocupado muchísimo.

—Hay un pequeño destacamento de caballería más adelante — dijo Luke, acercándose para cabalgar a su lado—. El teniente dice que un grupo de kiowas renegados se ha escapado de la reserva con algunas de sus familias. Los han avistado al norte de aquí. También hay algunos utes. Esas dos tribus son enemigas acérrimas. Y probablemente ambas necesiten comida.

Frunciendo el ceño, Drew murmuró:

—Lo único que nos falta ahora es vernos envueltos en una guerra india.

Luke dudó un momento y luego añadió:

—El tío Gabe dice que se te da bien ese rifle. Sube y cabalga con las carretas.

Sin esperar respuesta, Luke se alejó cabalgando para avisar a los demás vaqueros.

Drew espoleó a su caballo y se dirigió hacia la carreta de la cocina. Cuando llegó, lo hizo avanzar en círculos junto al banco. Murphy gruñó al verlo. Gabe, con la cabeza aún vendada y el rostro pálido como un lienzo, estaba sentado junto al cocinero. Sostenía un rifle.

Asintió a Drew.

—¿Te lo ha dicho Luke?

Drew asintió.

—No podemos perder este carro —dijo Gabe—. En el Territorio Indio no hay ningún sitio donde reemplazarlo.

—No lo perderemos —respondió Drew.

—Si vemos a algún indio, intentaremos negociar con ellos por unas cuantas cabezas de ganado. No dispares primero.

—Entendido.

Gabe lo miró de reojo.

—¿Alguna vez has disparado a caballo?

Drew negó con la cabeza.

—Solo aquella noche de la estampida, y entonces no apuntaba a nada.

—Es jodidamente difícil dar a algo —dijo Gabe—. Espera a que tu objetivo esté cerca.

Drew se movió en la silla.

—¿Cómo de cerca?

—A un palmo —respondió Gabe con una sonrisa irónica.

Drew lo miró de reojo, pensando que no podía hablar en serio.

Gabe arqueó una ceja.

—¿Sigues pensando en el negocio del ganado?

—Sí —respondió Drew—. Nunca hay un momento aburrido.

Gabe asintió.

—Me alegro de que estés con nosotros. Ahora será mejor que vuelvas a la carreta de las provisiones y le digas al chico lo que está pasando. ¿Le has enseñado algo sobre cómo disparar?

—Una lección —murmuró Drew.

—Será mejor que le des otra esta noche.

Ni de coña, pensó Drew. Pero asintió y empezó a girar su caballo. Sin embargo, se detuvo al fijarse en el rostro de Murphy bajo el ala del sombrero. Mientras Gabe estaba pálido, el del cocinero era de un rojo apagado. Y sus manos temblaban claramente al sujetar las riendas.

La mirada de Drew volvió a posarse en Gabe. Gabe le sostuvo la mirada, y Drew comprendió al instante que no era el único preocupado por el viejo cocinero.

—Mi caballo necesita descansar —dijo—. Después de hablar con Two-Bits, ¿por qué no conduzco tu yunta un rato?

Era una excusa poco convincente. Ridícula, en realidad. La remuda estaba justo a la derecha de la manada, y podría haber cambiado de montura en cualquier momento. Pero Gabe asintió y Murphy no protestó. Algo iba mal, se dio cuenta Drew, algo más que la preocupación por los indios renegados.

Giró al pinto y cabalgó de vuelta hacia la carreta de las provisiones, haciendo que su caballo avanzara al paso junto a Francis.

Ella lo miró con recelo desde debajo del sombrero, que ahora lucía un agujero de bala. Su expresión era de curiosidad… y cautela.

—El ejército dice que hay kiowas y utes al norte de aquí —dijo él—. Mantén los ojos bien abiertos. Voy a ir en la carreta de provisiones con Murphy y el señor Callahan.

Ella respondió con un breve asentimiento.

—Murphy no tiene buen aspecto —añadió él, preguntándose si ella también lo había notado.

—Dice que es su artritis —respondió.

Así que sí lo había percibido, aunque Drew no podía evitar pensar que se trataba de algo más grave.

Siguió cabalgando a su lado, reacio a alejarse, pero sin una excusa real para quedarse.

—Recuerda lo que te enseñé —dijo finalmente.

Ella giró la cabeza y lo miró directamente a los ojos, y él vio en ellos todo el dolor y la confusión que le había causado.

—Recuerdo todo lo que me enseñaste.

Apretó la mandíbula.

—Lo de la pistola, muchacha. Me refiero a eso. Quédate justo detrás de la otra carreta.

Ella asintió.

Dudó un instante, y luego cabalgó hacia la carreta de avituallamiento. Sacó el rifle de la funda y se lo entregó a Gabe. Luego tomó el lazo del cuerno de la silla y ató un extremo a las riendas. Dirigiéndose a la parte trasera de la carreta, ató el otro extremo al arco trasero. Después se deslizó hacia abajo y subió al banco. Los otros dos hombres le hicieron sitio.

Le quitó las riendas a Murphy y observó cómo el hombre mayor se retiraba al interior para tumbarse.

Gabe habló en voz baja:

—Me acaba de decir que tiene el corazón mal. Puede que tenga que dejarlo en Haley's.

—¿En Haley's? —preguntó Drew.

—Un puesto comercial donde conseguiremos provisiones. Está a dos días de aquí, quizá tres si tenemos problemas. Y eso parece ser lo único que tenemos. —Hizo una pausa—. ¿Cómo está el chico?

Drew se encogió de hombros.

—A los indios no parece preocuparles… —Se detuvo a tiempo antes de decir "a ella".

Quizá debería hacerlo. Quizá Gabe debería saberlo. Maldita sea, definitivamente debería saberlo. Sin embargo, Drew no se atrevía a traicionar el secreto de Francis.

—¿Ha habido alguna vez una mujer en una ruta de ganado? —preguntó, procurando que su tono sonara despreocupado.

Gabe le lanzó una mirada cómplice.

—¿Te estás sintiendo solo? Suele haber algunas, eh, damas de compañía en Haley's. La competencia se pone dura cuando llega una caravana.

—Solo por curiosidad.

—Conozco a uno o dos hombres que se llevan a sus esposas en las trasladas —dijo Gabe—. Pero hay muy poca intimidad, y yo no querría a nadie conmigo. ¿Qué diablos harías con una mujer en una traslada? —Señaló hacia delante—. En el próximo abrevadero, la mayoría de los hombres se darán un baño.

Drew obtuvo su respuesta, y eso solo sirvió para aumentar su conflicto interno. ¿Debía honrar su amistad con Gabe o el vínculo que había creado con Francis? La mujer a la que, pese a todo, empezaba a amar.

El día avanzó. Las praderas onduladas se extendían hasta el horizonte, sin rastro de guerreros. Gabe descansaba dentro de la

carreta con Murphy, y Drew guiaba la yunta con tres rifles a sus pies.

Se detuvieron a primera hora de la tarde junto al río Washita. Drew desenganchó la yunta. Murphy bajó y abrió el baúl de la carreta. Pero cuando Drew le ayudó a sacar el horno holandés, el cocinero se desplomó, llevándose la mano al pecho.

Drew lo sujetó. El horno cayó al suelo con estrépito.

Mientras lo ayudaba a tenderse, Francis llegó corriendo, con el rostro lleno de angustia.

Murphy intentó incorporarse, apoyándose en la rueda.

—No te quedes ahí parada. Empieza a preparar la cena.

Drew observó a Francis. Ya no había nada oculto en su expresión. Solo angustia.

—¿Murphy? —susurró ella.

—¿Estás sordo? —gruñó el cocinero, respirando con dificultad.

Ella negó con la cabeza.

—Encenderé el fuego.

El anciano pareció relajarse.

—Ya puedes hacerlo todo… chico listo.

Cerró los ojos y su cuerpo se desplomó. Inmediatamente Gabe cayó de rodillas junto a él.

—No me hagas esto. Maldita sea, Murphy…

Drew buscó el pulso en su cuello. No había ninguno. Se incorporó lentamente y miró a Francis.

Ella estaba inmóvil, con lágrimas en los ojos. Se giró, tropezó, y luego se alejó con paso rápido hacia la carreta.

Drew fue tras ella. La alcanzó justo cuando recogía leña a tientas, dejándola caer al intentar sostenerla.

Le puso las manos en los hombros. Ella se apartó bruscamente.

—Francis…

Se volvió, secándose una lágrima.

—Estoy bien.

—No lo creo.

—¿Por qué te importa siquiera? —respondió con amargura.

—Dios me ayude, sí que me importa.

—No te necesito. No te quiero.

—Ah, muchacha…

—No soy tu muchacha.

Se agachó y recogió la leña con dignidad.

—Murphy querría que preparara la cena.

Y se alejó, dejándolo allí, admirando su fortaleza y deseando poder abrazarla y arrancarle el dolor.



Enterraron a Murphy mientras el último resplandor del sol poniente bronceaba el horizonte. Todos los hombres que no estaban de servicio se colocaron junto a la tumba mientras Gabe, con una Biblia en la mano, leía un pasaje de los Salmos.

Francis estaba junto a la tumba con los demás, retorciendo el sombrero entre las manos. Apenas se percató de las miradas curiosas que los vaqueros lanzaban a sus cortos rizos. Todos ellos también llevaban los sombreros en la mano, y habría sido aún más extraño que ella se hubiera dejado el suyo puesto. En ese momento, no le importaba lo que pensaran los demás. Simplemente se sentía desdichada e imaginaba que las cosas pudieran empeorar.

La voz de Callahan sonaba incómoda y quebrada mientras hablaba. Se había dado cuenta de que los dos hombres —el ganadero y el cocinero— eran amigos desde hacía mucho tiempo. El dolor de Callahan al leer el Salmo 23 era evidente. No quería compadecerse de él, pero lo hacía.

Cuando terminó, cada uno echó una palada de tierra en la tumba. Ella cogió la pala de Drew, con las manos temblorosas cuando sus dedos se tocaron por una fracción de segundo. Recogió su parte de tierra y la arrojó al interior, y luego le pasó la pala a Luke. Drew entonó una canción, un himno que ella reconoció, y los demás se unieron a él. Ella movió los labios al ritmo de la letra, sabiendo que su voz de contralto la delataría, si es que sus rizos no lo habían hecho ya.

Y entonces los hombres se alejaron lentamente, dejando a Gabe y Drew para levantar una tosca cruz de madera que Drew había fabricado.

Había cocinado un poco de cerdo salado con alubias, junto con pan fresco. El pan aún no tenía la ligereza del de Murphy, ni las alubias el sabor especiado, pero no oyó quejas. Los vaqueros siempre murmuraban mientras comían las alubias de Murphy, justo antes de volver a por una segunda ración. Supuso que aún no se había ganado sus murmullos. Era una señal de afecto y respeto.

Les haría murmurar, pensó, aunque fuera lo último que hiciera. Por Murphy, les haría murmurar.



El puesto comercial de Haley había sido asaltado e incendiado. Solo quedaba un perro, tumbado junto a uno de los ocho montículos de tierra, con la cabeza metida entre las patas delanteras. El animal apenas logró levantar la cabeza para saludar a los recién llegados cuando Drew entró a caballo con Gabe y Luke a su lado.

Drew miró al suelo mientras se acercaban con cautela, aplicando las habilidades de rastreo que había aprendido durante el último mes. Las huellas de cascos descalzos se superponían a las de cascos herrados, lo que probablemente significaba que los soldados habían llegado al puesto comercial demasiado tarde, pero, dado que todas las huellas se dirigían en la misma dirección, habían ido tras los culpables.

Las huellas se dirigían al noroeste. La caravana se dirigía directamente al norte. Quizá, pensó, podrían evitar problemas. Aunque, considerando todo, eso era probablemente pedir demasiado.

Ni Gabe ni Luke hablaron mientras desmontaban y caminaban lentamente para inspeccionar la devastación. Al contemplar la escena, Drew pensó que su silencio era apropiado. Él también desmontó y observó las vigas calcinadas, calculando que había habido al menos cuatro edificios y un corral. El olor a humo y fuego aún persistía, pero cuando tocó un trozo de valla carbonizado, estaba frío. Dos días, pensó, quizá tres.

Mirando a Gabe, que estaba de pie junto a la hilera de tumbas con el sombrero en la mano, Drew vio cómo se encogían los hombros de su amigo. Parecía cansado. Tenía que estar sufriendo, tanto físicamente por sus heridas como anímicamente por la muerte de Murphy.

Cinco días después de resultar herido, el jefe de la caravana había insistido en volver a montar a caballo y en asumir las funciones de explorador. Drew se había opuesto a ello y, por una vez, Luke había estado de su lado, ya que ambos habían intentado persuadir a Gabe para que dejara que lo hiciera otra persona. Pero sus argumentos habían caído en saco roto. Drew sabía que habían tenido suerte de convencer a Gabe, al menos, de que se llevara a alguien más con él.

Drew no entendía la reticencia de Gabe. Para todos los que formaban parte de la caravana era evidente que alguien había intentado matarlo. ¿Estaba intentando que lo mataran? Casi parecía

así. Cuando dejaba la manada para cabalgar por la pradera abierta, con una sombría resignación grabada en el rostro, era como si cabalgara al encuentro de su muerte, como si fuera su destino.

Estremeciéndose, Drew intentó sacudirse esos pensamientos morbosos. Se dijo a sí mismo que estaba dejando que las ruinas quemadas a su alrededor y los días de pradera vacía e interminable le afectaran.

Además, sin pistoleros a la vista, tenían problemas más inmediatos. Gabe había detenido el rebaño cinco millas atrás, en un abrevadero, y estaban allí, en el puesto comercial, para pedir suministros. Suministros que no estarían allí, esperándolos, cuando llegaran las carretas.

Acercándose para situarse junto a Gabe, miró las tumbas.

—¿Amigos? —preguntó.

—No especialmente —respondió Gabe—. Haley no era precisamente el hombre más amable del mundo. Cobraba de más a los ganaderos y vendía armas y licor a los indios. Pero era el único maldito proveedor en cien millas.

Señalando los siete montículos restantes, Drew preguntó:

—¿Y los demás?

Gabe suspiró.

—La última vez que estuve aquí, Haley tenía a cinco hombres y tres mujeres trabajando para él. Uno llevaba la tienda, dos eran mestizos que se ocupaban del ganado. Había un herrero y luego estaba Benedict.

—¿Benedict?

—Una especie de médico —dijo Gabe con una risa áspera—. Podía beber más que cualquier hombre que haya visto jamás y seguir en pie. Su honorario solía ser una botella del aguardiente de mala muerte de Haley. Pero cuando estaba sobrio, podía curar a hombres o animales mejor que cualquier cirujano que haya

conocido. Se quedó aquí porque tenía una esposa india. Los blancos los marginaban a ella y a él también. Haley los dejaba en paz.

Gabe negó con la cabeza.

—Ella es una de las razones por las que Haley no tenía problemas con los indios. Era la hija de un jefe o algo así. Además, Haley no era exigente con lo que intercambiaba.

Drew miró a su alrededor. Debía de haber sido una existencia tremendamente solitaria allí, en medio de la nada. Una muerte aún más solitaria.

Luke se acercó a ellos.

—Nos estamos quedando sin provisiones, tío Gabe. ¿Qué hacemos ahora?

—Me preocupan más esos malditos indios —dijo Gabe, haciendo un gesto con la mano en la que llevaba el sombrero para señalar las ruinas—. Parece que hay un buen grupo de ellos.

Luke gruñó algo en señal de asentimiento.

—Sí, y parece que el ejército les pisa los talones.

—Humph —gruñó Gabe.

Drew sabía que Gabe compartía el desdén de sus compatriotas tejanos por el Ejército de los Estados Unidos, un rechazo que se remontaba a la Guerra Civil. Las tensiones aún bullían a raíz de aquel sangriento conflicto.

En ese momento, su atención se centró en el único superviviente de la masacre: el perro. Todos miraron la última tumba cuando el animal dejó escapar un breve y lastimero gemido.

Capítulo 13

Francis se enamoró del perro desde el primer momento en que lo vio. Lo amó aún más tras enterarse de su vigilia junto a la tumba. Pero lo que más le gustaba era que Drew le hubiera llevado al animal.

Con una mirada que mezclaba ternura y diversión, dejó caer al perro en sus brazos.

—Te he traído más problemas —comentó, con su acento marcado y cadencioso—. Y creo que esta carreta pronto se parecerá a un maldito arca.

La alegría la invadió. Él no había renunciado del todo a ella. Sin embargo, saberlo también la asustaba, porque temía ilusionarse, temía implicarse demasiado.

Aunque, en realidad, ya era demasiado tarde. Ya le importaba demasiado. Su corazón amenazaba con estallar cada vez que lo miraba, y cuando sus miradas se cruzaban, sentía un temblor cálido en ese lugar que él había despertado dentro de ella.

Recogió al peludo y desgreñado animal y lo abrazó con fuerza. Incapaz de expresar su gratitud con palabras, dejó que sus ojos hablaran por ella.

—Tendrás que ponerle nombre a la bestia —añadió él—. Nadie sabe cómo se llamaba.

—Honor —respondió ella al instante, pensando en la fidelidad del perro junto a la tumba de su amo—. Creo que lo llamaré Honor.

Y Honor no dio ningún problema. Solo estaba triste, y Francis pasó más tiempo del que debía con él aquel día, hablándole,

asegurándole que su amo se había ido a un lugar mejor y que él, Honor, tenía ahora un nuevo hogar.

Bueno, quizá sí que dio algún problema. Como le prestó tanta atención al perro, la cena se retrasó, las judías quedaron duras y el pan se quemó.

Luke frunció el ceño —cosa que hacía con facilidad— y Gabe murmuró algo sobre que debía de estar volviéndose loco por permitir que ella se quedara con la «maldita bestia». Pero no la obligó a deshacerse del animal.

A la mañana siguiente, mientras cruzaban el río y avanzaban hacia el norte, Honor se sentó a su lado en el banco de la carreta de los vaqueros. Francis azuzó las riendas, apremiando a las mulas para mantener el ritmo de la carreta de provisiones, conducida por uno de los vaqueros. Debido al aumento de la amenaza de incursiones indias, las carretas se mantenían más cerca del rebaño de lo habitual. Los nervios estaban a flor de piel. La noche anterior habían estallado discusiones y peleas después de que Callahan informara de lo que había encontrado en Haley. Las provisiones se estaban agotando, incluido el café y el azúcar.

Francis se inclinó y acarició al perro, que aceptó su afecto sin entusiasmo. Sin embargo, había dejado de gemir y parecía más tranquilo que cuando Drew se lo había entregado. Aún temía soltarlo por si regresaba al puesto comercial en ruinas.

Las llanuras parecían infinitas mientras las contemplaba con atención. Ahora era la única cocinera, al menos hasta que Callahan encontrara un sustituto. Antes de que eso ocurriera, pensaba aprovechar el acceso que le brindaba su nuevo puesto para echar un vistazo a las pertenencias del jefe de la caravana. No esperaba encontrar pruebas concluyentes de que Callahan hubiera asesinado a su padre. Simplemente era lo único que se le ocurría hacer para obtener alguna pista sobre un hombre al que le resultaba tan difícil comprender.

Volvió a encender un cigarrillo mientras la culpa la invadía. No quería sacar provecho de la muerte de Murphy. Había llegado a apreciarlo, pese a sus modales bruscos.

El sonido de cascos interrumpió sus pensamientos. Se asomó por el borde de la carreta y vio al propio Callahan galopando hacia ella.

—El río Canadian está a unos dos kilómetros —gritó—. Acamparemos en esta orilla y cruzaremos al amanecer.

Ella asintió, observándolo mientras se alejaba al galope para avisar a los demás. Desde que estuvo a punto de ahogarse, había llegado a detestar los cruces de ríos, aunque algunos eran peores que otros. Esperaba que el río Canadian fuera poco profundo y estrecho.



No lo era. Era ancho y de corriente rápida, y aunque los vaqueros afirmaban que no era muy profundo, parecía lo bastante hondo como para ahogarse. Francis preparó la cena para los vaqueros, sin dejar de lanzar miradas inquietas al obstáculo que tendría que cruzar al amanecer.

Los hombres estaban especialmente callados y cansados. El peligro constante de incursiones indias obligaba a doblar turnos, duplicando el número de guardias en cada ronda. A lo largo de la noche, Francis vio a hombres de ojos agotados acercarse por café y comida, descansar apenas un par de horas y volver a salir.

Callahan regresó poco antes del atardecer, tras explorar el otro lado del río. Se sirvió una taza de café, lo probó con cautela y asintió.

—El café está muy bueno.

Francis apartó la mirada, confundida y, al mismo tiempo, complacida por el elogio.

Él tomó un plato de frijoles y pan recién hecho y se sentó en cuclillas junto al fuego, donde Will y Legs ya comían.

—¿Te las estás arreglando bien con todo? —le preguntó.

Ella asintió.

—Es mucho pedirle a un crío. ¿Crees que podrás aguantar otra semana más o menos?

De nuevo, asintió.

—Maldita sea, ¿tienes voz?

Ella le lanzó una mirada rápida.

—No sabía que quisieras una voz. Pensaba que querías un cocinero.

Will y Legs soltaron carcajadas. Callahan también sonrió, una sonrisa torcida, inesperadamente atractiva.

—Eres un poco susceptible, ¿no?

Ella se encogió de hombros.

—Nos queda otro mes —añadió él—. Quizá más. Este trabajo es demasiado duro para un jovencito.

—¿Y no lo era para un anciano? —replicó ella sin pensar.

Callahan se quedó rígido. Palideció. Francis supo de inmediato que había ido demasiado lejos. Él quería a Murphy. Sus palabras habían sonado como una acusación, como si le reprochara haberlo llevado a la muerte, y no era eso lo que pretendía.

Callahan no respondió. Terminó su comida y su café, buscó otro caballo y se alejó para vigilar el rebaño.

Will se levantó y se estiró.

—Voy a echar una cabezada. Tú te encargas de la guardia de medianoche.

Legs también se levantó y ambos se dirigieron a sus sacos de dormir.

Francis se quedó sola, la única junto al carro de la cocina. El corazón le latía con fuerza mientras buscaba una razón para no llevar a cabo su plan. Pero sabía que podía ser su única oportunidad.

Buscó una excusa —melaza para el café— por si alguien regresaba al campamento y la encontraba dentro del carro. Luego respiró hondo, miró alrededor para asegurarse de que nadie la observaba salvo algunos vaqueros dormidos, y se introdujo con rapidez por la parte trasera.

Había una caja grande encajada contra el respaldo del banco. La había visto varias veces al buscar cosas para Murphy. Se inclinó para examinarla a la luz menguante. Medía unos treinta centímetros de largo por quince de ancho y estaba cerrada con llave. No sabía qué esperaba encontrar, pero el hecho de que estuviera cerrada despertó su interés. Probablemente contenía dinero… aunque tal vez también cartas o un diario.

Frustrada, manipuló la cerradura con cuidado, sin querer dañarla ni dejar señales. Tras varios minutos inútiles, se rindió. Tendría que esperar. Tarde o temprano llegarían a un pueblo o a un puesto comercial, y Callahan necesitaría dinero. Se aseguraría de estar cerca cuando abriera la caja, para ver su contenido… y tal vez descubrir dónde guardaba la llave.

Seguía observándola cuando oyó la voz del escocés.

—¿Pensando en dedicarte al bandolerismo?

Francis se giró en redondo. Él estaba en la parte trasera de la carreta, asomado por la solapa abierta, apoyado en el borde.

—Yo estaba buscando melaza —respondió, indignada.

—¿Ah, sí? —murmuró él—. Me pareció ver un poco más afuera.

—Pensé que necesitaríamos más. Va a ser una noche larga.

—Sí —replicó él—, y será un infierno mantener al ganado alejado de ese río. Están tan nerviosos como los vaqueros.

Agradecida por el cambio de tema, Frank se apartó de la caja y se acercó a un pequeño barril de melaza, pero entonces se dio cuenta de que no tenía dónde guardarla. Notó cómo se le encendían las mejillas y trató de disimular.

Se sentó en medio de la carreta, rodeada de barriles, cajas y la cama de Murphy —que él nunca había querido usar— y dijo:

—Se me olvidó traer el tarro.

Se quitó el sombrero y lo miró con unos ojos que rara vez fallaban al conseguir lo que querían.

Él no cayó en la trampa. Un músculo de su mejilla se tensó y sus ojos se volvieron fríos.

—¿Qué es lo que estás buscando exactamente?

Decidió atacar.

—¿Qué haces aquí? Creía que estabas de guardia.

—¿Te lo ha dicho Gabe? —replicó—. ¿Por eso pensaste que era seguro hurgar en sus cosas? ¿Es dinero lo que buscas? Si es así, puedo darte algo.

Francis se sintió miserable, como un gusano bajo una piedra. Él la había tomado por mentirosa… y ahora por ladrona. Apenas podía negar lo primero, pero la segunda acusación le atravesó el pecho. No podía soportar mirarlo y ver la decepción reflejada en su rostro. La decepción en ella.

De pronto lo comprendió. Drew Cameron era más importante para ella que cualquier otra cosa. Más que Gabe Callahan. Más que encontrar justicia.

—No necesito dinero —dijo mientras se levantaba, inclinando la cabeza para no golpearse con la carreta.

Se acercó hasta él, junto a la solapa, y extendió la mano.

Él se la dio, envolviéndola entre las suyas. Ella sintió su fuerza, su calor. Sería tan fácil dejarse caer en sus brazos… Pero la ira en sus ojos la detuvo. Se soltó con rapidez y bajó sin ayuda, quedando a su lado.

Ya en el suelo, se echó el sombrero hacia atrás y lo observó desde la sombra del ala.

Sabía que había agotado su paciencia. Encontrarla intentando forzar la caja había sido la gota final. Le había dado motivos de sobra para delatarla.

A menos que le ofreciera uno mejor para guardar silencio.

Se volvió hacia el campamento. Había café y comida junto a las brasas. Algunos hombres dormían bajo los árboles. La siguiente guardia tardaría aún una hora en terminar.

Volvió a mirarlo.

—Voy a dar un paseo con Honor. ¿Nos acompañas?

Él entrecerró los ojos.

—Sí.

Sintió su mirada clavada en la espalda mientras se dirigía al carro de los rezagados para recoger al perro. Honor levantó la cabeza con desgana.

—Ah, Honor… —murmuró ella, con un nudo en la garganta—. ¿Cómo puedo hacerte sentir mejor?

—Tiempo —respondió el escocés a su espalda—. Tiempo y paciencia.

Se volvió hacia él.

—¿Tienes tiempo y paciencia?

—Se me están acabando, muchacha —replicó—. Tu reloj de arena está a punto de vaciarse.

La advertencia era clara. También lo era el brillo frío de sus ojos. No quedaba rastro de la ternura que le había mostrado antes.

Dudaba que decirle la verdad la hiciera regresar. Pero era todo lo que tenía.

En silencio, desató la cuerda del perro, atada a la rueda. Honor se levantó sin dificultad, aunque su cola seguía baja. Ella tiró suavemente de la cuerda y él la siguió, mientras Sammy aullaba, indignado por quedarse atrás.

Caminó con Drew a sus espaldas, tensa como un cable.

Abandonaron la seguridad de la carreta y se dirigieron hacia el pequeño grupo de árboles río arriba que ella había explorado antes. Otros pastores habían arrasado casi todo lo verde, talado árboles y ensuciado el agua.

Caminaron en silencio durante un cuarto de milla, hasta una pequeña elevación donde un álamo gigante ofrecía algo de intimidad. Demasiado grande para convertirse en leña, había sobrevivido a las rutas de ganado. Honor olfateó el suelo y, por primera vez, alzó un poco la cola. Francis lo ató al tronco y se sentó sobre una raíz.

El escocés se apoyó contra el árbol, esperando.

El latido de su corazón se volvió irregular al mirarlo. La barba de un día endurecía sus facciones, y sus ojos tenían el brillo de un depredador. Su cuerpo era fuerza pura. Recordó su calor contra el suyo… y se ruborizó.

—¿Francis?

Tragó saliva.

—No sé por dónde empezar.

—El principio suele ser un buen punto de partida —respondió él—. ¿Francis es tu nombre de pila?

—Mi segundo nombre. Me llamo Mary Francis Barton.

Contuvo el aliento, esperando reconocimiento. No lo hubo.

—¿Y por qué Mary Francis Barton se hace pasar por un chico en una ruta de ganado?

—No mentí sobre que alguien me persigue.

—Pero sí sobre el motivo —concluyó él.

Ella inclinó la cabeza.

—Sí.

—Entonces, ¿cuál es ese motivo?

No pudo seguir mirándolo. Le tendió la mano. Él dudó, pero la tomó y se sentó a su lado.

El silencio se alargó.

—¿Francis?

—No sé si puedo confiar en ti —susurró.

Tras un instante, él respondió con ironía contenida:

—¿Te preocupa confiar en mí? ¿Qué he hecho para que lo pienses?

Ella vaciló.

—Eres amigo del… señor Callahan.

Sintió cómo él se tensaba a su lado, cómo sus dedos se endurecían entrelazados con los suyos. Pero no habló.

—Jura que no se lo dirás —rogó—. Júralo.

—No puedo hacerlo —respondió—. No hasta saber qué estoy jurando.

Ella lo miró, suplicante.

—Creo que Gabe Callahan mandó asesinar a mi padre.

A Drew se le quedó la boca abierta.

—¿Gabe?

—Sí —respondió ella con tristeza.

Él la miró fijamente un instante y luego soltó una risa áspera.

—Estás loca —dijo, soltándole la mano.

Francis se rodeó la cintura con los brazos, abrazándose a sí misma mientras negaba con la cabeza.

—No estoy loca. Mi padre… Thomas Barton… fue asesinado hace tres meses en San Antonio. En la calle. Yo estaba con él. El pistolero también me disparó, pero mi padre se tiró encima de mí antes de que el hombre pudiera apuntar bien. No vi bien al pistolero, solo un vistazo rápido. Estaba al final del paseo marítimo, muy lejos, y era de noche. Mi padre murió en mis brazos, pero… pero antes de morir, dijo: «Callahan. Es él. Peligro».

Drew se quedó mirándola durante lo que pareció una eternidad, como si hubiera perdido la razón. Finalmente, sacudió la cabeza.

—Esto es una locura. Quizá sea mejor que retrocedamos. Dime qué hacías en San Antonio.

Francis se mordió el labio. Muchos consideraban que las actrices y cantantes, que actuaban tanto en salones como en teatros de variedades, estaban solo un peldaño por encima de la profesión más antigua del mundo.

—¿Francis?

La voz de Drew se había tensado, y una rápida mirada le confirmó que no aceptaría nada que no fuera la verdad completa.

—Actuaba en el San Antonio Palace —dijo ella—. Soy cantante, y mi padre me acompañaba.

—¿Una cantante?

—Y actriz —añadió ella, casi desafiante.

Contuvo la respiración mientras él asimilaba la respuesta. La comprensión se dibujó lentamente en sus rasgos, y el brillo de sus ojos se intensificó.

—Así que así es como lo hiciste —murmuró—. Me preguntaba cómo una señorita de buena cuna se las arreglaba para caminar como una golfilla de los muelles de Glasgow.

—He interpretado a chicos en el escenario —explicó ella, con un tono apagado y cansado.

Sus siguientes palabras la sorprendieron.

—¿Por qué Gabe?

Ella parpadeó.

—Ya te conté lo que dijo mi padre al morir.

Drew negó con la cabeza.

—Pero ¿por qué iba Gabe a querer matar a tu padre… o dispararte?

Francis dudó.

—Francis, por el amor de Dios…

—Mi padre, el señor Callahan y otros dos hombres cometieron un delito juntos hace veinticinco años.

Drew se apartó, frunciendo el ceño.

—Explícate.

Francis tragó saliva.

—Cuando mi padre se estaba muriendo, también dijo otras palabras. «En el baúl. Carta. Lo explica todo». Yo… encontré la carta en su baúl, y estaba junto a un artículo de periódico sobre Gabe Callahan y esta conducción de ganado. Mi padre había visto el artículo y me había escrito la carta por si acaso… —respiró hondo— por si le pasaba algo, para que yo supiera la verdad.

Se detuvo un instante, intentando leer su reacción. Su rostro permanecía impenetrable.

—Sigue.

—Mi padre escribió que él, Callahan y otros dos hombres atracaron un banco. Un empleado murió durante el atraco. Después, los hombres, incluido mi padre, acordaron separarse, adoptar nombres distintos y no volver a verse jamás.

Lo miró, suplicándole comprensión.

—Aún podrían ser ahorcados. Todos ellos.

Drew frunció el ceño.

—Pero si se cambiaron los nombres, ¿cómo supo tu padre que Gabe era…?

—Había un boceto de Callahan en el artículo —respondió ella —. Mi padre reconoció su rostro.

Drew la observó en silencio unos instantes, luego apartó la vista y suspiró mientras contemplaba el río. Francis también miró el agua turbia, que brillaba bajo los últimos rayos del sol. Se sentía como Honor, tumbado a varios metros de distancia: con el corazón roto, como si la vida pudiera terminar allí mismo, con un futuro vacío y solitario por delante.

Vacío y solitario sin Drew Cameron. Él tenía que creerla.

Por fin, Drew habló.

—Francis —dijo en voz baja—. ¿Has hablado con la policía?

—Por supuesto —respondió ella en un susurro—. No me creyeron más de lo que tú lo haces. Callahan es demasiado importante como para ser acusado, o siquiera interrogado.

Drew suspiró.

—¿Qué dijo el sheriff sobre la carta de tu padre?

—No se la enseñé —respondió ella, con un matiz de rebeldía—. Sabía que no me creía, y no quería manchar el nombre de mi padre… no sin pruebas.

El silencio se volvió opresivo. Francis casi podía oír las preguntas no formuladas; la duda y la impotencia la invadieron.

—No me crees.

Drew no respondió directamente.

—¿Dijiste que esto ocurrió en mayo?

Ella asintió.

—A Gabe lo atacaron en marzo —dijo él lentamente—. Le tendieron una emboscada.

Francis alzó la cabeza bruscamente.

—¿El señor Callahan?

—Sí.

—Menuda coincidencia, ¿no crees?

—¿Una emboscada? —repitió ella—. ¿Estás seguro?

Él asintió.

—Yo estaba allí. Escuché por casualidad a tres hombres en un salón tramando la emboscada. Alguien les había ofrecido cinco mil dólares por matar a Callahan. A la mañana siguiente los seguí y… digamos que sus planes salieron mal.

Francis se quedó atónita. No dudó ni un instante de su historia. Pero si alguien había atacado tanto a su padre como a Callahan…

Un escalofrío le recorrió la espalda.

—Cuatro hombres —dijo Drew—. Y crees saber quiénes son dos de ellos. ¿Quiénes son los otros?

—No lo sé —susurró ella—. Mi padre no me dio sus nombres en la carta.

—Eso parece.

Guardó silencio un momento antes de añadir:

—¿Qué pensabas descubrir durante el trayecto? ¿Que Gabe te confesara algo?

Francis bajó la mirada.

—No lo sabía. Quizá pensé que podría hacer que confesara. Incluso… pensé que podría matarlo yo misma.

El silencio que siguió fue denso. Francis respiró hondo.

—Cuando me fui de San Antonio, no sabía qué hacer. No dejaba de ver a mi padre cayendo al suelo… en un charco de sangre. No tenía a nadie. Solo podía pensar en conseguir justicia para él, costara lo que costara.

Se llevó una mano al regazo.

—Pero algo cambió. Quizá la tormenta… o aquella noche junto al arroyo… —lo miró fugazmente—. Me di cuenta de que no podía disparar a nadie. Pero seguía queriendo justicia. Así que pensé en encontrar pruebas. Eso es lo que hacía en la carreta de provisiones.

Cuando terminó, estaba sin aliento.

Drew la observó como si la viera por primera vez.

—Planeabas disparar a Gabe. Luego reunir pruebas contra él. Creías que había asesinado a tu padre… y que había intentado matarte.

Sacudió la cabeza.

—Me das un susto de muerte, muchacha.

—No es venganza —replicó ella.

—Entonces, ¿qué es?

—Justicia.

Él esbozó una sonrisa cínica.

—Otra palabra para venganza.

—Drew, tengo que saber qué pasó. ¿No lo entiendes?

Su expresión se suavizó.

—Lo entiendo. Incluso que quisieras matarlo. Pero no entiendo qué esperabas conseguir merodeando por el campamento, salvo que te mataran.

—No estoy merodeando.

—¿Cómo lo llamas entonces?

—Intentar descubrir la verdad. Con o sin tu ayuda.

—Será sin ella.

—¡Pero él mató a mi padre!

Drew negó con la cabeza.

—No creo que Gabe Callahan haya matado a nadie. Creo que quien tendió la emboscada —las dos veces— es quien mandó matar a tu padre.

Francis apretó los dientes. Tenía sentido. Pero su padre había dicho su nombre.

—Lo dices porque es tu amigo.

—Sí —admitió él.

—¿Y si te equivocas?

—Si es inocente, no puedes hacerle daño vigilándolo.

—Si no lo es, pueden matarte.

—¿Así que admites que es posible?

—No —respondió él—. Solo quiero que entiendas el riesgo.

—¿Y tú lo entiendes?

Su expresión se endureció.

—Normalmente no. Quizá por eso no voy ahora mismo a decírselo a Gabe.

Su mano buscó la de él.

—Sé lo que hago.

Dudó un instante.

—Y probablemente debería decirte que no necesito clases de tiro. Mi padre me enseñó hace años.

Él intentó enfadarse, pero finalmente suspiró. Una chispa de humor brilló en sus ojos.

—No, no eres una niña.

—Tengo veintitrés.

Él le quitó el sombrero. Francis sacudió la cabeza, liberándose.

Cuando volvió a mirarlo, él la observaba de forma distinta. No con desconfianza, sino con algo cercano al asombro.

—Una auténtica locura —murmuró.

—¿Se lo dirás? —preguntó ella.

—¿Sabes lo que me pides? Gabe es mi amigo.

—No si es inocente. ¿Querrías ser amigo de un asesino?

Él contuvo la respiración. La calidez desapareció de su mirada.

—¿Eso pensabas de mí?

Ella sostuvo su mirada.

—Al principio… quizá.

Drew entrecerró los ojos.

—Sigue.

—Pensé que… estabais muy unidos.

Su expresión se endureció aún más.

—¿Pensabas que conspiraba con él?

—Al principio… sí. Pero no por mucho tiempo.

—«No por mucho tiempo» —repitió él con frialdad—. ¿Cuánto exactamente?

Se puso en pie de golpe.

—¿Qué querías averiguar de mí, Francis?

—No fue así —balbuceó ella—. ¡Drew, espera! ¡Por favor!

Pero él ya se alejaba. Y sus palabras solo alcanzaron su espalda.

Capítulo 14

-¡Drew, espera! ¡Por favor! ¡Drew!

Drew oyó las palabras frenéticas de Francis mientras se daba la vuelta, incapaz de escuchar más explicaciones, más mentiras.

Alargó el paso, deseando dejar atrás el sonido de aquella voz ronca que estuvo a punto de robarle el corazón.

Andrew Cameron, conde de Kinloch. Qué título tan noble, pensó con amargura, para un hombre convertido en blanco de tantas intrigas y mentiras. Tras descubrir la mayor mentira de todas, había creído que nunca volvería a sufrir por culpa de otra. Si no esperas nada, un hombre nunca puede sufrir.

Pero ahora se sentía mortalmente herido. Porque, sin poder decir cuándo ni cómo había sucedido, se dio cuenta de que había empezado a confiar en Francis. Ella le había hecho volver a creer en la gente, a creer que existían el honor, la lealtad y el amor, y que él podría, por fin, tener una parte de ellos.

Mary Francis Barton acababa de hacer añicos esa ilusión. Su cuñado Ethan y su hermana debían de ser una anomalía, la excepción que confirmaba la regla.

No, no habían sido las mentiras, aunque no lograba entender la lógica de recurrir a ellas en busca de la verdad. No eran las mentiras en sí. Lo que le había dolido era que ella lo creyera capaz de asesinar, que hubiera utilizado su cuerpo para asegurarse de que traicionara a un amigo.

En la remuda, ensilló a Belcebú, llamado así porque era difícil de controlar. A Luke le gustaba el caballo negro, pero los demás

vaqueros lo evitaban. Drew montó a la bestia inquieta y se lanzó al galope a través del río. Una vez al otro lado, cruzó la pradera a toda velocidad, decidido a dejar atrás los demonios que lo perseguían, las traiciones que creía haber dejado en Escocia.

El conde de Kinloch. El loco de Kinloch. Oyó cómo el viento se llevaba su propia risa.

También oyó la voz de Francis: ¿De verdad quieres ser amigo de un asesino?

Maldita sea.

Espoleó al caballo, consciente de que la luz menguaba y de que la noche caía sobre la pradera abierta. No se detuvo hasta ver espuma en la boca del animal. Desmontó y comenzó a hacerlo caminar para que se enfriara. No tenía ni idea de cuánto se había alejado del campamento, ni prestó atención al entorno. Solo notó el jadeo en los costados de Belcebú y, mientras avanzaba, empezó a buscar agua para el caballo recalentado. En toda su vida había maltratado a un caballo, y haberlo hecho ahora no mejoraba su ánimo.

Debía de estar, como mínimo, a cinco millas del campamento. Belcebú intentó morderle el hombro, mostrando su descontento por la carrera nocturna, pero entonces relinchó, y Drew oyó otro relincho en respuesta.

Se detuvo.

Había un caballo… o varios.

Sacó el rifle de la funda de la silla y permaneció inmóvil, escuchando. Sus ojos recorrieron la pradera hasta encontrar un barranco a pocos metros, y condujo a Belcebú hasta el borde. Podría deslizarse hacia abajo si era necesario.

Un halcón gritó en la distancia.

¿O no era un halcón?

Justo cuando imaginaba a bandas de indios cayendo sobre él, distinguió la silueta de un jinete solitario. Un instante después, reconoció la forma del sombrero. Alzó el brazo para hacerse ver, y la figura se acercó al trote hasta detenerse frente a él.

Gabe Callahan bajó la vista, el rostro parcialmente oculto bajo el ala del sombrero.

—Will dijo que saliste corriendo como un conejo asustado.

—¿Así que viniste a buscarme?

—Junto con kiowas renegados —le recordó Gabe—, hay emboscadores por aquí. ¿Te acuerdas?

—Te persiguen a ti, no a mí.

—Puede ser. Pero no creo que a los kiowas les importe quién seas.

—Necesitaba tiempo para pensar.

—¿Debería preguntarte en qué?

—No.

Gabe desmontó y comenzó a caminar en la dirección de la que había venido.

—¿Vienes?

—Sí.

Caminaron en silencio. Drew no sentía la complicidad habitual entre ellos. Le estaba ocultando algo a Gabe, algo que el hombre tenía derecho a saber. Y por más que lo intentara, no lograba pronunciar las palabras.

En su lugar, resonaban en su mente las de Francis: ¡Gabe Callahan mató a mi padre!

No lo creía. Ni por un instante. Pero sí creía que su padre había sido asesinado, y que alguien había disparado contra ella. Igual que sabía que Gabe había sufrido dos emboscadas.

La cuestión era qué hacer con todo aquello.

—Este país te hace sentir pequeño —dijo Gabe.

—Sí.

Drew alzó la vista. La pradera se extendía bajo el crepúsculo como un mar de hierba, surcado por barrancos. Sin un solo árbol. Vastedad, soledad, belleza austera.

—Las Highlands producen el mismo efecto —añadió.

—¿Echas de menos Escocia?

—Echo de menos las colinas verdes. Y las gaitas.

Gabe soltó una risa breve.

—No puedo decir lo mismo. Una vez oí a un escocés tocarlas cerca de un rebaño. Los asustó hasta Nueva York.

Drew sonrió.

—Es una forma de llevarlos.

—Aunque no quedara ni un centavo en pie.

—Intentaré evitarlo.

—¿Sabes tocarlas?

—Un poco. No me las traje a América.

Gabe guardó silencio unos segundos.

—¿Has pensado en volver?

—No. Allí no hay nada para mí.

—¿El título?

—Ah, el título… —suspiró—. La gente se inclina ante ti aunque no tengas nada. No es algo de lo que me enorgullezca. Aquí, un hombre puede hacerse a sí mismo. Mírate a ti.

Gabe no respondió de inmediato. Cuando habló, su voz tenía un matiz distinto.

—El chico me recuerda a mí —dijo—. A su edad, yo estaba tan desesperado como él. Mi padre murió en San Jacinto. Mi madre al año siguiente. El banco se quedó con todo. Yo tenía diecisiete años y un hermano de once. Robaba. Mendigaba. Lo que fuera por mantenerlo con vida.

Drew no quería escuchar más. No quería confirmar lo que ya sabía.

—¿Alguna vez has hecho algo de lo que te arrepientas? —continuó Gabe.

—Sí. Más que la mayoría.

—Lo dudo. Eres un buen hombre, Drew.

Drew hizo un gesto de desdén.

—Para mí es un juego. Una aventura.

—Eso es lo que quieres creer —respondió Gabe—. Pero no lo es.

Drew lo miró con cautela.

—No estoy seguro de entenderte.

—Si piensas en la vida como un juego, no te entregas. Así no te rompen el corazón.

Drew guardó silencio.

—Pero te he observado —añadió Gabe—. Tienes un don con los caballos. Y con los hombres. Harían cualquier cosa por ti.

—No quiero que lo hagan.

—Entonces ya estás corriendo riesgos.

Drew lo miró.

—¿Y tú?

Gabe sonrió con ironía.

—Sí. Y no se me da bien. Cada pérdida duele. Pero también hay recompensas. Como esto.

Alzó la vista hacia el cielo, ahora sembrado de estrellas.

—Aunque también he estado muy solo. Durante veinticinco años he limitado los riesgos… y creo que fue un error.

Giró la cabeza.

—No hagas lo mismo.

Drew lo observó, sin saber qué responder.

—Creo que los caballos ya han descansado —añadió Gabe.

Montó y emprendió el regreso al trote.

Drew permaneció un instante inmóvil, conmovido por aquella confesión… y profundamente confundido por lo que significaba.



Honor movió la cola por primera vez mientras lamía la cara de Francis. Fue un pequeño bálsamo para su corazón destrozado, pero no mucho. Ya ni siquiera le importaba si Drew iba a ver a Gabe Callahan o no. Había visto el dolor en sus ojos y sabía que ella lo había causado.

Cuando regresó al campamento, ató a Honor a una rueda de la carreta de avituallamiento y luego buscó algo que hacer para evitar romper a llorar. Se sirvió una taza de café, lo probó y lo tiró. A los vaqueros les gustaría; una herradura podría, de hecho, flotar en él. Probó los frijoles con una cuchara y decidió que estaban lo bastante blandos. A falta de otra cosa, añadió unos trozos de leña a las brasas y se sentó junto al fuego, observando cómo el sol se deslizaba por debajo del horizonte.

Se oyeron pasos de botas acercándose y levantó la vista para ver a Luke. Él se puso en cuclillas junto al fuego, tomó un poco de café y jugueteó con la taza caliente entre las manos.

—Will dice que Gabe se ha ido tras Scotty —comentó—. Tú no sabrás nada de eso, ¿verdad? —Ella se encogió de hombros—. El tío Gabe no debería estar ahí fuera solo con Scotty.

Francis giró la cabeza con brusquedad.

—¿Por qué no?

Luke la miró de reojo.

—Es solo que parecen pasar cosas cuando él está cerca —respondió con amargura.

Francis estuvo a punto de replicar que, sí, cosas como salvar vidas ocurrían cuando Drew estaba cerca, pero se contuvo. Luke era el único hombre del que procuraba mantenerse alejada.

Se puso en pie.

—Voy a echar una cabezada. Llámame cuando lleguen.

Ella asintió, sintiendo cómo crecía su inquietud al pensar en Drew ahí fuera, en la pradera oscura, solo salvo por Callahan… y por los kiowas y los emboscadores.

Esperó una hora con la esperanza de que regresaran, sentada junto al fuego, escuchando el crepitar de las llamas y el suave mugido del ganado. Varios vaqueros más llegaron arrastrando los pies, tomaron café y luego se dejaron caer sobre sus mantas.

Pero al final añadió unos cuantos leños más al fuego y se dirigió a su propia carreta. Acarició a Sammy y luego se metió debajo, atrayendo a Honor con ella. Lo rodeó con los brazos, apretando contra sí su cuerpo suave y peludo, y él toleró el abrazo. Al cabo de un largo y triste rato, terminó por quedarse dormida.



Drew estaba muerto de cansancio cuando se despertó al amanecer. Cuando él y Gabe habían regresado al campamento, se había

quedado con la guardia de medianoche, sabiendo que más valía hacerlo, ya que no podría dormir.

Mientras arrojaba su saco de dormir a la carreta de las provisiones, solo dedicó una mirada fugaz al pequeño bulto de mantas y piel que yacía acurrucado contra la carreta. Tenía trabajo que hacer. No podía perder más tiempo enfadándose o sintiéndose herido.

Cuando todos estuvieron despiertos, hubieron comido y el campamento estuvo recogido y listo, Drew montó en el pinto para el cruce del río de esa mañana y cabalgó hasta la orilla. Allí esperó, ya que su trabajo consistía en controlar el ganado una vez que empezaran a cruzar. Las carretas de la cocina y de las provisiones irían primero, y Will las haría cruzar de una en una. Nadie confiaba todavía en Two-Bits para el cruce.

El río no era muy profundo, pero la corriente era rápida. Will hizo cruzar la carreta de la cocina sin problemas y luego volvió a por la carreta de las provisiones. Drew vio cómo Francis le entregaba a Will las riendas de la yunta de mulas y luego se hacía a un lado en el banco para abrazar a su perro, al que había metido entre ella y Will.

La carreta llegó hasta el centro del ancho río y luego pareció atascarse. La palabra arenas movedizas cruzó como un relámpago la mente de Drew, y su corazón dio un vuelco. Will chasqueó el látigo y las mulas se lanzaron hacia delante. Pero la carreta no se movió. Will lo intentó de nuevo, las mulas tiraron con fuerza de los arneses y, de repente, la carreta se volcó de costado. Drew observó horrorizado cómo tanto Francis como el perro resbalaban del banco y caían al río.

No pensó en lo enfadado que estaba ni en lo herido. No pensó en nada más que en que ella no sabía nadar. Espoleó al pinto hacia delante, zambulléndose en el agua, al mismo tiempo que vio a Gabe, en la orilla opuesta, hacer lo mismo.

Cuando llegó a la carreta volcada, Drew rezó para que ella no hubiera quedado atrapada debajo mientras se lanzaba desde su

caballo al agua fangosa. Salió con las manos vacías y miró a su alrededor. Vio al perro trepando por la orilla lejana, pero Francis no estaba con él. Entonces, río abajo, divisó una cabeza oscura que se balanceaba sobre la superficie.

—Maldita sea.

Levantó los brazos por encima de la cabeza y nadó tan rápido como pudo hacia ella. Pero justo cuando pensaba que era inútil, que ella se alejaba demasiado, la vio hacer pie. Tropezando, avanzó hasta la otra orilla y salió del agua con dificultad.

Le faltaba el sombrero, y también el abrigo. En cualquier caso, cuando se puso de pie en la orilla, sacudiéndose el agua de los ojos, su camisa de algodón se le pegó al cuerpo, revelando a la vista de todos su figura decididamente femenina.

—Maldita sea.

Drew se quedó de pie en el río, observando impotente cómo se desarrollaba la escena.

Cinco hombres a caballo estaban alineados en la orilla frente a ella, mirándola fijamente, con el asombro reflejado en sus rostros. Entonces Gabe salió del agua para ir a su encuentro… y se detuvo en seco, a un metro de distancia, con los ojos clavados en su figura empapada.

Drew no sabía qué esperaba lograr con su mera presencia, pero nadó a toda velocidad hacia la orilla. Al salir del agua, vio que Francis se daba cuenta de su situación y se alejaba tambaleándose. Empezó a ir tras ella, pero vaciló al encontrarse con la mirada acusadora de Gabe. Sabiendo que tarde o temprano tendría que enfrentarse al jefe de la caravana, eligió «más tarde» y se dirigió a grandes zancadas tras Francis.

La alcanzó a unos treinta metros de la orilla, bajo una pequeña arboleda.

—Francis, ¿estás bien?

Ella asintió vagamente, dándose media vuelta para alejarse. Drew la recorrió con la mirada. No parecía herida, salvo por una leve tos, y evitaba mirarlo. Empapada, sin abrigo, parecía desprotegida y terriblemente vulnerable, y no ayudaba que se abrazara a sí misma en un gesto instintivo. Drew deseó tener algo que darle. Tuvo que conformarse con quedarse a su lado.

Ambos observaron cómo los vaqueros enderezaban la carreta y la subían por la orilla. En algún momento, el perro acudió a Francis, acercándose antes de sacudirse y salpicar agua fangosa en todas direcciones. El pequeño grupo creció cuando Sammy y su madre llegaron tras cruzar el río. El ternero se acercó directamente a Francis y le dio un suave cabezazo.

Drew estuvo a punto de sonreír, imaginando que los animales buscaban su aprobación. Pero entonces llegó Gabe, y quedó claro que no le hacía ninguna gracia.

Se dirigió directamente a Drew.

—¿Sabías esto?

—Sí.

—¿Tiene esto algo que ver con lo de anoche?

Drew no respondió.

—Hijo de puta —murmuró Gabe—. Tú, amigo mío, puedes prepararte para ir a caballo de aquí a Abilene.

Luego dirigió su ira hacia Francis, que parecía un cachorro medio ahogado.

—Y tú, jovencita, quiero una explicación en cuanto crucemos el ganado.

Se dirigió hacia su caballo, pero se detuvo y se volvió hacia Drew.

—Quédate con ella —ordenó entre dientes—. Quiero que los dos estéis cerca de las carretas hasta que todo el ganado haya cruzado.

—Soy más útil con el rebaño —protestó Drew.

—Una maldita mujer —gruñó Gabe—. Antes no era tan ciego.

—Es una actriz jodidamente buena —replicó Drew con ironía.

—Sí, ¿y qué más es?

A Drew le molestó la insinuación. ¿Qué clase de mujer se unía a una ruta de ganado durante tres meses con dieciocho hombres?

Maldita sea. Él tampoco lo tenía claro.

—Quédate con ella —repitió Gabe, y se alejó.

A regañadientes, Drew siguió a Francis hasta la carreta de las provisiones, que se había detenido bajo unos árboles. Se sentía como parte de un extraño séquito mientras caminaba tras una vaca, su ternero y un perro empapado.

Maldita fuera esa mujer.

Y, aun así, admitió que su ira se había suavizado ante el miedo que había sentido por ella. Se le había detenido el corazón al verla caer al río, y no había vuelto a latir hasta que la vio a salvo. Quizá estaba enfadado. Quizá dolido. Y desde luego no confiaba en ella.

Pero aún le importaba. No quería verla sufrir. Si hubiera muerto, una parte de él habría muerto con ella.

—Lo siento —dijo Francis de pronto, con la voz desprovista de su habitual firmeza.

Drew frunció el ceño.

—¿Te disculpas por casi ahogarte?

Ella negó.

—Siento haberte puesto en esta situación con Callahan.

Drew resopló.

—¿Y por qué ahora?

—Es tu amigo.

—Antes no importaba.

El labio inferior de ella tembló, y trató de controlarlo.

—Ahora sí.

Drew quería creerla. Pero querer no bastaba. Se volvió hacia el río.

Un suspiro leve sonó a su espalda.

—¿Drew?

Se giró, obligándose a mantener la frialdad.

—¿Sí?

—Yo… —tartamudeó ella—. Ayer…

Drew cerró los ojos un instante. El recuerdo lo atravesó como un relámpago.

Unos dedos temblorosos rozaron su brazo. Quería responder y acercarla. Quería olvidar todo lo demás.

Abrió los ojos.

—No te delataré —dijo con frialdad—. Respaldaré tus mentiras solo para demostrar que te equivocas. ¿Es eso lo que quieres?

Se dio la vuelta sin esperar respuesta.

Oyó el «no» susurrado a su espalda mientras se alejaba hacia el río, apenas consciente de que el perro lo seguía con el rabo entre las patas.



Había un topo en la pila de leña.

Gabe Callahan echaba humo por dentro mientras se ocupaba de organizar el cruce del río. Una profunda decepción lo invadía. Había confiado en Drew Cameron como había confiado en pocas

personas en su vida. No le gustaba pensar que el hombre hubiera llevado a una mujer para su propio entretenimiento, pero no se le ocurría otra explicación.

Aun así, no tenía sentido. Esconder a una mujer en una trashumancia de ganado no encajaba con lo que sabía del carácter de Drew Cameron. El hombre era tan honesto como cualquiera que Gabe hubiera conocido jamás, a veces hasta el punto de resultar incómodo.

Eso lo llevó a culpar a la mujer. ¿Qué clase de bruja era aquella «Frank Black»? Si no era la mujer de Cameron, ¿qué hacía allí? ¿O acaso tenía algo que ver con aquellas dos emboscadas? No podía apartar de su mente la inquietante idea de que todo estuviera relacionado con el crimen que había cometido tantos años atrás.

Apartó esos pensamientos. Lo único que importaba ahora era cruzar el río con diez mil cabezas de ganado. Mientras iba tras una novilla que comenzaba a dejarse arrastrar por la corriente, pensó que aquella maldita travesía había estado condenada desde el principio, y ahora sabía por qué.



Francis pasó el día preparando docenas de tartas y panes, y frijoles sazonados exactamente como los de Murphy, o casi. Sacó los rollos de mantas de la carreta de las provisiones para que se secaran y luego hizo inventario de los productos secos de la carreta de provisiones. Y, entre tarea y tarea, se aseguró de que nunca faltara café recién hecho para los vaqueros, que iban y venían durante toda la jornada a servirse una taza.

Intentaba, en efecto, hacerse indispensable. No quería abandonar la travesía, y no solo por la justicia.

Habría dado casi cualquier cosa por que Drew volviera a confiar en ella. Sin embargo, apenas albergaba esperanza. Se conformaba

con que dejara de odiarla. Si tenía que marcharse, sabía que no volvería a verlo jamás. Y él siempre pensaría lo peor de ella. No podía soportarlo.

Pensó en decir la verdad de inmediato, en enfrentarse a Callahan con sus sospechas. Pero ¿y si era culpable? Él y sus sobrinos, sin duda, sabrían manejar las armas. Podrían intentar silenciarlos a ambos, y Drew no tendría ninguna oportunidad contra los tres.

Por otro lado, si lo acusaba delante de todos y resultaba inocente, Drew jamás la perdonaría.

No había salida.

Hiciera lo que hiciera, perdería a Drew… y quizá la vida. Y ya no quería morir.

Cuando inició aquel viaje, solo pensaba en vengar a su padre. Pero algo había cambiado. Ya no se sentía sola. Allí, en la trashumancia, había encontrado un lugar. Tenía hombres a los que alimentar, animales que dependían de ella… y, si él se lo permitía, un hombre que necesitaba amor tanto como ella.

Ese hombre estaba en lo alto de una colina, observando el río. Solo. Apartado.

Mientras lo contemplaba, intentó imaginar qué pasaba por su mente. Sus últimas palabras habían sido amargas:

—Apoyaré tus mentiras solo para demostrar que te equivocas.

No quería eso. No quería que mintiera por ella. No quería romper su integridad.

Entendía la lealtad. La había sentido hacia sus padres. Y, en pocas semanas, había empezado a sentirla hacia Drew.

Nada —ni justicia, ni venganza— importaba más que no traicionarlo.

Durante el día, soportó las miradas curiosas de los vaqueros. No le molestaban. Había soportado cosas peores. Y se alegraba de

haberse librado del abrigo y del sombrero. Su ropa se secó sobre el cuerpo, y su cabello, convertido en una corona de rizos, la hacía sentirse ligera, libre.

Cuando terminó la cena y dejó preparados pasteles para varios días, se sacudió la harina de las manos y se sentó junto al río para observar el último cruce.

Cuando el ganado terminó de pasar y el rebaño pastaba a media milla, el crepúsculo cubría la pradera. El cielo ardía en rojos intensos, violentos.

Sintió entonces una presencia a su espalda.

Se volvió y Callahan estaba allí, sudoroso, con la barba oscura y los ojos fríos.

—Quiero una explicación —dijo—. Es evidente que no necesitas trabajo.

Su mirada la recorrió de arriba abajo, evaluadora, casi ofensiva.

—Sospecho que podrías encontrar uno en cualquier salón.

Podía. Lo había hecho. Pero no pensaba decírselo. Por el rabillo del ojo vio a Drew acercarse.

Gabe levantó una mano, deteniéndolo.

—¿Te trajo Scotty para mantener caliente su saco de dormir?

Francis abrió los ojos, atónita.

—¡No! Drew ni siquiera lo sabía hasta…

—¿Hasta?

—Hasta Willow Spring. Entonces también caí al agua.

—Semanas —gruñó Gabe—. Lo sabía desde hacía semanas y me lo ocultó. No tenía derecho.

La culpa la atravesó.

—Le dije que alguien me perseguía. Que mi vida corría peligro. Le rogué que no dijera nada… que tú me echarías.

—En eso tenías razón.

Hizo una pausa.

—¿Es cierto que te persiguen?

—Sí. Alguien intentó matarme.

Callahan guardó silencio.

—Scotty tiene una vena galante —murmuró.

—Quería decírtelo —añadió ella—, pero le hice prometer que no lo haría.

La mirada de Gabe se endureció.

—Una ruta de ganado no es lugar para una mujer.

—No tengo adónde ir.

—¿Y la policía?

No podía decirle la verdad.

—No me ayudarán.

—¿Seguro que no te buscan a ti?

El matiz en su voz la desconcertó. No había amenaza… solo una duda casi comprensiva.

Tragó saliva. Todo aquello no era como lo había imaginado.

—¿Puedo quedarme? —preguntó.

Gabe la observó en silencio. Luego asintió.

—Hasta que encuentre otro cocinero. —Hizo una pausa—. Después, ya veremos.

Y, para su sorpresa, esbozó una leve sonrisa.

—Pobre Drew… tan atormentado.

Se dio la vuelta y se marchó, dejándola más confundida que nunca.

Capítulo 15

A pesar de las molestias y la humillación que todo ello suponía, Francis se encontró deseando fervientemente los buenos viejos tiempos en los que era Two-Bits. Por mucho desprecio que Drew pareciera albergar hacia ella ahora, era un sentimiento que, obviamente, no compartían los demás vaqueros.

Durante los últimos tres días, desde que se reveló su género, Francis había sido cortejada, mimada y consentida. Había dejado de ser la insignificante Frank Black y se había convertido, en cambio, en objeto de un intenso y fascinado interés masculino.

Había recibido una muestra de lo que se avecinaba la misma noche del fatídico cruce del río. Mientras echaba leña al fuego, uno de los vaqueros se apresuró a su lado, le quitó los leños de las manos y avivó el fuego él mismo, dejándola con las manos vacías y atónita. Antes de que pudiera protestar, el cascarrabias de Ethan Flanigan, quien —hacía una eternidad— había apostado su sombrero contra el de ella en el barracón de Callahan, se le acercó tímidamente. Con el rostro sonrojado bajo una mata de pelo del color y la textura del heno, se balanceaba torpemente de un pie a otro, con su sombrero raído en la mano. Luego se lo tendió.

—Va a necesitar un sombrero, señora… señorita… quiero decir… bueno, simplemente necesitará un sombrero, eso es todo.

Otro hombre se acercó arrastrando los pies.

—Siento que le hayamos dado un mal rato, señora. Solo estábamos bromeando.

—Si necesita ayuda —intervino Legs—, solo tiene que llamarme.

No podía levantar un saco de harina ni un trozo de madera sin que alguno intentara quitárselo. Por otro lado, Luke Callahan no le había ofrecido más que una mirada lasciva. Eso era lo que más odiaba, porque le hacía pensar que él y los demás recordaban las muchas veces que había estado a solas con el escocés.

Bueno, ya no estaba a solas con él. Ni siquiera se le acercaba.

Sin embargo, lo más extraño para ella era la reacción de Gabe Callahan ante su «nueva» presencia en el campamento. No esperaba tanta tolerancia. Incluso parecía divertirse, a su manera cínica. Lo había visto hablar con Drew poco después de su conversación junto al río. Cuando terminaron, Drew le lanzó una mirada enigmática y se marchó a la guardia nocturna. Gabe, en cambio, se volvió, la vio observando y dejó escapar una risa baja antes de alejarse. No lo entendía.

Desde entonces, Callahan apenas aparecía. A pesar de las advertencias, insistía en adelantarse cada día. Pasaba horas fuera y solo regresaba por la noche para dar instrucciones.

Y, aun así, lo único que Francis deseaba era recuperar la cercanía que había tenido con Drew. Temía haberla perdido para siempre.

A pesar de todo, seguía ocupada. Demasiado ocupada. Tres terneros habían aparecido junto a su carreta, dejados allí por los vaqueros. Sammy ya era lo bastante mayor para quedarse con su madre, pero los otros necesitaban atención. Cada noche debía encontrar a sus madres, y había ideado un sistema con pañuelos de colores para identificarlos. Honor vigilaba a los pequeños, devolviéndolos si se alejaban. Billy Bones exigía cuidados constantes, al igual que Sammy, y también un grupo de vaqueros hambrientos y solitarios.

Así transcurrían los días, rápidos y agotadores, mientras su soledad interior crecía, más profunda, más dolorosa. Callahan había dejado claro que encontraría otra cocinera en cuanto pudiera. El tiempo se deslizaba como arena entre los dedos.

Levantó la vista de las sartenes que fregaba al ver llegar a Callahan al galope. De inmediato, los hombres lo rodearon. Ella permaneció en el borde del grupo.

—El ejército dice que han acabado con esos kiowas. El teniente habla de una victoria gloriosa —añadió con sequedad—. El ejército siempre dice eso, incluso cuando les dan una paliza. Pero aseguran que ya no hay peligro. Al menos, no por parte de esos renegados.

Los vaqueros vitorearon.

—Podremos dispersar de nuevo la manada —continuó—. Volver a las guardias habituales.

Otro vítor.

—Pero no bajéis la guardia. Los cheyennes están en pie de guerra, y otras tribus no tienen reparos en robar ganado.

Los hombres asintieron.

—Voy a avisar a los demás —dijo, sirviéndose café—. ¿Está Luke ahí fuera?

—Luke, Scotty, Legs y Ethan —respondió Kane.

Al oír el nombre de Scotty, Callahan miró a Francis. Ella se volvió, incapaz de contener el rubor y el escozor de las lágrimas. Aquello le sucedía con frecuencia últimamente. Two-Bits no habría llorado.

Aun así, la noticia la alivió. Había temido por Drew cada vez que salía del campamento.

Cuando los hombres se reunieron para jugar al póquer, decidió salir a cabalgar con Billy Bones. Necesitaba escapar.

Ensilló al caballo. Honor gimió, pidiendo acompañarla.

—Está bien —le dijo—, pero no te separes.

El perro movió la cola. Observó cómo ella montaba con torpeza. Francis suspiró. Aún no dominaba aquello.

—Señorita… —Legs se colocó frente a ella—. No es seguro que salga sola.

—Los kiowas se han ido.

—Pero hay otras alimañas ahí fuera.

—Llevaré a Honor.

—Puedo acompañarla.

Ella negó, recurriendo a la única excusa eficaz.

—Necesito… intimidad.

El rostro de Legs se tiñó de rojo.

—¿No irá lejos?

—No.

Mintió.

No se puso espuelas. Tiró suavemente de las riendas y Billy avanzó. Cabalgó durante largo rato, intentando pensar. Pero sus planes siempre terminaban en desastre. Una mentira llevaba a otra, y luego a otra más.

No era de extrañar que Drew odiara las mentiras. ¿Quién le había herido así?

Intentó concentrarse en montar, pero seguía rígida, sin acompasar su cuerpo al del caballo.

Entonces Honor ladró y salió corriendo.

—¡Honor!

El perro no se detuvo.

El pánico la impulsó. Espoleó a Billy y lo siguió. La cola blanca y negra del animal desaparecía entre la hierba. Por un momento, creyó que no podría alcanzarlo, pero logró llegar.

Honor olfateaba algo en el suelo.

Un gemido.

Francis desmontó y se acercó. Su pie tropezó con algo blando.

Un grito ahogado se le quedó en la garganta.

Una mujer yacía inmóvil, vestida de piel de ante, con una mancha oscura de sangre.

Francis se arrodilló y comprobó que estaba fría. A su lado, una manta se movía, y al apartarla descubrió a un bebé. Lo examinó rápidamente: era un niño, muy delgado, pero sin heridas. Los soldados. La «gloriosa victoria». La mujer debía de haber huido para morir. El corazón de Francis se rompió. Tomó al niño en brazos y lo acunó mientras Honor la observaba, expectante.

—Buen perro —susurró.

El animal movió la cola con entusiasmo.

Miró a la mujer. Era joven, de rasgos finos, casi españoles. Cerró sus ojos con delicadeza.

No encontró portabebés alguno. Con esfuerzo, rasgó la manta y confeccionó uno improvisado. Ató al niño y montó con dificultad, sosteniéndolo con un brazo.

El cielo se teñía de azul crepuscular cuando emprendió el regreso.



—¿Enterrar a una india?

—¿Quedarse con un crío indio?

—Debes de estar loca.

Francis apretó al niño contra su pecho mientras Luke y los demás la observaban con dureza. Varios habían salido a buscarla.

—De las liendres salen los piojos —añadió Luke con tono sombrío.

En el Este, la gente hablaba del «noble salvaje». Pero en Texas había oído demasiadas historias. Y ahora, esas historias la miraban directamente a los ojos.

Por las conversaciones alrededor de la hoguera también sabía que muchos de los vaqueros habían perdido a alguien en las incursiones indias y que los tejanos —todos los tejanos— parecían odiar a los indios con una pasión desenfrenada. Pero nunca había imaginado que ese odio incluiría a un bebé indefenso o a su madre muerta. Incluso el adorable Ethan se había quedado en silencio cuando ella pidió que alguien saliera a la pradera a enterrar a la mujer.

—¿Dónde está?

La voz grave y melódica del escocés rompió el silencio. El corazón de Francis latió con fuerza al oír aquel sonido suave que, sin embargo, dominaba el claro. Ni siquiera se había dado cuenta de que había llegado a caballo y se había unido al grupo en los márgenes, tan concentrada estaba en proteger al bebé que llevaba en brazos.

Como un solo hombre, los vaqueros se volvieron hacia Drew Cameron.

Él avanzó unos pasos, y Francis sintió la fuerza de su presencia mientras los demás se apartaban.

—A Gabe no le va a gustar —dijo Luke—. A él le importan los pieles rojas tanto como a cualquiera de nosotros.

—Gabe no está aquí —señaló Drew.

—Está revisando los turnos —replicó Luke—. Pero yo soy el segundo al mando, y digo que te quedes. No podemos arriesgarnos a perder a otro hombre.

Drew lo ignoró y volvió a mirar a Francis.

—¿Dónde está?

Francis pensó que probablemente podía oír los latidos de su corazón, llenos de gratitud porque alguien comprendía por qué no podía permitir que la madre de aquel niño quedara a merced de los carroñeros de la llanura.

—Honor puede llevarte —dijo—. Él los encontró.

—¡Cameron! —fue una advertencia.

Drew arqueó una ceja con insolencia, casi desafiando a Luke a intervenir.

—Podría haber otros pieles rojas que hayan escapado de los soldados —aventuró Ethan.

Lanzó una rápida mirada a Francis y luego bajó los ojos. Legs se encogió de hombros.

—Diablos, iré contigo.

Francis recordó que él mismo era medio indio. Se preguntó cómo soportaba todos aquellos comentarios despectivos sobre su propia sangre. Él le devolvió la mirada y se encogió de hombros, con una leve sonrisa en la comisura de los labios.

—No queremos a ese niño aquí —dijo Luke, retrocediendo, consciente de que había perdido.

—¿Quieres dispararle, Luke? —preguntó Drew—. ¿Tú solo?

Francis apretó el pequeño bulto contra sí.

—No he dicho eso.

—Entonces, ¿qué propones hacer con el chiquillo? —insistió Drew, y nadie pasó por alto la amenaza velada en su tono aterciopelado.

—Debería haberlo dejado allí, con su madre —espetó Luke, mirando a los demás.

Pero los hombres apartaron la vista. Hacia el suelo. Hacia el cielo.

—Maldita sea… —murmuró Luke, fulminándolos con la mirada.

Francis dedicó a Drew una sonrisa temblorosa, conmovida por ese profundo sentido de decencia que él seguía empeñado en negar.

Un dolor nostálgico se instaló en su pecho. Estaba tan cerca… y, sin embargo, tan lejos. Sus ojos la estudiaban, suavizándose al posarse en el bebé, pero seguía ocultando esa parte de sí mismo que solo había dejado ver fugazmente una tarde de verano.

Legs resopló.

—Si vamos, será mejor que salgamos ya. ¿Hacia el oeste?

Francis asintió sin apartar la mirada del alto escocés.

—Gracias. Gracias a los dos.

Drew se encogió de hombros.

—¿Tienes palas?

—En mi carreta —respondió ella sin aliento, aún atrapada en el brillo dorado de sus ojos. Solo el movimiento del niño en sus brazos la devolvió a la realidad.

La mirada de Drew descendió hasta el bulto.

—¿Qué vas a hacer con él?

—¿Cómo sabías que era un niño?

Sus labios se curvaron en esa sonrisa que tanto había echado de menos.

—No parlotea.

La indignación se mezcló con una cautelosa esperanza.

—No todas las mujeres parlotean —replicó—. Yo, desde luego, no.

Legs gruñó con impaciencia.

—Voy a ensillar los caballos. Será mejor que cojas las palas, Scotty. Antes del amanecer.

Se alejó hacia la remuda.

Drew caminó junto a Francis mientras ella se dirigía a la carreta.

—¿Qué vas a hacer con el bebé?

—Darle de comer.

—¿Con qué?

—Con la madre de Sammy.

—¿Alguna vez has ordeñado una vaca de cuernos largos semisalvaje?

—No.

—¿Alguna vez has ordeñado algo?

Ella dudó. Él tensó la mandíbula.

—No —admitió al fin.

—No empieces ahora —advirtió—. Pídele a uno de los hombres que lo haga. La mayoría viene de granjas.

—Pero ellos…

—Sonríeles —dijo—. Ethan es tu mejor opción. Tiene el peor caso de amor adolescente que he visto jamás.

—Pero…

—Y no te preocupes por el niño. Ninguno le hará daño.

—Gracias a ti.

—No. Solo estaban hablando. La mayoría tiene motivos para odiar a los indios, pero ninguno haría daño a un niño.

Le gustaba cómo decía bairn, cómo la palabra rodaba lenta en su acento.

Llegaron a la carreta. Francis dudó un instante y luego le tendió al bebé. Drew lo tomó sin vacilar, sosteniéndolo con naturalidad, y sonrió al mirar el pequeño bulto, sin rastro de incomodidad. Ella lo observó un momento, hipnotizada por la

imagen, antes de subir a la carreta para buscar dos palas y el trozo de tela que había arrancado del vestido de la mujer.

Cuando regresó, Drew la miró con expresión cansada.

—Tendrá una vida dura, hagas lo que hagas.

—No será así —respondió con firmeza—. Me aseguraré de ello.

—¿Y cómo piensas hacerlo, muchacha?

—Lo criaré —dijo, dándose cuenta en ese mismo instante de que lo decía en serio.

—No es como un ternero al que puedas devolver a su madre —replicó.

Francis sostuvo su mirada, aunque sabía que discutir no serviría de nada. Él estaba tan convencido de su inconstancia como de su propio nombre. Tendría que demostrárselo.

De algún modo.

Legs regresó a caballo, llevando otro ensillado. Miró al bebé en brazos de Drew y luego a Francis, sacudiendo la cabeza como si contemplara a dos locos.

—¿Listo, Scotty?

—Sí.

Drew volvió a mirar a Francis.

—¿Dijiste que el perro podría guiarnos?

Ella se agachó y acarició a Honor, luego le acercó el trozo de tela para que lo oliera.

—Ve a buscarla, chico.

El perro movió la cola, como si comprendiera, y partió al trote hacia el oeste.

Drew sonrió mientras le devolvía el bebé. Sus manos se rozaron un instante, pero él apartó la suya como si se hubiera

quemado. Recogió las palas y se las entregó a Legs, y luego montó de un salto elegante, sin usar el estribo.

—No intentes ordeñar esa vaca —le advirtió—. Prométemelo.

Ella asintió.

—No basta, muchacha. Quiero tu palabra.

—No intentaré ordeñarla —respondió con docilidad.

Sus ojos, aún llenos de duda, la atravesaron una última vez antes de que él y Legs se alejaran cabalgando hacia la noche.

Capítulo 16

Drew siguió el ritmo de Legs; ambos mantenían a sus monturas a un galope suave mientras seguían al perro, que trotaba delante de ellos. Era un animal tremendamente inteligente, pensó Drew. Francis había tenido razón al suponer que Honor había sido un perro de trabajo. Había visto perros similares en Escocia, pastoreando ovejas y ganado con una eficiencia asombrosa.

Hizo todo lo posible por concentrarse en la tarea que tenían por delante y no en la mujer que había dejado atrás. Francis podía ser una mentirosa, pero no podía dudar de su tierno corazón, al menos en lo que se refería a las criaturas de cuatro patas y a los bebés. Aun así, no podía evitar preguntarse cuánto duraría su compromiso con el niño. Había sido testigo de su determinación, pero acoger a un bebé era muy diferente a dar refugio a un ternero, un caballo o un perro.

Esto último era temporal. Lo primero, para toda la vida.

Su propia madre lo había demostrado. Conservaba vagos recuerdos de haber recibido cariño cuando era muy pequeño. Pero más tarde, su madre se había perdido en el vino y el láudano, y había huido cuando su marido descargó su ira sobre el niño. No supo el porqué hasta los dieciocho años. Y aunque una parte de él sentía lástima por ella, la otra —el niño herido— la despreciaba por no haber abandonado al hombre que los había odiado y maltratado a ambos.

Para entonces, su confianza infantil se había roto para siempre, y nunca la había recuperado. Dudaba de si alguna vez lo haría… o de si realmente quería hacerlo. Y su experiencia con Francis no hacía sino confirmarlo.

Sus engaños le habían demostrado una vez más que no se podía confiar en nadie. Sí, encontraba muchas cosas que admirar en ella, pero eso solo servía para que desconfiara aún más. El afecto que sentía era una debilidad que no podía permitirse. Ella ya había quebrado su armadura, esa apariencia de indiferencia que mostraba al mundo. Y, en el fondo, temía lo que podría hacerle si la dejaba acercarse más. No quería volver a experimentar aquel dolor, aquella devastación de sentirse abandonado por alguien a quien había creído capaz de amarlo.

Miró de reojo a su compañero.

Legs le dedicaba una sonrisa burlona.

—¿Pensando en la señorita Francis? Nunca habría imaginado que bajo esa ropa asquerosa se escondiera una mujer tan guapa.

El perro aceleró el paso, obligándolos a hacer lo mismo y evitando que Drew respondiera. Legs tenía razón. Era una mujer guapa. Demasiado. No le habían pasado desapercibidas las miradas de los hombres… ni los celos que lo invadían cuando ella sonreía a alguno de ellos.

Un ladrido despejó sus pensamientos. El perro había encontrado lo que buscaban.

Y Drew tenía un trabajo que hacer.



Lo prometí.

Francis se repetía aquellas palabras mientras iba de un hombre a otro, buscando a alguien dispuesto a ordeñar una vaca.

Uno tras otro se negaron, con torpeza o evasivas. Algunos porque Luke les había advertido que no la ayudaran con el bebé. Otros alegaban no haber ordeñado nunca. Otros simplemente desaparecían al verla acercarse.

Miró con rabia a Luke y regresó junto al niño. El bebé necesitaba alimento con desesperación. Había intentado ablandar una galleta en agua, pero no podía tragar aquella mezcla.

Le rogaba que abriera la boca cuando la lona de la carreta se apartó y apareció Gabe Callahan.

Se tensó, aferrando al niño.

—Luke me ha dicho que has encontrado un bebé.

Asintió.

—¿Qué edad tiene?

—No lo sé… unos meses, quizá.

Callahan negó con la cabeza.

—Scotty llama a esto el Arca de Noé. ¿Cuántos huérfanos más piensas recoger?

Sus miradas se cruzaron a la luz de la lámpara. Francis contuvo un estremecimiento.

—No es que yo… bueno… parece que ellos me encuentran a mí…

—Luke dice que estás buscando a alguien que ordeñe esa maldita vaca.

Asintió de nuevo.

—¿Por un bebé indio? ¿Sabes en qué lío te metes?

—Todo el mundo se empeña en decírmelo.

Callahan la observó un instante.

—Me he pasado media vida luchando contra indios.

—Este bebé no —replicó ella.

—Luke dice que las liendres dan piojos. ¿Tú qué crees?

—No —respondió él con firmeza—. Legs es uno de mis mejores hombres.

Su tono era suave. Demasiado.

Francis sintió que las lágrimas amenazaban con vencerla.

—Yo ordeñaré la maldita vaca —añadió Callahan—. No es la primera vez.

Antes de que pudiera responder, Callahan desapareció, y la lona del carro volvió a caer en su sitio detrás de él. Francis permaneció inmóvil, con la mirada fija en el lugar donde había estado, incapaz de apartar de su mente la pregunta que la atormentaba: ¿le importaría a un asesino a sangre fría un bebé indio? El niño gimió en sus brazos, y ella bajó la cabeza de inmediato, acunándolo con suavidad mientras le susurraba palabras tranquilizadoras.

—Estarás bien, pequeño. Te lo prometo.

El niño la miró con ojos oscuros y confiados. Algo cálido se instaló en su pecho.

Preparó una cama improvisada en una caja, lo acomodó y salió.

Callahan estaba agachado junto a la vaca, esquivando sus patadas mientras los vaqueros gritaban y reían. Finalmente, Ethan intervino y llenó la palangana con destreza.

—Aquí tiene, señora.

Los hombres empezaron a discutir sobre quién ordeñaría al día siguiente.

Francis miró a Callahan. Él le guiñó un ojo.

No le faltarían voluntarios.



Durante la semana siguiente, el bebé se convirtió en el bebé de todos.

Drew lo llamó en broma Ha'Penny, y el nombre se quedó.

—¿Cómo está Ha'Penny? —preguntaba Ethan.

—Vamos, sonríe —decía Shorty.

Incluso Luke suavizaba el ceño al verlo, y fue entonces cuando Francis comprendió que aquellos hombres, en el fondo, anhelaban un hogar. Todos, excepto el escocés. Drew se mantenía al margen, distante, y ella no pudo evitar preguntarse si aquella distancia se debía a sus mentiras… o si no eran más que una excusa. No tenía tiempo para encontrar la respuesta. El bebé, los terneros, Billy, los vaqueros… todo reclamaba su atención sin tregua, llenando cada instante de su jornada. Y, aun así, pese al cansancio y la presión constante, nunca en su vida se había sentido tan viva.



Huesos de búfalo blanqueados cubrían el camino cuando alcanzaron el río Cimarron.

Drew jamás había visto nada igual. Aquella desolación le revolvía el estómago.

Cabalgaba junto a Gabe, en silencio, vigilando el horizonte.

El peligro seguía presente. Y también sus dudas sobre Francis.

Gabe detuvo su caballo.

—El Cimarron. Ya no estamos lejos de Kansas.

—¿Ya no hay indios?

—Probablemente no. Pero habrá granjeros enfadados.

Drew observó el lecho seco del río. Pronto tendrían que tomar decisiones.

Gabe ya tenía una.

—¿Buscarás otra cocinera?

Gabe sonrió.

—Te interesa la respuesta.

Drew suspiró.

—Sí.

—Sigo intentando entenderla —admitió Gabe—. Pero los hombres están contentos.

—Sí.

—Te he visto evitarla.

—No pienso involucrarme con una mujer.

—¿Y crees que Francis es de las que buscan casarse?

—Sí. Es una dama.

—Me gustaría verla con un vestido.

Una punzada de celos atravesó a Drew. Gabe lo notó y rió.

—No te preocupes. Si fuera libre para casarme, ya tendría a alguien en mi tierra.

Drew frunció el ceño.

—¿Libre?

Gabe se encogió de hombros y suspiró.

—Hice algo hace mucho tiempo que podría volver para atormentarme algún día —confesó—. Me ha impedido casarme, formar una familia. Tengo algunos viejos fantasmas conmigo, y mientras sigan ahí, no se los impondré a nadie más.

Viejos fantasmas.

Drew recordó sus conversaciones con Francis sobre lo ocurrido veinticinco años atrás. Incómodo, avergonzado y consciente de su propia osadía, comenzó:

—Si no te importa… me gustaría que me hablaras de esos fantasmas.

Gabe lo observó en silencio unos instantes.

—Maldita sea, lo he guardado demasiado tiempo. Quizá si no lo hubiera hecho… —apretó los labios, dudando—. Hace veinticinco años tenía hambre. Mucha. Igual que creía tenerla ese muchacho, Frank Black. Y tenía un hermano pequeño al que cuidar. No había trabajo. El ganado no valía nada entonces: había demasiado y no había forma de transportarlo. Me uní a otros tres chicos de mi edad. Nos volvimos locos, sobre todo por pura miseria. Robábamos a los borrachos que salían de los salones, hurtábamos mercancías de las tiendas. Entonces uno de ellos sugirió que robáramos un banco. Sería fácil, dijo.

Suspiró.

—Para resumirlo… mataron a un empleado. Todos nosotros, incluido mi hermano Samuel, que vigilaba los caballos fuera, somos responsables ante la ley. No hay prescripción para el asesinato. A todos podrían ahorcarnos todavía.

Aún podrían ahorcarlos. A todos.

El corazón de Drew se desbocó mientras las palabras de Francis resonaban en su mente. Ella tenía razón. Y al recordar el resto de lo que le había contado, un frío le recorrió el cuerpo pese al calor abrasador. *Mi padre fue asesinado… Yo estaba con él. El pistolero también me disparó…*

Maldita sea.

Controlando a duras penas la voz, preguntó:

—¿Crees que… ese viejo robo podría estar detrás de los ataques recientes?

Gabe lo miró con dureza.

—¿Que alguien intenta silenciarme? Lo he pensado. Pero no sé dónde están los otros tres. Y han pasado casi veinticinco años. Probablemente no los reconocería.

Pero el padre de Francis sí había reconocido a uno en un periódico. Quizá alguien más también.

Drew necesitaba protegerlos a ambos. Haría todo lo posible sin traicionar la confianza de ninguno… pero, si no había elección, rompería esa promesa. Más valía eso que verlos morir. De nada servirían su honor y su integridad ante sus tumbas.

Primero intentaría hacerlo a su manera.

Como abriéndose paso entre zarzas, añadió:

—Creo que uno de esos hombres fue quien te emboscó.

Gabe giró la cabeza bruscamente. Sus ojos lo atravesaron.

—¿Por qué?

Drew se encogió de hombros.

—Una corazonada. Soy jugador, ¿recuerdas? Vivo de ellas… y casi siempre aciertan. Dime, entonces: ¿cómo encontramos a esos tres?

—¿Nosotros? —arqueó una ceja Gabe.

—Nosotros —repitió Drew con calma—. Cuando llevemos el ganado a la estación.

Gabe torció el gesto.

—Ganado —corrigió.

Drew esbozó una sonrisa que no sentía. Si él fuera el asesino, ya estaría en Abilene, esperando. Y allí sabría que una mujer llamada Francis viajaba con la caravana. Una mujer en una ruta de ganado era noticia.

—Quiero que recuerdes todo —dijo—. Cada detalle de esos hombres. Cualquier rasgo que no haya cambiado.

Gabe sostuvo su mirada.

—Crees que estará esperando en Abilene.

—¿No lo crees tú?

El día se desvanecía cuando regresaron al campamento. Los tonos pastel del cielo anunciaban la hora favorita de Drew… un momento que solía ser tranquilo.

Pero no aquella vez.

Dos carromatos destartalados, cargados de cajas y muebles, se alzaban junto al suyo. Un hombre vestido de negro gritaba a Francis mientras Honor corría alrededor de un niño pálido que se encogía junto a una rueda, deseoso de jugar.

—¡Jeremiah! —tronó el hombre—. ¡Aléjate de esa bestia!

El niño se encogió más. Honor se escabulló por debajo.

—No voy a darte este bebé —gritó Francis, apretándolo contra sí.

—Estás interfiriendo en la voluntad del Señor —replicó el hombre—. Y tú deberías avergonzarte, vestida como una ramera de Babilonia.

—Yo diría que una ramera llevaría menos ropa —intervino Gabe con calma.

El hombre se volvió, indignado.

—Soy el reverendo Joseph Dander. Exijo que nos entregue al niño para criarlo en la rectitud.

—¿Exigir? —repitió Gabe, con un tono peligroso.

—Exigir —insistió—. No puedes interponerte en el camino del Señor.

—Creo que la barbarie se aprende —dijo Drew con frialdad—, y no siempre procede de los indios.

El reverendo se irguió.

—El niño es huérfano.

—¿Traes comida? —preguntó Gabe.

—¿Comida?

—Si quieres salvarlos, dales lo que necesitan. La salvación sirve de poco cuando se mueren de hambre.

Francis miró a Gabe, sorprendida. La aprobación suavizó su expresión.

—¿Eres un incrédulo? —desafió el reverendo.

—No es asunto tuyo. El bebé estará bien cuidado —respondió Gabe—. Ocúpate de los tuyos.

El hombre vaciló. Por primera vez, su rigidez cedió.

—Tenemos hambre… se nos rompió un eje…

—¿Y quieres otra boca que alimentar?

—¡Es nuestro deber!

Gabe negó con la cabeza.

—¿Cuánta comida nos queda? —preguntó a Francis.

—Poca —respondió—. Pero podemos compartir algo.

—Esperaba conseguir una vaca —añadió el reverendo.

—No sacrificamos ganado —replicó Gabe—. Podéis cenar con nosotros y llevaros algo de provisiones. Para los niños.

—¿Y el bebé?

—Se queda con nosotros.

El reverendo dudó, pero el olor del beicon lo venció.

—Se lo agradeceríamos.

Drew no creyó que hubiera renunciado del todo.

Francis miraba entre el carro y el fuego, inquieta. Él se acercó a su lado.

—Yo me encargo del bebé —murmuró.

Ella dudó apenas un instante, pero al alzar la mirada hacia él percibió algo distinto, una firmeza que no dejaba lugar a dudas.

—No perderé de vista a Ha'Penny —añadió con suavidad.

Francis lo observó con detenimiento, como si tratara de medir el alcance de aquella promesa, y finalmente se lo entregó. El niño se acurrucó contra el pecho de Drew con absoluta confianza, acomodándose sin resistencia, como si reconociera en él un refugio seguro.

Drew sostuvo al pequeño con una naturalidad que lo sorprendió incluso a él mismo, ignorando tanto la mirada divertida de Gabe como la evidente frustración del reverendo. No pensó en ello, no lo analizó, no trató de poner distancia.

Y, sin darse cuenta, hizo precisamente aquello que había evitado durante toda su vida.

Perdió el corazón por completo.

Capítulo 17

Francis no perdía de vista al reverendo y a su prole.

Sabía muy poco sobre el Oeste antes de que ella y su padre emprendieran el viaje ocho meses atrás. Pero había recibido una educación equivalente a la de una universidad desde que se unió a la expedición.

Ahora podía mirar a los recién llegados con algo parecido a la lástima. Sabían incluso menos que ella. Al menos, ella había tenido el buen sentido de sentir miedo, de saber que estaba haciendo algo peligroso. Y había estado sola, sin poner en peligro la seguridad de nadie más que la suya propia. Al menos, eso había creído. Ahora sabía que un novato podía costar vidas. Un error podía matar.

Su observación de la banda del reverendo Dander la llevó a examinar su propia conciencia. Sus ideas preconcebidas habían resultado erróneas. Había juzgado mal a los vaqueros, creyendo que los de su clase —los del Este— tenían el monopolio de los sentimientos civilizados. Aunque los vaqueros expresaban los suyos de formas radicalmente distintas —principalmente con palabrotas, apuestas y bromas—, su valentía, su amabilidad y su firmeza la habían hecho sentirse humilde.

Gabe Callahan también la había hecho sentirse humilde. Ya no ponía en duda la lealtad del escocés hacia el jefe de la caravana. Aunque reacio a mostrar cualquier debilidad, el jefe de la caravana era un buen hombre, honrado hasta la médula. No era el asesino de su padre, y ella le debía contarle toda la verdad. Quizá habría discernido su carácter antes si no hubiera estado tan afligida y obsesionada con la cómoda creencia de su culpabilidad.

¿Justicia? No; en rigor, no podía llamarlo así. No había partido de San Antonio con la justicia en mente. Solo había buscado a alguien a quien culpar por su repentina e insoportable pérdida.

Peor aún, había intentado utilizar al escocés para lograr sus fines.

Quizá no de forma deliberada. Pero ¿podría él verlo de otra manera?

Mientras removía la olla de frijoles sobre el fuego, miró de reojo a Drew. Él seguía sosteniendo a Ha'Penny, y no se le escapó la ternura de su mirada mientras le susurraba palabras de consuelo al oído al bebé. Ojalá pudiera oírlo. Ojalá aquellas palabras fueran para ella. Pero no, no hasta que le contara la verdad a Gabe Callahan; no hasta que le revelara todo lo que sabía.

¿Pero cuándo? ¿Y cómo? Tendría que hallar la forma.

La mirada del reverendo Dander la siguió durante toda la comida, con los labios fruncidos en señal de desaprobación ante sus pantalones y su pelo corto. En honor a los visitantes, utilizó la última lata de fruta que les quedaba para el postre. Los seis niños se lo comieron todo como si no hubieran probado bocado en días.

—¿Adónde piensa ir exactamente? —preguntó Callahan al reverendo.

Dander se encogió de hombros.

—Adondequiera que se nos necesite.

—¿Quiere decir que no tiene un destino?

El reverendo adoptó un gesto indignado.

—El Señor nos guiará.

—¿Sabe algo de alguna de estas tribus?

—Sé que necesitan la Palabra de Dios.

El suspiro de Callahan fue tan profundo que habría podido oírse a varias millas. Algunos vaqueros esbozaron sonrisas burlonas y uno

soltó una carcajada, que Callahan cortó de inmediato con una mirada.

—Tienen su propio dios —repuso—. Tienen su propia religión, y es una muy buena. Si no respeta eso, nunca será bienvenido entre ellos. Ahora, si me disculpa, tengo que hablar con mi vaquero.

Se levantó con rigidez y se alejó en dirección a la remuda.

Francis lo siguió con la mirada, más intrigada que nunca por aquel hombre del que había estado tan segura de que era un asesino. Bajo aquella nueva luz, resultaba mucho más complejo de lo que había imaginado.

Recogió los platos. Aún debía lavarlos y preparar otra cafetera antes de dar por terminadas sus tareas. Al menos disponía de agua y no solo de arena. Le dio a Honor las escasas sobras que quedaban y luego se volvió hacia el río.

Se detuvo al sentir la mirada de Drew sobre ella.

Estaba sentado junto al fuego, con Ha'Penny acurrucado en el hueco de un brazo y el plato apoyado en el muslo. La luz de las llamas doraba su cabello y sus ojos. Francis sintió cómo algo en su pecho se estremecía. Lo amaba. Amaba la bondad que él se empeñaba en ocultar.

Con vacilación, se acercó.

—¿Vendrás con Ha'Penny y conmigo al río?

Él esbozó una sonrisa irónica.

—El buen reverendo sospechará lo peor.

—Ya lo sospecha.

—En ese caso…

Le entregó el plato y se levantó, sosteniendo al bebé.

—Sí, iré con vosotros.

Ha'Penny gorjeó con un chillido de emoción. Francis apartó la mirada de Drew para observar cómo el niño tiraba del pañuelo rojo

atado al cuello del escocés, fascinado con su improvisado juguete.

—Pequeño Ha'Penny…

Alzó de nuevo la vista y le sonrió.

La intensidad de la mirada de Drew la atravesó como una llama viva, aunque apenas duró un instante.

—Vamos —indicó.

Ella asintió.

Caminaron juntos hacia el río, con Honor saltando delante. Al llegar, Francis dejó las sartenes junto al agua y se volvió. Drew estaba acomodando un lecho de juncos donde depositar al niño. Se reunió con él, y ambos contemplaron a Ha'Penny, cuyos párpados comenzaban a caer con languidez.

Sin apartar la vista del pequeño, Drew habló en voz baja.

—¿Estás segura de que no quieres que el reverendo se lo lleve?

Francis lo miró de reojo.

—¿Para que lo críen como a esos niños tristes y silenciosos?

—El silencio tiene sus ventajas.

Ella buscó un matiz oculto en sus palabras, pero las nubes cubrieron su rostro.

—¿Quién querría niños silenciosos?

Drew se puso en pie y se colocó a su lado.

—Mi padre solía afirmar que eran los únicos que valían la pena.

—¿Tu padre?

—Estábamos hablando de Ha'Penny —zanjó—. ¿Cómo piensas criar a un bebé tú sola? Tal vez sería mejor entregarlo.

Ella sintió un dolor sordo.

—¿Cómo puedes decir eso?

—Las mujeres a menudo se cansan de los niños —repuso con frialdad—. A veces es mejor dejarlos ir antes de que…

Calló.

Francis esperó, y al ver que no continuaba, susurró:

—¿Crees que me cansaré de él y lo abandonaré?

Él se encogió de hombros y se alejó unos pasos, dándole la espalda.

—Sucede.

Como te sucedió a ti, pensó ella, comprendiendo de golpe.

Se acercó despacio.

—Eso nunca le pasará a Ha'Penny. Tengo algo de dinero y siempre podré cantar.

—¿Con un niño tirándote de las faldas? —inquirió Drew, con un matiz seco, casi incrédulo, sin apartar la vista de la oscuridad que se extendía más allá del río.

Francis no sintió indignación. Ni siquiera molestia. Solo una punzada lenta y profunda que se le instaló en el pecho.

Ahora lo entendía.

Comprendía por fin de dónde nacía aquella dureza, aquella desconfianza que él llevaba como una segunda piel.

Respiró hondo antes de responder, obligándose a que su voz no temblara.

—Cuidaré de él —afirmó con suavidad, pero con una firmeza que nacía de lo más hondo de su ser—. Lo cuidaré… y lo amaré.

Drew bajó la mirada hacia el suelo, como si pesara sus palabras, y luego volvió a alzarla.

—¿No es una decisión precipitada? —preguntó, aunque en su tono había algo más que simple duda; había temor.

Francis negó despacio, sosteniéndole la mirada.

—Sé lo que quiero —dijo, con una certeza tranquila que contrastaba con el torbellino que sentía por dentro—. Siempre he querido tener hijos.

Aquellas palabras parecieron golpear algo en él. Drew vaciló. Sus ojos se desviaron hacia el cielo, donde las nubes corrían veloces ante la luna, como si buscara en ellas una respuesta que no encontraba en sí mismo.

—Si querías hijos… —murmuró al cabo de un instante, con voz más baja—, ¿por qué no te casaste?

Francis sintió cómo se le cerraba la garganta.

—No conocí a nadie con quien deseara hacerlo —respondió al fin.

Hasta ahora, pensó, mientras su corazón latía con una fuerza casi dolorosa.

Drew soltó un leve resoplido, más cansado que burlón.

—No pretendo entender la mente de una mujer.

Ella lo observó en silencio un segundo, midiendo sus palabras.

—¿Simplemente desconfías de ellas? —preguntó con cuidado.

Él volvió la cabeza lentamente. Sus ojos dorados, endurecidos por años de heridas mal cerradas, se clavaron en los de ella.

—¿No tengo motivos? —replicó, sin alzar la voz, pero con una intensidad que cortaba el aire.

Francis no respondió.

No podía.

Porque sabía que sí, que los tenía.

El silencio que siguió no fue incómodo. Fue denso. Lleno de todo lo que no se decía.

Francis tragó saliva, reuniendo valor.

—Se lo voy a contar —anunció de pronto.

Drew frunció el ceño, sin comprender.

—Voy a contárselo todo a Callahan.

Él giró la cabeza con brusquedad, mirándola como si no estuviera seguro de haber oído bien.

—¿Todo? —repitió, tenso.

—Todo —confirmó ella, sin vacilar esta vez.

Durante un instante, algo casi imperceptible tensó la comisura de sus labios. No era una sonrisa. Apenas una grieta en su habitual control.

—Puede que Gabe te pida que te marches —advirtió, con un tono más serio.

—Lo sé.

—No tienes por qué decírselo.

—No voy a seguir ocultándolo.

Drew desvió la mirada, como si aquella determinación le resultara incómoda.

—Fue mi elección guardar el secreto.

Francis dio un paso hacia él, más cerca de lo que había estado en días.

—Yo te obligué a elegir —replicó en voz baja, con una sinceridad desnuda—. Y lo siento. No quiero que tengas que seguir haciéndolo… no por mí.

El silencio volvió a caer entre ellos, pero esta vez era distinto. Más frágil.

Francis lo observó, intentando leer en su rostro lo que no se atrevía a decir.

—¿Qué te hizo cambiar de opinión? —preguntó él finalmente, sin mirarla.

Ella inspiró despacio.

—El hombre que defendió a Ha'Penny… —dijo, y su voz se suavizó sin darse cuenta— no contrataría a nadie para matar por él.

Drew asintió muy levemente.

—No —admitió—. No lo haría.

En ese instante, las nubes se apartaron, y la luz de la luna descendió sobre ellos, bañando el claro con un resplandor plateado.

Francis lo vio entonces.

Lo vio de verdad.

Aquel hielo en su mirada… comenzaba a resquebrajarse.

Un deshielo lento. Casi imperceptible.

Y, sin embargo, estaba ahí.

El impulso de acercarse más, de acortar la distancia entre ellos, le recorrió el cuerpo… pero no llegó a moverse.

Porque en ese preciso momento, Ha'Penny lanzó un quejido agudo, exigiendo atención.

Honor se incorporó de inmediato, alerta, con un leve ladrido contenido.

Francis se apresuró a tomar al bebé en brazos, acunándolo contra su pecho. El pequeño se calmó casi al instante, como si aquel contacto fuera todo lo que necesitaba.

Drew los observó en silencio, su expresión suavizándose sin que él mismo pareciera darse cuenta.

Luego señaló con la barbilla hacia el perro.

—Creo que Honor ha abandonado a los terneros por Ha'Penny.

Francis esbozó una sonrisa, cálida, sincera.

—Probablemente ha estado esperando toda su vida para ser niñera.

—Es un buen perro —murmuró él.

Ella lo miró de reojo.

—¿Has tenido alguno?

Drew negó despacio.

—No. Mi… padre no creía en tener mascotas. —Hizo una breve pausa—. Y me enviaron a un internado cuando era muy joven.

Francis frunció el ceño.

—¿Te enviaron?

—Así se hace en Escocia —respondió él, encogiéndose ligeramente de hombros.

—Debió de ser solitario…

—Así son las cosas.

Aquella respuesta, neutra, casi indiferente, le dijo más que cualquier confesión.

Francis sintió que algo se le encogía por dentro.

—¿Tu padre sigue vivo?

—No —contestó él sin emoción—. Se encontró con el diablo hace diez años.

—¿Y tu madre?

—Murió cuando yo estaba en el colegio.

Francis lo observó en silencio, con una tristeza que ya no intentaba ocultar.

—¿No tienes hermanos?

Una leve sonrisa, tenue y melancólica, rozó los labios de Drew.

—Tengo una media hermana. Está en Denver.

Ella recordó de inmediato.

—¿La persona que mencionaste?

—El marido de mi hermana Caroline.

Francis dudó un instante antes de dar el siguiente paso.

—¿Estás unido a ellos? —preguntó en voz baja.

—No mucho, la verdad.

Dudó un momento y luego adoptó ese tono despreocupado e indiferente que Francis ya reconocía como una máscara para ocultar lo más profundo.

—Verá, señorita Barton, soy un bastardo, en cierto modo, aunque no lo sea legalmente. Mi supuesto padre me permitió usar su apellido porque no quería que el mundo supiera que le habían puesto los cuernos. Pero eso no disminuyó el odio que me tenía.

Su voz se volvió gélida, y su acento se acentuó al continuar.

—Crecí sin una familia de verdad. No fue hasta hace un año que supe de mi media hermana. Ella tampoco sabía de mi existencia. Así que, como ves, nos hemos descubierto hace muy poco.

A Francis se le llenaron los ojos de lágrimas y extendió la mano para tocarle el brazo. Sintió el leve temblor bajo sus dedos y tuvo que morderse los labios para no dejar escapar un gemido de tristeza, una tristeza honda por la soledad de aquel hombre espléndido. Su propio dolor reciente parecía insignificante en comparación.

Drew observó su mano sobre su brazo y luego alzó la mirada para encontrarse con la de ella. Francis supo que había visto sus lágrimas.

—Todo eso ocurrió hace mucho tiempo —añadió él con suavidad—. Tienes un corazón demasiado tierno, Francis.

—¿Pero superficial? —replicó ella, recordando sus comentarios sobre su instinto maternal.

—No he afirmado eso.

—Pero es lo que piensas.

—Pienso que un niño es una maldita responsabilidad, nada más —zanjó.

Como para subrayarlo, Ha'Penny despertó en ese instante. Abrió los ojos, frunció el rostro y lanzó un llanto potente. A sus pulmones no les pasaba nada, pensó Francis. Honor se puso en pie de un salto, alerta.

Ella comprobó al bebé y lo encontró seco.

—¿Quieres un poco de atención, entonces? —murmuró con ternura—. ¿O es hora de comer?

El pequeño se acurrucó contra ella, cálido y suave. Francis inclinó la cabeza hasta rozar su mejilla con la del niño. Ya lo amaba con toda su alma, con todo el anhelo de un corazón hambriento de afecto.

El bebé se calmó, aunque permaneció despierto, mirándola con gravedad.

Francis alzó la vista hacia Drew a través del velo de sus lágrimas.

—Siempre lo amaré —aseguró—. Sé que no me crees, pero lo haré. Sonreirá, reirá y aprenderá a jugar… y a confiar.

Guardó silencio un instante antes de proseguir, pensativa:

—Mencionaste que tu amigo de Denver es abogado. ¿Podría ayudarme a adoptar a Ha'Penny?

Drew la miró con recelo. Era evidente que no compartía su idea, pero ella no conocía a ningún abogado ni sabía dónde encontrar uno digno de confianza. Lo único claro era que confiaría en quien él confiara.

—El niño puede tener parientes —observó él.

—¿Vivos? —cuestionó ella con escepticismo—. Su madre no. Y su padre probablemente murió en combate.

—Probablemente no basta —puntualizó—. Ethan querrá asegurarse.

Era otro desafío a su determinación.

—Yo también quiero estar segura.

Una leve sonrisa suavizó los labios de Drew y su mirada se templó.

—Tengo intención de terminar el viaje —añadió ella—. Si el señor Callahan me deja después de…

La sonrisa se borró de inmediato.

—No estoy seguro de que debas hacerlo —advirtió—. Cuando quien disparó a Gabe descubra que sigue vivo, volverá a intentarlo. No quiero que te encuentren a ti también.

Francis frunció el ceño.

—Así que realmente crees que ambos incidentes están relacionados.

—No creo en las coincidencias.

Sin embargo, ella percibió que ocultaba más de lo que expresaba.

—Ningún forastero sabrá que el señor Callahan ha sobrevivido hasta que lleguemos a Abilene, ¿verdad?

—Mañana iremos a un pequeño pueblo a por provisiones —explicó—. Las noticias vuelan por aquí, sobre todo con una travesía como esta.

Un escalofrío la recorrió. Otra emboscada. Disparos. Sangre. Drew herido por proteger a su amigo. De pronto comprendió que nada, ni siquiera encontrar al asesino de su padre, valía otra vida.

—Nadie te culparía por marcharte —interpretó él, equivocándose.

—No —respondió ella con firmeza—. Es demasiado tarde para que el señor Callahan consiga otro cocinero. Me necesita. Y también los terneros, Billy, Honor y todos los peones. No me iré… a menos que me obligue.

Los ojos de Drew se oscurecieron y masculló una maldición. Luego, su mano se alzó hasta su mejilla y la acarició con suavidad.

—No quiero que te pase nada, muchacha.

Demasiado tarde, pensó ella. Él ya le había pasado. Y nunca volvería a ser la misma.

Su mano, áspera y callosa, le pareció la más suave que había sentido jamás.

—Drew… no quiero dejarte —susurró—. No puedo.

Un gemido bajo escapó de él antes de que sus labios cubrieran los de ella, firmes, intensos, exigentes. Francis sintió la fuerza de su deseo… y la ternura que había temido perder. El beso se profundizó, envolvente, incendiando cada rincón de su cuerpo. Un estremecimiento la recorrió mientras sus manos descendían por sus brazos, dejando un rastro de fuego.

Él la rodeó con los brazos, intentando atraerla más cerca… pero se detuvo, frustrado por el bebé entre ambos.

—Maldita sea…

Se apartó lo justo para mirar a Ha'Penny y luego volvió a alzar la vista hacia ella. La intensidad de sus ojos la hizo arder por dentro.

—Te deseo, muchacha —confesó, con la voz quebrada.

Ella esbozó una sonrisa sin aliento.

—Se dormirá después de que le dé de comer.

Le rozó la mejilla con el dorso de los dedos y sostuvo su barbilla con suavidad. Se sentía pequeña a su lado.

—No estoy seguro de que esto sea prudente —admitió él lentamente, aunque el deseo impregnaba cada palabra.

—Nunca he sido muy sensata.

Él sonrió.

—Yo tampoco.

—Oh, pero lo eres.

Él soltó un leve resoplido.

—No me conoces.

—Sí que te conozco —insistió—. Conozco tu generosidad, tu integridad y tu bondad. Es suficiente.

—No, muchacha —replicó en voz baja—. No me conviertas en algo que no soy. He llevado una vida disoluta. Sin ataduras… y no las quiero ahora. No tengo nada que ofrecer salvo problemas.

Era una advertencia que ella decidió ignorar. Había aprendido a creer en el amor, y ahora que lo sentía, no pensaba apartarse. Atesoraría cada instante, cada emoción, cada chispa de aquella magia, aunque fuera efímera.

Francis tragó saliva y le acarició el rostro con ternura.

Sus ojos se suavizaron de una forma que le desarmó por completo, como si, por un instante, hubiera bajado todas las defensas que lo mantenían a salvo del mundo… y de ella.

—Nunca esperé… —comenzó él en voz baja, con una emoción contenida que vibraba bajo cada palabra.

Pero no llegó a terminar. Ha'Penny rompió el momento con un llanto repentino, agudo, reclamando atención con la urgencia inocente de quien no conoce espera ni renuncia.

Francis dejó escapar un suspiro tembloroso, casi apenado, mientras bajaba la mirada hacia el pequeño.

—Tiene hambre… —murmuró, con una ternura que le ablandaba la voz—. Debo darle de comer.

Drew la observó unos segundos, como si aquel gesto, aquella forma de acunar al niño, despertara algo profundo en él que no terminaba de comprender. Finalmente, asintió con un leve movimiento de cabeza.

—Sí… ve —cedió con suavidad, aunque su voz arrastraba un eco de frustración apenas disimulada—. Yo me encargaré de los

platos.

Francis asintió despacio, pero no se movió de inmediato. Sus dedos se aferraron un instante más al borde de aquel momento compartido, como si temiera que, al apartarse, algo se rompiera entre ellos.

—¿Y después…? —preguntó al fin, alzando la mirada hacia él, con un hilo de voz cargado de una expectación que apenas lograba ocultar.

Drew sostuvo sus ojos, y en los suyos ardía una promesa silenciosa, intensa, casi peligrosa.

—No estoy de guardia hasta mañana —respondió con calma medida, aunque su mirada lo desmentía—. Podríamos… dar un paseo.

Ella tragó saliva. Sabía perfectamente qué significaba ese paseo. Lo veía en la forma en que él la miraba, en la tensión contenida en su cuerpo, en el modo en que el aire entre ambos parecía volverse más denso.

—Sí… podríamos —aceptó en un susurro, sintiendo cómo el pulso se le aceleraba.

Pero no podía entregarse aún a ese instante. No del todo.

Bajó la vista un momento, reuniendo fuerzas, y cuando volvió a mirarlo, había determinación en sus ojos.

—Quiero hablar con el señor Callahan —añadió, con un leve titubeo— antes de… nuestro paseo.

Drew no apartó la mirada de la suya. Asintió lentamente, como si ya hubiera previsto aquella necesidad, aunque no le gustara.

—Me quedaré cerca de la carreta —aseguró con firmeza— y vigilaré a Ha’Penny por ti.

Francis dudó. Se mordió el labio, inquieta, y desvió la mirada un instante antes de volver a él.

—No quiero contarle que lo has sabido todo este tiempo… —confesó, casi en voz baja.

Drew inclinó ligeramente la cabeza, observándola con una mezcla de paciencia y resolución.

—Entonces no será toda la verdad —replicó con suavidad, aunque sin ceder—. Y si tú no lo haces… lo haré yo.

Ella vaciló de nuevo, atrapada entre el miedo y la necesidad de confiar.

—Drew… nunca quise involucrarte en esto —susurró, con un deje de culpa.

Él esbozó una leve sonrisa, casi cansada, pero sincera.

—Me involucré solo —respondió con calma—. Y no pienso quedarme al margen ahora. Iré contigo… si lo deseas.

Francis negó despacio, con una firmeza que contrastaba con la emoción que le temblaba en el pecho.

—No… esto debo hacerlo sola.

Hubo un breve silencio entre ellos, cargado de todo lo que no se decía. Entonces Drew tomó su mano con cuidado, como si fuera algo frágil y valioso, y llevó su palma a los labios.

El beso fue lento. Deliberado.

Francis sintió el calor de su boca extendiéndose desde la piel hasta lo más profundo de su cuerpo, encendiendo cada fibra, cada latido, cada pensamiento.

Cerró los ojos un instante, dejándose llevar por aquella sensación que le recorría el cuerpo como un susurro cálido, como una promesa que no se atrevía a nombrar.

Una hora, pensó, con el pulso latiéndole con fuerza. Quizá un poco más… si la fortuna se mostraba generosa con ellos.

Y, después… volvería a ser suyo.

Aunque solo fuera por ese breve lapso concedido por el tiempo, por ese instante robado al destino que ya se cernía sobre ellos, silencioso e implacable.



Gabe Callahan vio a Drew acercarse al campamento, cargando con un montón de platos. Había visto a Drew y a Francis salir juntos: él llevaba al bebé en brazos; ella, los platos; y el perro corría en círculos a su alrededor, feliz como si aquello fuera un juego.

Ocultó una sonrisa tras su taza de café.

Envidiaba a ambos.

Era evidente, incluso para un hombre poco dado a sentimentalismos como él, que se estaban enamorando. No hacía falta oírlos. Bastaban sus miradas: chispeaban, como si bastara una sola para prender fuego a la pradera. Y, aun así, los dos parecían empeñados en esconderlo, luchando contra algo que ya era demasiado grande para negarlo.

Le gustaba Francis.

Lo suficiente como para haber tomado la decisión —arriesgada, imprudente incluso— de mantenerla en la travesía a pesar de ser mujer. Había aprendido con rapidez, había sustituido a Murphy sin una sola queja y nunca había dado motivos de descontento. Era valiente… y, a decir verdad, bastante guapa una vez libre del polvo del camino, sin aquel abrigo enorme y el sombrero que casi la devoraban.

Aun así, le inquietaba no saber más sobre ella.

Drew Cameron era su amigo.

Demonios, más que eso. En más de una ocasión había pensado que aquel escocés era poco menos que su ángel de la guarda. Le habría gustado retenerlo en su equipo una vez terminada la

expedición… pero sabía que no sería posible. Drew no era hombre de obedecer órdenes durante mucho tiempo. Ahora lo hacía porque quería aprender. Pero, en cuanto dominara aquello, buscaría nuevos horizontes.

Lo observó descargar los platos en la carreta de cocina. Luego lo vio dirigirse hacia la parte trasera de la carreta de los vaqueros, donde se detuvo unos instantes junto a Francis. Ella estaba sentada dentro, dando de comer al bebé, con una concentración suave que contrastaba con su habitual firmeza.

Al cabo de un momento, Drew se apartó y caminó hacia el fuego, donde Gabe lo esperaba.

A unos metros, cuatro vaqueros jugaban al póquer. Otros ya dormían, envueltos en mantas. La caravana del reverendo Dander también estaba en silencio, recogida en sus carromatos.

La noche se extendía tranquila sobre la llanura.

—Una noche preciosa —comentó Drew, deteniéndose junto a él.

Gabe sonrió para sus adentros. El escocés aportaba algo distinto a la travesía. Hasta los más rudos habían empezado a contagiarse de su forma de hablar; más de uno ya respondía con «síes» y «noes».

—Podría llover —repuso Gabe con calma—. ¿Vas a salir a explorar por la mañana?

Asintió.

—¿Va Kane contigo?

—No lo creo necesario. No hasta después de Caldwell. No nos hemos cruzado con nadie que pueda decir que sigo vivo.

Drew guardó silencio un instante, pensativo.

—¿Y ese teniente del ejército?

Gabe se encogió de hombros.

—Se dirige al sur.

—Aun así… —insistió Drew, con un leve fruncir de ceño— me sentiría más tranquilo si alguien te acompañara.

Gabe ladeó la cabeza, observándolo con atención.

—¿Quieres venir tú?

Creyó conocer la respuesta antes de oírla. ¿Quién no preferiría cabalgar libre por delante de la manada antes que tragarse el polvo del ganado? Además, el escocés tenía instinto; quizá podría enseñarle algo más sobre la exploración.

Drew no respondió de inmediato.

—¿Qué pensaría Luke? —preguntó finalmente—. Es necesario aquí para controlar el ganado si yo no estoy.

Volvió a quedar en silencio. Más largo esta vez. Más cargado. Luego, con una extraña cautela en la voz, añadió:

—Quizá deberías esperar para decidirlo. Para mañana… puede que ya no me quieras cerca.

Gabe frunció el ceño.

—¿Qué demonios significa eso?

Pero no obtuvo respuesta.

En ese instante, Francis salió de la carreta de los vaqueros y se dirigió hacia ellos. Gabe percibió al momento que algo había cambiado en su forma de andar. Sus pasos carecían de la ligereza habitual.

Se detuvo frente a él.

—¿Puedo hablar contigo a solas?

Gabe lanzó una rápida mirada a Drew. Sus ojos eran inescrutables.

Se levantó sin decir nada y, con un leve gesto, condujo a Francis lejos del fuego, hacia la orilla del río, donde la oscuridad les

garantizaba privacidad.

—¿Me estás abandonando? —preguntó, medio en broma, medio en serio.

—No, —respondió ella con voz tensa—, pero es posible que pronto me lo pidas.

Gabe resopló.

—Scotty acaba de insinuar algo parecido. Empiezo a preguntarme por qué.

Francis alzó la mirada.

—Te he estado mintiendo.

—Joder, eso ya lo sabía.

Ella no se amilanó. Lo miró directamente a los ojos.

—Me uní a su ruta de ganado para matarte —dijo con claridad —. Pensaba que habías matado a mi padre.

El mundo pareció detenerse.

Gabe se quedó inmóvil, incapaz de reaccionar. Apenas logró impedir que se le abriera la boca por la sorpresa. Su mente se lanzó hacia el pasado, buscando, rebuscando… nada.

El hombre muerto en el atraco no podía ser su padre. No podía.

—¿Quién…? —empezó, sin terminar la frase.

—Mi padre fue en su día Jim Davis —continuó ella.

El nombre le heló la sangre.

Sintió cómo algo se contraía en su interior mientras los recuerdos regresaban con una fuerza brutal.

—Pero yo lo conocí como Thomas Barton —añadió ella, con voz cada vez más frágil—. Lo mataron en San Antonio hace casi cuatro meses. Y… —tragó saliva— mencionó su nombre antes de morir.

Gabe apenas podía pensar. Sam Wright. Jim Davis. Cal Thornton. Y él. Y, siempre al margen, a salvo, el pequeño Samuel.

La pesadilla volvía a cobrar vida.

—¿Qué nombre…? —se detuvo, carraspeó—. ¿Qué nombre dijo? ¿Callahan… o…?

—Gabe Callahan —respondió ella.

La maldita ilustración del periódico.

Alguien lo había dibujado. Y se parecía demasiado. No había pensado…

—¿Dijo algo más?

—Sí. —Su voz tembló—. "El artículo. Callahan. Es él. Peligro". Yo creí que… —cerró los ojos un instante— que habías sido tú quien le disparó. O quien pagó para hacerlo.

Respiró hondo, como si cada palabra le costara.

—También dejó una carta. En su baúl. La escribió después de ver ese artículo… por si le pasaba algo. En ella hablaba de un robo.

Lo miró fijamente.

—Pero tú ya sabes de eso, ¿verdad?

Gabe no intentó negarlo. No tenía sentido. Y estaba cansado de mentir.

Además, la verdad comenzaba a encajar con una claridad inquietante. Quien había disparado a Jim Davis… debía de ser el mismo que había intentado matarlo a él.

—¿Cuál de los dos fuiste tú? —preguntó ella.

Gabe tardó en responder. Viejos hábitos. Viejas defensas.

—Dime primero qué fue de tu padre —replicó, mirando al río—. ¿Adónde fue después del robo?

Francis dudó.

—Se marchó al Este. Allí conoció a mi madre… era actriz. Viajaron juntos por el país. Cuando ella murió, hace dos años, seguimos actuando él y yo. Yo quise venir al Oeste… y él no. Pero… lo convencí.

La culpa vibraba en su voz. Gabe la reconoció al instante. Demasiado bien.

Recordó a Jim Davis. Siempre silbando. Siempre con una melodía en los labios. El más reticente de todos. El que más había sufrido cuando el empleado cayó muerto. Y recordó también la mentira que los había unido.

Que nadie saldría herido.

—Si pensabas que yo lo maté —dijo finalmente—, ¿por qué no acudiste a la policía?

—Lo hice. —Su voz se volvió apenas un susurro—. Nadie me creyó. Para ellos era imposible que estuvieras implicado. Dejaron de escucharme… dejaron de hablarme.

Bajó la mirada.

—No daban crédito a una cantante… una actriz ocasional… acusando a uno de los hombres más poderosos de Texas.

Gabe negó con la cabeza.

—Así que decidiste enfrentarte al león tú sola. —La miró con una mezcla de incredulidad y respeto—. No sé si eres la mujer más valiente que he conocido… o la más loca.

Ella no respondió de inmediato.

—No me importaba morir —admitió al fin, sin alzar la vista—. Cuando me fui de San Antonio… nada importaba.

A Gabe se le encogió el pecho. Aquella voz… demasiado joven para cargar con tanto dolor.

Incómodo ante lo que despertaba en él, desvió la conversación.

—Así que eres cantante —comentó—. Como tu padre.

Ella asintió.

—Y actriz, como mi madre. Pero a mi padre y a mí nos gustaba más cantar. Después de que ella muriera… fue lo único que hicimos. Actuábamos en el Palace de San Antonio. Me llamo Francis. Mary Francis Barton.

Gabe recordó el nombre. Recordó haber oído hablar de aquella cantante. Y deseó, por un instante, haberla visto actuar. Tal vez entonces…

—Señor Callahan… —Francis alzó la mirada, firme— mi padre era un buen hombre. Todo el mundo lo apreciaba. Yo… no lo entiendo. Nunca habló de Texas. No sabía que había estado aquí. No sé cómo pudo…

Las palabras se quebraron.

Gabe la observó en silencio.

—Habrías tenido que estar allí para comprenderlo —dijo finalmente, en voz baja—. Habrías tenido que estar allí.

Capítulo 18

Francis contuvo la respiración mientras Callahan dudaba.
La angustia acentuó las arrugas de su rostro cuando comenzó a hablar.

—Tanto el padre de tu padre como el mío tenían pequeñas granjas a orillas de un río cerca de lo que hoy es Austin.

Le dedicó una fugaz y tímida sonrisa.

—Cuando no eran mucho mayores de lo que yo creía que era Frank Black, ambos lucharon contra Santa Anna y luego se establecieron en propiedades contiguas que daban a un arroyo. Tu padre y yo jugábamos juntos cuando éramos pequeños. Mi hermano era mucho más joven, y tu padre no tenía hermanos ni hermanas.

Asintió brevemente.

—Teníamos buenas tierras, de las mejores, gracias al agua. Al parecer, eran demasiado buenas, porque otro ganadero intentó comprar tanto las tierras de Jim como las de mi padre. Cuando eso no funcionó, nuestros padres fueron convenientemente asesinados mientras llevaban el ganado a Nueva Orleans. Se dijo que fueron los apaches. Pero nunca lo creímos. Especialmente cuando el banco exigió el pago de sus préstamos y las granjas se vendieron rápidamente al hombre que había estado intentando comprarlas. Mi madre ya había fallecido, y la madre de Jim murió poco después de perder el rancho.

—Yo tenía diecisiete años, y mi hermano Samuel era solo un niño. Tu padre tenía dieciséis. Estábamos enfadados, amargados, ansiosos por vengarnos. El ganadero quería echarnos de la zona y se aseguró de que no pudiéramos conseguir trabajo. Mi hermano tenía

hambre. Joder, los tres teníamos hambre. Entonces empezamos a seguir a Cal Thornton y Sam Wright.

Sacudiendo la cabeza lentamente, Callahan se enganchó los pulgares en la cintura de los pantalones y dio un par de pasos por el borde de la orilla del río. Al detenerse, se giró para mirar de nuevo hacia el agua antes de continuar.

—Cal decía que venía del norte de Texas, que a su padre le había pasado lo mismo que a los nuestros. Sam era su sombra. Nunca supe mucho de él. Una noche nos emborrachamos todos —Cal trajo la botella— y empezamos a fanfarronear, diciendo que robar un solo banco resolvería todos nuestros problemas. Cal nos incitó. Éramos lo bastante tontos, jóvenes y desesperados como para escucharle cuando nos explicó lo fácil que sería. Nos juró que nadie saldría herido.

—A la mañana siguiente, ni tu padre ni yo queríamos seguir adelante con ello. Pero Cal tenía la lengua de una serpiente: aseguró que se lo debíamos a nuestros padres, se burló de mí por no cuidar mejor de mi hermano.

Callahan negó con la cabeza.

—Eso fue todo lo que necesitaba oír. Ya me sentía tremendamente culpable por no cuidar bien de Samuel. Así que, finalmente, accedimos.

Cuando Callahan hizo una pausa, Francis respiró hondo. Su padre nunca había hablado de sus padres, y ella siempre se había preguntado por qué; si le preguntaba, él simplemente decía que llevaban muertos mucho tiempo. Quizá, pensó, nunca había hablado de ellos porque cualquier mención lo habría obligado a recordar un pasado que quería olvidar.

—A menudo le he pedido a Dios que pudiera borrar ese día —prosiguió Callahan—. Y sé muy bien que Jim sentía lo mismo. Él mismo lo dijo… justo después de que lo hiciéramos.

Francis recordó la carta de su padre, cada palabra rezumando remordimiento. Vacilante, preguntó:

—¿Qué… qué pasó aquel día?

—Entramos en la ciudad al mediodía y vigilamos el banco hasta que todos los empleados se habían ido menos uno. Entonces entramos. Samuel debía esperar fuera con los caballos. Tu padre montó guardia en la puerta, y Cal apuntó con un arma al empleado mientras yo saqueaba las cajas de efectivo. Cuando Cal le ordenó que abriera la caja fuerte, el hombre dijo que no tenía la combinación. Cal le pegó hasta que la recordó. Luego, cuando sacó el dinero, se giró y disparó al empleado. Por hacerle esperar, dijo.

En su mente, Francis veía el horror en el rostro de su padre con la misma claridad con la que lo oía en la voz de Callahan. Dos jóvenes asustados —apenas más que niños— que habían perdido sus hogares y sus familias. Le dolía por su padre y por el hombre que ahora contaba la historia con un dolor tan evidente.

—Salimos corriendo —continuó—. Maldita sea, estaba asustado… y me dolía el alma por la facilidad con la que Cal había disparado a ese empleado. Era tan malditamente inútil. Pero no dejaba de pensar en mi hermano —y, hay que reconocerlo, también en mí mismo—, y huimos de allí. Cuando repartimos el dinero, decidimos que lo mejor era separarnos. Cada uno cambiaría de nombre y se dirigiría en una dirección distinta. Samuel y yo nos fuimos al sur, a otra parte de Texas; Jim se dirigió al este; Sam iría al oeste, y Cal, al norte. Nunca volví a ver a ninguno de ellos.

Callahan suspiró profundamente al llegar al final de la historia, y el silencio se instaló entre ambos. La noche estaba en calma, salvo por el mugido lejano del ganado.

Entonces dio unos pasos hacia ella y extendió la mano, posando su gran palma sobre su hombro.

—Francis, Jim Davis era mi amigo —afirmó en voz baja—. Lo siento.

De algún modo, su compasión la conmovió más profundamente que la de nadie desde la muerte de su padre. Francis asintió.

—Gracias —susurró entre lágrimas.

—Ahora… —la miró con atención mientras retiraba la mano—. Dime por qué decidiste no matarme a tiros la primera vez que me viste.

Bajando la mirada, se apartó de él para observar el río. El reflejo de la luna y de las estrellas, medio ocultas, ondulaba sobre la superficie negra mientras hablaba.

—Me dije a mí misma que quería esperar hasta que estuvieras lejos de tu rancho —murmuró—. Que aguardaba la oportunidad de pillarte a solas. Pero, mirándolo ahora, no creo que lo hubiera hecho nunca. Al menos, eso espero. Entonces, la noche de la estampida, con la muerte de Juan y Ace herido… —dejó escapar un suspiro entrecortado—. No lo sé. De alguna manera, que pasaran tantas cosas horribles a la vez me sacó de golpe de donde había estado, dentro de mí misma. Y comprendí que no podía matarte. Que no podía matar a nadie.

Callahan guardó silencio un instante antes de preguntar:

—¿Y ahora? ¿Por qué, después de todo este tiempo, decidiste de repente arriesgarte a decirme la verdad?

—Porque en las últimas semanas he visto quién eres —respondió con sencillez—. Ahora sé que no es posible que seas responsable de la muerte de mi padre. Oh, quería que lo fueras… o me habría admitido la verdad antes. Pensé… pensé que quería justicia. Pero ahora me pregunto si solo necesitaba culpar a alguien que no fuera yo misma.

—Por Dios, chica, no tenías forma de saber que tu padre se metería en peligro en Texas. ¡Por el amor de Dios, no te culpes!

Ella giró la cabeza para mirarlo.

—Entonces, ¿quién?

Él sostuvo su mirada, y ella vio cómo su rostro se endurecía bajo la luz de la luna.

—Puedo hacer una buena suposición. Cal Thornton. Hace unos meses, más o menos cuando dispararon a tu padre, alguien intentó tenderme una emboscada. Drew me salvó la vida.

Francis dudó antes de hablar, casi en un susurro.

—A mí también me dispararon. El pistolero que mató a mi padre… Cuando le disparó a mi padre, volvió a apuntar, pero mi padre me tiró al suelo y cayó sobre mí.

Callahan abrió mucho los ojos.

—Maldita sea… Francis. ¿Quieres decir que fuiste tras un hombre que creías que también iba a por ti? ¿Tú sola?

Avergonzada, más por haber juzgado tan mal a Callahan que por su propia imprudencia, Francis agitó la mano con impotencia.

—Solo pensaba en mi padre… en que no podía permitir que nadie se saliera con la suya tras matarlo. Además —volvió a hacer un gesto vago—, sabía que, una vez que me cortara el pelo y empezara a ser Frank Black, nadie me reconocería.

—Bueno, joder, eso es cierto —murmuró Callahan, con un deje de diversión—. Desde luego, me engañaste bastante bien.

—Hasta que me caí al río —replicó ella, añadiendo con desconsuelo—. Dos veces.

Sus labios se crisparon.

—Pobre Drew. ¿Cuánto sabe él de todo esto?

Francis quiso mentir por Drew. Quiso asegurarle que no sabía nada, que no le había ocultado nada. Pero comprendía que no podía.

—Lo sabe todo —admitió—. Se lo conté hace solo unos días. Y le hice jurar que guardaría el secreto —añadió con premura.

—Maldita sea, ese hombre debe de ser un pozo de secretos —murmuró Gabe. Luego, de pronto, preguntó—: ¿Qué te hizo decidir

que yo no podía estar implicado en la muerte de tu padre?

—Muchas cosas. Pero, sobre todo, lo que hiciste por Ha'Penny —confesó.

Él sonrió de repente, y el cambio fue tan inesperado que ella se sobresaltó. También pensó que debería hacerlo más a menudo.

—Temía perder a mi cocinero… y tal vez incluso a mi mano derecha. He visto cómo te mira Drew cuando cree que nadie le observa.

Ella se mordió el labio.

—¿No culparás a Drew?

—No. Cumple su palabra, y Dios sabe que debe de haberle dolido. Se esfuerza tanto por meterse en sus propios asuntos… —dejó escapar una breve risa—. Y fracasa estrepitosamente.

Sí, le gustaba Gabe Callahan. El amigo de su padre. Se le hizo un nudo en la garganta al preguntarse si él también podría llegar a ser su amigo. En ese instante supo que lo deseaba.

—Creo que a Jim le fue muy bien —añadió Callahan en voz baja—. Le envidio. Y estoy seguro de que tu madre era una mujer maravillosa.

Francis asintió.

—Lo era. A papá casi le rompió el corazón cuando murió.

Callahan suspiró.

—Me alegro de que encontrara a alguien. Yo no tuve su valor. Tenía miedo de que algún día…

Su voz se apagó.

Ahora veía la soledad. No era de extrañar que mantuviera a todo el mundo a distancia.

—Señor Callahan, sé que no es suficiente —articuló ella, sintiéndose torpe—, pero… siento haberte juzgado tan mal durante tanto tiempo. No tengo excusa por haber creído lo que creí de ti.

Él sacudió la cabeza con rapidez.

—Olvídalo. La gente piensa y hace todo tipo de cosas cuando está de duelo que nunca haría en otras circunstancias. Es mejor no darle vueltas, sino seguir adelante. Lo que tenemos que hacer ahora es averiguar cómo encontrar a Cal Thornton antes de que él nos encuentre.

Frunciendo el ceño, murmuró:

—Apostaría mi vida a que es él. Ahora que sé lo de Jim… y lo tuyo. De una forma u otra, parece que estás en tanto peligro como yo.

Francis quería creerle, pero no hacerlo habría sido una auténtica estupidez.

—¿Y estás seguro de que fue este Cal Thornton? —preguntó—. ¿Y el otro hombre, el amigo de Thornton?

Callahan negó con la cabeza.

—Sam no tuvo el sentido común de ponerse un sombrero durante un chaparrón. No, es Cal, sin duda. La única otra pregunta es por qué. ¿Por qué, después de todos estos años?

—Debe de pensar que podrían reconocerlo —respondió ella—. Debe de estar en un lugar donde se le pueda ver e identificar.

—¿Después de todo este tiempo? —Callahan le lanzó una mirada dubitativa—. ¿Y qué hay de tu padre? Por lo que has dicho, acababa de volver a Texas.

Ella reflexionó intensamente. ¿Qué más podían tener en común su padre y Gabe Callahan? ¿Qué, después de tantos años, podría haber desencadenado aquel estallido de violencia?

Gabe también parecía absorto en sus pensamientos.

—Al menos —dijo finalmente—, Thornton no puede tener ni idea de que ahora estás con nosotros. Pero quizá sería mejor que te fueras antes de llegar a Abilene, para que no haya ninguna conexión obvia entre tú y yo.

Francis lo miró. Sabía que solo pensaba en su seguridad, pero…

—Quiero quedarme —afirmó, con el corazón latiéndole de pronto con fuerza—. Además, pude ver de refilón al hombre que disparó a mi padre.

Callahan giró bruscamente la cabeza hacia ella.

—No vi mucho —admitió—. Estaba oscuro y él se encontraba al final de la calle, entre las sombras. Pero sé que llevaba una banda plateada en el sombrero, y su complexión era… como la de Drew. Muy alto y delgado, y se movía…

—Como un gato —completó Callahan—. Con suavidad, con fluidez, como si no le costara ningún esfuerzo.

Ella asintió.

—Sí.

—Hmm.

Gabe miró al suelo unos instantes y, de pronto, alzó la vista con rapidez.

—No pensarías que Drew…

Con tristeza, ella asintió.

—Cuando lo vi por primera vez, sí lo pensé. Pero no por mucho tiempo. Y, desde luego, no después… del viaje a Willow Springs.

El calor le subió a las mejillas. Notó la mirada fija de Callahan y agradeció que la luna quedara oculta tras las nubes.

—Hijo de puta —maldijo él en voz baja—. Creo que es hora de que cuelgue las espuelas. Están pasando cosas delante de mis narices y no me doy cuenta. Joder, debería…

Se interrumpió, y aun bajo la tenue luz de la luna, Francis vio cómo su rostro se enrojecía.

—No dejo de olvidar que eres una dama —se apresuró a añadir —. No quería decir lo que ha sonado.

Francis dejó escapar una risita, un alivio bendito tras tanta tensión.

—Es difícil acostumbrarse a Francis después de Frank —se defendió él—. Frank acabó convirtiéndose en un auténtico canalla.

Esbozó una sonrisa torcida.

—Me pregunto qué habría pensado Murphy. De hecho, me pregunto si el viejo perro lo sabía desde el principio.

A Francis le gustó aquella idea, aunque no dijera mucho a favor de sus dotes interpretativas.

—Lo echo de menos —murmuró.

—Todos lo echamos de menos. Era un gran hombre —asintió Callahan—. La cuestión es: ¿qué hacemos ahora? Al menos, ahora sé algo sobre por qué alguien está intentando matarme, y te lo agradezco, pero quiero que estés fuera de peligro. Deberías volver al Este.

Francis negó con la cabeza.

—No hay razón para que me vaya al Este. No tengo más familia y… señor Callahan…

—Gabe.

Ella dudó, y luego le dedicó una sonrisa temblorosa.

—Gracias, Gabe. Pero, por favor, no quiero irme. Quiero averiguar quién mató a mi padre.

—Oh, lo averiguaremos, claro que sí —aseguró—. Y te lo haremos saber. Pero, mientras tanto, estarás a salvo. Jim me despellejaría vivo si estuviera aquí y te dejara quedarte, sabiendo que alguien te busca para matarte.

El corazón de Francis latía con violencia. No podía marcharse ahora. No después de haber llegado tan lejos. Pero no tenía argumentos racionales que ofrecer, salvo la verdad. Y no se atrevía a expresar con palabras lo que apenas se atrevía a esperar.

Lo único que pudo hacer fue mirarlo con el corazón en los ojos.

—Por favor. Por favor, no me hagas irme.

Él la observó en silencio durante un largo rato. Finalmente, dijo:

—Es Drew, ¿verdad?

Sabía que no podía ocultarlo. Él lo había leído en su rostro.

Callahan la contempló un momento más antes de suspirar.

—Está bien. Puedes quedarte… por un tiempo.

—Oh, gracias —susurró ella, sintiendo cómo el alivio la inundaba.

—No me des las gracias todavía —advirtió—. Quiero que sigas pareciendo Frank Black, o al menos algo parecido. Y no quiero que ninguno de los vaqueros sepa quién eres en realidad, ni siquiera mis sobrinos. Es muy fácil que alguien cometa un error.

—Gracias —repitió—. Yo… no me lo merezco.

—Eres la hija de Jim —repuso él con sencillez—. Te lo mereces.

Y, antes de que pudiera responder, se dio la vuelta y se alejó.

Francis permaneció junto al río. Se rodeó con los brazos, acurrucándose en su propio abrazo, insegura y un poco confundida por la maraña de sentimientos que se arremolinaban en su interior. Se sentía renovada, libre de cargas por primera vez en meses; no se había dado cuenta de cuánto le había pesado vivir una mentira cada día.

También se sentía humillada. Había emprendido una misión para matar a un hombre que resultó ser uno de los mejores que había conocido. Tal vez él la perdonara por estar loca de dolor, pero ella jamás se perdonaría del todo haberlo juzgado tan mal.

Y, sobre todo, sentía miedo. No tanto por el peligro —aunque sabía que debería temerlo— como por el futuro. Quería permitirse imaginar uno junto a Drew, pero temía hacerlo. Temía esperar.

Temía soñar. Temía que, después de tantas mentiras, él nunca volviera a confiar en ella. Ni siquiera se atrevía a pedir más, aunque su corazón lo reclamara.

Con la mirada fija en el agua oscura que corría a su lado, permaneció allí, esperando. Preguntándose cuándo… y si él acudiría a ella.



Ha'Penny dormía en su cama improvisada, y el perro yacía a su lado, como un centinela autoproclamado. Drew estaba sentado en la parte trasera de la furgoneta de las provisiones, observándolos con perplejidad, mientras una calidez se deslizaba para llenar los huecos vacíos de su corazón.

Deseaba no recelar de esa calidez, saber cómo aceptar sin cuestionar aquellos sentimientos nuevos y desconocidos.

Si volvía con ella esa noche, sabía que correría ese riesgo. Sería un compromiso tan firme como si lo hubiera pronunciado ante Dios y los hombres. Nunca se había considerado un caballero, pero tampoco había jugado con los corazones de las mujeres por mero entretenimiento. Todas sus relaciones habían sido con mujeres experimentadas, con reglas claras desde el principio. Rara vez repetía, evitando incluso el menor atisbo de implicación personal.

Pero Francis… ah, Francis era distinta. Incluso su nombre lo reconfortaba. Lo excitaba. Despertaba en él un deseo intenso, desconocido. De algún modo, ella le hacía sonreír por dentro, hacía que su corazón latiera con un anhelo tan fuerte que apenas podía respirar. Sospechaba que acostarse con ella no era la forma de sacársela de la cabeza. Ya lo había intentado una vez, y solo había conseguido desearla más. Si lo hacía de nuevo, ella se entrelazaría aún más en los hilos de su ser y, temía, se volvería imprescindible.

Suspirando, Drew saltó del carro para servirse una taza de café. Pero, al acercarse al fuego, vio a Gabe salir de las sombras de los árboles. Se detuvo, observándolo acercarse, preparándose para las preguntas que sabía que vendrían.

—Drew —saludó Gabe, deteniéndose a su lado—. Francis me ha contado toda una historia.

Drew asintió.

—Dijo que tú lo sabías.

—Sí.

—Te encontraste en todo un dilema, ¿verdad?

Percibiendo el tono de diversión en su voz, Drew respondió con sequedad:

—Así parece. Desde que me detuve en ese maldito salón y escuché a los hombres tramando la emboscada.

Gabe gruñó.

—No puedo decir que lo entienda del todo. Estaría muerto si no lo hubieras hecho.

—¿Crees que el mismo hombre que contrató a esos pistoleros mató al padre de Francis?

—Estoy seguro. Solo que no sé por qué.

—¿Así que conocías a su padre?

Gabe asintió.

—Fuimos amigos. Antes de que dejáramos que un hijo de puta peligroso nos convenciera para cometer un robo… y un asesinato.

Drew dudó.

—¿Y Francis? ¿Qué vas a hacer con ella?

Gabe lo miró pensativo.

—Se quedará aquí un tiempo. No creo que esté a salvo ahí fuera sola. Aquí nadie sabe quién es en realidad. Dudo que alguien

relacione a nuestra Frank —o incluso a nuestra Francis— con una actriz llamada Mary Barton. Al menos, no por ahora. Pero si alguien también la persigue, no estará a salvo hasta que descubramos quién es.

—Lo sé —admitió Drew—. Supongo que el pistolero le disparó porque creyó que podía haberlo visto, no por ninguna conexión con su padre… ni contigo.

—Estoy de acuerdo.

—¿Alguna idea de quién lo contrató?

—Apostaría todo a que fue Cal Thornton. Pero todos cambiamos de nombre, y no tengo ni idea de cómo se llama ahora ni de si lo reconocería. No lo traté mucho tiempo, y han pasado veinticinco años. Aunque sí recuerdo sus ojos. Azul claro. Y fríos. Como el hielo.

Hizo una pausa.

—Francis dijo que vio de refilón al pistolero. Alto, delgado, con una banda plateada en el sombrero. ¿Encaja con alguno de los hombres que viste en el salón?

Drew intentó recordar, reconstruir los rostros. Pero había estado de espaldas y no los había observado bien. Negó con la cabeza.

—Me temo que no.

—Entonces debemos suponer que quien está detrás de esto tiene recursos para contratar a varios asesinos.

—Aunque incompetentes —añadió Drew—. No dieron con Francis ni comprobaron si estabas muerto en el Territorio Indio.

—No dejo de pensar en eso —admitió Gabe—. Tal vez el pistolero vio a mis caballos huir y supuso que, si yo no estaba muerto, pronto lo estaría. O algo lo ahuyentó. Estoy seguro de que habría muerto si tú no me hubieras encontrado.

—Así que lo que necesitamos saber —concluyó Drew— es cuánto tardarán en darse cuenta de su error.

—Y en venir a por mí… y encontrar también a Francis —añadió Gabe.

Sus miradas se cruzaron.

—Quizá se encuentren con una trampa —apuntó Drew, esbozando una sonrisa.

—Justo lo que pensaba —asintió Gabe—. Si logramos atrapar a ese hijo de puta, sabremos quién lo contrató. Aunque podría ser peligroso para Francis.

Hizo una pausa, incómodo.

—¿Crees que podrías convencerla de que volviera al Este? ¿Al menos por un tiempo?

Drew soltó una breve risa.

—Sería como decirle a un tornado hacia dónde soplar.

Gabe sonrió.

—Sí, tiene carácter. Su padre era amigo mío. Lo he echado de menos… pero su espíritu sigue vivo en ella. Quizá por eso me cayó bien Frank Black, incluso sin saber quién era.

Drew guardó silencio. Le aliviaba que hubieran hecho las paces. Y que Gabe no lo culpara. Aun así, la culpa seguía ahí.

—Maldita sea, Drew —interrumpió Gabe—. Creo que la chica te está esperando junto al río. Si fuera yo, no me quedaría aquí charlando.

—Gabe…

—Si te preocupa no haberme contado todo esto antes, no lo hagas. Te pedí que guardaras un secreto, y Francis hizo lo mismo. No te estimo menos por haber cumplido ambos. Además, pareces mi ángel de la guarda, y sería un necio si me enfrentara al Cielo.

—Soy un ángel de la guarda jodidamente raro —repuso Drew con amargura—. Debe de ser una broma de Dios.

—Broma o no, te estoy agradecido. Ahora ve con Francis. Creo que está preocupada por ti. Y no te preocupes por el bebé. Ethan o yo estaremos atentos.

Drew asintió, sintiendo cómo parte del peso se disipaba. Se acabaron los secretos. Aunque no sus dudas.

Quería a Francis. Más de lo que tenía derecho. Pero ¿qué podía ofrecerle?

Aun así, sus pasos lo llevaron hacia el río. Al acercarse, distinguió su silueta recortada contra el cielo oscuro. Se detuvo a unos metros.

—¿Francis? —la llamó en voz baja.

Ella se volvió de inmediato, dio unos pasos hacia él y le tendió la mano. Él la tomó, sintiendo su fuerza. Vulnerable y firme al mismo tiempo. Su corazón latió con fuerza ante la simple maravilla de tenerla cerca.

En silencio, caminaron río arriba, buscando intimidad.

Cuando la hoguera quedó reducida a un punto lejano, Drew se detuvo. La rodeó con los brazos y la atrajo contra sí. Ella le rodeó el cuello, aferrándose con intensidad.

Para siempre. Una palabra que siempre había evitado. Le aterrorizaba. Y, sin embargo, se derritió ante la dulce ferocidad de aquella necesidad. La de ella. La suya propia. Su corazón latía con violencia y le costaba respirar.

—Tenías razón —susurró ella—. Debería haber ido a ver a Gabe hace mucho tiempo.

Pero él acalló cualquier otra palabra cuando sus labios se encontraron con los de ella y se aferraron el uno al otro, saboreando una nueva intimidad arraigada en la confianza naciente, así como en la pasión desenfrenada. Su mano derecha se enredó en su cabello, y

la boca de ella se abrió a la suya. El amor latía en cada una de sus caricias, una ternura que nunca había sentido, que jamás había conocido antes de que ella entrara en su vida.

Aquella pasión del alma intensificó el deseo en su cuerpo. Le sorprendió el anhelo punzante que sentía por ella. Quería tocar, recorrer, sentir cada parte de su piel. Sus manos descendieron por su espalda, de arriba abajo, haciéndola estremecerse mientras el beso se volvía más profundo, más exigente.

Un suave ronroneo brotó de su garganta mientras su lengua reclamaba su boca; luego la de ella se aventuró con timidez, avivando sus propias llamas. Nada le importaba ya salvo alimentar el fuego que ardía en su interior. Había perdido todo control, y ni siquiera deseaba recuperarlo.

Deslizó los labios desde su boca hasta la nuca, y volvió a sentirla temblar. En algún rincón nublado de su mente fue consciente de que sus manos abandonaban su espalda para desabrocharle la camisa; y después, las manos de ella se aferraban a su ropa, a su camisa, a sus pantalones, con los dedos torpes mientras luchaba por liberar botones que de pronto parecían más grandes que sus ojales.

Entonces sintió su cuerpo, esbelto, suave, irresistible. Se quitó la camisa y la extendió en el suelo, atrayéndola consigo para arrodillarse sobre la tela. Encontró su pecho con la boca, recorriéndolo con la lengua hasta alcanzar el pezón tenso, acariciándolo, provocándolo, hasta sentir cómo se endurecía y su cuerpo se estremecía.

En un minué silencioso, acabaron tendidos en el suelo, con el cuerpo de él sobre el de ella, su virilidad rozando la suave curva de su vientre.

Su respiración era entrecortada, pero el rostro de ella le decía todo cuanto necesitaba saber.

—Drew… —susurró—. Andrew Cameron…

Cualquier otra palabra pareció ahogarse en su garganta. Aun así, él supo cuáles eran, aunque ignoraba cómo responder. Así que murmuró:

—¿Estás segura, chica?

Ella asintió.

—Muy segura.

Él vaciló de nuevo antes de añadir:

—Intentaré evitar que quedes embarazada.

Vio el dolor reflejarse en sus ojos, el mismo que sintió cuando notó cómo su cuerpo se tensaba de pronto.

—No te atraparé —respondió ella en un susurro quebrado.

—Estoy pensando en ti, muchacha.

Ella no añadió nada más. Se limitó a alzar la mano y acariciarle la mejilla con los dedos. Su cuerpo temblaba bajo el suyo.

Sintió que el pecho se le oprimía mientras se rendía al crudo anhelo que lo impulsaba. La penetró, primero con lentitud, luego con mayor urgencia a medida que el centro palpitante de ella lo envolvía. Un gemido grave y ronco escapó de sus labios cuando sus embestidas se hicieron más profundas, y sus cuerpos se fundieron en una danza casi irreal, cuyo ritmo se aceleraba con cada movimiento.

Sintió los brazos de ella aferrarse a su espalda, la cálida humedad que lo rodeaba. Entonces oyó su breve grito de éxtasis. Apenas capaz de controlarse, se retiró a tiempo y se dejó caer sobre ella, temblando ante su propia rendición.

Rodó a un lado, respirando con dificultad, con la mano aún entrelazada con la de ella. Había querido permanecer dentro. Lo había deseado tanto que casi los traiciona a ambos. Pero no iba a dejarla embarazada. No traería un bastardo al mundo.

Francis permanecía en silencio. Demasiado en silencio. Aun así, Drew se tragó las palabras que le ardían en la garganta, las

promesas que deseaba poder hacer. Odiaba las promesas casi tanto como detestaba las mentiras.

Francis se acurrucó en sus brazos, intentando desesperadamente salvar el abismo que de pronto sentía abrirse entre ellos. Había visto la desesperación cruzar por sus ojos, y aquello le había oprimido el corazón. A pesar de la intimidad abrumadora de hacía unos instantes, él volvía a parecer distante, inaccesible, como si hubiera alzado una bandera de advertencia para cualquiera que osara acercarse demasiado.

Pero la advertencia llegaba tarde. Ella ya había entregado el corazón.

Y el brazo que la rodeaba era un consuelo frío cuando percibía la tensión en el cuerpo de Drew, como si deseara huir.

¿Acaso no la había perdonado, después de todo?

¿O temía que ella intentara atraparlo en un matrimonio que no deseaba?

¿Había alguien más? ¿Una mujer que hubiera significado algo para él? ¿Tal vez alguien que aún ocupaba su pensamiento?

Francis sospechaba que habían sido muchas las mujeres que habían pasado por la cama de Drew a lo largo de los años. Incluso en su inexperiencia, percibía su destreza. Ese conocimiento le dolía, pero no tanto como la idea de que hubiera existido una mujer especial.

De pronto, necesitó saberlo.

—¿Drew?

—¿Hmm? —murmuró él.

—¿Hay alguien más? ¿Una mujer?

Él la estrechó con más fuerza.

—No, muchacha.

—¿Hubo alguna? —su voz apenas fue un hilo.

—Nadie. Hasta que una mocosa con el sombrero más horrible que he visto en mi vida cayó al río.

La emoción casi la desbordó. No era el cumplido con el que sueñan las jóvenes, pero era lo más cercano a un gesto de cariño que él le había ofrecido. Y lo aceptaría con gratitud.

Se acurrucó más contra él, escuchando el latido de su corazón, sintiendo el ascenso y descenso de su pecho.

—Siento haberte mentido —murmuró—. Y a Gabe.

—¿Gabe?

—Me dijo que lo llamara así. Él y mi padre eran amigos. Vecinos —añadió con timidez—. Crecieron juntos.

Drew guardó silencio, pero ella continuó, intentando recuperar la intimidad perdida.

—Mi padre participó en un robo con él —admitió con tristeza, recordando cómo en otro tiempo había deseado que no fuera cierto —. Ahora, al menos, gracias a Gabe, comprendo sus motivos… y el peso que llevó todos esos años. Lo vi en él.

—Lo sé —respondió Drew—. Gabe me lo contó. Es la razón por la que nunca se casó.

Siempre temió que su pasado regresara para atormentarlo.

—Y tenía razón.

—Sí. Ha sido un precio muy alto por un error tonto.

Deseaba que siguiera hablando, pero anhelaba oír sobre él, no sobre otros.

—Nunca me dijiste por qué dejaste Escocia.

Su pecho vibró con una risa grave, teñida de ironía.

—Casi la mitad de Escocia ha venido a vuestros yacimientos de oro del oeste, y muchos más a vuestras ciudades. Tenéis un país rico, muchacha… y uno excelente para un jugador.

—Una vez os oí a ti y a Gabe hablar de la ganadería.

—Sí. Lo estoy considerando. Pero requeriría un tiempo endiablado y mucho dinero. No sería vida para una muchacha… al menos durante bastante tiempo.

Había sido claro. Y cualquier atisbo de esperanza, de dicha, de éxtasis al que Francis se hubiera aferrado se deshizo en cenizas. La idea de perderlo la devastaba.

—¿Has pensado en dónde te gustaría ir?

—Colorado, creo —respondió—. Si finalmente me decido. Pero no estoy seguro de querer echar raíces. No sabría qué hacer con ellas.

Otra advertencia. Aún más nítida.

Se mordió el labio, tragó el nudo que le cerraba la garganta y se apartó lentamente de él. Se cubrió con la camisa y se sentó, abrazándose a sí misma.

Drew se inclinó para ponerse los pantalones y se incorporó con una naturalidad ágil. Le tendió la mano; ella la aceptó, permitiéndole ayudarla a levantarse.

—Francis… —empezó, inquieto.

Ella apoyó un dedo sobre sus labios.

—No. No digas nada. No me debes nada. Ni mucho menos. Yo, en cambio, te debo la vida.

Intentó contener el llanto mientras luchaba con los botones de la camisa, peinándose después el cabello con los dedos.

Echó a andar casi a ciegas hacia el campamento, pero él la sujetó, deteniendo su avance.

—Maldita sea, Francis.

Ella se resistió. Necesitaba llegar a la carreta antes de que las lágrimas la traicionaran. Pero él la hizo girar hasta quedar frente a

él, y cuando alzó la mirada, a través del velo húmedo de sus ojos, vio la agonía marcada en su rostro.

—Francis… —repitió, con voz ronca.

Y entonces sus labios cayeron sobre los de ella con una posesión feroz.

Capítulo 19

Drew sabía que debía dejar marchar a Francis, pero no podía. No así. No con las lágrimas que ella intentaba ocultar tan desesperadamente brillando en sus exquisitos ojos azules.

—No me debes nada —había afirmado ella.

Pero él sí le debía algo. Gracias a ella, podía volver a sentir. Era cierto que el dolor y la soledad lo golpeaban como no lo habían hecho desde que era niño. Pero también sentía alegría… una alegría nueva, desconocida. El sol parecía brillar con más fuerza, la hierba era más verde, el cielo más azul. El mundo había cobrado una intensidad que nunca antes había percibido. Y, además, estaba saboreando lo mejor que la vida podía ofrecer: la amistad, la lealtad…

Y el amor.

Sabía que aquello era amor. Su corazón rebosaba de él, incluso le dolía por él al ver las lágrimas en los ojos de Francis y comprender que él era la causa. La opresión en la garganta le dificultaba respirar mientras la estrechaba entre sus brazos y, por primera vez en su vida, entregaba todo su ser en un beso.

La amaba.

Pero aún no podía pronunciar aquellas palabras. Así que intentó decírselo sin voz. Con el roce de sus dedos en su mejilla, en su cabello. Con la caricia de sus labios sobre sus ojos, su cuello… su boca. Con sus brazos, la protegía, intentando con desesperación transmitirle lo que no sabía expresar.

Te quiero, Francis.

Pero entonces, inesperadamente, un pensamiento se deslizó en su mente.

Te debo la vida.

¿De verdad ella sentía eso? ¿Era esa la razón por la que estaba allí con él? ¿Por la que se había entregado a él?

Los brazos de Drew se aflojaron. Sus labios se separaron de los de ella. Dio un paso atrás y le sostuvo la barbilla hasta obligarla a mirarlo.

—No me debes nada —afirmó—. Nunca me deberás nada.

Las nubes ocultaron la luna, y los ojos de Francis quedaron sumidos en la sombra.

—No confundas la gratitud con… con el amor —añadió, con una voz más áspera de lo que pretendía.

—¿Eso es lo que crees que estoy haciendo? —preguntó ella, con un leve temblor.

—No lo sé —admitió—. No sé mucho sobre… las mujeres buenas.

Ella apoyó la mano en su pecho. Su camisa seguía desabrochada, y sus dedos rozaron su piel, provocándole un estremecimiento que recorrió todo su cuerpo. La tensión regresó con fuerza.

—He sido actriz… una intérprete… casi toda mi vida —explicó —. La mayoría de la gente cree que las mujeres del escenario son fáciles… mujeres perdidas… lo seamos o no.

Drew hizo una mueca, recordando experiencias pasadas.

—¿Tú? ¿Una mujer perdida? —murmuró, apartándole un rizo rebelde de la frente—. No lo creo.

Su sonrisa rompió la penumbra, iluminando su rostro. Él pensó en lo deslumbrante que debía de ser sobre un escenario. Aquella sonrisa bastaría para cautivar a cualquiera. Y no había sonreído mucho últimamente… en gran parte por su culpa.

—Eres preciosa —susurró, acariciándole la mejilla.

Ella se llevó la mano al pelo corto, en un gesto tímido.

—¿No te arrepientes de habértelo cortado? —preguntó.

—No —respondió—. La verdad es que no. Me encanta la libertad. Solo lo echo de menos porque me recordaba al cabello de mi madre. El mío era como el suyo.

—¿Cuánto te llegaba? —inquirió él en voz baja.

—Casi hasta la cintura.

Intentó imaginarla con largas trenzas oscuras, pero esa mujer no sería la suya. Su Francis. Aquella posesividad lo sorprendió… y lo inquietó.

—¿Echas de menos el escenario? —preguntó, luchando contra el impulso de esconderla del mundo.

Ella negó con la cabeza.

—Pensé que lo haría, pero sin padre y mi madre…

—Los echas mucho de menos, ¿verdad?

Ella asintió.

—Nunca pasé un solo día sin ellos hasta que murió mi madre. Y entonces, al menos, aún tenía a mi padre.

Drew no podía imaginar aquella vida. Aquel amor. Aquella seguridad… arrancada de golpe por un disparo.

Ojalá pudiera devolvérsela.

Pero no tenía nada que ofrecer. Ninguna promesa. Ningún futuro. Solo un título vacío que no significaba nada para él.

La abrazó en silencio, con la cabeza de ella apoyada en su pecho, y se preguntó cuál sería el precio de retenerla allí.

Para él.

Para ella.

Francis se apartó al fin, inclinándose hacia atrás para mirarlo. Las sombras ocultaban sus ojos, pero ella percibía la lucha en su interior.

—Tengo que volver con Ha'Penny —susurró.

—Y yo con el ganado —respondió él—. O Luke tendrá más motivos para preocuparse.

—¿De verdad crees que a alguien le importa si Luke se preocupa?

—A mí me importa —replicó en voz baja—. Está esforzándose mucho por estar a la altura de lo que cree que Gabe espera de él. No es fácil vivir a la sombra de otro hombre.

Ella percibió la preocupación en su tono.

—Gabe se preocupa por Luke… igual que por Kane —continuó —. Y Luke se preocupa por su tío. Solo que ninguno sabe cómo hablar con el otro.

A Francis le sorprendió aquella comprensión. Drew y Gabe se parecían más de lo que cualquiera diría: ambos guardaban sus emociones tras muros sólidos, temiendo la intimidad, pero capaces de una lealtad profunda.

—Estás sonriendo —observó Drew.

—Por algo que dijo Gabe.

—¿Qué?

—No estoy segura de que quieras oírlo.

—Dímelo.

—Dijo que te esfuerzas mucho por meterte en tus propios asuntos… y que fracasas estrepitosamente.

Drew frunció el ceño y masculló un juramento.

Ella le acarició la mejilla.

—Me gusta eso de ti. Que te importe.

—No me importa —negó con terquedad.

—Sí te importa —replicó ella con suavidad—. Y todo el mundo lo sabe. Eres un fraude, Drew Cameron.

—Hablando de fraudes… —replicó él con fingida severidad.

—Lo sé —sonrió ella—. Soy una impostora terrible. Pero al menos lo admito.

Él la miró en silencio un instante.

—Ah, Francis… Ojalá pudiera alcanzar esa luna y entregártela junto a un puñado de estrellas. Pero no puedo. Mi mano solo atraparía aire. Podría sacar una moneda de detrás de tu oreja… pero ahí termina mi magia. Nunca he sido bueno en nada más que en la ilusión. Y no se puede vivir de eso para siempre.

No es cierto, quiso decir ella. Era bueno en todo lo que hacía. Incluso en sentir, aunque aún no lo supiera.

Le tomó la mano.

—Será mejor que volvamos.

—Sí. O Gabe enviará una partida de búsqueda.

—Luke, como mínimo.

—Probablemente Luke —añadió él con una leve risa—. A estas alturas ya debe de estar echando humo.

Francis asintió. Le dolía su soledad, su falta de fe en los demás. Pero ahora estaba segura de que la amaba. Y que se acercaba, poco a poco, a admitirlo.

Esperaría.

El tiempo que hiciera falta.



La caravana llegó a Caldwell dos días después. Gabe detuvo el rebaño a tres millas al este de la ciudad y envió a Drew y a Francis a por provisiones.

Observó con una mezcla de inquietud y diversión cómo Francis se vestía como Frank Black: un abrigo prestado, demasiado grande, y el sombrero maltrecho de Ethan cayéndole sobre los ojos.

Como había previsto, los vaqueros protestaron, reclamando bebida y una noche de juerga. Pero Gabe no podía permitirse riesgos. No quería que nadie supiera que seguía con vida.

Ethan se ofreció a cuidar de Ha'Penny, asegurando que había criado a muchos hermanos. Tras dudar, Francis aceptó dejar al bebé en el campamento. Gabe no sabía si confiaba más en Ethan o en el perro, pero agradeció verla marcharse con Drew en la carreta.

Nunca le gustaba enviar a alguien solo al pueblo, pero tenía sus motivos. Había visto a Drew y a Francis regresar del río días atrás: lágrimas secas en el rostro de ella, una sombra en el de él.

Pensó en Laura. En la oportunidad perdida.

No permitiría que les ocurriera lo mismo.

Se sirvió café mientras Luke se acercaba a caballo.

—Los hombres están enfadados —dijo—. Quieren ir al pueblo.

—Lo sé.

—No quieren una prima. Quieren una razón.

—Tú también la quieres, ¿verdad?

Luke vaciló, luego la ira brilló en sus ojos.

—Confías en el escocés. Sé que crees que te salvó la vida, pero Kane y yo somos familia.

—No lo creo —replicó Gabe con firmeza—. Lo sé. Y él no quiere nada de lo que es tuyo.

—Antes éramos cuatro… tú, mi padre, Kane y yo. Ahora siempre sois tú y Cameron.

Gabe percibió el dolor en su voz.

Pero no podía decir la verdad.

No aún.

—Scotty ha sido un buen amigo —respondió.

—¿Mejor que Kane y yo?

—Tú eres el capataz, Luke.

—Pero tú tomas todas las decisiones.

Gabe suspiró.

—¿Conoces a alguien más que sepa cocinar?

—No. Pero no me gusta. Una mujer no tiene cabida en una ruta de ganado. ¿Y si tiene algo que ver con las emboscadas?

Gabe no soportó aquella mirada cargada de sospecha.

—No —respondió con firmeza—. Estoy seguro.

Se levantó.

—Voy a comprobar las guardias. Come algo y descansa.

Luke quiso protestar, pero no lo hizo.

Gabe se alejó hacia la remuda. Cuando todo terminara, intentaría arreglar las cosas con sus sobrinos.

Si seguía con vida para entonces.



Caldwell, Kansas, se erguía estoica bajo el calor abrasador, una maraña de edificios destartalados que se alzaban desde la pradera.

Francis se inclinó hacia delante en su asiento, ansiosa por vislumbrar la civilización tras semanas de viaje. Se preguntaba si el pueblo tendría un teatro o un restaurante. Sobre todo un

restaurante. Nunca había estado tan harta de nada como de las alubias.

Drew se ocupaba de la yunta de mulas. Se había mostrado extraordinariamente callado durante las dos horas de trayecto hasta Caldwell, a pesar de que ella lo había acribillado a preguntas sobre Edimburgo y Londres. Había estado en tantos lugares de los que ella solo había leído, y estaba ansiosa por saber más sobre ellos… y sobre él.

Sus respuestas, sin embargo, habían sido en su mayoría monosilábicas. Sus ojos dorados permanecían fijos en el horizonte, y ella se preguntaba si echaba de menos aquellas hermosas ciudades, si añoraba su tierra natal.

Se apartó un rizo que le caía sobre la mejilla; el cabello le estaba creciendo y tenía que esconderlo bajo el sombrero. Anhelaba unas cuantas horquillas. Anhelaba, en verdad, un vestido… uno bonito que hiciera brillar los ojos de Drew como lo habían hecho los de los hombres de su público.

Pero no llevaba mucho dinero consigo, y pensaba gastar el poco que tenía en ropa para Ha'Penny. Él seguía vistiendo únicamente la túnica de piel de ciervo que le había puesto su madre.

Al llegar a la calle principal, escudriñó los letreros que adornaban los edificios de madera. Un saloon tras otro: Cowboy's Rest, The Longhorn, The Maverick, Trail's End. Luego distinguió una armería, una herrería… otra armería.

Drew detuvo la carreta ante una tienda de telas y se volvió hacia ella.

—¿Tienes una lista?

Ella asintió. Había hecho inventario y catalogado todo lo necesario para llegar a Abilene. Sabía que Gabe quería evitar los pueblos a partir de ahora.

Drew bajó del asiento y se volvió para tenderle la mano. Entonces se detuvo, con el gesto a medio camino y una sonrisa

irónica en los labios. Francis le devolvió la sonrisa. En los últimos días, casi habían olvidado sus papeles de vaquero y piojoso.

Entró pavoneándose en la tienda detrás de él, imitando el contoneo que había visto practicar a los muchachos que jugaban a ser hombres. Un dependiente corpulento los recibió, evaluando su ropa con descaro y sopesando su capacidad de pago. Frunció el ceño, a punto de ignorarlos, hasta que su mirada se posó en la carreta del exterior.

—¿Colonos?

Drew negó con la cabeza.

—Formamos parte de una manada que se ha detenido a unos kilómetros al este del pueblo. Necesitamos provisiones.

Le entregó la lista mientras Francis echaba un vistazo a su alrededor.

Dos hombres junto al mostrador murmuraron con tono hosco.

—¿Dónde ha dicho que dejó el ganado, señor? —preguntó uno.

—Al este —respondió Drew con calma.

—Mi granja está por ahí —intervino el otro—. La última manada que pasó por aquí pisoteó mis cultivos. Estamos hartos de que vosotros, los tejanos, arruinéis nuestras tierras.

—Dígame dónde está su granja —replicó Drew con cortesía— y nos aseguraremos de mantenerlos alejados. No buscamos problemas.

—¿Quién está al mando? —insistió el primero, con la mandíbula tensa.

Drew vaciló apenas un instante, y Francis contuvo el aliento. Ya habían hablado de ello con Gabe cuando le había dado el dinero, y habían acordado la respuesta. Aun así, sabía lo difícil que le resultaba mentir.

—Luke Callahan —respondió al fin, con total naturalidad.

Francis respiró más tranquila.

—He oído hablar de los Callahan —gruñó el segundo—. Y nada bueno.

Era evidente que buscaba pelea, pero Drew se limitó a encogerse de hombros.

—Ni mejor ni peor que la mayoría.

—¿Llevas dinero en efectivo? —preguntó el tendero.

—Sí.

—No eres de Texas —observó el granjero.

—Qué perspicaz de tu parte —replicó Drew con seriedad.

Francis tuvo que fingir que se limpiaba la nariz para ocultar la sonrisa.

—¿Cómo me has llamado? —gruñó el hombre, dando un paso adelante.

—He dicho que eres observador —respondió Drew sin alterar el tono—. Y ahora nos gustaría llevarnos la mercancía y seguir nuestro camino.

El tendero miró a los otros clientes y se encogió de hombros.

—Primero enséñeme el dinero.

Drew sacó un fajo de billetes.

—¿Será suficiente?

El hombre asintió y revisó la lista.

—La avena tendrán que comprarla en la tienda de piensos, junto a la caballeriza.

Mientras reunía los suministros, los granjeros salieron sin añadir nada más.

Francis dejó escapar un suspiro silencioso y se acercó a un mostrador repleto de telas. Rozó un rollo de seda azul oscuro y

luego acarició un carrete de cinta. Al alzar la vista, encontró a Drew observándola.

De pie bajo la luz que entraba por el ventanal, su cabello parecía incendiarse en tonos cobrizos sobre la frente, cayendo hasta rozar el cuello de su camisa. Su rostro, limpio de barba, estaba curtido por el sol. Se quitó los guantes, dejando al descubierto unas manos fuertes que ella sabía, por experiencia, que también podían ser delicadas.

Ahora no, se advirtió, apartando la mirada. Pero su cuerpo no obedeció. El corazón le latía con fuerza, la sangre le ardía cada vez que lo miraba.

Se concentró en la cinta, evitando tocarla como haría una mujer. Aun así, no pudo resistirse a mirar de nuevo. Sus labios se curvaban en esa media sonrisa diabólica que siempre la desarmaba. Sus ojos se desviaron más allá de ella, y Francis siguió su mirada.

Un maniquí lucía un bonito vestido azul de calicó con un sombrero alegre.

Volvió la vista hacia él. Drew la observaba… y luego al vestido.

Sacudió la cabeza apenas perceptiblemente, pero la sonrisa de él se amplió.

Dejó el carrete sobre el mostrador y se dirigió hacia telas más prácticas.

—Por medio penique —murmuró ante su ceja alzada, dejando unos billetes sobre la madera.

Suspiró, resignada, mientras el tendero cortaba la tela y le entregaba el paquete.

—¿Hay algún buen restaurante en la ciudad? —preguntó entonces.

—Solo tabernas y algunas pensiones —respondió el hombre—. Quizá en el hotel. O pruebe en la Trail Dust, más abajo. Tienen buenos filetes.

Drew hizo una mueca, y Francis volvió a ocultar una sonrisa. Había adoptado el código de los vaqueros: no comerás aquello que llevas al mercado.

—¿Y cordero? —preguntó él con cortesía.

El tendero abrió los ojos.

—¿Está loco? Si menciona ovejas por aquí, podría acabar muerto.

Drew dejó escapar un suspiro.

—Será mejor que volvamos —dijo Francis.

Él asintió mientras pagaba.

—Ve a la tienda de piensos y pide la avena. Yo cargaré esto y te recogeré.

—Pero necesitas ayuda.

—No —cortó él—. Ve.

Tomó uno de los sacos, le lanzó una última mirada y repitió:

—Ve.

No era momento de discutir. Salió, aunque con sentimientos encontrados. Drew podía ser galante, pero su tono autoritario la irritaba.

Apretó el paquete contra el pecho, lo dejó en la carreta y se dirigió a la tienda de piensos, pasando junto a varios salones.

El calor se alzaba desde la tierra. Deseó quitarse la chaqueta, pero era demasiado arriesgado. Ese pensamiento la tensó mientras observaba a los hombres que merodeaban fuera.

Se caló más el sombrero y siguió adelante. Los salones se parecían entre sí, pero al intentar pasar por el tercero, un grupo de hombres le cerró el paso. Reconoció a los granjeros.

—Eres muy pequeño para ser un vaquero, ¿no? —se burló uno.

—¿Crees que tiene edad para beber?

—No, pero sí para pagarnos unas —añadió otro.

—He oído que el otro lleva dinero —dijo alguien más.

Más hombres salían del salón. La ansiedad le punzaba. Buscó una salida. Entonces lo vio.

Un hombre alto, al borde del grupo. Con una banda plateada en el sombrero.

Apretó los puños, pero no reaccionó. No podía delatarse. Tampoco debía mirar hacia la tienda por si Drew la veía.

Alguien la empujó.

—¿Entiendes inglés, chico?

Su mirada volvió al hombre alto. Rostro demacrado, ojos oscuros como los de un ave de presa.

—¿También eres tonto?

—Con este calor, desde luego lo pareces.

Intentó abrirse paso. Si la tocaban, descubrirían la verdad. El hombre de la banda plateada avanzó. La multitud se apartó.

—¿Eres de la manada de Callahan?

Asintió.

—He oído que tuvisteis problemas. Que mataron a Callahan.

No podía saberlo… a menos que fuera él. La banda plateada. La certeza la golpeó. Era el hombre que había matado a su padre.

El mundo se tambaleó, manchas rojas cruzaron su visión, pero se aferró a la cordura. De ello dependía todo.

Ojalá tuviera la Colt de su padre.

Sus ojos se deslizaron hacia el arma del hombre. Ninguno de los granjeros sería rival para él. Ni siquiera Drew… no sin el rifle.

—Un cobarde bandido le disparó —respondió por fin—. Ahora su sobrino está al mando.

Los ojos del hombre se endurecieron. Ella metió las manos en los bolsillos, apretando los puños para no lanzarse sobre él.

La multitud comenzó a retirarse. Quiso no ceder, pero sabía que si no se marchaba, Drew acabaría interviniendo.

Apartó la mirada. No le diría nada. Aún no.

Se obligó a caminar hacia la tienda de piensos. Sentía la mirada de Killian clavada en su espalda.

Dentro, entregó la lista con manos temblorosas.

—¿Tienes dinero? —preguntó el dependiente.

—Mi compañero viene ahora.

El hombre sonrió.

—Eres joven para esto.

Ella ignoró el comentario.

—¿Hay algún agente de la ley?

—No. Al último sheriff lo mataron.

—Ya lo imagino —murmuró—. He visto a alguien armado, con una actitud… peligrosa. Llevaba la Colt muy baja.

El hombre se encogió de hombros.

—Este tipo de pueblos atrae a todo tipo de gente.

—Llevaba una banda plateada en el sombrero.

—Ah… Killian. Mala pieza. Lleva días rondando. Mantente lejos.

Ya tenía lo que necesitaba. Un nombre. Cuando regresaran a Texas, podrían hacer justicia. Y ahora, al menos, él creía que Gabe estaba muerto. Pero eso significaba mentirle a Drew.

Eres una actriz, se dijo. *Interpreta tu papel.*

Enderezó la espalda. Nada era más importante que mantener a salvo a Drew Cameron.

Observó cómo el dependiente arrastraba los sacos de avena hasta la puerta. Cogió uno y salió tras él. Miró la calle. Killian había desaparecido.

—¿Estás bien? —preguntó el hombre.

No respondió. Vio la carreta acercarse. Drew saltó al suelo. La examinó con la mirada, pero no habló. Entró a pagar.

Ella intentó levantar un saco. No pudo. Lo intentó de nuevo, impulsada por la urgencia de marcharse.

Drew regresó, se lo quitó con facilidad y lo cargó. Hizo lo mismo con los demás.

Subió al asiento. Él la siguió, tomó las riendas y chasqueó la lengua. Ella no lo miró, pero sentía sus ojos sobre ella.

Eres una actriz, se repitió.

Aun así, el nudo en su garganta creció, y la náusea la recorrió cuando la carreta se puso en marcha hacia el este.

El viaje a Caldwell había sido demasiado breve.

El de regreso… sería interminable.

Capítulo 20

Drew se apoyó contra un árbol y escuchó a Francis cantar una conmovedora balada de la Guerra Civil. Miró a su alrededor, a los rostros embelesados de los vaqueros. Gabe la había convencido para que los entretuviera, y ella había accedido de buen grado. Sin embargo, parecía inquieta por dejar de lado sus obligaciones en favor de una actividad nocturna más relajada. De hecho, desde que llegaron a Caldwell dos días antes, Drew la había visto sumergirse en la cocina y en el cuidado de Ha'Penny y del resto, manteniéndose frenéticamente ocupada cada minuto del día, como si cada uno fuera a ser el último. Lo único que no había hecho era pasar tiempo a solas con él. De hecho, lo había evitado como a la peste.

Algo no andaba bien. Algo la preocupaba, y se negaba a hablar de ello con él. Más malditos secretos, creando otra brecha entre ellos. Recordó cómo se había sentado, tensa y en silencio, a su lado mientras regresaban de Caldwell. Desde entonces, había estado tratando de imaginar qué había sucedido para cambiar a la alegre muchacha que había parloteado todo el camino hasta la ciudad. No había estado fuera de su vista mucho tiempo, solo los diez o quince minutos que había tardado en ir a la tienda de piensos.

Durante ese tiempo, había preguntado al tendero por cualquier forastero que hubiera llegado al pueblo recientemente, pero fue en vano. Al parecer, por Caldwell siempre pasaban forasteros —ganaderos, jugadores y demás—. Sin embargo, el verdadero motivo por el que había enviado a Francis a la tienda de piensos sin él había sido darse unos momentos para hacer una compra especial. El paquete que había comprado seguía escondido en la parte trasera de la carreta, detrás de los sacos de avena. Quería dárselo. Maldita

sea, lo había comprado para ella. Pero algo en su evasividad —su sospecha de que mentía o, al menos, le ocultaba algo— le impedía hacerlo.

Lo había intentado. Le había hecho preguntas, pero había recibido respuestas vagas y monosilábicas que le recordaban sus propios días de mentiras, días no tan lejanos en el pasado. Algo había pasado en Caldwell, y ella no le contaba ni una maldita palabra al respecto.

Los vaqueros sonreían mientras Francis empezaba a cantar «The Yellow Rose of Texas». Ha'Penny se retorcía en los brazos de Ethan, y Honor se acurrucó más cerca, vigilando atentamente a la niña. Mientras cantaba, Francis miraba a cualquier parte menos a Drew.

Maldita sea. Había empezado a creer en ella y pensaba que ella le correspondía con esa confianza. Ahora sabía que no era así. Confiar, reflexionó con amargura, estaba muy sobrevalorado.

La canción llegó a su fin.

—¿Y tú, Scotty? —gritó Ethan—. ¿No tienes ninguna favorita?

Drew se encogió de hombros y empezó a alejarse del fuego. Era hora de dormir un poco. Le tocaba la guardia de medianoche.

—¿Drew?

La voz de Francis lo detuvo y se volvió.

—Conozco algunas canciones inglesas —dijo ella—. ¿Te gustaría escuchar una?

—Soy escocés —respondió secamente—. No me interesan especialmente los ingleses.

Vio sorpresa en los rostros alrededor del fuego. Rara vez le respondía mal a alguien. Demonios, nunca lo había hecho, ya que nunca se había preocupado lo suficiente por nada ni por nadie como para molestarse.

Oyó a Luke preguntarle a Francis:

—¿Puedes cantar «Lorena»?

Ella sonrió al sobrino de Gabe y asintió. Parecía una sonrisa automática, la sonrisa de una artista, pero Drew seguía teniendo ganas de darle un puñetazo a Luke. Se alejó a zancadas al oír la potente voz de contralto de ella llenar la tranquila noche.

Quizá saldría a hacer la guardia.

Al acercarse a los caballos, el pinto se le acercó para saludarlo, acariciándole la mano con el hocico y luego la cara. Drew sintió el peso del afecto del animal. Desde que su padre había matado a su primer caballo —una lección, le había dicho el viejo, para que nunca se encariñara con un animal—, nunca había tenido un caballo durante mucho tiempo. Nunca había querido volver a sentir ese tipo de dolor.

Pero ahora las necesidades bullían en su interior, necesidades que siempre había negado. Le martilleaban sin darle paz. Por primera vez en su vida, quería amar, quería necesitar, quería que le necesitaran. Y pensó que había encontrado lo que quería.

Maldita sea.

Ensilló al pinto, dándose cuenta de que estaba pensando en nombres para la maldita bestia. A regañadientes, admitió que tal vez no pasara nada por ponerle nombre; necesitaría una montura después de la conducción, y había pensado en preguntarle a Gabe si podía comprarle el pinto.

Llevando al caballo despacio hasta alejarse de la manada, sin querer que ningún movimiento brusco alterara al ganado —lo último que necesitaban en Kansas era una estampida—, espoleó a su caballo para que entrara en un trote suave. Unas semanas más y estarían en Abilene. Y su gran aventura terminaría. Tendría que tomar decisiones, decisiones sobre el resto de su vida. Sobre si seguiría vagando a lo largo de los años, siempre errante, o intentaría algo que valiera la pena.

Pero tanto si seguía a la deriva como si echaba raíces, tanto si seguía siendo un jugador como si se convertía en ganadero, por más que lo intentara, no podía imaginar ningún tipo de futuro sin Francis.



Francis observaba a Ha'Penny dormir, con sus largas pestañas posadas sobre las mejillas y los pequeños dedos de una mano aferrados a la muñeca que ella misma le había hecho con un saco de café. Los de la otra permanecían hundidos en el pelaje de Honor, mientras el perro yacía plácidamente a su lado. Pensó que ambos —el niño y el animal— parecían destinados el uno al otro, cada cual cumpliendo su propio y trágico viaje hasta encontrarse.

Había creído que ella y Drew también estaban destinados, pero ahora comenzaba a dudarlo. Había visto la frialdad en sus ojos durante los últimos días y temía que, una vez más, él no comprendiera por qué le había mentido, aunque la mentira hubiera sido por omisión. Drew tenía su propio código de honor, más férreo que el de la mayoría, y ella lo amaba por ello, incluso cuando traicionaba aquello que él más valoraba.

Mejor su desprecio que su muerte.

Estaban a cinco días de Caldwell, pero eso equivalía apenas a un par de jornadas de cabalgada intensa si ningún rebaño entorpecía el camino. ¿Era ya seguro contarle a Drew y a Gabe lo de Killian? No lo sabía.

Suspiró. Se ocupó un momento de Ha'Penny, asegurándose de que no tuviera ni demasiado calor ni demasiado frío, y luego bajó de la carreta para avivar el fuego y poner una nueva cafetera. Murphy siempre había procurado tener café a mano, y ella había adoptado la misma costumbre.

Los vaqueros que no estaban de guardia dormían envueltos en sus mantas. El cielo nocturno estaba despejado; las estrellas

brillaban con una intensidad que jamás había visto, y la luna, en forma de media luna, derramaba una luz pálida sobre la pradera. A lo lejos se dibujaban las siluetas oscuras de miles de reses. Había una serenidad extraña en aquella escena.

Y, sin embargo, la soledad en su interior se intensificó hasta volverse dolorosa al comprender que sus días en la ruta llegaban a su fin. En tan poco tiempo se había encariñado con aquellos hombres, y también había aprendido a disfrutar de las exigencias físicas del viaje, que le proporcionaban una satisfacción profunda, incluso una forma de alegría.

Nunca había contemplado otra vida que no fuera la del escenario. Ahora le resultaba difícil imaginar el regreso a las luces, a las miradas lascivas mezcladas con aplausos sinceros, al maquillaje, a los corsés, a los vestidos escotados. Le gustaba demasiado la libertad de la camisa y los pantalones; le gustaba la compañía sencilla de hombres que la valoraban por lo que era, no por su apariencia.

No deseaba la admiración de cientos. Solo la de un hombre… y su confianza, y su amor, para el resto de su vida.

Se tragó las lágrimas, consciente de que estaba perdiendo al hombre que amaba. Pero aún no se atrevía a revelarle su secreto. No hasta que estuvieran mucho más al norte. Y entonces… quizá ya fuera demasiado tarde.

Se apoyó contra la rueda de la carreta, sabiendo que aquella noche el sueño no acudiría con facilidad.

Gabe no podía dormir.

El suelo parecía demasiado duro, el saco de dormir excesivamente cálido, y sus pensamientos, inquietos. Decidió no seguir dándole vueltas. Se incorporó, recorrió con la mirada el campamento y vio a Francis apoyada contra la carreta. Ella era una de las razones de su desvelo.

Observó a su cocinera. Estaba pálida, sin su habitual vivacidad, con una expresión sombría que no había abandonado su rostro desde Caldwell.

Pensó que quizá solo estuviera agotada. Al fin y al cabo, cuidar del niño y atender al campamento entero resultaría extenuante para cualquiera. Además, llevaban días deteniéndose antes para que el ganado descansara y engordara —el peso lo era todo para los compradores—, lo que alargaba sus tareas.

Tal vez habría aceptado esa explicación de no ser porque ella era la única que parecía tan abatida.

El escocés estaba aún peor. Su amigo, normalmente imperturbable, se mostraba irascible, taciturno, esquivo.

Gabe decidió que ya era hora de averiguar qué demonios ocurría, y sospechó que sería más fácil sacárselo a Francis.

Salió de su saco, se sirvió una taza de café y se acercó con calma hasta colocarse a su lado. Ella se secó rápidamente la mejilla con el dorso de la mano y le dedicó una sonrisa breve, forzada.

—¿Qué pasa entre tú y Scotty? —preguntó él, apoyándose contra la carreta.

Ella guardó silencio unos instantes. Luego dejó escapar un suspiro resignado.

—Hay algo que deberías saber. Yo… no podía decírtelo a ti… ni a Drew… antes. No sé si debería hacerlo ahora. Pero él sabe que yo…

—Que ocultas algo —terminó Gabe.

Ella asintió.

—Entonces, ¿qué es?

Dudó.

—Creo que vi al hombre que disparó a mi padre. En Caldwell.

El corazón de Gabe dio un vuelco.

—Estaba preguntando por ti —continuó ella—. Dijo que había oído que te habían matado. Nadie podía saberlo salvo quien disparó.

Gabe frunció el ceño.

—¿Por qué crees que es el mismo hombre?

Ella alzó la mano, como si aún lo viera.

—Alto, delgado… parecido a Drew. Y su forma de moverse… me resultaba familiar. Llevaba una banda plateada en el sombrero.

Gabe frunció más el ceño.

—¿Dónde estaba Drew?

—En la tienda de telas. Me envió a por el pienso. Unos granjeros me detuvieron… y entonces apareció él. Se llama Killian. Los granjeros se apartaron como si nada. Me preguntó por ti. Le dije que habías muerto. Pensé que… cuando volviéramos a Texas… al menos tendríamos un nombre…

—¡Maldita sea! —estalló Gabe—. ¿Estás loca, chica?

Vio cómo ella levantaba la barbilla, obstinada pese a la inseguridad en su mirada.

—Tenía miedo de que fuerais tras él. Tú y Drew. El dependiente dijo que era un pistolero… un asesino.

—¿Y por eso no dijiste nada?

Ella alzó más la barbilla, pero su voz tembló.

—Mató a mi padre. No quería que os matara también. Allí no había ley… y pensé que Drew…

—Creo —la interrumpió Gabe— que Drew te sorprendería. Y yo también.

Ella lo miró, los ojos oscurecidos.

—Pensé…

—¿Que iría disparando a todo el mundo? —negó con la cabeza —. Lees demasiadas novelas baratas.

El labio de ella tembló.

—No podría soportar perder a nadie más —susurró—. No otra vez. No así.

—Ah, Francis… —murmuró Gabe, suavizando el tono.

Comprendía el precio que había pagado. No solo se había arriesgado a perder a Drew, también había postergado su propia justicia.

—Nunca olvidaré aquella noche —continuó ella—. La sangre… la mirada de mi padre… No dejaba de ver a Drew así…

Respiró hondo y lo miró con desesperación.

—Pero solo lo he retrasado, ¿verdad?

—Quizá —admitió Gabe—. Pero ahora tenemos un nombre. Es un comienzo. —Hizo una pausa—. Y en cuanto a Drew… quizá sea mejor no decirle nada todavía. Al final de la ruta, volverá a Colorado.

Pero incluso mientras lo decía, supo que no era cierto. Si Killian descubría que ella estaba allí…

—Díselo —decidió de pronto—. Cuéntaselo todo.

Ella frunció el ceño.

—Pero dijiste…

—Me equivoqué. Le estamos quitando opciones. Puede que así esté más seguro… pero lo destrozaremos. Y esa es una muerte peor.

Le tomó la mano.

—Siempre desearé haber tenido una hija como tú. Y Drew es un hombre afortunado.

Ella dudó.

—¿Y si alguien te hubiera ocultado las últimas palabras de tu padre? —añadió él—. ¿Lo habrías aceptado?

Vaciló.

—No…

—Entonces no hagas lo mismo.

Ella guardó silencio.

—Tú elegiste este camino —prosiguió Gabe—. Por amor. Déjale elegir a él.

—Ya le he fallado —murmuró.

—Aún no es tarde.

—¿Y si lo matan?

Gabe esbozó una sonrisa torcida.

—Tu escocés no es tan fácil de matar.

Ella se quedó pensativa, retorciéndose las manos.

—Él… irá tras Killian…

—Probablemente.

Alzó la mirada, decidida.

—Yo también iré. Puedo reconocerlo.

—Ni hablar —replicó Gabe—. No vamos a dejar que arriesgues tu vida.

Ella lo miró, desafiante.

—¿Vas a quitarme mis opciones?

Gabe la miró con ira durante dos segundos, y luego se encontró riéndose entre dientes al ver cómo sus propias palabras se volvían en su contra.

—Si no fuera amigo de Drew —dijo—, quizá le daría una buena pelea por ti.

Ella sonrió.

—No, no lo creo. De vez en cuando veo un brillo lejano en tus ojos. ¿Una chica allá en Texas, tal vez?

El viejo dolor regresó.

—Hace mucho que renuncié a las ideas románticas —respondió Gabe, con cierta vergüenza.

—¿Por el atraco al banco?

Asintió.

—Nunca supe cuándo podría volver para atormentarme. Solo sabía que lo haría. No quería que nadie más saliera herido en el proceso.

—¿Es por eso por lo que mantienes a Luke y a Kane a distancia?

Asombrado por su observación, la miró fijamente.

—Maldita sea… —murmuró.

Sus ojos, llenos de compasión, brillaban, y él supo que ella lo entendía.

—Ve a verlo —indicó—. Esta noche. Le toca la guardia de medianoche.

Ella asintió.

—Será mejor que vaya a ver cómo está Ha'Penny.

—Me imagino que ese perro lo estará vigilando bien a él y al resto del Arca de Noé —observó Gabe—. Y Ethan, Shorty o Kane estarán en el campamento el resto de la noche. Sabes que estarán atentos al bebé.

Ella le dedicó una sonrisa débil y luego se giró para subir a la carreta. Gabe se acercó al fuego, sintiéndose inexplicablemente satisfecho de sí mismo. Quizá, pensó, había llegado el momento de hacer él mismo un poco de guardia nocturna. Sabía exactamente a quién relevar.

+++

Drew desensilló su caballo. Le había sorprendido ver a Gabe cabalgando hacia él mientras hacía guardia, y aún más lo había desconcertado la orden de regresar al campamento. Pero no podía

negar que estaba cansado. Le costaba conciliar el sueño, cuando lo conseguía.

Era casi medianoche. El cielo estaba negro, pero despejado, y un millón de estrellas titilaban sobre él. Disfrutaba de esas noches. En Escocia también las había, aunque la mayoría quedaban envueltas en niebla y bruma. No es que hubiera visto muchas noches allí; la mayoría las había pasado en clubes llenos de humo, no bajo el cielo abierto.

Un fuego ardía lentamente bajo la cafetera perpetua. Drew añadió algo de leña, como era costumbre por la noche, y luego se dirigió a la carreta de las provisiones en busca de su saco de dormir. Se preguntó si Francis estaría dormida. Se preguntó si quería que lo estuviera.

La noche era tranquila, apenas perturbada por el movimiento ocasional del ganado y los suaves ronquidos de los vaqueros, envueltos en mantas repartidas por el campamento. Al llegar a la carreta, miró dentro en busca de sus cosas y enseguida distinguió la figura silenciosa sentada junto a la cama improvisada de Ha'Penny, con Honor a sus pies. El perro levantó la cabeza y luego volvió a apoyarla, como si no percibiera amenaza alguna.

A pesar de la distancia, Drew sintió cómo su pulso se aceleraba. Esa conciencia intensa, casi dolorosa, que siempre surgía entre ellos. Mientras la observaba en silencio, ella se levantó despacio, se acercó a la abertura de la carreta y le tendió una mano. Él la tomó y la ayudó a bajar.

Siempre se sentía tan ligera en sus brazos. Y tan adecuada. Como si ese fuera su lugar.

—Drew —murmuró ella—. Te he estado esperando.

Instintivamente, apretó el brazo en torno a su cintura, aunque se advirtió a sí mismo que no debía hacerlo. Había pasado días enteros intentando convencerse de la locura de aquello. Pero cuando ella lo miró, no tuvo fuerzas para soltarla.

—Ven conmigo un momento —pidió ella.

Su voz era apenas un susurro, pero sus dedos se enroscaron con firmeza en los de él mientras lo alejaba del fuego y de los vaqueros dormidos.

La pradera se extendía en suaves colinas y barrancos. Francis lo condujo al otro lado de una elevación, lejos de miradas curiosas. Para cuando se detuvo, el cuerpo de Drew estaba rígido por la tensión, presintiendo que ella iba a decir algo que no deseaba oír.

Cuando se volvió hacia él, su mano pareció empujarlo hacia sus brazos. La retuvo allí, saboreando la sensación de su cuerpo junto al suyo, con la barbilla apoyada en su cabello revuelto. Olía a jabón, con un leve toque floral, y él se preguntó cómo lograba ese pequeño milagro. Pero, claro, era una hechicera, llena de misterios.

Se resistió a besarla, sabiendo que, si lo hacía, se perdería en ella. Intentó mantener la calma, cierta distancia, pero su cuerpo ya reaccionaba, traicionándolo. Irritado por su falta de control, dio un paso atrás.

—¿Francis?

Ella levantó la mano para tocarle la mejilla, pero la dejó caer de inmediato.

—Yo… le dije a Gabe esta noche que vi al hombre que mató a mi padre, en Caldwell.

Drew contuvo el aliento. El frío lo atravesó al instante.

—Ese hombre dijo… que había oído que yo estaba con la caravana de Callahan. Y preguntó por Gabe. Dijo que había oído que el jefe de la caravana estaba muerto. Solo podía saberlo de una manera.

Drew se quedó inmóvil, incapaz de hablar. De todo lo que había imaginado, nada se parecía a aquello.

—¿Por qué no me lo dijiste? —logró preguntar.

—¿Por qué crees? —respondió ella en voz baja, quebrada—. Con esa enorme vena heroica que tienes, temía que intentaras enfrentarte a él.

Maldiciendo entre dientes, Drew se volvió, con la mente en torbellino. Francis había recorrido un largo camino buscando justicia para su padre. Y ahora se arriesgaba a no encontrarla nunca… por protegerlo a él.

A él.

Nadie lo había hecho jamás.

De pronto, los rincones más vacíos de su alma comenzaron a llenarse de una calidez desconocida.

—¿Drew?

—Tienes muy poca fe en mí —dijo él con brusquedad, volviéndose hacia ella, esperando que no se notara la humedad en sus ojos.

—Oh, tengo fe —susurró—. Tengo fe en tu corazón, en tu valentía… en tu lealtad.

Le apretó la mano con fuerza.

—Sé que puedes hacer cualquier cosa que te propongas. Y sé que manejas bien el rifle. Pero ese hombre… Drew, llevaba su arma como si fuera parte de él. Y tú no eres un asesino. Nunca podrías serlo. Y él sí.

Drew sabía que debería estar enfadado. Ella le había ocultado algo importante. Pero lo único que sentía era una alegría cegadora.

Francis nunca había querido nada de él que él no estuviera dispuesto a dar. Se había acercado y le había ofrecido su corazón porque había visto en él algo que nadie más se había molestado en descubrir.

El nudo en la garganta lo asfixiaba mientras la atraía hacia sí. La sostuvo con fuerza, escuchando sus sollozos, murmurando palabras de consuelo.

—No pasa nada, muchacha… mi valiente y hermosa muchacha… ya está bien.

Por fin comprendía cuánto valor le había costado callar. Igual que cada paso que había dado desde la muerte de su padre.

—Quería decírtelo —sollozó ella—. De verdad que quería, pero…

—Calla —la interrumpió con suavidad—. Ya te he dicho que está bien, y lo digo en serio. Te agradezco que te preocupes. Nadie lo ha hecho antes. Pero quiero que tú también confíes en mí. No voy a hacer ninguna locura.

Ella alzó el rostro.

—¿Lo prometes?

Él sonrió, incapaz de evitarlo.

—Lo prometo. Pero tú también debes hacerlo. Escaparte en una ruta de ganado no es precisamente sensato.

—¿Y qué hay de un jugador escocés que se escapa durante una ruta de ganado? —replicó ella entre lágrimas.

Él rió en voz baja.

—Ahí me has pillado.

La contempló. Bajo la luz de las estrellas, sus ojos brillaban, y el amor resplandecía en su rostro con una claridad que derribó la última barrera que quedaba en él.

Amaba. Y era amado.

El asombro lo invadió cuando sus labios encontraron los de ella.

Capítulo 21

La noche se adentraba en las primeras horas antes del amanecer, y Francis suspiró, acurrucándose más en los brazos de Drew.

En silencio, reconoció que la honestidad tenía mucho a su favor. La escarcha de los últimos días se había derretido con su confesión, y sintió que Drew le había abierto de verdad el corazón por primera vez, permitiéndole entrar en él. No había pronunciado las palabras que ella anhelaba oír, y, sin embargo, su beso y su tacto le ofrecían —le prometían, incluso— amor en abundancia. Por ahora, era suficiente.

Se descubrió lamentando que él hubiera vuelto a contenerse, evitando derramar su semilla en ella. Ella lo había deseado. Pero su voluntad había sido de hierro.

—No dejaré un bastardo —había murmurado él, con la voz entrecortada en el culmen de la pasión.

Recordando la amargura de aquellas palabras, Francis evocó la conversación que habían mantenido tiempo atrás.

—De hecho, soy un bastardo, aunque no lo sea ante la ley.

Había querido preguntarle qué significaba aquello, saber más sobre su pasado, su familia, pero no había sido el momento. Tampoco lo era ahora. El dolor en él era profundo y crudo, y ella no podía —no debía— echar sal en la herida. Algún día, cuando él estuviera preparado, se lo contaría, y quizá entonces podría aliviar algo de aquel sufrimiento que intuía.

Suspiró, envuelta en una cálida y profunda dicha al permanecer junto a él. Había pasado las últimas horas en sus brazos,

humildemente agradecida de estar allí. Era mucho más de lo que había esperado, de lo que había soñado.

Habían rozado el paraíso una y otra vez, sus labios encontrándose, fundiéndose, buscándose sin descanso, sus cuerpos aferrándose con necesidad. Solo pensarlo despertaba en ella el anhelo de sentirlo dentro de nuevo.

¿Cómo podía alguien amar tanto, tan profundamente, con tanta intensidad?

No lo sabía, ni deseaba cuestionarlo. Solo quería saborear cada segundo, cada instante maravilloso.

Finalmente, y a regañadientes, abrió los ojos. El cielo había clareado; las estrellas se desvanecían y la luna creciente ya se había ocultado. Era hora de volver. Ha'Penny despertaría pronto y necesitaría ser atendida, aunque bastaría un leve quejido para que todos los vaqueros acudieran a la carreta.

Se movió ligeramente, despertando a Drew, que murmuró somnoliento. Se estiró, y su mejilla áspera por la barba incipiente rozó la de ella. A Francis le encantó la sensación, aquella intimidad sencilla de compartir la noche. Ni siquiera quiso pensar en su propio aspecto: el cabello enredado, la camisa arrugada.

Drew le sonrió, con la expresión traviesa de un muchacho que ha escapado de sus obligaciones y ha vivido la mejor de las aventuras. Su corazón dio un vuelco al verlo tan feliz.

—Creo que deberíamos levantarnos —murmuró él, acariciándole el brazo desde el hombro hasta la muñeca.

—Probablemente —concedió ella, sin entusiasmo.

Él tomó su mano y la llevó a sus labios, rozándola con la nariz.

—Sabes deliciosa.

—Deben de ser los pimientos de las judías —bromeó ella.

—No es pimiento lo que saboreo —replicó con una sonrisa—. Aunque te has convertido en una cocinera aceptable.

—¿Aceptable?

—¿Razonable, entonces? —rectificó él.

—Te prohibiré acercarte a mi olla de judías.

Él gimió con exageración.

—Juro que no volveré a probar un frijol en mi vida después de este viaje.

—Yo tampoco creo que vuelva a cocinar uno —coincidió ella.

—¿Sabes preparar un té decente?

Por alguna razón, aquella pregunta hizo que su corazón se acelerara. ¿Estaba insinuando un futuro? ¿O era solo una ilusión suya?

—¿No te gusta mi café? —se atrevió a preguntar.

—Ese brebaje turbio de cafetera de hojalata es totalmente incivilizado —protestó él.

—Pensaba que te gustaba lo incivilizado. Querías aventura… ¿y ahora quieres té?

—También me gusta el buen brandy —respondió con una risa baja—. Y un buen puro.

—¿Qué más?

Sabía que buscaba algo más que una respuesta ligera.

Sus dedos le acariciaron la mejilla.

—Un juego de azar. Un amanecer… —suspiró—. Ah, muchacha, me temo que soy un mal premio. Poco tengo que ofrecer salvo lo que llevo a cuestas y un nombre que prácticamente he destruido.

—No me importa el nombre —replicó ella—. Ni tu falta de dinero. Yo también tengo algo.

Sintió cómo su mano se tensaba.

—No aceptaré dinero de una muchacha.

—¿Ah, no? —la indignación brotó—. ¿Entonces solo te vas a echar un revolcón? Yo que pensaba… —Se apartó de él y se puso en pie de un salto—. Creía que eras diferente. Pero solo eres un imbécil arrogante.

Buscó sus pantalones en el suelo.

—¿Buscas esto? —preguntó Drew, ya vestido, sosteniéndolos con aire provocador.

—Sí —respondió ella, extendiendo la mano.

Él los apartó.

—¿Un imbécil arrogante?

—Un imbécil escocés arrogante —corrigió.

—No sabía que tuvieras ese temperamento. Frank lo tenía, claro… pero ¿la dulce Francis? Qué sorpresa.

—Tú me inspiras.

Él rió entre dientes.

—Menuda arpía.

—Mejor arpía que trasero de mula.

—Tengo debilidad por las arpías —admitió él.

Sus ojos brillaban, su voz se volvía cálida, peligrosa. Francis apretó los puños, resistiéndose a su encanto.

—No fue un revolcón —dijo él en voz baja, sin rastro de burla —, y no voy a permitir que lo creas.

—Entonces, ¿por qué…?

—Porque no sé si puedo ser lo que mereces. —Respondió él, ya sin humor.

—Quiero lo que eres.

—Ni siquiera me conoces.

—¡Claro que te conozco! —estalló ella—. Sé lo suficiente. Sé de tu bondad, tu lealtad… y de cómo todos te respetan sin que lo busques.

Él guardó silencio.

—Pensaba que era un imbécil —murmuró.

—Eso también —admitió ella—. Equilibra las cosas.

Sus brazos la rodearon entonces, apretándola con intensidad.

—No podría soportar ver la decepción en esos ojos azules.

Ella posó los dedos sobre sus labios.

—Te quiero, Drew Cameron. No creo que pueda querer a nadie más así.

Un sonido ahogado escapó de su garganta.

—Yo…

—No —lo detuvo—. No respondas. No ahora. Solo… recuerda que te quiero.

Y huyó.

Con los pantalones en la mano, el corazón desbocado, se alejó sin mirar atrás. Podría haberse quedado, exigirle una respuesta, pero no quería forzarla. Lo amaba más que a su propia vida, pero necesitaba saber que él la amaba del mismo modo.

La próxima vez… él tendría que acudir a ella.

—Voy a volver a Texas contigo —dijo Drew a la mañana siguiente, cabalgando junto a Gabe.

—Ni hablar —gruñó este—. Si tú vas, Francis irá también. Y no permitiré que os arriesguéis por mí.

—Ella no irá —replicó Drew—. La enviaré al rancho de mi cuñado, cerca de Denver.

Gabe lo miró con incredulidad.

—¿Crees que se quedará?

—No por voluntad propia. Pero mi hermana Caroline y su marido sabrán retenerla.

—No eres un pistolero, Drew.

—Tú tampoco. —Respondió exasperado, pues empezaba a perder la paciencia.

—Pero es mi problema.

—También persiguen a Francis —respondió él en voz baja—. Y eso me concierne.

Gabe lo observó con atención.

—¿Ah, sí?

—Sí.

Hubo un breve silencio.

—Entonces, ¿por qué no te vas al Este con ella? —propuso Gabe—. O a Escocia. Estaría a salvo.

Drew negó con la cabeza.

—¿Podrías vivir tranquilo sabiendo que alguien quiere muerto a quien te importa?

Gabe no respondió.

—Alguien ha pagado mucho por encontrarte —continuó Drew —. Y no se detendrá.

—Deberíamos decírselo a Luke —añadió—. Y a Kane.

Gabe negó.

—No quiero involucrar a mi familia.

—Samuel podría ser el siguiente.

Gabe palideció.

—Maldita sea…

—Lo sabe todo —insistió Drew—. Y eso lo convierte en objetivo.

—Tendré que "resucitar" antes de lo previsto —murmuró Gabe.

—Estamos a dos semanas de Abilene. Luke puede encargarse del rebaño.

—Hay demasiados hombres que dependen de mí —replicó Gabe—. Podrían perderlo todo.

—Yo puedo volver a Texas —dijo Drew.

—Killian lleva ventaja.

—Pero no sabe que lo conocemos.

—No puedo pedírtelo.

—Intenta impedírmelo.

Gabe guardó silencio.

—Mañana partiré al amanecer hacia Caldwell —continuó Drew —. Enviaré un telegrama a Samuel. Tú envía a Francis a Denver.

Gabe resopló.

—Querrá seguirte.

—No lo sabrá hasta que sea tarde.

El silencio se prolongó.

—¿De verdad vas a marcharte sin despedirte? —preguntó Gabe al fin.

—Preferiría que me azotaran —admitió Drew—. Pero no puedo arriesgar su vida.

Gabe lo observó con escepticismo y Drew esbozó una sonrisa seca.

—¿Quieres atarla?

Gabe soltó un gruñido y, al final, asintió.

—Me encargaré de que suba a ese tren.

Drew inclinó la cabeza.

—Le escribiré.

Hubo un momento de silencio.

—Drew… no sé cómo…

—No digas nada —lo interrumpió él.

Sus miradas se encontraron. Gabe extendió la mano. Drew la tomó con firmeza.

Y no hicieron falta más palabras.



Cuando Drew llegó a Caldwell, Killian hacía tiempo que se había marchado.

—Y ¡adiós y buen viaje! —comentó el tendero.

El hombre lo miró con curiosidad cuando preguntó por el pistolero a sueldo. Volvió a observarlo cuando mencionó el envío de un telegrama.

—Yo puedo hacerlo por ti —se ofreció—. El pueblo no es lo bastante grande como para tener un operador a tiempo completo, así que hago de suplente.

Drew le entregó el mensaje destinado al hermano de Gabe, advirtiendo a Samuel de que podría estar en peligro. Le aconsejaba no cabalgar nunca solo, especialmente hacia el pueblo, y desconfiar de los extraños. Firmó con el nombre de Gabe.

Cuando abandonó el campamento, había tomado dos caballos: el pinto y un bayo conocido por su resistencia. Guardó su saco de dormir y le explicó a Francis que pasaría los dos días siguientes explorando hacia el norte, que Gabe consideraba que ya estaba preparado para asumir esa responsabilidad. La había guiado detrás de la carreta, fuera de la vista de los demás, y la besó larga y profundamente.

Ella se había aferrado a él, como si presintiera algo, pero no hizo preguntas. Era una de las cosas que más le gustaban de ella. Nunca lo presionaba; esperaba a que él estuviera dispuesto a hablar.

Y lo peor era que ahora lo estaba… pero antes tenía algo que hacer.

Se conformó con decirle:

—Ten cuidado mientras no esté, muchacha. Tendré mucho que contarte.

Había querido decirle que la amaba en ese mismo instante. Pero no habría sido justo. No todavía, no con su vida tan incierta.

—Espérame —añadió en su lugar.

Vio la sorpresa en sus ojos, seguida de una suave alegría.

—Siempre te esperaré —susurró ella—. Y confía en mí.

Ella asintió.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo.

La besó, rezando como nunca antes para que no fuera la última vez. Luego, porque se estaba muriendo por dentro, porque sabía que ella no lo entendería, se volvió, montó el pinto y se obligó a mantener un paso normal hasta perderla de vista. Entonces espoleó al caballo hasta el galope.

Cambiando de montura periódicamente para no agotarlos, llegó a Caldwell en un solo día. No quería pensar en Francis. No podía.

«No me gustan las mentiras».

¿Cuántas veces se lo había repetido?

Pero no había encontrado otra forma de mantenerla a salvo. Tenía que encontrar a Killian antes de que matara a alguien más. Y debía capturarlo con vida: era el único vínculo con quienquiera que lo hubiera contratado.

Drew permaneció en Caldwell el tiempo justo para comprar provisiones y luego partió hacia el sur. Debía llegar a San Antonio antes que Killian.



Pasaron dos días y Drew no regresó.

Francis lo echaba de menos más de lo que habría creído posible. Se sorprendía buscando la figura alta y delgada que se había convertido en todo su mundo.

Había aceptado su explicación sobre la exploración porque no tenía motivo para dudar. Cada vez pasaba más tiempo con Gabe, y Luke asumía más responsabilidades con el rebaño. Pero, al caer la noche del segundo día, supo que algo no encajaba.

En realidad, ya lo había sospechado esa misma mañana, cuando Gabe había salido solo y regresado tarde. ¿Por qué ambos —Gabe y Drew— estaban haciendo reconocimiento?

Además, Gabe también la evitaba. No había prestado demasiada atención al principio, ocupada como estaba con la cocina y con Ha'Penny, pero esa tarde había visto a Gabe llevarse a Luke lejos del campamento. Ahora, al verlos regresar, notó la expresión sombría del joven.

Esperó a que Luke se marchara y se acercó a su tío.

—¿Gabe?

Él se volvió, receloso bajo la luz del fuego.

—¿No debería haber vuelto Drew ya?

Un músculo se tensó en su mejilla.

—Se ha ido, Francis —respondió con sequedad—. Ha abandonado la ruta.

Francis soltó un jadeo, como si la hubieran herido.

—No… no lo entiendo.

—Dijo que tenía asuntos que resolver —añadió Gabe—. Me pidió que te acompañara al tren hacia Denver. Dijo que se reuniría contigo allí.

Aturdida, Francis no sabía qué pensar. Pero sí sabía lo que sentía: dolor.

Drew le había pedido que confiara en él. Le había arrancado esa promesa. Y, sin embargo, él no había confiado en ella.

Se le partía el corazón. Se dio la vuelta, incapaz de permitir que Gabe viera su expresión.

—Francis —la detuvo él, posando una mano en su brazo—. Drew te quiere. Solo intenta asegurarse de que estés a salvo.

Ella giró bruscamente.

—¿Sin preguntarme? ¿Sin saber lo que yo pienso, necesito o quiero? —estalló—. ¡Eso no es amor! Ni siquiera es la honestidad de la que tanto presume.

Miró con furia la mano que la sujetaba hasta que Gabe la retiró.

—¿Adónde se ha ido?

Gabe carraspeó.

—Te ha dejado una carta. Y otra para su cuñado, Ethan Calder.

Con una calma peligrosa, ella preguntó:

—¿Y esperáis que recorra cientos de kilómetros hasta la casa de unos desconocidos mientras vosotros os dedicáis a cazar a un asesino?

La alarma en los ojos de Gabe confirmó sus sospechas.
La ira estalló en su interior con una intensidad desconocida.
Quería gritar. Golpear. Destruir algo.

—Confía en mí. ¿Lo prometes?

Quería arrojarle esas palabras a la cara.

—Confía en mí.

Claro. Confiaría. Y entonces… la furia se detuvo.

Confía en mí.

Era lo único, lo único que él le había pedido jamás.

La comprensión atravesó su ira.

—¿Se fue solo? —exigió.

Gabe apretó los puños.

—Nadie sabe que Drew tiene relación conmigo. Ni contigo. Es solo otro vaquero. Va a mi rancho para advertir a mi hermano. No está buscando problemas.

Pero los problemas siempre encontraban a Drew Cameron.

Francis quiso ir tras él. Pero no podía. No con Ha'Penny.

¿Cómo se elige entre dos amores?

Elige al que más te necesita, respondió su corazón.

Recordó las palabras de Drew sobre Denver. Su media hermana. Su cuñado, un abogado que había sido sheriff. Un hombre capaz de protegerla… y quizá también a Drew.

—De acuerdo. Iré a Denver —dijo—. Pero quiero marcharme ahora, con Ha'Penny y Honor. Y quiero saber que Billy Bones y Samson estarán bien cuidados.

Gabe suspiró, visiblemente aliviado.

—Todo irá bien, Francis. Me ocuparé de ello.

—¿Quién cocinará?

Se encogió de hombros.

—Nos las arreglaremos.

—Probablemente habrá arena en las alubias.

—Y quizá una herradura en el café.

Ella sonrió entre lágrimas.

—Haré pan antes de irme.

—Enviaré a alguien contigo hasta la estación —añadió él—. Podrás tomar un ramal hacia la Union Pacific.

Sacó dos cartas y se las entregó.

—Una es para ti. La otra, para la familia de Drew. —Luego dudó un instante—. Espera aquí.

Se dirigió a la carreta, rebuscó en su saco de dormir y regresó con un paquete envuelto en papel marrón.

—Drew me pidió que te diera esto.

Francis lo tomó con cautela. El papel crujió bajo sus dedos.

—¿Sabes qué es?

Gabe negó con la cabeza.

—Ni idea.

Se volvió para marcharse, pero añadió:

—Por cierto… has sido el mejor maldito piojo que he contratado jamás.

Ella sonrió.

—Y tú el mejor jefe de caravana para el que he trabajado.

—Procura que sea el único —replicó él. Luego, más suave—: Cuida de nuestro escocés.

—Lo haré.

Lo vio alejarse. Después, llevó las cartas y el paquete a la carreta, donde Ha'Penny dormía tranquila. Se sentó junto a la cuna, dejó las cartas a un lado y desató el cordel.

El papel cayó. Y entonces contuvo el aliento. Un instante después, rompió a llorar.

Allí, doblado con esmero sobre su regazo, con su delicado cuello de encaje blanco, estaba el vestido de calicó del maniquí de la tienda de telas de Caldwell.

Capítulo 22

Francis se asomó por la ventanilla sucia, manchada de hollín, mientras el tren entraba en Denver. Ha'Penny se inquietaba en sus brazos, reclamando su cena, y Honor yacía a sus pies, gruñendo a cualquier hombre que se acercara demasiado. A los pocos que no disuadía la presencia de un indio, los ahuyentaban los dientes descubiertos del perro, de modo que Francis había disfrutado de un asiento para ella sola durante todo el trayecto.

Había enviado un telegrama al cuñado de Drew desde Ellsworth, adonde ella y Ethan habían llegado tras tres días de dura cabalgada, turnándose para llevar a Ha'Penny en un cabestrillo improvisado. Estaba exhausta cuando por fin alcanzaron el ramal ferroviario de la Union Pacific.

Dos días después —dos días en los que había dormitado a ratos, sentada, procurando que Honor y Ha'Penny no molestaran a los demás pasajeros— llegaba a Denver llena de dudas. No sabía nada de Caroline ni de Ethan Calder, ignoraba si aceptarían a una actriz con una niña india, y la idea de irrumpir en el hogar de desconocidos le helaba el corazón. Nunca había pedido favores a extraños.

Y este no era un favor cualquiera.

¿Estarían en la estación para recibirla? Su telegrama había sido breve: «Amiga llega en el tren del lunes. Francis Black. Por favor, ven a recibirla». Y lo había firmado con el nombre de Drew.

¿Qué diría el cuñado de Drew cuando descubriera la verdad? ¿Cuando le pidiera que fuera a Texas… y que la llevara con él?

Mientras el tren se detenía con una sacudida, escudriñó el andén. Varias personas aguardaban la llegada de los pasajeros. El estómago se le encogió al examinar sus rostros.

El revisor, que había sido especialmente amable cuando otros se habían quejado de Ha'Penny, se detuvo junto a su asiento.

—¿Puedo ayudarla, señorita?

Ella asintió, agradecida. No llevaba apenas equipaje: su vestido nuevo de calicó, ahora arrugado y cubierto de hollín; otro vestido comprado en Ellsworth; su ropa de viaje; algunas cosas para Ha'Penny; la Colt de su padre… todo en una bolsa modesta.

Volvió a mirar la multitud.

—Yo llevaré al niño y la bolsa —añadió el revisor—. Usted bájese con cuidado.

Francis sonrió bajo el ala del sombrero, que esperaba ocultara lo corto de su cabello.

—Gracias.

—Un placer, señorita. Un verdadero placer.

No tenía más excusas.

Se incorporó, avanzó por el pasillo y descendió los escalones hasta el andén, con Honor pegado a sus piernas. Recuperó a Ha'Penny y la bolsa, agradeció de nuevo al revisor y volvió a buscar entre los rostros.

Una pareja —un hombre alto y una mujer embarazada— la observó un instante antes de desviar la atención hacia otros viajeros. La mujer parecía expectante.

Francis dio un paso más y entonces la vio.

Ojos de color avellana, con motas doradas. Ojos como los de Drew.

La mirada de la mujer se encontró con la suya. Francis sonrió, tímida. La mujer avanzó, tirando suavemente de su acompañante y

tendiéndole la mano.

—¿Francis?

Su voz tenía un leve acento escocés. Francis dejó caer la bolsa, sostuvo mejor a Ha'Penny, asintió y estrechó su mano.

—Soy Caroline Calder. Y este es mi marido, Ethan.

La examinó con curiosidad franca, sin dureza, y luego miró al bebé.

—¿Un niño?

Francis asintió.

—Qué maravilla —añadió Caroline con entusiasmo—. Nuestra Sarah Ann lleva días esperando a su nuevo hermano o hermana… y ahora tiene con quién practicar.

Su mirada descendió hacia el perro.

—¿Y este?

—Honor —respondió Francis—. Espero que no os importe. Se considera el protector del bebé, y no podía dejarlo atrás.

—Por supuesto que no —replicó Caroline, guiñándole un ojo a su marido—. Tengo muchas ganas de que conozca a Enrique VIII. Pero… ¿cómo lo subiste al tren?

Francis sonrió.

—Lágrimas.

Caroline soltó una carcajada.

—A veces es la única forma.

—Querían llevarlo al vagón de equipajes —explicó Francis—, pero amenazó con morder a cualquiera que lo intentara. Así que, cuando las súplicas no funcionaron… lloré.

—El arma definitiva —gruñó Ethan.

—Solo porque los hombres no entendéis de razones —replicó su esposa con suavidad—. Cualquiera puede ver que es un perro

educado.

—Quizá pueda enseñarle algo a Henry —murmuró Ethan, aunque el afecto en su voz era evidente.

—Y a Annabelle también —añadió Caroline—. Es la gata de Ethan.

—Henry es el perro de Caroline —puntualizó él.

Francis los observó, percibiendo el cariño que se filtraba en cada broma, y sintió cómo su aprensión se disipaba. No hubo reproches, ni miradas de juicio por el bebé, ni por el perro, ni por su presencia inesperada. Solo una bienvenida abierta.

Se sorprendió de que Drew hubiera hablado tan poco de ellos.

—Ven, dame al niño —dijo Ethan—. Y la bolsa.

Tomó a Ha'Penny con cuidado.

—Qué criatura más bonita… Bienvenida a Denver.

—Gracias —respondió ella, preguntándose cuándo podría empezar a explicar las circunstancias de su llegada.

Sus ojos se posaron en el vientre de Caroline, y una inquietud la atravesó. ¿Podría Ethan marcharse dejándola en ese estado?

Debió de reflejarse en su rostro, porque Caroline le tomó el brazo con afecto.

—Estoy segura de que necesitas un baño caliente —dijo—. Y quiero que me cuentes todo sobre Drew. Nuestro rancho está a unos kilómetros. Espero que lo consideres tu hogar.

Aquella calidez la envolvió como una ola.

Ethan la ayudó a subir a la calesa y luego asistió a su esposa con una ternura que le encogió el corazón. ¿Cómo podía Drew sentirse solo teniendo a estas personas?

La calesa se puso en marcha.

Al pasar frente al hotel donde se había alojado con su padre en otra época, los ojos se le llenaron de lágrimas. Sintió la mano de Caroline apretando la suya.

—Lo siento —murmuró—. Debo de estar más cansada de lo que pensaba.

—Claro que sí —respondió Caroline—. Viajar agota. ¿Quieres que sostenga al bebé?

Había una esperanza evidente en su voz. Francis sonrió.

—Sería maravilloso. Siento que tengo los brazos bloqueados en esta posición desde hace días.

—Oh, es preciosa. ¿Cómo se llama?

—Ha'Penny —respondió, y se ruborizó—. De momento.

—Un nombre curioso —observó Ethan con sequedad.

Francis comprendió la pregunta implícita.

—Me llamaban Two-Bits en la trashumancia de Callahan. Cuando encontramos al bebé… era tan pequeña que Drew empezó a llamarla así.

—Suena muy propio de él —comentó Ethan.

—¿Estabas en una trashumancia? —preguntó Caroline, sorprendida, pero sin reproche.

Francis retorció la tela de su vestido.

—Es una historia larga.

—¿Dónde está Drew? —intervino Ethan.

—De camino a Texas.

Dudó un instante.

—El telegrama… lo envié yo. Pero tengo una carta suya para ti. Y… puede que no haya dicho nada, pero creo que necesita vuestra ayuda.

Ethan la miró con intensidad. El rostro de Caroline palideció.

En ese instante, Ha'Penny rompió a llorar, interrumpiendo cualquier respuesta. Ethan azuzó los caballos, y el carruaje aceleró.

Las preguntas… quedarían para después.



A Francis le encantaba la casa del rancho, que se extendía cómodamente junto a un arroyo ancho y de corriente rápida.

Mientras Ethan ayudaba a su esposa, y luego a ella, a bajar de la calesa, señaló hacia el granero.

—Drew nos ayudó a construirlo.

Justo cuando pronunció esas palabras, un pequeño torbellino salió disparado por la puerta del granero y se lanzó a los brazos de Ethan. La seguía un perro enorme que se detuvo en seco al ver a Honor.

—Tenemos un nuevo p-potro —balbuceó la niña, emocionada.

Caroline se inclinó y la besó en la mejilla.

—Eso es maravilloso. Tendrás que enseñármelo más tarde.

—Quiero enseñártelo ahora.

—Pero tenemos una invitada. Tres invitadas —se corrigió—. Esta es la señorita Francis Black, y es amiga de tu tío Drew. Y esta, señorita Black, es nuestra Sarah Ann.

La niña hizo una reverencia perfecta y luego se arrodilló para saludar a Honor, que observaba al perro, mucho más grande, moviendo la cola con timidez.

—¡Es precioso! —exclamó Sarah Ann.

—Se llama Honor —dijo Francis. Se agachó y le enseñó el cachorro—. Y este es Ha'Penny.

—Ohh —murmuró Sarah Ann—. Es incluso mejor que un poni. Yo voy a tener un bebé.

—¿De verdad? —sonrió Francis—. Pareces un poco pequeña.

—Tengo casi cinco años.

—Bueno, eso es mucho, de hecho —repuso Francis, encantada por el pelo rojo y los brillantes ojos verdes de la niña.

—Sí, lo es —asintió Sarah Ann con solemnidad.

—Creo que a la señorita Black le gustaría refrescarse después del viaje —intervino Caroline—. ¿Por qué no te quedas con Pedro y cuidas del potro, Sarah Ann?

—¿Pero no quieres verlo?

—Sí, claro que sí —respondió Caroline.

Francis pensó en Drew, en la urgencia de su misión. Pero solo un momento.

—Yo también —dijo.

Sarah Ann le agarró la mano y la llevó hacia el establo, seguidas por Ethan Calder y su esposa. Un mexicano radiante salió a su encuentro en la puerta.

—Señor, señora, Glory ha parido un potro. Muy bueno.

Los cuatro se acercaron a un compartimento y se asomaron. Una preciosa yegua negra acariciaba con el hocico a un potro gris oscuro, que dio unos pasos, vaciló y luego se enderezó.

—Es precioso —suspiró Francis. Nunca había visto un potro recién nacido; era todo patas y dulzura.

—Es precioso, ¿verdad, mamá? —preguntó la niña.

—Desde luego que lo es —asintió Caroline—. ¿Te gustaría ponerle nombre?

La niña asintió.

—Tendré que pensarlo.

—Hazlo —dijo Ethan, con voz cálida—. Y nosotros llevaremos a la señorita Black a la casa mientras lo piensas.

Sarah Ann, ya absorta en su tarea, asintió.

La urgencia volvió a agitar a Francis mientras caminaban hacia la casa, con Ethan llevando a Ha'Penny y Honor siguiéndolos de cerca. El gran perro lanudo, más parecido a un poni que a un can, trotaba tras ellos con la lengua colgando por un lado de la boca.

—Ese es Enrique VIII —explicó Caroline—. Le encanta todo el mundo, especialmente las mujeres.

Francis no pudo evitar sonreír. Nunca había conocido una familia más encantadora, ni siquiera entre sus amigos del teatro más excéntricos. Una vez dentro de la casa, observó que el mobiliario parecía elegido para ofrecer comodidad y un ambiente informal.

Una mujer vestida con una blusa y una falda de colores, protegida por un delantal, salió apresuradamente de la cocina con una enorme sonrisa.

—Señora, ¿ha visto al potro?

Ethan sostenía a Ha'Penny en brazos.

—Sí, y hasta tenemos otro pequeñín para que le des de comer.

Se volvió hacia Francis.

—Esta es Serena. Es la esposa de Pedro y cuida de todos nosotros. Serena, esta es la amiga de Drew, la señorita Black.

—Señorita —saludó la mujer—. ¿Cómo está el señor Drew?

—Exactamente igual que yo —respondió Caroline—. Francis, dijiste que Drew podría necesitar nuestra ayuda. ¿Está metido en algún lío?

La preocupación se mezclaba con su suave acento escocés.

—Es una historia muy larga —dijo Francis—. Y mi nombre es Barton. Es… bueno, es una historia larga.

Ha'Penny volvió a retorcerse, gimiendo. Serena se acercó y tomó al bebé.

—Yo le daré de comer y prepararé la cena.

—Y algo fresco para beber para la señorita —añadió Ethan—. ¿Prefieres darte un baño primero o descansar un poco?

Francis negó con la cabeza.

—No hay tiempo.

—Entonces, por favor, siéntate —dijo él— y cuéntanos lo de Drew.



—Tienes que irte, Ethan —dijo Caroline—. Ya conoces a Drew. Es como un perro con un hueso. No va a soltarlo.

—Pero el bebé —protestó Ethan.

—Aún faltan dos o tres meses —replicó Caroline—. Y Pedro y Serena están aquí. Francis y Ha'Penny también pueden quedarse con nosotros.

—No —intervino Francis—. Yo también tengo que irme.

Tanto Caroline como su marido la miraron fijamente. Llevaban más de una hora escuchando con atención, y la angustia de Caroline crecía a medida que Francis explicaba que Drew podía estar de camino a enfrentarse a un asesino, o a varios.

Ethan había escuchado en silencio, interrumpiendo de vez en cuando con preguntas precisas. Sus ojos se volvieron gélidos cuando Francis mencionó a Killian.

—Lo conozco —dijo lacónicamente.

Francis vio el miedo en los ojos de Caroline.

—Drew se ha metido en un buen lío esta vez —añadió Ethan.

Francis se tensó.

—Me salvó la vida. Salvó la de un vaquero durante una estampida. Salvó la de Gabe Callahan. Es valiente y muy competente. Es solo que…

La emoción la embargó de repente.

—Es solo que no es un pistolero.

Los ojos de Caroline brillaron.

—Lo amas, ¿verdad?

Francis solo pudo asentir.

Ethan frunció el ceño.

—¡Maldita sea! Debí haber sabido que no se mantendría alejado de los problemas. Tampoco lo hizo en Escocia. Fui un idiota al sugerirle que se marchara al sur.

Caroline observó a Francis con una leve sonrisa.

—No lo creo. Creo que por fin ha encontrado lo que buscaba.

Se volvió hacia su marido.

—Puedes encontrar algunos marshals que te ayuden, ¿no?

Él asintió y preguntó a Francis:

—¿Y Callahan no sabe quién está detrás de esto?

Francis dudó.

—Francis, no es momento de ocultar información —la apremió Ethan.

—No lo hago —respondió—. Gabe no lo sabe. Tiene una idea, pero… tendrá que contártelo él mismo. No tiene pruebas. El único que lo sabe es Killian.

Ethan asintió.

—He oído hablar de Callahan. ¿Por qué alguien iría tras él?

Francis tragó saliva. No le correspondía revelar el pasado de Gabe. No mentiría, pero tampoco traicionaría su confianza.

—Tendrás que preguntárselo a él.

Ethan la observó, pero no insistió.

—¿Cuánto hace que Drew partió hacia Texas?

—Cinco días. Él y Gabe creen que Killian podría ir tras Samuel.

—Entonces quizá sea tarde —murmuró Ethan.

—No —replicó Francis con firmeza—. Drew no irá tras Killian hasta que Gabe se reúna con él. Solo quiere proteger a Samuel.

—¿Y tú? —preguntó Caroline con suavidad.

—Y Ha'Penny. Le tiene mucho cariño.

—Estoy segura —rió Caroline—. Se le dan muy bien los niños. Sarah Ann lo adora, pero siempre ha sido como el mercurio… nunca se queda mucho tiempo.

Ethan sonrió.

—A ella le gusta decir que me domesticó, pero es al revés.

Francis sintió una punzada de soledad al ver su amor.

—Quiero irme —repitió—. Por favor.

Ethan frunció el ceño.

—No vas a llorar si digo que no, ¿verdad?

—Bueno… quizá sí. ¿Servirá?

—Hmph —gruñó—. ¿Y el niño?

—Es mi responsabilidad.

Ethan puso los ojos en blanco.

—Claro que puedes dejarlo aquí —intervino Caroline—. Estará bien. Pero hablaremos después de cenar. Francis necesita descansar.

Se volvió hacia ella.

—Te llevaré a tu habitación. Es la que usaba Drew.

Francis la siguió.

La estancia era agradable, dominada por una gran cama, con agua caliente preparada para asearse.

—Haré que traigan más agua —dijo Caroline, deteniéndose en la puerta.

Dudó un instante.

—Echo de menos a Drew. Ni siquiera sabía que era mi hermano hasta hace siete meses. Ahora lo quiero como si hubiéramos crecido juntos.

Francis percibió que quería decir algo más.

—Drew habla poco de su pasado —comentó.

Caroline hizo un gesto de disgusto.

—Su padre lo despreciaba lo suficiente como para arruinar su patrimonio y dejarle solo un título vacío.

Francis se quedó inmóvil.

—¿Un título?

—Sí. Conde de Kinloch.

El asombro la dejó sin aliento.

—¿Es… un conde?

—Odia ese título —se apresuró a explicar Caroline—. No significa nada para él.

Pero Francis apenas podía procesarlo. No me gustan las mentiras. No le había mentido… no exactamente, pero había callado, y eso también era una forma de mentira.

—Creo que… me vendría bien descansar —murmuró.

—Si te ha hablado de su familia, ya es mucho más de lo que dice a nadie —añadió Caroline en voz baja—. Y debe quererte mucho para haberte enviado aquí.

—No estoy segura de que sea capaz de querer a nadie —susurró Francis.

—Claro que puede. Pero necesitará tiempo. Y fe.

Salió en silencio, cerrando la puerta.



Tras la cena, Ethan anunció que Francis podía acompañarlo a Texas. La decisión, pensó ella, ya estaba tomada desde antes.

—Ojalá pudiera ir yo también —dijo Caroline mientras Ethan ensillaba los caballos—. Pero Serena y yo cuidaremos de Ha'Penny.

Francis le tomó la mano.

—No sé cómo agradecerte esto.

—Siendo paciente con Drew —respondió Caroline—. No te enfades por su título. Lo odia.

Francis asintió. Nada cambiaría lo que sentía por él… pero el dolor seguía ahí.

Se despidió de Ha'Penny entre lágrimas y montó.

Ethan besó a su esposa.

—Cuídate.

—Y tú —respondió ella—. Tráeme de vuelta a ese pícaro.

Francis rezó para que así fuera.

Capítulo 23

Drew echaba de menos a Francis con cada fibra de su ser. Durante las largas horas de dura cabalgada, sin mucho más en qué pensar, a menudo se preguntaba cómo alguien podía haberse metido tan profundamente en su corazón en tan poco tiempo.

Su viaje parecía interminable y dolorosamente solitario. Cabalgaba durante todo el día, cambiando de caballo para darles descanso. Killian, supuso, viajaría a su antojo, pensando que su trabajo estaba casi terminado. Aunque a la manada le había llevado dos meses y medio llegar al centro de Kansas, a él solo le llevó quince días regresar al Circle C.

Llegó, agotado hasta los huesos y con más necesidad de un baño y un afeitado de lo que recordaba, para descubrir que Samuel había recibido su telegrama y, aunque profundamente desconcertado, había tomado en serio su consejo. Cuando Drew le entregó la carta que Gabe había enviado, Samuel la leyó rápidamente y se hundió en una silla, conmocionado.

—Dios mío… —murmuró.

Drew no sabía cuánto le había contado Gabe a Samuel, así que esperó en silencio. Samuel dejó escapar un gemido ahogado.

—Siempre supe que algún día nos pasaría —añadió finalmente.

Levantó la vista hacia Drew.

—Gracias por estar ahí con Gabe. Y por haber vuelto.

Drew se encogió de hombros y pasó a asuntos más importantes.

—¿Cuántos hombres tienes aquí?

—Ahora mismo estamos cortos de personal. La mayoría de nuestros peones se fueron con Gabe. Aquí hay quince hombres, apenas suficientes para cuidar del rancho, los caballos y el ganado.

—Añade uno más. Gabe me ha enviado para quedarme contigo. No creo que debas salir del rancho hasta que él regrese. Si necesitas algo del pueblo, yo o alguno de los otros peones podemos ir a buscarlo.

Samuel lo miró fijamente.

—¿Por qué haces esto?

—Tu hermano es mi amigo. Y yo tengo mis propias cuentas pendientes con Killian. Así que no te preocupes, no quiero nada de ti. Una vez que esto termine, me iré a Colorado.

Drew se volvió a poner el sombrero que se había quitado al entrar.

—Dejaré mis cosas en el dormitorio de los peones.

—No —intervino Samuel—. Quédate en la casa. Me encantará tener compañía.

Drew no discutió. La idea de una cama de verdad y un baño le parecía un paraíso.

Aun así, durante los días siguientes, empezó a preguntarse cómo —o por qué— había pasado gran parte de su vida encerrado. Había montado a caballo, sí, pero había malgastado tantas tardes y noches en clubes, salones y tabernas —dondequiera que pudiera encontrar una partida de cartas—, levantándose tarde al día siguiente. Ahora que conocía la gloria de un amanecer, la maravilla de una puesta de sol y el profundo placer de un cielo despejado e iluminado por la luna, no podía imaginar volver a sus antiguos hábitos. Además, llevaba meses sin beber, algo que antes no habría podido concebir, y se sentía mejor que nunca.

Sin embargo, lo que más había cambiado las cosas era que ahora sabía que tenía algo a lo que acudir, en lugar de algo de lo que huir. Tenía a Francis.

Echaba una mano en el rancho, a menudo trabajando con los caballos, permaneciendo cerca de la casa y de Samuel Callahan. A Samuel le gustaba hablar, haciendo preguntas inteligentes y ofreciendo respuestas reflexivas. Era, decidió Drew, un hombre amable y considerado, y entendía por qué Gabe había sentido la necesidad de protegerlo.

Al cabo de dos semanas, uno de los peones trajo un periódico. El titular rezaba: «El rebaño de Gabe Callahan llega a Abilene». El periódico informaba de que Callahan había obtenido precios récord por la carne.

—Eso le dará pesadillas a alguien —comentó Drew, pasando el periódico a Samuel.

—No estoy tan seguro de que debiera haber hecho público que sigue vivo —replicó Samuel, preocupado—. No lo habría hecho si no fuera por mí.

—Nadie podría haberlo mantenido en secreto para siempre —respondió Drew—. No con todos nuestros vaqueros emborrachándose en Abilene.

Samuel soltó una breve risa.

—Tienes toda la razón en eso. Y Gabe conoce el campo. Nadie lo encontrará ahora que sabe que alguien va tras él.

—Ojalá supiéramos con certeza quién está detrás de esto.

—Yo lo sé —afirmó Samuel en voz baja.

Drew se sobresaltó.

—¿Qué?

Samuel se sonrojó ligeramente.

—Bueno… en realidad, creo que lo sé. Siempre se me han dado bien las caras.

—Entonces… —insistió Drew, sintiendo cómo le subía la impaciencia—. ¿quién?

Samuel tomó el periódico, pasó una página y se lo devolvió, señalando un breve artículo.

—Philip Thorpe se presenta a gobernador. Un destacado empresario de Austin anuncia su candidatura.

—¡Maldita sea! —exclamó Drew—. ¿Un candidato a gobernador?

—Vi un cartel con un boceto de Thorpe hace varias semanas, cuando estuve en San Antonio —explicó Samuel—. El nombre no me decía nada, pero algo en su rostro me llamó la atención. No lo comprendí hasta que me hablaste de Gabe y Jim Davis, el hombre al que llamas Thomas Barton. Este tal Thorpe… es Cal Thornton. Estoy casi seguro.

Drew dejó escapar un silbido entre dientes.

—Debió de creerse a salvo —apuntó—. Thomas Barton estaba muerto, y la reputación de Killian casi garantizaba la desaparición de tu hermano.

—Y quizá pensó que yo era demasiado joven en aquel momento para recordarlo —añadió Samuel—. O que la muerte de Gabe aseguraría mi silencio. Por supuesto, también podría haberse equivocado.

—Gobernador… —repitió Drew.

No sabía mucho de política estadounidense, pero lo suficiente como para entender que los candidatos viajaban, celebraban mítines y hacían todo lo posible por ganarse cada voto.

—Parece poco probable que Thorpe —o Thornton— quiera dejar cabos sueltos —murmuró.

—Es muy rico —observó Samuel—. Según el periódico, prácticamente es el dueño de Austin.

—Francis comentó que no pudo conseguir que la ley actuara contra Gabe, un poderoso ganadero, cuando lo creía culpable del asesinato de su padre. Será aún más difícil ir tras este hombre.

Samuel asintió.

—Sobre todo ahora que ya no contamos con los Rangers de Texas. La Policía Nacional no es más que protectora de los especuladores republicanos. Probablemente Thornton ya los tenga en el bolsillo.

Un hombre poderoso había ordenado el asesinato del padre de la mujer a la que amaba y de un hombre que era su amigo, ante la remota posibilidad de que algún día lo reconocieran y sacaran a la luz su pasado. Y lo había hecho sin dudar, pese al riesgo.

Por muy enfadado que se sintiera, Drew sabía que no podía hacer nada que dejara a Samuel desprotegido. Tenía que esperar a Gabe. Juntos podrían hacer… ¿qué? No lo sabía, pero, maldita sea, encontrarían la manera.



Francis se estaba sintiendo realmente cómoda en la silla de montar, o tal vez estaba demasiado cansada para que le importara. Solo tenía una cosa clara: no se iba a quejar.

Ella y Ethan se habían hecho amigos durante el viaje, aunque él era un hombre reservado. Francis le había contado sus aventuras, tanto en el teatro como en la conducción del ganado, arrancándole alguna que otra risa al hablarle de la masa madre de Murphy y de las alubias con piedrecitas. Intentó sonsacarle información sobre Drew, pero Ethan siempre parecía cerrarse en banda cuando lo hacía. Al parecer, los asuntos de Drew eran solo suyos. Aun así, era evidente que su cuñado le caía bien, incluso que lo admiraba.

En una ocasión, cuando ella expresó en voz alta su preocupación por la seguridad de Drew, él la miró directamente a los ojos y afirmó:

—Nunca subestimes a Drew Cameron. Es un superviviente.

Por fin, el rancho Callahan apareció a la vista. Francis deseó clavar los talones en los costados de su montura y lanzarse al galope, pero el miedo la contuvo. ¿Y si Drew estaba furioso porque no se había quedado en Denver? ¿Y si no la quería allí? ¿Y qué iba a decirle? La noticia de que era conde aún le escocía, llenándola de malos presentimientos.

¿Qué le diría a un conde que quería ser libre y sin ataduras, que exigía sinceridad mientras ocultaba la suya?

Quería darle un puñetazo en el estómago. Justo después de asegurarse de que estaba a salvo. Justo después de besarlo.

Una prueba más de que no era una dama.

Cuando ella y Ethan se acercaban al rancho, oyeron un único disparo. Ethan se puso en alerta al instante, sacó el rifle de la funda y lo sostuvo preparado. No vieron a nadie ni se produjeron más disparos. Se detuvieron cerca del corral a tiempo de ver a Drew salir del granero con un rifle en la mano. Al verlos, lo bajó de inmediato y saludó con el brazo a un hombre encaramado en la puerta abierta del desván. Entonces Francis comprendió que el disparo debía de haber sido una señal de alarma para advertir de la llegada de jinetes.

No tuvo tiempo de pensar en nada más. No tenía ojos para nada que no fuera la figura alta y delgada que avanzaba hacia ellos a zancadas, entrecerrando los ojos contra el sol.

—¡Francis! ¿Qué demonios haces aquí? —estalló Drew.

—Vaya, esa no es forma de recibir a una dama que ha cabalgado todo este camino para verte —gruñó Ethan.

Solo entonces Drew apartó la mirada hacia su acompañante.

—Así que dime, Ethan, ¿por qué la has traído?

—Porque, igual que tú, no acepta un no por respuesta —respondió Ethan con calma mientras desmontaba—. Tus modales han empeorado desde que te fuiste de Denver. Será la última vez que te sugiera que vengas a Texas.

Mientras los dos hombres se miraban con hostilidad, Francis se deslizó del caballo, un poco mareada. Había imaginado otra bienvenida: que la tomara en sus brazos, que la abrazara, que le confesara cuánto la había echado de menos…

¡Ja!

Enderezó la espalda y los miró con furia.

—Eres un maldito farsante —soltó, clavando los ojos en Drew.

Ambos se giraron hacia ella, sorprendidos.

—Conde de Kinloch, claro —continuó, con la rabia vibrando en su voz—. Casi me arrepiento de haber intentado salvar tu miserable pellejo.

Agarró las riendas de su caballo y se dirigió al establo, consciente del silencio que dejaba atrás. Entró antes de que sus hombros cedieran y la magnitud de su desesperación la golpeara con fuerza.

No la amaba. Nunca la había amado. Ella no había sido más que un entretenimiento para un pícaro con título nobiliario.

Pero no lloraría.

Preferiría morir antes que volver a llorar por él.

Y, aun así, enterró el rostro en la crin de su caballo. Mañana partiría hacia Denver. Encontraría un hogar propio donde ella, Ha'Penny —y Honor, Billy y Sammy— pudieran construir un futuro juntos.

Sin ese escocés enloquecedor.

Un sollozo escapó de su garganta, y la rabia creció aún más.

Entonces una mano se posó en su hombro.

Se giró bruscamente, dispuesta a apartarla, pero Drew la atrapó entre sus brazos, y sin saber cómo, los suyos se cerraron en torno a él.

Alzó la mirada hacia su rostro demacrado. Nunca había visto tanto anhelo en los ojos de un hombre.

No quería conmoverse. No quería ceder. No quería tender la mano hacia él.

Pero lo hizo.

Su corazón latía con fuerza, como una estampida desbocada. La ira se transformó en otro tipo de dolor, uno que se le alojó en la garganta y le dificultó respirar.

—Francis —dijo él con voz entrecortada—. Te he echado tanto de menos.

—Me mirabas como si tuviera la viruela —replicó ella, incapaz de ocultar el dolor.

Un gemido brotó de lo más profundo del pecho de Drew.

—Quería que te fueras a Denver para que estuvieras a salvo.

Las emociones se agolpaban en su interior tan rápido que no sabía hacia dónde volverse. No podía pensar cuando estaba tan cerca de él. Su mente dejó de funcionar cuando él la miró con tanta ternura. Su ira se estaba enfriando rápidamente. Pero nada más lo hacía. El aire entre ellos se había vuelto decididamente tórrido.

Tórrido.

Ardiente.

Y entonces su boca descendió sobre la de ella, y a ella no le importaban la ira, ni la cordura, ni la verdad, ni las mentiras, ni nada más. Solo le importaba el hombre que tenía entre sus brazos.



Drew nunca se había alegrado tanto de ver a nadie en su vida. Ni siquiera le importaban las chispas de ira en los ojos de Francis. Le encantaba todo de ella, sobre todo ese espíritu independiente e

indomable que se burlaba de todo lo seguro, cómodo y convencional.

Sin embargo, por el contrario, las mismas cualidades que le atraían de Francis le preocupaban hasta el punto de distraerlo. No quería cambiarla, pero sí quería que estuviera a salvo. La quería allí con él, pero no quería que se viera expuesta a la violencia que pudiera surgir.

Pero esos pensamientos se desvanecieron en el momento en que sus labios se encontraron. El beso fue como una combustión espontánea, sus respuestas mutuas frenéticas, desesperadas y necesitadas. En algún lugar, en el fondo de su mente, había registrado su referencia, dolida pero furiosa, a su maldito título. A pesar de su pasión febril, la conocía lo suficiente como para darse cuenta de que su ira herida era probablemente la pólvora de la explosión que se producía entre ellos. Habría que apaciguarla, calmar sus sentimientos. Pero más tarde.

En ese momento, hundió las manos en su cabello, tan suave y dulce, mientras sus labios intentaban decirle cuánto la quería. Debería habérselo dicho con palabras, en lugar de marcharse como lo había hecho, pero no había sabido cómo. Ni entonces. Ni siquiera ahora. Así que simplemente se aferró a ella con todas sus fuerzas, atándola a él con sus brazos, con sus labios, con su cuerpo.

Entonces oyó un carraspeo, una interrupción no del todo cortés. Francis se puso rígida, y él luchó contra el repentino impulso de matar a su cuñado. Se enderezó a regañadientes y miró con ira a Ethan, que le sonreía.

—Esta joven está bajo mi protección —dijo Ethan con suavidad —. Me gustaría conocer tus intenciones.

—¿Mis intenciones? —replicó Drew con tono amenazador—. Quizá convertir a mi hermana en viuda.

—¿Es esa forma de recibir a un cuñado que ha venido a echar una mano?

—No necesito que me echen una mano.

Drew dirigió una mirada fulminante a Francis, quien lo sostuvo con desafío.

—Bueno, pues me ocuparé de mi caballo —dijo Ethan—. Y del de Francis —añadió con ironía—. Se han ganado un descanso.

—¿Tenías que traerla? —exigió Drew.

Ethan se encogió de hombros.

—Iba a venir de una forma u otra. Pensé que preferirías que tuviera un acompañante.

Sacudió la cabeza con fingida tristeza.

—¡Qué ingratitud!

Drew dudó un momento. No estaba nada acostumbrado a la amistad, a la generosidad. Cuando había enviado a Francis con Ethan y Caroline, nunca había tenido la intención de que él viajara a Texas en su nombre. Y el aspecto agotado de su cuñado, sin afeitar y cubierto de polvo, le sorprendió. Así que respondió con el desafío irritable que caracterizaba su relación.

—¿No deberías estar en casa con Caroline? —refunfuñó—. ¿Y el bebé?

—Aún faltan varios meses para el parto, y Serena está con ella —respondió Ethan—. Ella insistió en que viniera. Estaba preocupada por ti.

—Así que ahora también se preocupará por ti —replicó Drew—. Sabe que puedo cuidar de mí mismo.

Ahora Ethan tenía muchas ganas de darle un puñetazo.

—¿Y yo no puedo?

—Como dijo Francis, tú no eres un pistolero.

Ethan se puso serio de repente, sin rastro de diversión.

—Drew, tengo experiencia que tú no tienes. Y contacto con otros agentes de la ley.

Drew no podía negarlo. Aun así, la intromisión le molestaba.

Ethan le tendió la mano. Las bromas habían terminado.

—Me alegro de volver a verte, Drew.

Drew se tragó su orgullo y estrechó la mano.

—Te doy las gracias por venir.

Fue un momento solemne, pero ninguno de los dos hombres pudo sostener una emoción profunda durante mucho tiempo. La diversión regresó pronto a la voz de Ethan.

—Por lo que dijo Francis, te has convertido en todo un héroe. Otra vez.

Drew hizo una mueca, aunque su corazón latía con fuerza. Francis no estaba del todo enfadada con él, aunque le había dado motivos de sobra para estarlo.

Ethan se rió ante su incomodidad. Luego, su sonrisa desapareció.

—¿Me vas a contar qué está pasando?

—Gabe y yo tenemos un plan —respondió Drew.

—Me lo imagino —replicó Ethan, con un brillo en los ojos—. Vamos a ocuparnos de los caballos y hablamos de ello.

Drew miró a Francis. Parecía agotada y aturdida, y bastante frustrada por quedar al margen de la conversación. Maldita sea, era obstinada, preciosa, temeraria y maravillosa.

—No me voy a ir —le dijo ella en voz baja.

—Lo sé —respondió él con dulzura—. Lo sé.

Esperaron a Gabe. Una semana. Diez días. No llegó ningún telegrama, pero Drew tampoco lo esperaba. Gabe vendría a su manera, cuando le pareciera oportuno. No quería dejar pistas a Killian hasta que estuvieran preparados.

Ethan pasó un tiempo en San Antonio, utilizando el telégrafo y preguntando a sus contactos de las fuerzas del orden por Philip Thorpe. Supo que el hombre había llegado a Texas cinco años antes, al final de la guerra, como uno de los muchos empresarios del Norte que se abalanzaron sobre el estado para saquear la Confederación. Aunque Drew sabía que Ethan había luchado por el Norte, su cuñado solo sentía desprecio por los especuladores, especialmente, según decía, desde que había entablado amistad con un renegado rebelde que le había salvado la vida. Había luchado con la misma ferocidad por el hombre al que llamaba Diablo que la que una vez había dedicado a la Unión.

Drew recibía la ayuda de su cuñado con sentimientos encontrados. Aunque a menudo había sido imprudente, nunca se había considerado un tonto. Sabía los riesgos que él y Gabe estaban dispuestos a correr. Aun así, la llegada de Ethan había reducido considerablemente las probabilidades. Ethan Calder, antiguo alguacil federal y ahora abogado, era realmente formidable.

Pero Drew nunca había pedido ayuda en su vida. Se enorgullecía de su capacidad para desenvolverse en casi cualquier situación. Sin embargo, ya no era solo su vida la que estaba en juego. También lo estaban las de Gabe, Francis y Samuel. Se había visto envuelto en sus vidas, y ya no era responsable únicamente de sí mismo. Estaba tenso, nervioso y claramente incómodo al tener que depender de otros… y que otros dependieran de él.

Eso también lo volvía hosco, irritable e imposible de tratar. Por mucho que le gustara tener a Francis cerca, se encerró en sí mismo. Le agradecía que ella pareciera intuir que estaba como dinamita con la mecha encendida, a punto de estallar en cualquier momento. Ella le daba su espacio, pero a menudo la sorprendía con una mirada triste, lo que le hacía sentirse aún peor. Quizá solo fuera su añoranza

por Ha'Penny, se dijo. Demonios, él también echaba de menos a la pequeña.

Ethan, francamente, no entendía lo que le ocurría. No alcanzaba a comprender las nuevas necesidades que agitaban sus emociones en todas direcciones. Y hasta que no lo hiciera, concluyó Drew, no tenía derecho a hablar… ni siquiera a confiar en su propio corazón.

Así que esperó.

Francis esperó.

Todos esperaron.



Francis intuía lo impaciente que se estaba volviendo Ethan, lo mucho que debía de desear volver con Caroline. Y veía lo irritable que se estaba volviendo Drew. Nunca había visto a un escocés irritable antes; no creía que quisiera volver a verlo.

Intentó convencerse de que era la espera, y no ella, lo que lo ponía de tan mal humor. Al fin y al cabo, sus ojos aún se iluminaban cuando ella entraba en una habitación, y seguían cada uno de sus movimientos. Decidió que él simplemente aún no estaba dispuesto a admitir la intensidad de sus sentimientos, y ella no quería presionarlo. Ethan la había llevado aparte una tarde y le había explicado que él mismo había sido muy parecido a Drew, temeroso de creer en el amor, temeroso de amar. Se necesitaba tiempo, le advirtió, para superar toda una vida de desconfianza.

Gabe y Luke llegaron dos semanas después de Francis y Ethan. Kane y los demás peones los seguirían en la semana siguiente más o menos, junto con Billy Bones, Samson y la manada de caballos de vaquería.

Por fin, los hombres y Francis se sentaron a perfeccionar sus planes para sacar a relucir al empleador de Killian. Ethan había descubierto muchas cosas sobre Philip Thorpe. Era muy rico y poseía una enorme extensión de tierras alrededor de Austin. También había ayudado a financiar una nueva escuela. Pero abundaban los rumores oscuros sobre sus prácticas comerciales en el pasado. Algunos afirmaban que era un especulador de la guerra; otros, que había vendido armas a cualquiera que pagara en efectivo, incluidos rifles a los indios beligerantes. Sin embargo, los testigos de estas actividades siempre parecían desaparecer, y los rumores abiertos se habían calmado desde su llegada a Texas.

—Mantiene las manos limpias —comentó Ethan.

Desconcertada, Francis preguntó:

—Pero ¿por qué se presentaría a gobernador y se arriesgaría a quedar en evidencia?

Ethan frunció los labios con cinismo.

—Contratos —respondió—. Contratos ferroviarios, contratos de carreteras, contratos de construcción. Todos disponibles a cambio de sobornos, sobornos sustanciales. Y el poder, por el poder, atrae a muchos hombres a la política. Probablemente pensó que hacía tiempo que había dejado atrás su pasado. Algo —o alguien— debió de sacarlo de su complacencia.

Gabe dio un sorbo de brandy.

—Sabemos que Thomas Barton no fue la causa —dijo—. Y hasta ahora ni siquiera sospechaba que Thorpe fuera Thornton. Eso nos deja a Sam Wright.

Ethan se inclinó hacia delante.

—Cuéntame todo lo que sabes sobre Sam Wright.

Gabe se encogió de hombros.

—Seguía a Cal Thornton como un perrito. No tenía mucho cerebro. Era fácil de influir. Bebía mucho.

—¿Qué aspecto tenía?

—Por aquel entonces, era alto y delgado, de rasgos normales, pelo negro —respondió Gabe, entrecerrando los ojos mientras recordaba—. Le faltaba un dedo meñique. Algo le pasó cuando era niño.

Ethan asintió.

—Enviaré un telegrama a un amigo en Austin, a ver si ha aparecido muerto alguien a quien le falte un dedo.

—¿Crees que…?

—Este Sam Wright no parece lo suficientemente inteligente como para valerse por sí mismo. Probablemente nunca salió de Texas —dijo Ethan—. Quizá intentó chantajear a Thorpe.

Francis casi podía ver la mente de Ethan en movimiento, sumando y descartando posibilidades. Pero fue Drew quien añadió la siguiente conclusión.

—Y Thorpe se dio cuenta de repente de que todos los que habíais estado involucrados con él en el robo erais posibles peligros.

—Pero ¿cómo nos encontró? —preguntó Gabe.

—Nunca saliste de Texas —respondió Ethan—. Los detectives podrían haberte localizado fácilmente. La muerte del padre de Francis pudo haber sido una casualidad. Thorpe podría haberlo visto en el escenario.

Se encogió de hombros.

—O tal vez Thomas Barton te escribiera, Gabe, después de ver tu boceto en el periódico de San Antonio. El artículo salió varios días antes de que lo mataran, ¿no? ¿Podría haberlo hecho tu padre, Francis?

Francis se quedó atónita ante aquella idea. Repasando las últimas palabras de su padre, pensó que sí, que quizá eso era lo que había intentado decirle. Tal vez no acusaba a Gabe, sino que quería que ella le advirtiera.

—Yo… no lo sé —balbuceó—. La única carta que dejó iba dirigida a mí, pero sí mencionó el nombre de Gabe y las palabras peligro y ten cuidado. Supongo que podría haber estado intentando decirme que advirtiera a Gabe sobre Thorpe.

Ethan se volvió hacia Gabe.

—También es posible que, si Thorpe tenía detectives siguiendo a los Callahan, estos interceptaran el correo. Un soborno aquí y allá puede hacer maravillas.

Aún aturdida por la posibilidad de haber malinterpretado tanto las últimas palabras de su padre, Francis levantó la vista y vio que Drew la observaba. Su mirada contenía un mundo de comprensión. Él sabía —se lo decían sus ojos— lo culpable que se sentía por haber convencido a su padre de regresar a Texas. No dejes que esto te hunda más, parecía decirle.

Y luego, entre la ternura, apareció otra promesa silenciosa: encontraremos al asesino de tu padre. Su muerte no quedará sin justicia.

Un escalofrío le recorrió la espalda. Apreciaba su compromiso, pero si el precio era su vida, no estaba dispuesta a pagarlo.

—No podemos demostrar nada de esto, por supuesto —dijo Ethan.

—Pero sabemos que tiene que ser verdad —intervino Luke.

—Tenemos que poder demostrarlo —replicó Gabe.

La aprensión recorrió la espalda de Francis. No quería ver a ninguno de esos hombres en peligro.

—¿Cuándo? —preguntó en voz baja.

Todos la miraron.

—Cuanto antes, mejor —respondió Drew—. Aunque Killian se haya demorado, habrá oído que estás viva. Apostaría a que anda por San Antonio, esperando noticias del regreso de Gabe.

Gabe dio una calada a su cigarro.

—Si capturamos a Killian con vida, podremos atrapar a Thorpe. Y Killian me quiere a mí.

—Espero que no estés diciendo lo que creo que estás diciendo —dijo Samuel.

—Mañana iré a San Antonio a hacer unos negocios. Me quedaré unos días. No hay otra manera —afirmó Gabe—. O me convierto en un objetivo, o ninguno de nosotros estará a salvo.

—Yo iré —dijo Ethan—. Y Drew. Ni Thorpe ni Killian nos conocen.

—Quiero ir contigo —añadió Luke.

—Necesito que te quedes con tu padre —respondió Gabe—. Probablemente él mismo sea un objetivo. Y necesito a alguien en quien pueda confiar para que se ocupe del rancho.

Luke se irguió, y Francis pensó que había madurado mucho.

—Es posible que la policía se entere del robo al banco, ¿no? —preguntó ella.

Gabe apretó los labios.

—Ese maldito secreto ya ha causado demasiado dolor. Si sale a la luz… estoy preparado. Dios sabe que he vivido con ello toda mi vida. Aunque no hay necesidad de involucrar a Samuel.

—Bueno, quizá no sea necesario —dijo Ethan, pensativo.

Gabe se encogió de hombros.

—Ya no me importa. Prefiero que todo salga a la luz.

Luke se puso en pie de un salto.

—Maldita sea, no deberías tener que pagar para siempre.

—Murió un hombre —respondió Gabe—. Ese hecho me ha perseguido toda mi vida. Iré a San Antonio mañana y esperaré a que aparezca Killian.

Francis odiaba aquella sensación de impotencia. Sabía que todos estaban arriesgando sus vidas, también por ella. Pero la decisión estaba tomada. Y lo único que podía hacer era rezar.



Los tres —Ethan, Gabe y Drew— llegaron a San Antonio al día siguiente. Tomaron habitaciones separadas en el hotel más popular de la ciudad y luego se separaron. Gabe se quedó en su habitación, y Drew y Ethan se dirigieron a los salones —y a la información que siempre circulaba por allí.

Killian ya estaba en la ciudad, llevaba allí varios días.

Drew y Ethan se pusieron de acuerdo. Killian no conocía a ninguno de los dos, por lo que tenían cierta libertad de movimiento que Gabe no tenía. Ethan decidió localizar a Killian y seguirlo. Drew se quedaría en el vestíbulo del hotel, atento al asesino.

La tarde transcurrió lentamente para Drew. No se había dado cuenta de lo difícil que era intentar parecer relajado mientras escudriñaba a cada visitante, buscando a un hombre alto y delgado con una cinta plateada en el sombrero. Entonces apareció Ethan, y Drew lo siguió hasta la habitación de Gabe.

—Ha estado preguntando por Gabe, diciendo que busca trabajo —expuso Ethan cuando ya estaban todos dentro de la habitación del ganadero. Centró toda su atención en Gabe—. Sabe que estás aquí. Probablemente esperará hasta que crea que estás dormido. Le prepararemos una sorpresa.

Los tres colocaron un saco de dormir bajo las mantas de la cama de Gabe, haciendo que pareciera que alguien estaba durmiendo allí. Entonces Ethan se volvió hacia Drew.

—Baja y espera a que vuelva después de ir a cenar.

Drew arqueó una ceja con gesto interrogativo.

—Cuando entre por la puerta del vestíbulo, dirígete a las escaleras, finge estar borracho y choca contra la puerta de Gabe de camino a tu habitación. Luego entra en la habitación.

Drew lo miró con recelo, preguntándose si Ethan solo intentaba quitárselo de en medio.

—Tenemos que saber que está de camino —indicó Ethan—. No hay otra forma.

Drew tuvo que rendirse. Lo que Ethan había dicho tenía sentido. Pero planeaba estar cerca y listo por si algo salía mal. Bajó al vestíbulo, encontró una silla y se caló el sombrero hasta cubrirse los ojos, atento a los pasos.

Gabe se sentó con Ethan en el suelo de la habitación, con las armas en la mano.

Era la espera, pensó Gabe. Era la espera lo que le desgarraba las entrañas a un hombre, lo que le hacía pensar, lo que le hacía recordar qué le había llevado hasta ese punto. Y Gabe sabía que no se merecía la ayuda que estaba recibiendo.

Las horas pasaban lentamente en un silencio total. Entonces se oyó un golpe en la puerta, seguido un minuto después por un chirrido en la cerradura. Ethan estaba de pie ahora, al igual que Gabe. La puerta se abrió, la luz de una lámpara del pasillo se filtró en la habitación y las plumas de la ropa de cama salieron volando cuando el sonido de un disparo llenó la habitación.

Ethan cerró la puerta de un portazo, dejando al asesino atrapado dentro.

—No te muevas —ordenó—. Hay dos armas apuntándote directamente a la cabeza.

Pero Killian sí se movió, apuntando rápidamente con su arma a Gabe. Antes de que pudiera reaccionar, Gabe oyó otro estruendo y vio a Killian desplomarse en el suelo.

Ethan maldijo, inclinándose sobre el hombre.

—¿Quién te ha enviado? —interrogó.

Killian gimió.

—Maldita sea, ¿quién?

Pero el gemido terminó en un suspiro, y el cuerpo quedó inerte. No iban a averiguar nada de Killian.

Capítulo 24

—Voy a acudir a la policía y contarles exactamente lo que ocurrió hace veinticinco años —anunció Gabe—. No quiero cargar con más vidas en mi conciencia.

Drew había regresado al rancho con Gabe y Ethan después de que Ethan apaciguara a la policía de San Antonio. Como antiguo alguacil, había logrado demostrar que Killian se encontraba en una habitación que no era la suya, y el sheriff local aceptó que el asesinato había sido justificado. Drew no había estado implicado; ni siquiera se mencionó su nombre.

—Será tu palabra contra la de Thorpe sobre quién mató a ese empleado, Gabe —señaló Ethan—. No podrás demostrar nada. Y si arruinas las posibilidades de Thorpe de llegar a gobernador, irá a por ti sin dudarlo… y probablemente también a por Francis y Samuel.

Gabe masculló un taco.

—Drew tiene otra idea para sacar a Thorpe a la luz —añadió Ethan—. Puede que ahora esté receloso, porque Killian ha muerto. Pero si le ponemos delante de las narices un premio lo bastante grande, quizá muerda el anzuelo, sobre todo si cree que tú podrías hablar y arruinar sus aspiraciones. No puede saber que ya has descubierto quién es, pero sí que es muy posible que lo hagas.

Apoyado con fingida indiferencia contra el sillón orejero en el que descansaba Francis, Drew escuchaba, satisfecho de dejar que Ethan expusiera el plan.

—Si Thorpe es tan voraz como creemos, no dejará pasar la oportunidad de vender unas tierras a un escocés adinerado —concluyó Ethan—. Los ingleses están comprando tierras por todo el

Oeste, invirtiendo en enormes explotaciones ganaderas, así que no sospechará. Y, con el estímulo adecuado, bien podría intentar quedarse con el dinero y las tierras si cree que puede salirse con la suya. Esa es la clave. Tenemos que hacer que la oportunidad resulte tan tentadora que no pueda resistirse.

Gabe frunció el ceño.

—¿Y si no muerde el anzuelo?

—Drew se retira, asegura que ha cambiado de opinión, y probamos otra cosa.

El silencio se adueñó de la estancia.

—Drew resultaría más creíble como especulador inmobiliario rico si tuviera esposa —observó Francis.

La mirada de Drew se posó en ella, y una protesta inmediata brotó de sus labios.

—No —replicó, percibiendo un matiz de pánico en su propia voz—. Puede que sepa cómo eres.

—No cuando haya terminado de arreglarme. —Francis se volvió hacia él—. Una peluca rubia hará maravillas. Cualquier buena modista tendrá alguna.

Las manos de Drew se enfriaron de golpe, y fue aún más consciente de ello cuando Francis alzó la suya y la envolvió entre las propias, cálidas.

—No puedo pasar el resto de mi vida mirando detrás de cada árbol —murmuró—. Es mi batalla tanto como la de Gabe.

Drew buscó a Ethan con la mirada.

—Ethan, por favor, dile que es una idea terrible.

Ethan negó despacio.

—No puedo. Tiene razón. Sería mejor que fuerais marido y mujer.

La mano de Drew se cerró con fuerza alrededor de la de Francis.

—No —insistió.

Ella giró un poco más el cuerpo para enfrentarlo.

—Drew, vas a arriesgar tu vida. Tengo derecho a hacer lo mismo. Y lo haré. Por mi padre, si no hay otra razón.

Drew la conocía demasiado bien. Si se negaba, ella encontraría la forma de actuar por su cuenta, como ya había hecho al conducir el ganado sola. Al menos, junto a él y Ethan, contaría con cierta protección.

—No estaréis solos —intervino Ethan—. Tengo unos cuantos amigos que nos ayudarán. Hombres en los que puedo confiar.

Aquella garantía no disipó el temor que se agitaba en el pecho de Drew. Pero ningún argumento haría cambiar de opinión a Francis, y dejarla atrás solo aumentaría el peligro. Clavó la mirada en Ethan, tenso.

—Si le pasa algo…

Ethan lo observó un instante y luego recorrió la habitación con la vista.

—Creo que Philip Thorpe, por fin, ha encontrado a su rival.

La habitación del hotel Austin era una de las mejores en las que Francis se había alojado jamás. Ella y sus padres nunca habían tenido mucho dinero y solían hospedarse en pensiones limpias, aunque modestas.

Ethan había insistido en el Grand, pues ofrecía suites como las que un escocés adinerado podría exigir. Además, las habitaciones contiguas permitían mayor protección. Reservó una para Andrew Cameron, lord Kinloch, y su esposa, Catherine, y otra contigua para un rico propietario de minas de Colorado llamado Dan Forsyth.

Francis observó el entorno con asombro, mezclado con cierta aprensión. Como conde, Drew debía de estar acostumbrado a aquel

lujo, pero para ella resultaba casi intimidante.

Dos hombres de mirada aguda se reunieron con Ethan —o con Dan Forsyth— en la habitación contigua. Uno de ellos, Cail O´Connell, abrió con destreza la puerta que comunicaba ambas suites sin necesidad de llave. Pronto supo que había sido un forajido conocido como Diablo, un nombre que ya había escuchado en más de una ocasión. Ignoraba cómo había terminado allí, pero la confianza de Ethan en él era absoluta, y su aspecto no dejaba lugar a dudas.

El otro, Jud Merrill, había sido agente de la ley y, según dedujo, le debía un favor a Ethan. Francis se preguntó a quién habrían dejado en el Circle C para vigilar a Gabe y Samuel. Los recursos de Ethan parecían inagotables, su compromiso con la causa, total.

Ella y Drew salieron de compras. Adquirió dos vestidos elegantes, mientras él compraba trajes caros. Contaban con fondos suficientes, y Gabe —tras el éxito del traslado del ganado— aportaba el dinero necesario para "comprar" la tierra.

El siguiente paso fue encontrar una peluca rubia. Cuando Francis mencionó lo que necesitaba, Cail O´Connell apareció con una ese mismo día. No formuló preguntas. La peluca encajaba a la perfección sobre su cabello corto, y, con un sombrero adecuado, el efecto resultaba convincente.

Durante horas practicó con Drew el acento escocés. Sus años como actriz le sirvieron de gran ayuda. Su voz adoptó matices más marcados, y desaparecieron los restos de la jerga del oeste.

Cuando se sintieron preparados, Drew redactó una nota formal dirigida a Philip Thorpe. En ella, el conde de Kinloch explicaba que se hallaba en Estados Unidos para adquirir una gran extensión de tierra, que deseaba una transacción rápida y que le habían asegurado que Thorpe era el hombre indicado. Añadía, además, que las negociaciones debían mantenerse en estricta confidencialidad y preguntaba si estaría dispuesto a reunirse de inmediato en su suite.

Un mensajero del hotel llevó la carta.

Y luego esperaron.

Ethan y Cail O´Connell se reunieron con ellos en el salón para repasar los detalles. Ni Drew ni Francis debían quedarse solos en ningún momento. Calder y Merrill los seguirían a todas partes, y Drew debía asegurarse de no perderlos de vista. Ethan permanecería en el hotel hasta que Thorpe diera el paso.

Francis advirtió enseguida que Drew y O´Connell simpatizaban. Aquello llevó a Ethan a comentar, con ironía, que se merecían el uno al otro.

—Dos pícaros.

Merrill, en cambio, se parecía más a Ethan: callado, reservado, siempre alerta.

Repasaron el plan una vez más. Si Thorpe investigaba, descubriría que realmente existía un conde de Kinloch en Estados Unidos… y no precisamente con buena reputación. Drew torció el gesto al oírlo, aunque enseguida se encogió de hombros.

Francis lo observó con atención. Había mucho en él que seguía siendo un misterio, pero una cosa resultaba evidente: Caroline tenía razón. Drew detestaba su título.

Al verlo así, los últimos restos de resentimiento que había albergado por no haberle contado la verdad se disiparon.

Deseó acercarse, tocarlo, consolarlo… amarlo. Recostarse entre sus brazos. Pero cada vez parecía más improbable que volvieran a estar solos. Ethan, en especial, permanecía cerca con una vigilancia que iba más allá de lo estrictamente necesario, como si hubiera asumido el papel de un hermano mayor protector.

—¿Seguro que te sientes cómoda con esa pistola? —preguntó.

Francis asintió. Había sacado la Colt de su padre, provocando miradas de sorpresa entre los hombres, y luego les había demostrado que sabía utilizarla. No se le escapó la mirada de orgullo de Drew al verla manejarla con soltura.

Aun así, Ethan frunció el ceño.

—Dispara a corta distancia. Y solo si es necesario.

Ella suspiró en silencio, sin discutir.

Un golpe en la puerta hizo que Ethan y los otros se ocultaran en el dormitorio. Drew abrió y recibió un sobre de manos de un joven mensajero.

—Me han dicho que espere una respuesta —indicó el chico.

Drew rompió el sello y leyó con rapidez.

—Dile al señor Thorpe que mañana a las diez será perfecto.

El muchacho asintió y se alejó por el pasillo. Drew cerró la puerta y dio la señal. Los tres hombres salieron del dormitorio.

—Thorpe ha picado el anzuelo, caballeros —anunció.

Philip Thorpe tenía el rostro rubicundo, el cuerpo bien relleno y una apariencia impecable en todo lo demás. Era evidente que comía bien, bebía bien y vivía aún mejor. Su mirada, sin embargo, permanecía fría, incluso cuando sonreía.

Francis ocultó su repulsión mientras lo observaba estrechar la mano de Drew en el salón de la suite.

—Mi señor —aduló.

Ella miró de reojo a Drew y percibió el desprecio que latía bajo su gesto cortés. Sin embargo, se comportaba con una condescendencia amable propia de su rango. Habría sido un excelente actor, pensó fugazmente.

—Y esta es lady Kinloch —añadió él, posando la mano en la parte baja de su espalda con un gesto posesivo.

—Es un gran placer, lady Kinloch.

Francis no le ofreció la mano. Se limitó a alzar una ceja con estudiada altivez.

Thorpe volvió su atención hacia Drew.

—Tengo entendido que busca tierras.

—Así es —respondió Drew, con un marcado acento escocés—. Pero no deseo que se sepa. He recibido cierta suma de dinero recientemente… aunque también arrastro algunas deudas, si me comprende. Conozco a un inglés que ha tenido gran éxito con un rancho en estas tierras salvajes. Yo deseo hacer lo mismo: adquirir uno y encontrar a alguien que lo administre… todo con la máxima discreción. Mi amigo asegura que podría triplicar mi inversión en poco tiempo.

—La escritura de la tierra debe registrarse —advirtió Thorpe con cautela.

—Sí, ya lo imaginaba. El apellido de soltera de mi esposa bastará —repuso Drew, encogiéndose de hombros—. En poco tiempo habré reunido los fondos necesarios para saldar mis deudas, y todo quedará resuelto.

Thorpe lo observó con atención.

—¿Por qué ha venido a mí?

—Me han dicho que posee muchas propiedades por aquí —comentó Drew—. Y que quizá esté vendiendo parte de ellas para recaudar dinero con el que presentarte a… ¿cómo se llama?

—Gobernador —respondió Thorpe con grandilocuencia.

—Sí. Y me han asegurado que es un hombre de negocios astuto, con buen ojo para las oportunidades. No veo nada ilegal en esta transacción. Solo quiero insistir en la necesidad de… discreción.

—¿De cuánto dinero dispone? —preguntó Thorpe.

Francis casi podía verlo relamerse los labios, como un gato ante un cuenco de nata.

—Casi doscientos mil de vuestros dólares estadounidenses —respondió Drew.

Philip Thorpe parpadeó.

—¿En efectivo?

—Sí. No creo en los bancos.

Un sonido ahogado escapó de la garganta de Thorpe.

—Seguro que no lo lleva encima, ¿verdad?

Drew se encogió de hombros.

—Guardo una pistola en mi carruaje —repuso con aire satisfecho—. Prefiero tener el dinero a mano.

Francis casi podía ver cómo le funcionaba la mente. Sin duda, ya habría comprobado por telégrafo que un conde de Kinloch se encontraba realmente en Estados Unidos.

—Tengo algunas tierras que podrían interesarle —dijo Thorpe con cautela—. Si desea ver un mapa…

Drew asintió.

El hombre desplegó uno sobre el escritorio.

—Está a tres millas de Austin. La propiedad fue una plantación de algodón. El dueño murió durante la guerra y se la compré a la viuda. La tierra ha estado ahí, sin más, esperando al comprador adecuado. Es un lugar realmente hermoso. Colinas onduladas. Un buen arroyo. Por supuesto, he tenido otras consultas. De hecho, justo ayer…

Su voz se apagó.

Drew se volvió hacia Francis.

Ella fingió un leve estremecimiento.

—¿Y qué hay de los indios?

—Hace tiempo que se marcharon de esta zona, lady Kinloch —la tranquilizó Thorpe—. Y no encontraría un terreno más hermoso ni en Escocia.

—Quiero volver a Escocia —murmuró ella, con un deje lastimero, dirigiéndose a su «marido».

La voz de Drew se volvió firme.

—Sabes que eso no es posible. La ley…

Se interrumpió bruscamente, como si recordara de pronto la presencia de Thorpe.

—¿Cuándo podríamos cerrar la transacción, señor Thorpe, si la propiedad nos satisface?

Los ojos de Thorpe brillaban ahora con una codicia apenas disimulada. Muy, muy codiciosos, observó Francis con satisfacción.

—Seguro que tiene algún amigo… un abogado, alguien que quiera asesoraros —sugirió Thorpe con cautela.

Drew lo miró con desdén.

—¿Parezco un hombre que necesite la opinión de otro? ¿La de un… provinciano, además?

Se volvió hacia su «esposa».

—Solo serán unos meses, querida. Todo se arreglará.

—La deshonra… la vergüenza… —murmuró Francis, encogiéndose contra su hombro—. Mi familia no podrá volver a levantar la cabeza por tu culpa…

—Al señor Thorpe no le interesa nada de eso, querida. Nada en absoluto. Cuando obtengamos beneficios, les demostraremos a todos lo que hemos logrado…

Francis dejó escapar un suspiro profundo.

—Le gustará la propiedad, lady Kinloch —añadió Thorpe con premura—. Y hay una casita preciosa.

—¿Pequeña? —preguntó ella, horrorizada.

—Creo que lo mejor es que veamos la propiedad —intervino Drew—. Lo antes posible.

Thorpe asintió.

—Puedo reunirme con ustedes allí mañana. Les daré indicaciones. Si les interesa, llevaré los documentos conmigo. Hay

otro comprador que también va a verla.

Drew arqueó las cejas, fingiendo alarma.

—Llevaré el dinero conmigo. Podemos firmar allí mismo, si todo resulta satisfactorio.

Thorpe tomó asiento y les dibujó un mapa. Luego alzó la vista.

—¿Mañana al mediodía?

—Sí —respondió Drew con satisfacción.

—Es un placer hacer negocios con usted, lord Kinloch.

—Ciertamente —repuso Drew, con un matiz de condescendencia apenas velado.

Un destello de resentimiento cruzó los ojos de Thorpe, pero se desvaneció enseguida bajo una sonrisa cortés.

—Si decide establecerse en Texas, agradecería su voto para gobernador.

—Ah, sí… —murmuró Drew, sin comprometerse—. Elecciones… —añadió con una mueca de desdén—. Ustedes, los yanquis, tienen costumbres extrañas.

Thorpe se ruborizó, aunque logró inclinar la cabeza.

—Que tengan un buen día.

Cuando se marchó, Francis permaneció junto a Drew, conteniendo el aliento hasta que los pasos se desvanecieron en el pasillo. Entonces se miraron… y estallaron en carcajadas.

—Si doscientos mil dólares no despiertan su avaricia, nada lo hará —comentó Jud Merrill mientras examinaba el mapa.

—Ha estado intentando parecer respetable —añadió Cail O´Connell —. Sería un necio si lo arriesgara todo ahora.

—Ah, pero un hombre codicioso no puede resistirse a algo que cree seguro —replicó Ethan—. Kinloch no tiene amigos. Tiene dinero en efectivo. Y, al parecer, la ley lo busca. ¿Qué mejor objetivo?

Drew lo miró de reojo.

—¿Siempre has sido tan retorcido?

—Sí —respondió Ethan con ligereza—. Algún día te lo contaré.

Drew dirigió la mirada a su cuñado.

—¿Mi hermana conoce esta faceta tuya?

Francis sonrió al escuchar las bromas. Aunque a menudo parecían dos bulldogs midiéndose, percibía el afecto que latía bajo aquella rivalidad.

—Pregúntaselo tú mismo —bromeó Ethan.

—Creo que lo haré —repuso Drew.

Los hombres volvieron a concentrarse en el mapa. Ethan, O´Connell y Merrill lo comparaban con lo que conocían de Austin y sus alrededores.

—No se arriesgaría a un tiroteo en su propia propiedad —apuntó Calder.

—Estoy de acuerdo —asintió Ethan—. Será en algún punto de una carretera pública. Un simple robo a dos extranjeros descuidados por los que nadie preguntará.

—Aquí —indicó Merrill, señalando el mapa—. Esta carretera se desvía de la principal hacia la propiedad de Thorpe. La conozco. Hay colinas a ambos lados. Es el lugar perfecto para una emboscada.

Ethan asintió.

—Y Thorpe cree que solo tienes una pistola —añadió Ethan, esbozando una leve sonrisa—. Si tenemos suerte, incluso pensará que se trata de alguna reliquia familiar, arrancada de las paredes de tu castillo.

—Es mucho riesgo para que Thorpe actúe solo —advirtió Merrill —. Pero no creo que se atreva a contratar a nadie tan cerca de casa. Y con Killian fuera de juego, tendría que buscar a otro pistolero… y

no tiene tiempo. A menos que ya tenga a alguien escondido del que no sepamos nada.

—Son muchos "si" —observó O´Connell.

—Sí —admitió Drew—. Pero, caballeros, si me permiten señalarlo… es todo lo que tenemos.

Los hombres lo miraron en silencio. A Francis no se le escapó que, aunque ninguno lo aprobaba del todo, todos sabían que tenía razón.

Habían planeado cuanto estaba en su mano.

Ahora, la naturaleza —la naturaleza humana— debía seguir su curso.



Drew había elegido el carruaje alquilado con cuidado. Cerrado por tres lados, el vehículo parecía a prueba de emboscadas. Un faldón en la parte delantera dificultaría aún más cualquier visión clara… o disparo. Un tirador tendría que salir al descubierto y enfrentarse a ellos de frente. Y, sin embargo, era exactamente el tipo de carruaje elegante que Lord y Lady Kinloch elegirían.

Lo condujo hasta un callejón detrás del hotel, donde Cail O´Connell se reunió con él y con Francis, que estaba sentada tensa a su lado. O´Connell se agachó en la parte trasera con dos rifles y una pistola. Drew también llevaba una pistola metida en la bota, y la Colt de Francis estaba debajo del asiento delantero.

Ethan se había adelantado a caballo hasta el primer lugar posible para una emboscada. Merrill se había apostado en la casa de Philip Thorpe justo después de medianoche y planeaba seguir al hombre cuando saliera. Habían planeado cada movimiento con cuidado, calculando con precisión cuándo llegaría el carruaje a cada

punto del mapa. De esa manera, en caso de que Merrill perdiera de vista a Thorpe, podría alcanzarlos sin dificultad.

Drew empezaba a entender por qué Ethan había sido un marshal tan bueno. No dejaba nada al azar, lo cual, se dio cuenta Drew con cierta diversión, también lo habría convertido en un buen criminal.

Mientras salían de la ciudad, Francis permanecía en silencio, con la mirada fija en cada roca, en cada colina por la que pasaban. Dependía tanto de que Thorpe hiciera lo que ellos querían que hiciera, arriesgando todo lo que había construido por un gran premio. ¿Se conformaría con vender una gran extensión de tierra a buen precio, o querría todo? ¿Se arriesgaría a que la venta se frustrara? ¿Esperaría a inspeccionar el fajo de billetes que llevaban, con billetes auténticos encima y papel normal en el fondo? Si lo hacía, Drew cambiaría de repente de opinión sobre la propiedad, o Francis se desmayaría, lo que pareciera más efectivo en ese momento.

Notó que la mano de Francis se deslizaba para posarse en su muslo, y le dedicó lo que esperaba que fuera una sonrisa tranquilizadora. Como su mano permaneció allí, tuvo que apartar la excitación que le producía. No era momento de distraerse. Sin embargo, era difícil. No habían tenido ningún momento a solas desde que se habían reunido. Cail se había quedado en su suite como protección, y no podían retirarse a la única cama en su presencia. Él mismo había acabado durmiendo en un sofá del salón, mientras Ethan extendía un saco de dormir en el suelo.

Buscando una distracción de la distracción, Drew comenzó a silbar algunas melodías mientras conducía el carruaje. Cuando llegó al final de la canción, la melodía se oyó por detrás de él.

—No pares.

—¿Cómo conociste a Ethan? —le preguntó Drew.

—Es una historia larga y miserable —respondió O´Connell—. Odié a ese hijo de puta durante años.

Drew se rió entre dientes.

—Puedo entender ese sentimiento. Yo sentí algo parecido durante un tiempo. Aunque uno acaba encariñándose con él.

—¿De verdad? —gruñó O´Connell desde su posición detrás del asiento—. No me había dado cuenta.

—Entonces, ¿por qué estás aquí? —preguntó Francis, sin apartar la vista del camino.

—Ni idea —dijo O´Connell—. Me envió un telegrama diciendo que necesitaba mis particulares talentos criminales. Era una petición que no podía rechazar.

A pesar de las palabras cínicas, Drew detectó un tono de admiración en la voz del hombre.

—Además —añadió O´Connell a regañadientes—, al igual que Merrill, supongo que le debo una.

Drew también le iba a deber una. Se preguntó cuántas otras deudas habría acumulado su cuñado a lo largo de los años.

Se acercaban al desvío de la carretera y Drew dirigió los caballos hacia la izquierda. El primer lugar posible para una emboscada estaba a una milla de distancia. Se sintió tenso, no por él mismo, sino por Francis.

Cayó el silencio entre ellos; el único sonido audible era el clop-clop de los cascos de los caballos y el traqueteo de las ruedas. Drew percibió que O´Connell se movía detrás de él, sabía que estaba preparando su rifle.

Los dedos de Francis se clavaron en su muslo, y él le dedicó una rápida sonrisa y empezó a silbar una nueva melodía. Sus dedos se hundieron más.

Vio la colina delante, la pendiente elevándose a la derecha. Buscó un destello revelador de la luz del sol sobre el metal, pero no vio nada. Tampoco vio ningún rastro de Ethan.

La calesa continuó hacia la siguiente colina posible, a media milla de distancia.

Apretó las riendas con fuerza. Maldita sea, odiaba esa espera, odiaba usar a Francis como cebo. Pasándose las riendas a una sola mano, se dispuso a tomarle la mano y la sostuvo. Se volvió para mirarla un momento y vio que ella le devolvía la mirada. Sus ojos eran de un azul increíble, llenos de emoción. Era tan valiente, tan gallarda.

¿Estaba loco por traerla consigo? ¿Tenía otra opción?

Quería abrirle su corazón. Quería hacerlo ahora, por si acaso le pasaba algo. Se aseguraría de que no le pasara nada a ella.

Pero las palabras se le atascaron en la garganta. Ahora no era el momento. Cuando esto acabara…

Intentó, sin embargo, decírselo con los ojos, con la mano que descansaba sobre su regazo.

Y ella lo supo. La alegría inundó sus ojos, haciendo que su corazón latiera con fuerza y sus manos temblaran.

Se hicieron promesas durante el silencio. Promesas duraderas.

Una voz desde la parte de atrás rompió el momento.

—Mantén los ojos abiertos —dijo O´Connell secamente, como si percibiera su distracción mutua.

La advertencia fue suficiente. Drew sabía que no debía poner en peligro a nadie más, y tampoco quería ponerse en peligro a sí mismo, ni mucho menos esta vez. No cuando el futuro se extendía ante él, brillante y lleno de promesas.

Pasaron el barranco sin incidentes. La carretera estaba completamente desierta.

¿Dónde demonios estaba Ethan?

La siguiente curva de la carretera revelaría el lugar que tanto Ethan como O´Connell consideraban el más probable para una

emboscada. Francis se tensó a su lado, y el orgullo lo invadió. Dios, la amaba.

La carretera giró a la izquierda, con colinas elevándose a ambos lados, y vio varios troncos pequeños tirados en la carretera, como si se hubieran caído de un carro. Una calma de acero se apoderó de él, mientras su mano derecha buscaba su pistola oculta.

Frenó los caballos. Thorpe no era tonto. Sabía que su presa tendría que bajarse de la calesa para apartar los troncos. Drew se dio cuenta de que él estaría a la vista, solo, y Francis sería un blanco más fácil también, sin él a su lado. Puede que incluso bajara con él. ¿Dónde demonios estaban Ethan y Merrill?

Pero Drew sabía lo que había que hacer. Thorpe tendría que dispararles para que lo acusaran de intento de robo y asesinato. Se preguntó qué puntería tendría el hombre y si, después de todo, había conseguido ayuda. Si la había conseguido, Drew estaba seguro de que Ethan o Merrill ya lo habrían descubierto a estas alturas.

Si es que seguían vivos.

¿Por qué demonios había dejado que Francis lo convenciera de llevarla con él?

Como si se volviera para hablar con ella, le dijo a O´Connell:

—Hay troncos tirados en el camino. Tendré que apartarlos.

—No —dijo Francis, con voz asustada.

—Es la única manera, Francis —respondió él—. Tenemos que confiar en Ethan.

Se oyó un resoplido desde la parte de atrás.

—¿Tienes alguna idea mejor, O´Connell? —lo desafió Drew.

—Me temo que no —dijo el hombre mientras Drew detenía la calesa—. A menos que te quedes ahí sentado, demasiado aristocrático para mover unos cuantos trozos de madera. Nuestro amigo podría impacientarse.

Drew estaba considerando la idea cuando O´Connell aportó otra sugerencia.

—O —dijo Calder lentamente—, podrías tener en cuenta que el hombre querrá tener el sol a su espalda, no en sus ojos. Eso significaría que está situado en algún lugar a tu derecha. Acerca los caballos lo más posible a los troncos y luego baja. Mantén los caballos y la calesa a tu derecha. Aparta el primer tronco de una patada y lleva los caballos hasta el siguiente.

Drew respiró hondo. Podría funcionar.

—Tú y Ethan debéis de haber sido formidables trabajando juntos.

—Joder, estábamos en bandos diferentes —dijo O´Connell—. ¿Drew?

Se giró, y Francis se inclinó y lo besó, con sus labios dulces y cariñosos contra los de él.

—Ten cuidado —susurró ella.

—Quédate atrás en el asiento, fuera de la vista —le ordenó mientras le entregaba las riendas, consciente de que las manos de O´Connell estaban cerca por si surgía algún problema—. O´Connell, ponla en el suelo si empiezan a disparar.

Bajó del carro, con cuidado de mantener a los caballos entre él y la colina, apartando de una patada primero un tronco y luego otro, tratando de parecer lo más indiferente y despreocupado posible mientras planificaba y calculaba cada paso. Solo por una fracción de segundo se alejó del carro.

Y en ese instante oyó un disparo y sintió el impacto de una bala en el hombro. Oyó gritar a Francis mientras tropezaba, aturdido.

Los caballos se encabritaron. Se dio cuenta de que se movían para calmarlos, pero estos dieron un respingo unos metros más adelante, dejándolo a la vista.

¿Dónde demonios estaba Ethan?

Oyó otro disparo. La tierra salpicó a unos centímetros de él. Entonces, un remolino de faldas descendió del carruaje, incluso mientras O'Brien luchaba aparentemente por mantener a los caballos tranquilos.

—No —gritó—. No.

Pero ella siguió avanzando, y entonces vio el rifle en sus manos. Se lo lanzó y él rodó sobre sí mismo, orientándose hacia el origen del disparo.

Le pareció ver el destello de la culata de un rifle justo cuando otro disparo impactó donde él había estado segundos antes. Apuntó y disparó, aunque tenía pocas esperanzas de dar a algo.

Justo entonces oyó otros disparos, y la calesa retrocedió, con la yunta finalmente bajo el control de O´Connell.

Drew consiguió ponerse de rodillas, luego de pie, empujando a Francis hacia la calesa mientras resonaba otro disparo, y luego una ráfaga de disparos resonó en el aire.

Los caballos se encabritaron de nuevo. Ignorando el dolor que ahora le recorría el cuerpo, agarró el borde de la calesa y consiguió empujar a Francis al asiento trasero mientras O´Connell luchaba con los caballos desbocados.

—Vete —le dijo a O´Connell —. Lárgate de aquí —añadió, dando una palmada en la grupa de uno de los caballos para asegurarse de que se obedeciera su orden, y la calesa partió, dejándolo solo.

Cayó al suelo de nuevo, agarrando el rifle. Sus ojos escudriñaron la colina y entonces vio algo moverse. Apuntó de nuevo, pero resonó otro disparo desde una dirección diferente y luego un tercero. El movimiento entre las rocas se detuvo por un momento, luego algo comenzó a caer, rodando una y otra vez.

Observó hasta que el objeto llegó al fondo y vio a dos jinetes acercarse a él. Entonces aflojó el agarre del rifle y se dio la vuelta

sobre su espalda, luchando contra el dolor.

Tenía que saber que Francis estaba bien.

Una parte de él —solo una parte— oyó acercarse a los caballos. Cerró los ojos por un segundo. Estaba tan cansado. Pero se obligó a abrirlos de nuevo y vio a Ethan inclinarse sobre él.

—Se acabó —dijo—. Ha sido el tiro más increíble que he visto en mi vida.

—No podría haber…

—No, no podrías haberlo hecho, pero de alguna manera lo hiciste —dijo Ethan—. Al menos lo dejaste lo suficientemente lisiado como para que no me acertara cuando me puso en su punto de mira. Mi bala lo mató, pero ya estaba herido. Nunca me dijiste que pudieras disparar así. Siento haber llegado tan tarde. Había dado la vuelta. Pensamos que se dirigía a un lugar más adelante. Oímos los disparos y corrimos hacia aquí. No había tiempo para andarnos con rodeos, así que entramos directamente. Si no le hubieras dado…

Pero no continuó porque la calesa había regresado. Drew oyó vagamente a los caballos, pero no se perdió el revoloteo de las faldas ni los besos que le refrescaban el rostro.

Ella estaba bien. Cerró los ojos por un momento en señal de agradecimiento.

—¡No te atrevas! —la voz de Francis era insistente, exigente, y él sintió algo húmedo en la cara, algo distinto al suave tacto de sus labios—. Maldita seas —dijo ella—. Mírame.

Lo hizo. El elegante sombrero le quedaba ladeado en la cabeza, con el plumaje doblado y polvoriento. Su peluca rubia estaba medio girada, aparentemente molesta por cómo la había empujado a la calesa. No pudo evitar sonreír ante aquella imagen. Parecía casi, no del todo, pero casi tan desaliñada como el viejo Frank.

Ella negó con la cabeza mientras lo miraba fijamente, y finalmente le devolvió la sonrisa, viéndose a sí misma a través de los ojos de él. Sus dedos tocaron la mejilla de él.

—Te quiero —dijo ella en voz baja—, y esa maldita sonrisa tonta que tienes.

Entonces sus ojos se volvieron serios mientras observaban su traje nuevo, gran parte del cual se estaba volviendo de un rojo brillante.

—Drew —susurró ella.

—No está tan mal —susurró él, sin entender muy bien por qué su voz sonaba tan débil.

—Maldita sea —dijo Cail O´Connell, que ahora se agolpaba junto a Ethan—. No hay tiempo para eso ahora —les reprendió a ambos—. Tenemos que detener esa hemorragia.

Drew se movió y no pudo reprimir un pequeño gemido. Francis le agarró la mano como si fuera un salvavidas.

Ethan se movió a su lado.

—Caroline me va a matar por esto —gruñó, aparentemente ajeno a todo lo demás. Empezó a desabrochar la levita y la camisa empapadas de sangre de Drew. Frunció el ceño al ver las cicatrices de heridas anteriores de Drew, y su ceño se tensó aún más al ver la más reciente—. Mueve el brazo —le ordenó.

Drew hizo lo que Ethan le pidió, y el dolor se intensificó. Pero su brazo se movió correctamente, al igual que su mano.

—Solo es una herida superficial —dijo, encogiéndose de hombros con indiferencia, y Drew supo que lo hacía por el bien de Francis. Sus ojos estaban llenos de pánico.

Decidió desempeñar su propio papel.

—¿Thorpe está realmente muerto? —preguntó.

—Completamente —dijo Ethan con ironía—. Y hay dos exagentes de la ley aquí presentes que testificarán que lo vieron atacar la calesa de un ingenuo conde escocés que llevaba a su señora a dar un paseo.

Drew hizo una mueca.

—¿Es necesario decirlo así?

Ethan sonrió.

—Me gusta, en cierto modo.

—¿A quién demonios le importa cómo se diga? —intervino O´Connell—. Vendemos esa herida y llevamos a Cameron al médico. Tengo que volver a casa con mi mujer.

—Yo también —dijo Ethan—. Y probablemente nunca me perdonará por dejar que le dispararan a su querido hermano. —Miró a Drew con ira, luego se quitó la chaqueta y empezó a desabrocharse la camisa.

—Ni se te ocurra —dijo Drew—. No necesito tu camisa y no necesito que me curen.

—¿Qué demonios…?

—Tengo una excusa para hacerlo —dijo Drew, tratando de alegrar el rostro aún afligido de Francis.

—¿Una excusa? —preguntó O´Connell, desconcertado.

—Yo —dijo Francis, con los ojos iluminándose al comprenderlo. Soltó las manos de Drew y se subió la falda para mostrar la enagua. Con calma, la rasgó en tiras, presionó un trozo de tela contra la herida y lo ató con firmeza y destreza. Sus manos eran extraordinariamente suaves y tiernas, y sus ojos se abrían de par en par llenos de amor, compasión y orgullo.

Orgullo. Se sentía como si midiera tres metros tumbado en el suelo.

O´Connell observaba asombrado.

—Un piojo —dijo, sacudiendo la cabeza.

Drew esbozó una sonrisa temblorosa.

—Uno jodidamente bueno.

Ella sonrió levemente, aunque sus ojos se preocupaban por él.

—Necesita un médico —dijo—. La bala no ha salido.

Dos de los tres hombres le ayudaron a subir a la calesa mientras Merrill sujetaba a los caballos. Francis se subió al asiento trasero y acunó su cabeza en su regazo mientras la calesa se dirigía de vuelta a Austin. Sus manos le hacían bien. También su regazo. Pero el dolor iba en aumento. Y la debilidad también.

Y el sueño. Apenas podía mantener los ojos abiertos, apenas podía moverse, y entonces no sintió nada.



Se despertó con el aroma de las flores, con el tacto de una mano cálida, con una voz pura que cantaba suavemente su nana escocesa. Y dolor.

Abrió los ojos y miró hacia arriba, a los ojos más azules que había visto jamás y a una sonrisa que podría hacer cantar a los ángeles.

—Por fin —susurró ella.

Intentó moverse, pero estaba débil y envuelto en vendajes. Entonces recordó: el viaje de vuelta a Austin, el médico, el cloroformo. Habían tenido que extraerle la bala. ¿Cuánto tiempo llevaba allí?

Miró a su alrededor. La habitación estaba llena. Ethan. O´Connell. Merrill. Gabe. Incluso Luke. Al primer movimiento que hizo, se agruparon a su alrededor mientras él observaba rostros preocupados, y luego sonrisas de alivio. Toda esa gente. Gente que se preocupaba por él.

La mano de Francis se deslizó en la suya. Sus ojos estaban sospechosamente húmedos.

—No pensaba que ibas a despertar nunca —articuló Ethan, esbozando una sonrisa.

—Pensaba que te ibas… a casa con tu mujer —replicó Drew, con la mirada posándose en O´Connell—. Y tú.

Ambos hombres se encogieron de hombros, cohibidos, moviendo los pies.

—Caroline me habría azotado con un látigo —añadió Ethan con ironía— si me hubiera ido sin saber si estabas… intacto. Además, quería verlo con mis propios ojos. No tengo tantos cuñados como para descartar a uno tan fácilmente.

—Bueno, estoy intacto —expuso Drew de mal humor, moviéndose ligeramente y haciendo una mueca de dolor al hacerlo —. Creo. —Suspiró—. Así que ya os podéis ir.

—Menuda gratitud —respondió Ethan.

Drew lo miró con ira.

—Se suponía que tenías que estar ahí.

—Tú no tenías que meterte en la línea de fuego —replicó Ethan, con los ojos chispeando de espíritu competitivo.

—Tregua —intervino O´Connell—. Tengo que volver a casa. — Se acercó a Drew y le tendió la mano—. Siempre que necesites algo…

Luego se dio la vuelta y se marchó. Gabe fue el siguiente, abriéndose paso. Se quedó allí un momento en silencio, con el rostro lleno de emoción.

—Nunca podré agradecértelo como es debido… Yo…

La mirada de Drew se posó en Francis, en su mano entre las suyas, y luego en los hombres que lo rodeaban.

—Me has dado más de lo que jamás pensé tener, Gabe.

Se le quebró la voz. Gabe le había enseñado lo que era la amistad. Lealtad. Compromiso. Nunca había sabido lo incompleto que había sido como hombre hasta ese momento. Su orgullo por ganarse el respeto y el afecto de hombres como aquellos crecía con cada instante. Nunca volvería a estar solo. Nunca.

Y tenía a Francis. Mientras fijaba la mirada en ella, se dio cuenta, aunque apenas, de que los hombres se marchaban, dejándolos solos.

Apretó su mano.

—Te quiero —confesó, capaz por fin de pronunciar las palabras que se le habían resistido toda la vida. Ahora tenía algo que ofrecer. No tierras ni dinero. Sino un alma íntegra, un corazón que se había abierto, un futuro sin límites porque tenía amigos. Porque podía sentir. Porque podía preocuparse. Porque podía amar.

El rostro de Francis se deshizo en emoción y las lágrimas brillaron en sus ojos.

—¿Tan malo es el panorama? —inquirió él, repentinamente asustado.

—Oh, no —respondió ella en un susurro entrecortado—. Solo pensé… tenía miedo… de que nunca lo dijeras.

Se inclinó, y sus labios tocaron los de él en una caricia tan llena de amor y ternura que pareció el beso de un ángel. Quizá lo fuera.

Ahora creía en los ángeles. En la magia. En los milagros. En el amor.

Drew dejó escapar un suspiro de satisfacción. Tumbado en la cama, con el hombro ardiendo y cada movimiento convertido en pura agonía, nunca se había sentido mejor en su vida.

Cuando Francis apartó los labios de los suyos, él la atrajo hacia sí con el brazo sano.

—Creo —murmuró lentamente— que es hora de que yo tenga una esposa a la que volver a casa.

Vaciló, con la voz un poco quebrada. —Si es capaz de amar a un escocés errante que no tiene mucho más que su nombre que ofrecerle.

La sonrisa de ella fue radiante. Iluminó todo su mundo.

—Ah —pronunció ella—, pero tenemos un gran acuerdo. Incluido un hijo.

—Y un buen caballo llamado Billy Bones —añadió él.

—Sir William —lo corrigió ella—. Le he cambiado el nombre. Y tenemos nuestra primera cabeza de ganado. Samson será un buen padre para el rebaño.

—Y un perro —añadió él, sin dejar de enumerar las bendiciones que nunca había imaginado tener.

—Sí —respondió ella—. Todo eso y más.

—Mucho, mucho más —coincidió él mientras se inclinaba hacia delante y sus labios se encontraban.